



Alina Covalschi

ENGAÑOS MENTIRAS VERDADES

Trilogía Sensaciones

ENGAÑOS MENTIRAS Y VERDADES

TRILOGÍA SENSACIONES

ALINA COVALSCHI

Índice

Engaños (Libro 1)

Dulces mentiras

El pasado no se olvida

Recuerdos

Solo un amigo

Nuevo trabajo

Nuevas sensaciones

Salsa con sabor a besos

Caricias excitantes

Jugar con fuego

Tequila y limones

Un beso correspondido

Brasil

Ojos azules

Solo una noche

Un tatuaje

Sábanas frías

Planes malvados

Lágrimas de felicidad

Todo está bien

El amor lo cura todo

Promesas

Probando suerte

Recuerdos amargos

Enfrentamientos

Decisiones

Un regalo especial

Una cocina con encanto

Epilogo

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constructiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Titulo: *Engaños, Mentiras y Verdades*

Autora: *Alina Covalschi*

Primera edición: Abril 2018



ENGAÑOS

DULCES MENTIRAS

—Eres muy hermosa —dijo Tom mientras bajaba la cremallera de mi vestido.

Mi instinto protestaba y me empujaba a salir corriendo, pero ese era mi trabajo y tenía que seguir mintiendo. Era un gran error aprovecharse así de los hombres, lo sabía muy bien, pero necesitaba el dinero y no me importaba lo que tenía que hacer para conseguirlo.

—Gracias —murmuré mirándolo por encima del hombro.

La cámara se había apagado y necesitaba alcanzarla sin que él se diera cuenta.

—Me gusta tu tatuaje. —Acarició mi hombro derecho—. Me parece algo único. ¿Por qué un paracaídas? ¿Tiene algún significado para ti?

—Fue por una apuesta —mentí tras aclararme la garganta—. Voy un poco al baño. —Besé su cuello—. Mientras, puedes quitarte la ropa.

—A tus órdenes —dijo con una amplia sonrisa.

Agarré la cámara con movimientos ágiles y entré en el baño. Me senté en el borde de la bañera y encendí la cámara. Vi una luz roja parpadeando y maldije en voz baja; había olvidado cargarla.

Tenía a un hombre ya desnudo al otro lado de la puerta y una sola oportunidad. Me agaché y empecé a buscar en mi bolso hasta que encontré el móvil. Lo encendí y lo miré con intriga mientras intentaba encontrar una manera de emplearlo sin que él se diera cuenta.

Busqué en mi bolso hasta que encontré un precinto. Utilicé el adhesivo para envolver las dos cosas y encendí el móvil. Lo puse en modo de grabar y metí la cámara debajo de mis ropas. Respiré hondo y abrí la puerta del baño con una ligera sensación de pánico.

Tom me esperaba desnudo y ansioso. Dejé la ropa encima del mueble y destapé con cuidado el móvil. Me acerqué a la cama con una sonrisa en mis labios. Mis pasos eran pausados y fingían la excitación de una mujer que se dirigía a su destino.

Él esbozó una sonrisa que iluminó sus ojos y clavó su mirada en la mía con intensidad.

—Eres tan hermosa que sigo pensando que esto es un sueño. —Estiró las manos y acarició mis pechos.

No sentía nada, sus manos parecían piedras frías y aquel pensamiento me estremeció de arriba abajo. Se me había formado un nudo en la garganta, pero hice un esfuerzo para sonreír.

—Sigue, Tom. —Me agaché, colocando mis palmas encima de sus piernas.

Mi trabajo consistía en grabarlos en situaciones bastante comprometedoras y sin que se dieran cuenta. Los vídeos eran la clave para romper cualquier relación que tenían con sus mujeres y una prueba para el divorcio.

No era obligatorio que me acostara con ellos, pero a veces tenía que desnudarme por completo para obtener mejores pruebas de infidelidades. Siempre los dejaba a medias y eso era lo único que me hacía disfrutar.

Tom tomó mi rostro en sus manos y cuando estiró el cuello para besarme, giré la cabeza.
—Déjame a mí al mando —dije con un ligero tono de sugerencia y empujándolo con brusquedad.

Cayó de espaldas y me senté a horcajadas encima de él. Mi corazón empezó a latir con fuerza y se me secó la garganta. Habíamos llegado al punto que siempre me hacía salir corriendo, pero no había conseguido el video y tenía que seguir.
Me relajé al instante, y me agaché para besarle el cuello.

—Mmmm...—murmuró—. Esto es muy excitante.

Seguí besándolo con los ojos cerrados y durante unos breves segundos y me imaginé que estaba sola. Que la oscuridad me rodeaba y el mundo no existía. Me aferré a ese pensamiento y lo utilicé para mantener mi cabeza fría.

Tenía que convencerlo que disfrutaba de ese momento pero la intensidad de sus caricias me trajo de vuelta a la realidad.
Pensé que tenía suficiente material como para hacer una pequeña película y que no hacía falta seguir con la mentira.

Alcé la mirada y me bajé de la cama.

—¿A dónde vas? —preguntó extrañado.

—Vuelvo enseguida. —Aparté la mirada de su cuerpo desnudo—. Olvidé algo en el coche.

Me acerqué al mueble y agarré la ropa que cubría la cámara y el móvil. Tapé mi cuerpo con una sábana y abrí la puerta.

—¿Vas a volver?—gritó con un ligero mohín.

—Sí, volveré. —Cerré la puerta y respiré hondo.

El corazón golpeaba mi pecho con la fuerza de un martillo y se me hizo un nudo en la boca del estómago. Odiaba salir corriendo como si fuera culpable pero no había otra forma de pagar mis deudas. Se ganaba dinero rápido y fácil, justo lo que yo necesitaba.

Mi móvil empezó a vibrar y lo busqué entre la ropa amontonada con manos temblorosas. Cuando lo encontré, lo primero que hice fue quitarle el precinto, luego contesté pero me arrepentí de haberlo hecho.

—¿Ya lo tienes? —preguntó mi socia Tania.

—Sí, lo tengo —susurré y dejé escapar una exhalación temblorosa—. Un día alguien saldrá corriendo detrás de mí para matarme.

—No exageres —dijo ella riendo—. Se lo merecen. Muchas veces nos dejan a medias a nosotras y nos hacen sufrir bastante.

—Tienes una idea equivocada. No todos los hombres son iguales.

—¿En serio? ¿Alguno te rechazó?

—No pero...

—Piensan con la otra cabeza.

—No quiero discutir contigo otra vez —comenté con irritación—. Estoy haciendo esto porque se gana mucho dinero.

—Y porque tu exnovio te dejó plantada.

—Voy a colgar —susurré—. Este hombre me dejó bastante tocada.

—Y excitada...

—Bueno, un poco.

Se hizo un silencio sepulcral al otro lado de la línea.

—No podría hacerlo...—susurró—. Si alguien me calienta, no puedo parar.

—Cuando no hay sentimientos, lo haces —admití, pensativa—. Todo esto es superficial. Es

como un trabajo.

—Si tú lo dices...

—Te dejo, hablamos. —Corté la llamada y busqué con la mirada un rincón apartado para poder vestirme.

Había aceptado ese trabajo porque necesitaba el dinero y porque mi amiga insistió en hacernos socias. Conseguir dinero era lo único que deseaba y estaba desesperada por conseguirlo. Mis padres dejaron atrás muchas deudas y no veía una salida limpia muy pronto. Prácticamente arruinaron mi vida y mataron mis ganas de seguir con mi vida. Mis sueños fueron truncados en segundos, además el esfuerzo que había invertido en mi futuro se esfumó.

Mi vida era un desierto y necesitaba encontrar un oasis para sobrevivir.

EL PASADO NO SE OLVIDA

— **H**a quedado perfecto. —Jane se volvió hacia mí y sonrió—. Este vídeo es justo lo que necesito. Me quedaré con todo el dinero.

—Me alegro. Tu marido no sabe lo que le viene encima.

—Muchas gracias. —Me miró fijamente—. Eres muy hermosa, ahora entiendo porque todos caen en tu trampa.

—Lo hago por dinero —repliqué en voz baja y trémula.

—Bueno... —Se puso de pie—. Recibirás el dinero esta tarde.

Estrechó mi mano y luego salió de mi oficina con la cabeza bien alta. Me dejó con mal sabor de boca y terriblemente desorientada. No me gustaba mi trabajo, engañar a los hombres solo para que sus mujeres se quedaran con el dinero era algo que me producía asco.

Tragué saliva, desecha por la rabia que apenas lograba reprimir. Necesitaba el dinero y con eso se ganaba bastante, pero odiaba ser tan mala. Mis padres acumularon muchas deudas y cuando murieron, todo se me vino encima. Necesitaba escapar de mi propia cabeza. Borrar todos los pensamientos relacionados con el trabajo y con el hecho de que hacía daño a personas inocentes.

—Tuviste una buena semana, ¿eh? —preguntó Tania y cerró la puerta—. Los ingresos no pararon de subir.

—Sí, estuvo bastante bien. —Me levanté y ella tiró una carpeta encima de mi escritorio.

—Aquí tienes el siguiente trabajo —dijo, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué pasa? —Ojeé la carpeta—. Parece que esto. —La levanté en el aire—. Te tiene contenta.

—Puede que a ti también. —Se sentó en la silla—. Te encantará este hombre. Es muy guapo y puede que llegues a tener sexo.

—No me gusta mezclar el trabajo con placer. —Me senté ofreciéndole una sonrisa forzada.

—Déjame a mí, entonces. —Puso un puchero—. Es un bombón y parece que tiene mucho dinero.

—Últimamente todos te parecen guapos. —Agaché la cabeza y cuando vi su foto, cerré la carpeta de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañada, mirando la carpeta—. ¿No te gusta?

—No lo haré... Puedes quedártelo si quieres. —Tiré lejos la carpeta y las hojas cayeron al suelo—. Es todo tuyo. —Me levanté y ella me agarró por el brazo.

—¿Qué pasa, Clara? Nunca te había visto tan enfadada.

—Ese hombre... ese... mira, necesito salir de aquí. —Me zafé de su agarre y empecé a caminar.

—Oh, no —dijo ella levantando el tono—. Este trabajo está muy bien pagado y yo...—Me

giré y ella se señaló con el dedo—. Sabes que no puedo hacerlo, la última vez salí corriendo y la policía casi nos pilla.

—Con él no —bramé—. ¿Entiendes? Con ese imbécil, no.

—¿Lo conoces? —preguntó con voz agitada.

—Ese idiota me dejó tirada cuando nos íbamos a casar —dije con rabia y dolor—. Pasé mucha vergüenza por su culpa.

—Pues ahora tienes la oportunidad de vengarte. —Sonrió con malicia—. Déjalo sin nada.

—No puedo... yo estuve enamorada de él. —Agaché la cabeza—. No podría soportar que me tocara otra vez. Me costó muchísimo olvidarlo.

—Por lo que veo, no lo has olvidado cariño —comentó y alcé la mirada—. Te sigue gustando.

—No lo sé, pero no pienso averiguarlo.

—Si no quieres, no puedo obligarte. Somos socias y puedes decidir por ti misma. Pero con este trabajo podrás terminar de pagar las deudas y estarás libre.

—Puede que tengas razón. Me agaché y empecé a recoger los papeles—. Lo pensaré estos días.

—Bueno, tengo que atender a las demás mujeres. —Abrió la puerta—. Hablamos luego.

—Sí. —Metí los papeles dentro de la carpeta—. Voy a salir un momento a dar un paseo, puede que encuentre la respuesta.

—No olvides que vales mucho y eres una gran persona. Luchaste mucho para limpiar el nombre de tus padres y creo que ha llegado la hora de olvidar todo esto. —Cerró la puerta y permanecí quieta, con los brazos colgando hacia abajo.

Pasaron diez años, diez malditos años intentando olvidarlo, pero la vida lo había colocado de nuevo en mi camino y tenía que enfrentarme a él y a mis sentimientos.

Tania tenía razón, era una buena oportunidad para vengarme pero no sabía si tenía suficiente valor para hacerlo. Lo amé muchísimo y estuve muy ilusionada con la boda, lo tenía todo preparado hasta el último detalle. Cuando me pidió matrimonio fui la chica más feliz de la tierra y cuando me dejó tirada fue el peor día de mi vida.

No tuvo el valor de dar la cara, nunca supe por qué se había ido y nunca supe por qué me había dejado.

Iré a caminar un poco, ver su rostro de nuevo me hizo volver al pasado, a ese primer paso hacia el abismo de la tristeza.

RECUERDOS

Abrí la carpeta para mirar la dirección. Vivía en el barrio más rico de la ciudad y trabajaba en las oficinas cercanas a mi casa. Dejé las hojas encima de la mesa y las fotografías cayeron al suelo. Me agaché para recogerlas y cuando vi su rostro sentí una fuerte punzada en el pecho.

*—Este es el día más feliz de mi vida, Christian. Tengo todo lo que necesito justo aquí. —
Toqué su pecho con mis manos para sentir el pulso de su corazón—. Saber que me amas tanto
como yo a ti es perfecto.*

*—Cuando te vi por primera vez, supe que serías el amor de mi vida. Cada gesto tuyo, cada
sonrisa y cada mirada me cautivaron.*

—Me gustabas, pero no quería admitirlo.

*—Fue difícil conquistarte y ahora por fin puedo decir que valió la pena, aunque la
floristería se quedó sin rosas.*

—No dejes de regalarme flores, sabes que me encantan.

—No lo haré, pero tendré que buscar otra floristería. —Sonrió.

—Gracias por todo, Christian. Gracias por amarme.

—Gracias por aceptar casarte conmigo. Intentaré hacerte feliz todos los días.

Una pequeña lágrima resbaló por mi mejilla y la sequé con rabia. Odiaba llorar, lo hice tanto tiempo que me extrañaba que aún me quedaban lágrimas. Me había aislado después de ese día y había abandonado a mis amigos. Caí en una fuerte depresión y adelgacé muchísimo.

Todo cambió cuando conocí a Tania, su manera de afrontar la vida me dio fuerzas para superar la tristeza y salir de ese estado.

Ver de nuevo su rostro me hizo recordar el pasado y aunque no quería admitirlo, él seguía siendo el dueño de mi corazón. Aún lo amaba, era extraño como el amor se volvió más fuerte con los años, en vez de apagarse y desaparecer.

*—Aquí estás, Tom. —Me agaché para coger a mi gato—. Estuviste todo el día
desaparecido. —Ronroneó en mis brazos—. ¿Encontraste alguna gatita?*

Cuando mi móvil empezó a sonar, él saltó al suelo y se fue a la cocina.

*—Dime, Tania —contesté y aparté un poco el móvil—. ¿Dónde estás? Se escucha
música...*

—Estoy en la nueva discoteca, Marmey —gritó—. Ven, te estamos esperando.

—¿Con quién estás?

—Con Alan y John.

—¿Sigues allí? —pregunté pero no escuché ninguna respuesta—. ¿Tania?

Corté la llamada y dejé el móvil encima de la mesa. Entré en el baño para cambiarme de ropa y aproveché para maquillarme un poco. Llevaba tiempo sin salir por las noches, pero lo necesitaba, mi cuerpo pedía alcohol a gritos.

Llamé un taxi y me llevó a la discoteca. Cuando entré busqué con la mirada a Tania hasta que la vi bailando con John. Suspiré porque eso significaba que Alan estaba solo.

Alan siempre intentaba aprovechar cada oportunidad para acercarse a mí. Era guapo, no podía negarlo, pero mi corazón estaba cerrado, no admitía personas. No quería sufrir otra decepción y por eso intentaba mantener una distancia.

—Hola guapa —susurró Alan y me abrazó por detrás—. Estás preciosa esta noche.

—Gracias. —Di la vuelta y me quedé embobada al ver su sonrisa—. Tú también —murmuré y él se agachó para darme un beso en los labios.

Me gustaba como me miraba y cada gesto suyo mostraba ternura y cariño.

—Me alegro que hayas venido. —Tocó mis labios con su dedo pulgar—. Nuestros amigos me dejaron solo.

—Eso te pasa por salir con ellos. —Sonreí—. A mí me pasa lo mismo.

—¿Cómo estás? —Tiró de mí para que me sentara en una de las sillas—. No me contestas a los mensajes.

—Alan...

—Lo sé, no quieres comprometerte con nadie—. Se sentó a mi lado—. Me gustas mucho, Clara. Acepta salir conmigo, prometo no hacerte daño.

—No quiero herir tus sentimientos y sabes que sigo sin confiar en los hombres. —Agarré el vaso que me dio—. Necesito más tiempo. —Di un sorbo y recorrí el local con la mirada—. Ay Dios mío —susurré al ver a Tom—. No me puede ver...—dije un poco asustada—. Normalmente no reaccionan bien. —Escondí mi rostro en el pecho de Alan.

—¿Otro marido infiel? —preguntó y me abrazó—. Yo los entiendo a todos... —Levanté la mirada—. Eres muy hermosa y créeme que es difícil no reaccionar a tus encantos. —Acarició con delicadeza mi rostro.

—Solo es un trabajo, nada más.

—Lo sé. —Sonrió—. A veces siento celos. —Rozó mis labios con sus dedos—. Ellos te tocan, te besan...

—Y nada más, Alan —dije y él subió la mirada—. Lo sabes.

—Lo sé. —Me dio un beso corto y suspiró—. Sabes que si necesitas dinero me lo puedes pedir. No hace falta hacer esto.

—Es mi problema, de nadie más. No puedo aceptar tu dinero.

—Tenía que intentarlo una vez más.

—Hola, Clara —dijo John y se agachó para besar mi mejilla.

—Hola. —Sonreí—. ¿Dónde está Tania? No me digas que te dejó tirado.

—Aún no. —Río mientras se sentaba en una silla—. Se fue al baño y me advirtió que no es una buena idea dejarte sola. ¿Sabes a qué se refiere?

—Sí. —Busqué con la mirada a Tom.

Se veía triste y tenía la mirada apagada. Al verlo en ese estado, mi corazón se hundió y la culpa se hizo presente. Quería levantarme y acercarme a él para pedirle disculpas, pero sabía que sería un gran error y por eso decidí no hacerlo. Podía reaccionar de una manera violenta y no

quería problemas. Solo esperaba no cruzarme con él y tener una noche agradable en compañía de mis amigos.

Lo necesitaba para olvidar a Christian y para eliminar de mi cabeza la idea que tenía que verlo de nuevo. Pasaron muchos años y mi rostro había cambiado bastante. Hasta a mí me costaba reconocer mi rostro en el espejo, pero había una posibilidad de reconocermelo.

—¡Vamos a divertirnos, amiga! —gritó Tania y tiró de mí—. Sonríe, pronto todo terminará. —Me llevó a la pista de baile.

—No lo creo... —susurré—. Esto acaba de empezar —dije pensando en Christian.

SOLO UN AMIGO

—¡Wow! —exclamé y me aferré al cuello de Alan—. Estoy más borracha de lo que pensaba.

—Me parece que sí. —Me tomó en brazos y empezó a caminar.

—Despacio —grité—. Mi cabeza da vueltas...

—Lo haré despacio —susurró—. No pesas nada. Algo me dice que no te alimentas bien.

—Puede que tengas razón. —Metí la cabeza en su cuello—. Hueles bien...

—Gracias, tú también.

—¿Te quedas conmigo esta noche? —pregunté justo cuando llegó delante de mí puerta.

—Por supuesto. No quiero dejarte sola en este estado. —Me dejó con cuidado en el suelo.

Abrió el bolso y empezó a buscar las llaves de mi apartamento.

—Gracias, eres un buen amigo —dije y él levantó la mirada.

—¿Solo un amigo, Clara?

—Alan...

—Sabes que yo no te veo como una amiga. —Metió la llave en la cerradura—. Quiero más.

—No puedo Alan. —Entré detrás de él—. Creo que...

—Me iré. Tranquila...

—Alan, lo siento —dije pero él negó con la cabeza.

—No lo sientes. Es mi culpa. Estoy insistiendo en algo que nunca pasará. —Se acercó y me dio un beso en los labios—. Te quiero, no lo olvides. —Me miró con tristeza.

Tiró de la puerta y se fue cabizbajo.

Me quedé mirando un punto fijo y sin parpadear durante unos largos segundos.

No me gustaba hacerlo sufrir porque había pasado por algo parecido y no lo había superado. No quería rechazarlo, pero no podía darle lo que él pedía.

Me gustaba, pero nada más, mi corazón seguía ocupado. Por más que intentaba vaciarlo, no lo conseguía. Seguía enamorada de Christian y me había dado cuenta de eso cuando vi de nuevo su rostro después de tantos años. Despertó el amor que había enterrado con tanto empeño en el fondo de mi corazón.

Cerré la puerta con llave y empecé a quitarme la ropa, necesitaba una ducha bien fría. Al día siguiente tenía que actuar y entrar en el papel que hacía Clara, la mujer seductora. Tenía que encontrar alguna manera de acercarme a Christian sin que sospechara quién era yo en realidad.

Me había informado un poco sobre su trabajo y podía encajar con facilidad en el puesto de secretaria en su empresa. Hace años trabajé en una oficina, sería como retomar los viejos hábitos. Solo esperaba a que mi amiga hiciera su jugada a tiempo para conseguir el puesto de trabajo.



—Maldito despertador —grité molesta—. ¿Dónde mierda estás? —Lo busqué y al ver que no lo encontraba, tapé mi cabeza con la almohada.

Mi gato se asustó y saltó de la cama.

—Tom, ven aquí —susurré—. Lo siento pequeño.

Al ver que no me hacía caso, quité la almohada y levanté la cabeza. Encontré el despertador entre las sábanas y lo apagué.

—Que dolor... —Me quejé.

Me levanté a pesar de lo cansada que me sentía. Arrastré mis pies hasta el cuarto del baño, y después de haber encendido la luz, escuché el timbre de la puerta.

Resoplé y apagué la luz. Caminé hasta la puerta de la entrada con el rostro contraído por la ira.

—Espera —grité mientras abría la puerta.

—Hola, déjame pasar —dijo Tania y me empujó—. ¿Con este aspecto pretendes ir al trabajo hoy?

—¿Qué trabajo? Hoy es mi día libre y deja de chillar. Me duele la cabeza.

—Claro, anoche no había botella que se te resistiera. —Se cruzó los brazos y me miró—. Cuéntame, ¿qué pasó anoche con Alan? Por lo que veo, no sigue aquí.

—Se fue... no pasó nada.

—Mejor. Ese hombre está pillado por ti bastante y podrías tener un problema a la hora de quitártelo de encima.

—Que insensible... —murmuré y empecé a caminar—. Necesito un café, ¿quieres?

—No tienes tiempo para café. Vístete, arréglate y ven conmigo. Hoy es tu primer día de trabajo en las oficinas *Blue & White*.

—¿Hoy? —bramé mirándola con horror—. No soy capaz de trabajar...

—Lo harás. —Me agarró por el brazo—. Vamos a buscarte algo elegante.

—Estás loca si piensas que iré a trabajar hoy. —Me solté.

—Conseguí un puesto para ti, te están esperando. Esta es tu única oportunidad para entrar allí.

—Vale, pero no hoy.

—Sí, hoy. Lo siento pero no puedo cambiar el día.

—Te odio.

—Y yo te quiero. —Sonrió—. Arréglate, te espero aquí. —Se sentó en el sofá—. No tardes. A tu jefe no le gusta que sus empleados lleguen tarde.

—¿Y quién es mi jefe? —pregunté mientras caminaba.

—Christian. —Soltó entre risas—. ¿A qué esto es genial? Pronto lo tendrás comiendo de tu mano y conseguirás el vídeo.

Cerré la puerta del baño y suspiré. Tenía que verlo y enfrentarme a él, solo esperaba a que no me reconociera. No quería rendirme ante ningún tipo de ultimátum, pero no me quedaban opciones.

NUEVO TRABAJO

Clara

— **S**uerte amiga —dijo ella y me dio un abrazo—. La vas a necesitar. —Me guiñó un ojo y arrancó el motor.

—Te odio —murmuré al instante que mi zapato tocó el suelo.

Salí del coche, y me fui caminando calle abajo.

Cuando el coche de mi amiga desapareció de mi vista, me giré para examinar el edificio. No era muy alto y no destacaba con nada especial entre los demás comercios. Ventanas grandes de cristal lo cubrían de arriba abajo y personas entraban y salían constantemente.

Me alisé la ropa y entré con pasos decididos. Un señor me sostuvo la puerta y luego me guiñó un ojo. Le respondí con una amplia sonrisa y miré a mi alrededor.

Tania me había dicho que tenía que subir a la última planta porque allí se encontraban las oficinas de los arquitectos.

Christian había cumplido su sueño y eso no me extrañaba. Recordé cómo por las noches se encerraba en su estudio para estudiar y no salía ni siquiera a cenar o beber agua.

Christian

—Señor Wells, quiero recordarle que hoy se incorporará al trabajo su nueva secretaria —dijo Janice y levanté la mirada.

—Sabes que no quiero que te vayas.

—Lo sé y a mí también me da pena irme, pero mi marido insiste en que tengo que jubilarme ya. Tiene preparado un viaje y la verdad es que me hace mucha ilusión —dijo ella y se acercó para despeinarme—. Eres como un hijo para mí. Te vi crecer y llegar a ser todo un hombre, pero no sé si vale la pena el sacrificio que hiciste. No te veo feliz.

—Tenía que hacerlo... —Arrugué los papeles que habían encima de mi escritorio—. Mi padre me obligó y no tuve elección.

—La decisión correcta era abandonar y decirle que no. Es tu vida y solo tú puedes controlarla. Dejaste a una pobre chica plantada, ella estaba muy enamorada de ti...

—Cuando mi padre se enteró de quién era ella, decidió destruirla. Sus padres habían estafado la empresa de mi padre y sabía que si decidía seguir con la boda, él encontraba la manera de hacerle daño. Lo hice por su bien.

—No me parece correcto. Tú no amas a tu mujer. Está contigo solo por el dinero.

—Ya no me importa. Mi ilusión de vivir murió ese día... cuando la abandoné delante de todos.

—Sigo diciendo que tienes que buscarla y explicarle porque lo hiciste. Pedirle perdón y...

—Ya es tarde. Pasaron muchos años. Estará casada, como yo —dije con tristeza.

—Bueno, no pierdas la esperanza. —Sonrió y besó mi mejilla.

Ella fue como una madre para mí, dándome los mejores consejos cuando perdí el rumbo de mi vida. Mis padres eran ricos y los fines de semana se lo pasaban de fiestas y a veces de viajes.

No me gustaba ir con ellos y cada vez que me dejaban solo, una parte de mí se volvía loca y perdía los estribos. Me emborrachaba cada vez que salía y gastaba mucho dinero.

Todo eso hasta que la conocí, hasta que su mirada se cruzó con la mía. Me enamoré al instante y quería pasarme el resto de mi vida a su lado. Mi padre destrozó todas mis ilusiones en unos segundos y no paró hasta que mi corazón dejó de sentir.

Abandoné mis sueños y me dejé llevar por la superficialidad de las cosas, olvidando por completo el calor de lo que muchos llaman amor.

Clara

Mis ojos danzaron por el vestíbulo hasta que vi un pequeño mostrador de madera maciza. Caminé por el amplio espacio hasta llegar allí y me incliné hacia delante para llamar la atención.

—Buenos días —dije, tratando de sonar alegre.

—Buenos días, querida —contestó una mujer de mediana edad y sonrió abiertamente.

Su rostro me pareció familiar, pero no sabía dónde podría haberla visto.

—¿Es usted la señorita Evelyn Moore? —preguntó y fruncí el ceño.

Mi amiga había olvidado mencionar ese pequeño detalle. Había usado otro nombre para mí y no se había tomado la molestia de advertirme.

—Eh, sí. Esa soy yo. —Sonreí y ella hizo lo mismo.

Me miró de arriba abajo y torció los labios en una sonrisa pícaro. Ese gesto suyo me pareció raro, pero decidí callarme.

—He leído tu currículum y encajas perfectamente en este puesto. —Seguía mirándome intensamente—. Hoy es mi último día y aprovecho para explicarte algunas cosas.

—Muchas gracias...

—Me puedes llamar Janice y estaré viniendo de vez en cuando por aquí. —Me guiñó un ojo y tragué saliva, ya empezaba a asustarme.

—El señor Wells dijo que puedes pasar a verlo en cuanto llegaras. Yo me quedaré aquí para atender las llamadas —dijo sonriendo.

—Gracias.

Di un ligero toque en la puerta y cuando escuché su voz, me quedé petrificada con la mano en el aire. No quería montar una escena así que abrí la puerta y entré.

Lo encontré de espaldas a mí con su teléfono en la oreja.

El aire de la habitación comenzó a helarse y me pregunté si había escuchado cuando cerré la puerta.

Bajé la mirada intentando calmarme y observé con atención el dibujo de la alfombra mientras contaba las rosas que formaban una corona.

Se dio la vuelta y levanté la mirada. Alto, delgado, de piel morena, cabello negro y músculos tensos, llevaba camisa blanca, corbata negra y un traje gris que le sentaba como todo buen traje debe sentar.

La nariz larga, fina y dura, la boca sensual y decidida. Y los ojos desafiantes y fríos como los de un cazador. Un hombre de piedra.

Estuvo de pie, firme en el umbral, durante un momento, durante unos segundos eternos y sus ojos extraños se fijaron en mi rostro.

—Tengo que colgar —dijo en el teléfono y sus ojos se estrecharon.

Había pasado tanto tiempo, pero sus caricias y sus besos seguían presentes, como si nunca se fueron. Había cambiado muy poco, pero lo vi como un extraño.

Christian

Miré con asombro a la hermosa mujer que estaba en el medio de mi oficina y me miraba con miedo. Su belleza cautivaba y llamaba la atención.

Tenía un discurso preparado, pero olvidé todo lo que quería decir.

Era preciosa y tenía un cuerpo parecido a Clara, a la mujer que vivía en mis sueños, a la mujer que abandoné en el día más feliz de su vida. Le había roto todas sus ilusiones con mi huída y eso no tenía perdón.

Pero no podía ser ella, era mi cerebro quien se empeñaba engañarme vista.

Caminé hasta su encuentro y cuando vi sus ojos, mi corazón dio un brinco. Expresaban una tristeza que podía ablandar a cualquier corazón frío. Esa mujer tenía algo que me hacía querer conocerla.

—Supongo que eres mi nueva secretaria —dije con una voz ronca que me tomó por sorpresa.

—Sí, soy Evelyn Moore. Encantada de conocerle señor Wells. —Estiró una mano y enseguida se la estreché.

Mi brusquedad la asustó y dio un paso hacia atrás.

—Lo siento, no fue mi intención asustarla. —Me excusé.

—No pasa nada. —Evité mirarme a los ojos y cuando bajé la vista lo primero que hice, fue mirar por si llevaba algún anillo de compromiso.

No llevaba ninguno, pero sus dedos finos me recordaron a ella y las caricias que me despertaban cada mañana.

—Hoy es el último día de Janice y le explicará un poco cómo va el asunto. —Levanté la mirada y vi sus mejillas sonrojadas.

Sonreí, la había puesto nerviosa y eso me gustó.

—Gracias por la oportunidad —dijo y se dio la vuelta.

—Espero que a la hora de trabajar, su ritmo mejorará. Aquí necesito gente enérgica y con ganas de trabajar —dije con seriedad.

—Le aseguro que no se arrepentirá —añadió y abrió la puerta.

Vi a Janice sonriendo de oreja a oreja y gruñí en voz baja. Seguramente ya estaba pensando en que vestido ponerse en mi próxima boda.

Clara

—¿Se encuentra bien? —preguntó Janice y mostró cierta preocupación.

—Sí, estoy bien. Supongo que me sentó mal el desayuno. —Mentí y ella torció los labios.

—Mm...

—¿Dónde me siento? —pregunté para cambiar de tema.

—Aquí a mi lado. —Señaló una silla.

—Está bien. —Dejé el bolso encima de la mesa y me senté.

Mientras esperaba a que el ordenaron se encendiera, intenté recobrar la compostura. Engañarlo no sería fácil pero había marcha atrás. Lo inesperado, fue darme cuenta que mis sentimientos hacia él no habían cambiado, seguía amándole con la misma pasión.

RECUERDOS

Me pasé el día trabajando y ponerme al día con la agenda de Christian.

Janice se portó muy amable conmigo y me explicó todo lo que tenía que hacer.

—Me voy a comer —avisó ella—. Mi marido me espera abajo.

—Ah, bien. Yo me quedaré a terminar esto y luego iré a la cafetería que hay al lado.

Comeré algún bocadillo... —Sonreí y ella me miró mal.

—Tienes que comer bien... —Se quedó pensativa—. Espera un momento —dijo y acto seguido, entró en la oficina de Christian.

Me quedé mirando la puerta sin saber qué había pasado. Cuando salió, me guiñó un ojo y luego se estiró para coger su bolso.

—Que tengas una agradable comida. —Dio la vuelta y empezó a tararear una canción.

Esa mujer era un poco extraña. Todo lo que decía o hacía, me daba escalofríos.

Miré la pantalla del ordenador y suspiré. Estaba cansada, había olvidado cómo era trabajar horas sin parar, pero me gustaba. Estuve trabajando dos años en una oficina que había al lado de mi casa. Hice buenas amistades y mi experiencia había mejorado. Pero ganaba muy poco dinero y tuve que dejarlo.

Di por terminado el trabajo y apagué el ordenador. Tomé mi bolso y me puse de pie.

No me apetecía comer sola, siempre estaba acompañada por mi gato Tom. Era el único que me hacía compañía y lo echaba de menos.

Giré sobre mis talones y tropecé con la alfombra. Me desequilibré justo cuando Christian salía por la puerta y enseguida me agarró por el brazo. Su firme contacto me produjo unas sensaciones dolorosas. Recordé sus caricias y como me hacía el amor cada noche. En ese momento quería desaparecer o salir corriendo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado—. Parece que Janice tenía razón.

—¿Perdón? —Me alejé un poco y froté mi brazo para aliviar la tensión—. ¿A qué se refiere?—pregunté confundida.

—Vamos a comer. —Agarró mi bolso—. Así nos conoceremos mejor.

Lo miré incrédula; había olvidado que a veces era muy mandón. Había cambiado y mostraba un tono más frío, más decidido.

—No hace falta que se moleste. Bajaré a la cafetería y...

—Vendrás conmigo. —Me agarró por el codo y tiró con suavidad—. No acepto un no por respuesta.

—Está bien —contesté sorprendida.

Esa faceta suya no me gustaba para nada, parecía otra persona. Caminé a su lado, intentando no mirar sus ojos. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, me agarró por la cintura y me empujó hacia dentro.

Se cerraron las puertas y tragué saliva.

Algo tenían los ascensores porque me sentía nerviosa y excitada. Él me estaba mirando con intensidad, como si intentaba descifrar lo que estaba pensando en ese momento.

—Espero que le gusten la pasta porque iremos a un restaurante italiano —dijo justo cuando se abrieron las puertas.

Ver personas caminando de un lado a otro me trajo de vuelta a ese mundo tan sofocante.

—Me encanta la pasta —dije y él sonrió.

Me gustaba esa sonrisa, era la que me despertaba todas las mañanas, la que veía cuando abría los ojos.

Las personas nos miraban sorprendidas y era porque él seguía sosteniendo mi cintura. Christian era un hombre casado y entendía a la perfección las sospechas de esas personas. Recordé porque estaba allí y me preguntaba si podía seguir haciendo ese trabajo. No me sentía capaz de grabarnos para que su mujer tenga las pruebas que necesitaba para quedarse con su dinero.

Al principio quería vengarme y hacerle daño, pero al verlo de nuevo, mis propósitos cambiaron. Aún lo amaba y no quería hacerle daño aunque él no había dudado en hacérmelo a mí.

—¿Pasa algo? —preguntó al verme parada delante de su coche.

—Nada, sentí un ligero mareo —mentí y él gruñó.

Se acercó y abrió la puerta del copiloto.

Tomó mi mano para ayudarme a subir y cuando me senté, se agachó para colocarme el cinturón de seguridad.

—Puedo sola —dije mirando con deseo sus labios, su cercanía me afectaba bastante.

—Lo sé, pero me gusta hacerlo yo. —Escuché un clic y sonrió—. Te sentirás mejor después de la comida —dijo y vi cómo alzaba la mano para tocar mi mejilla.

Mi cuerpo se tensó y dejé de respirar. Mis labios se quedaron sellados. No podía hablar. Mi boca estaba demasiado seca.

Apartó los ojos de mi rostro y dejó la mano caer hacia abajo, rendido.

Lo que había pasado, no me gustaba para nada, cada vez que lo tenía cerca deseaba besarlo o tocarlo.

¿Por qué no podía olvidarlo?

Se alejó y cerró la puerta. Mientras rodeaba el coche, intenté reprimir mis deseos y mis pensamientos. Tenía que olvidar el pasado porque la preocupación no dejaba de pinchar mi garganta.

Me negaba a dejar que la actitud de Christian hacia mí me afectara.

Abrió la puerta y se subió en el coche con la mirada perdida. Arrancó el motor y encendió la radio.

El destino se empeñaba a castigarme porque sonaba nuestra canción, la que él siempre ponía cuando me hacía el amor.

Sus manos apretaron con fuerza el volante hasta que los nudillos de sus dedos se volvieron blancos. Se puso tenso como si estuviera viviendo su peor pesadilla y después de unos largos segundos, apagó con brusquedad la radio.

—¿Pasa algo? —Me atreví a preguntar y él volteó la cabeza.

Entrecerró los ojos y trató de enfocar. Tenía la mandíbula apretada y sus labios dibujaban una línea fina y recta.

—No me gusta esa canción —dijo con tono áspero.

—A mí tampoco. —Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás.

El aire se volvió pesado, imposible de respirar y las lágrimas amenazaban por salir. Quise abrir la puerta y tirarme, pero no lo hice.

Pronto todo terminará y dejaré de verle.

SALSA CON SABOR A BESOS

Cuando Christian aparcó el coche delante del restaurante italiano que fue testigo de muchas cenas nuestras, agarré con fuerza mi bolso. Desde ese día, desde que me había dejado como una tonta delante del altar, no he vuelto a pisar el suelo de este restaurante. Allí fue donde lo vi por primera vez y allí fue donde me pidió matrimonio.

—Me encanta la comida que sirven en este restaurante. —Le dije a mi amiga Chelsea—. No entiendo cómo no te gustan las pastas.

—Me gustan, pero no soy tan adicta como tú. —Me miró divertida—. Si tanto te gusta como cocinan aquí, deberías decirles. Supongo que podrás colarte en la cocina y agradecer al chef. —Me guiñó un ojo.

—Hoy creo que no está. Dijo el camarero que la cocina está vacía y por eso hay solo lasaña en el menú —expliqué.

—¿Por qué no lo intentas? Si quieres yo te cubro.

—Esto parece de películas. Si quiero entrar en la cocina lo hago sin tener miedo a que me pillen. No voy a robar nada, solo quiero darle las gracias al chef. —Me puse de pie y ella empezó a reír.

Caminé hasta la puerta que separaba el salón de la cocina y miré hacia dentro por la ventana redonda. Vi como alguien se agachaba y tomaba un poco de salsa con una cuchara. Pensé que ese era el chef y empujé la puerta para entrar.

—Hola —dije, pero no me contestó.

Metió la cuchara en la boca y cerró los ojos.

—Solo quería agradecerte por cocinar tan bien. Soy muy fan tuya —reí y él se giró para mirarme.

Aún tenía la cuchara en la boca y cuando sus ojos encontraron a los míos, empecé a reír a carcajadas.

—Tu barbilla y tu camiseta están manchadas de salsa. —Lo señalé con el dedo.

Sacó la cuchara de la boca, caminó despacio y cuando llegó delante de mí, metió la cabeza en mi cuello, manchándome de salsa.

—Parece que tú también estás manchada —dijo sonriendo y lamió despacio mi cuello—. Esta salsa tiene mejor sabor en tu piel, preciosa.

—Yo... —Intenté alejarme, pero me atrapó entre sus brazos—. Solo vine a ver al chef y será mejor que me sueltes si no quieres que grite.

—Si lo haces nos pillarán a los dos y no te gustará oír el castigo —susurró con los labios pegados a mi cuello.

—Voy a gritar —advertí y coloqué mis palmas en su pecho.

Levantó la mirada y cuando vi sus ojos, quedé embobada, ese hombre era muy guapo.

—Nos echarán del restaurante y créeme que me encanta venir aquí a comer —dijo mirando mis labios—. Si tú no dices nada yo tampoco voy a decir nada. ¿Tenemos trato?

—Solo si me dices tu nombre —sonreí y él hizo lo mismo.

—Mi nombre es Christian y soy adicto a esta comida.

—Mi nombre es Clara y soy adicta a esta comida.

—¿Estás bien? —preguntó Christian con voz trémula—. Tienes la cara de haber visto un fantasma.

Alcé la mirada y el impacto de sus ojos, me dejó sin aliento por unos segundos. Como si me faltaba el aire. Era irritante que seguía provocando semejante efecto. Estaba librando una lucha interior. Quería decirle cosas, confesarle la verdad y luego irme como si nada hubiese pasado. Pero no podía. No cuando el simple hecho de mirarme me afectaba tanto.

Se alejó para abrir la puerta del coche y se bajó. Tuve tiempo de recuperar el aliento y obligué a desechar aquellos pensamientos para volver a poner a funcionar mi cerebro.

—Puede que sí... —susurré bajito y agarré la mano que me ofreció.

—Te encantará la comida que sirven aquí —aseguró—. Soy cliente fiel.

No dije nada, solo lo seguí en silencio. Sus dedos acariciaban despacio a los míos enviando pequeñas descargas eléctricas por mi cuerpo.

Cuando tiré de la mano, él se sorprendió pero no tuvo tiempo a reaccionar. Un camarero se nos acercó y le estrechó la mano libre.

—Señor Wells, que gusto tenerlo hoy aquí. —Me miró de reojo.

—Hola, Carlos. Quiero la mesa de siempre —reiteró.

Agarró de nuevo mi mano y sentí un escalofrío abrirse paso a través de mi cuerpo. En aquel preciso instante, el efecto era aún más intenso que antes.

—Sí, señor —comentó el chico y nos hizo señas para seguirle.

Christian me ayudó a sentarme y luego arrastró la otra silla para ponerla a mi lado.

—¿Lo mismo de siempre? —preguntó Carlos incómodo.

—Sí, gracias —contestó él sin siquiera mirarlo.

—Supongo que le resulta raro verle sin su esposa —dije, concentrada en quitar la servilleta que había dentro de mi vaso.

—¿Sabe usted que estoy casado? —inquirió y frunció el ceño

—Eh, sí —contesté y tomé un trozo de pan para disimular mi nerviosismo—. ¿Es un secreto?

—Por supuesto que no —rió amargamente—. Pero no me gusta que la menciones.

—Lo siento.

Me inquieté al ver su mirada. Aquellos ojos traviosos y tan familiares. Se me hizo un nudo en el estómago y me moví en la silla, incómoda. Su mirada se clavó en mis movimientos y miré mis manos con el ceño fruncido. Me di cuenta de que había hecho lo que siempre hacía cuando me sentaba a cenar con él. Había partido el pan en trozos pequeños y los había ordenado en una línea recta.

Su mirada estaba fija en los trozos de pan y no daba crédito a lo que veía. Tomé los trozos de pan con movimientos bruscos y los dejé en la cesta.

Christian alzó la mirada y me agarró la pierna por debajo de la mesa.

—¿Por qué hiciste eso? —gruñó.

—¿Hacer qué? —Me hice la tonta, pero cuando apretó los dedos en mi pierna, empecé a reír con nerviosismo—. ¡Ah la tontería del pan! —dije y él soltó mi pierna—. Una amiga mía lo hacía siempre... —Entrecerró los ojos—. Dijo que ayuda a soltar la tensión —expliqué y él dejó de mirarme.

—¿Cómo se llama tu amiga? —preguntó con voz áspera.

—La verdad es que no recuerdo su nombre. Dejé de hablar con ella hace años —mentí.

—Aquí tienen —dijo Carlos dejando encima de la mesa dos platos con espaguetis a la carbonara.

Cuando vi la salsa, me tensé y se me nubló la vista. Tenía la sensación de que el corazón me iba a estallar en el pecho. Apenas podía respirar, mi mente había empezado de nuevo a recortar el pasado.

Me puse de pie y agarré mi bolso.

—Voy un momento al baño. —Apreté el paso en aquella dirección, procurando no correr y consciente de que su mirada me seguía.

CARICIAS EXCITANTES

S alí del baño y me encaminé hacia la mesa. Me sentía demasiado frágil; había llorado y había recordado cada momento feliz de nuestro pasado juntos.

Llegué delante de la mesa y Christian alzó la mirada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó preocupado—. ¿Quiere que la lleve al hospital?

—¿Hospital? —Me senté y metí las manos debajo de la mesa, dejándolas encima de mis rodillas.

—Bueno, Janice me contó lo de su enfermedad —explicó—. Lo entiendo...

—Yo no lo entiendo. —Miré el plato con espaguetis y tragué saliva, tenía hambre.

—Ella me dijo que se está recuperando de una anorexia, ¿es así? —Me miró con cierta preocupación.

—Ah... —Apreté la mandíbula molesta.

Esa mujer lo había mentado para que me invitara a comer, ¿qué pretendía ganar con eso?

—Bueno... —dije al ver que él seguía mirándome con preocupación—. Ahora estoy mucho mejor. Llevo más de un año alimentándome bien. —Seguí con la mentira.

—Es una enfermedad peligrosa... —Dejó el tenedor en el plato y se tomó el vaso de agua de un trago—. Se enfría la pasta —comentó con voz tierna. Percibí un destello de inquietud en sus ojos, pero no quería analizarlo—. He leído un poco su currículum. Lleva muchos años trabajando como secretaria y no entiendo porque sigue haciéndolo. Puede encontrar otro puesto mejor.

—Supongo que no me gusta cambiar. —Me pasé la lengua por los labios y su mirada se estrechó.

—Su trabajo en mi empresa implica viajar. ¿Hay algún problema?

—No... —dije, forzando la voz para que no me temblara.

Sentí un impulso de levantarme y dimitir, pero no podía hacerlo. Mi corazón me lo impedía, anhelaba por escuchar sus palabras y deseaba unir los pedazos sueltos, lastimados. Tenerlo de nuevo en mi vida era una inesperada oportunidad de recuperar el tiempo perdido y de sanar las cicatrices del pasado. Dudaba de si seguir con mi venganza porque podría hacer un daño irreparable. Pero si conseguía un vídeo con él, su mujer lo dejaba sin nada y solo.

Yo podría consolarlo y...

—¿Va a contestar a mi pregunta?

—¿Qué fue lo que dijo? —Cerró los ojos y disfruté del sabor, la salsa me excitaba por dentro.

—Eh...

Abrí los ojos y él me estaba mirando fijamente con un deseo peligroso en sus ojos negros. Esa era buena señal, pronto caerá en mi trampa.

—¿Qué fue lo que preguntó? —insistí y pasé un dedo por el borde del plato. Se llenó de salada y lo metí en la boca, chupando con lentitud. —Esta salsa es divina... —susurré y vi como la manzana de Adán subía y bajaba con rapidez, estaba poniéndolo nervioso y me sentía poderosa.

—Tenemos que volver. —Levantó una mano en el aire—. Hay mucho trabajo por hacer—. Evitó mirarme y cuando Carlos llegó a la mesa, estiró la mano con una tarjeta.

—Enseguida vuelvo, señor Wells.

—Veo que le gusta la pasta. No le pregunté si quiere algo de postre. —Me dedicó una media sonrisa y su mano derecha se posó en mi rodilla—. No quise ser borde, pero no acostumbro comer dulce a estas horas.

Ese detalle lo sabía, solo comía dulce por la mañana, pero solo un trozo de chocolate blanco, no le gustaba otra cosa.

Sus dedos empezaron a moverse y las caricias que recibía me dejaban sin aliento. Sus dedos eran fríos y mi piel caliente. Me estaba estudiando con la mirada y eso hizo que me estremeciera de los pies a la cabeza.

Contuve el aliento cuando se inclinó hacia un lado. Sus labios rozaron mi oreja y gemí bajito. Su mano subió lentamente y llegó al borde de mi falda.

Justo cuando pensé que seguiría con las caricias hasta llegar al punto culminante, escuché una tos y me retiré al instante.

—Perdón. —Se excusó Carlos y dejó la tarjeta encima de la mesa.

—No vuelva a tocarme de ese modo. —Me puse de pie y estiré la falda.

—¿Por qué? —Me agarró por la cintura—. ¿Tiene miedo de algo?

—No, solo que usted está casado y...

—No quiero que vuelvas a recordármelo. —Apretó su mano dejándome sin aire.

—Es la realidad y usted es mi jefe. —Me alejé y agarré con fuerza mi bolso.

—Tiene algo que me resulta familiar —dijo, y sentí un escalofrío—. Y pienso averiguar lo que es.

Abrí las puertas y cuando sentí el aire golpeando mis mejillas, suspiré con dolor. Estar a su lado era más difícil de lo que había pensado.

JUGAR CON FUEGO

— **P**asa. —Sus labios se curvaron y me dejó pasar.

—Gracias. —Entré y me aferré a la barandilla.

Me esforcé a recuperar la calma, recordar el pasado me hizo sentirme como una presa enjaulada ahogada en mil pensamientos y a punto de morir. Apreté la barandilla con fuerza, sintiendo la necesidad de gritar. Sus ojos viajaron hasta ahí y se acercó despacio. Tocó mis manos con sus dedos intentando aliviar mi agonía y agachó la cabeza.

—Lo deseas tanto como yo... —susurró mirando mis manos.

—¿Eh? —Alcé la mirada—. ¿A qué se refiere? —Intenté quitar las manos, pero me las atrapó.

—Hay algo entre nosotros que no tiene explicación y lo único que deseo ahora mismo es saborear tus labios. —Apretó mis manos y las puertas del ascensor se abrieron—. De momento se salvó. —Me guiñó un ojo y salió del ascensor, dejándome temblando.

Salí detrás de él y cuando llegué delante del mostrador, Janice levantó la mirada y sonrió con satisfacción.

—¿Disfrutaste de la comida, querida? —preguntó con voz dulce—. Yo diría que sí.

—Tú y yo tenemos que hablar. —La señale con el dedo.

—¿Pasa algo? —Se agachó para dejar unas carpetas dentro de un cajón.

—Le mentiste. —Dejé mi bolso de golpe en el mostrador y ella se sorprendió.

—¿Yo? —Se señaló con el dedo—. Yo no miento y más si se trata de Christian. Lo quiero como si fuera mi hijo.

—Le dijiste que soy anoréxica, por Dios —levanté el tono de voz.

—¿Y no es así? —Señaló mi cuerpo—. Eres muy delgada.

—No intentes disimular, no soy tonta. ¿Por qué lo hiciste?

—Todo a su tiempo. —Se sentó y empezó a hojear las carpetas, distraída.

—No entiendo...

El teléfono empezó a sonar y ella levantó una mano en el aire para callarme.

—Sí, señor Wells —dijo y me miró a los ojos—. Ahora mismo se lo digo.

Colgó el teléfono y señaló la puerta.

—Quiere verte. —Sonrió y mostró sus perfectos dientes.

—¿Dijo para qué? —La miré y ella negó con la cabeza.

—Seguro que os ha quedado algo pendiente...

Llegué delante de la puerta y sacudí mis hombros. Tenía que ser firme y centrarme en mi trabajo, no podía dejarme engañada otra vez por sus encantos.

Abrí la puerta y lo encontré sentado, con la mirada perdida.

—Siéntate. —Señaló una silla.

Me senté y agaché la cabeza, no quería mirarlo.
Se levantó de golpe y mis pulmones se quedaron sin aire. Llegó detrás de mí y colocó las manos encima de mis hombros.

—Quiero que deje de trabajar para mí —dijo, cortante.

Luego se quedó callado y deseaba que volviera a hablar para escuchar la razón de su decisión, pero no lo hizo. Permaneció en silencio, tenso y ajeno a mi confusión.

Intenté ponerme de pie, pero apretó sus manos impidiendo a que me levantara. Luego empezó a tocarme con absoluta suavidad. Como si fuera algo frágil y quebradizo.

—Está despedida. —Su tono de voz helado me dejó sin habla.

Pensé rápidamente en una vía de escape, intentando minimizar el impacto que me provocaba la proximidad de su cuerpo. Me aclaré la garganta.

—¿Por qué? —Intenté otra vez ponerme de pie—. ¿Qué hice mal?

Él se inclinó hacia delante para rozarme el oído con su aliento al hablar.

—No puedo concentrarme sabiendo que estás al otro lado de la puerta. Tu perfume inundó la oficina entera y tu voz me hace cosquillas en el pecho. Te deseo tanto... y por eso es mejor si te vas ahora mismo —dijo en tono informal.

No me rendía con facilidad y no quería empezar a hacerlo en ese momento.

—Necesito este trabajo —dije con voz ahogada.

—Lo siento, pero es mejor así. —Dejó de tocarme y se alejó.

—No lo entiendo. —Me puse de pie—. Solo llevo unas horas trabajando. Merezco una oportunidad...

—No lo entiendes. —Metió las manos en los bolsillos de los pantalones—. No se trata de cómo haces tu trabajo.

—Esto es absurdo... —dije y sus ojos se estrecharon—. No pienso irme de aquí por una tontería.

—¿Una tontería? —Caminó a grandes zancadas y tomó mi rostro en sus manos.

Presionó sus labios en los míos en un beso inesperado y hambriento.

Todos mis músculos se tensaron y luché para liberarme de su agarre.

Metió la lengua en mi boca y dejé de luchar. Su beso fue como una ráfaga de aire, como un alivio para mi corazón dolido y dañado. Sus labios no dejaron de moverse y sus dientes mordían con suavidad mi lengua. Había olvidado lo pasional que podía ser besando.

Le devolví el beso con la misma hambre y deslicé mis manos alrededor de su cuello. Me tomó en brazos y me sentó encima de su escritorio sin dejar de besarme. Sus manos acariciaban mi espalda sin parar y su boca poseía la mía frenéticamente.

Rompió el beso jadeando y se alejó.

—¿Sigues diciendo que es una tontería? —Se tocó los labios y cerró los ojos.

El beso lo había afectado tanto como a mí.

—No sé qué decir. —Me bajé del escritorio.

—No hay nada más que decir. Hemos terminado aquí. Puedes irte. —Señaló la puerta—. Recoge tus cosas...

—¡No es justo, no puedes tratarme así! —grité y él giró la cabeza extrañado—. No me voy de aquí. —Me acerqué y le clavé un dedo en su pecho—. No puedes despedirme.

—Claro que puedo. —Agarró mi mano—. Soy tu jefe.

—Puedo denunciarte por acoso sexual —dije y él empezó a reír.

—Vaya, eso no me lo esperaba. —Tiró de mi mano—. ¿Me estás chantajeando, hermosa?

—Este puesto es mío y seguiré trabajando aquí. —Levanté la barbilla desafiante.

—¿Quieres jugar peligroso? —Presionó su cuerpo contra el mío—. Estoy dispuesto a jugar tu juego... pero, no olvides una cosa. Siempre gano. —Agachó la cabeza y besó mis labios posesivamente.

—No vuelvas a tocarme. —Lo empujé y él sonrió.

—No lo haré... de momento. —Estiró su camisa—. Mañana tenemos que viajar a Brasil. Quiero que tengas la maleta preparada. Vendré a recogerte a las ocho de la mañana. —Se sentó en la silla—. No olvides tu bañador. —Me guiñó un ojo—. Ahora, tráeme un café.

—Imbécil —dije bajito y él empezó a reír.

—Me gusta este juego —dijo con una sonrisa traviesa en sus labios.

Abrí la puerta y la cerré de golpe. Janice levantó la mirada y dejó despacio el teléfono en la mesa, sin dejar de mirar mis ojos.

—¿Pasa algo, querida?

—Nada, solo que tengo un jefe idiota —contesté, molesta.

Giré sobre mis talones y empecé a caminar. Me sentía mareada, el beso había derretido cada hueso de mi cuerpo. Llegué delante del ascensor y apoyé las manos en la pared. Las piernas me temblaban, de hecho todo mi cuerpo temblaba por la culpa de sus toques. Estaba caliente y mortificada. Eso pasaba cuando jugabas con el fuego sin haber leído bien las instrucciones.

TEQUILA Y LIMONES

Abrí la puerta de mi casa y encendí la luz. Era muy tarde, me había quedado en la oficina intentando dejar todo al día antes del viaje.

Janice se fue antes y tuve que terminar yo todo sola. A Christian solo lo vi un rato, cuando le había llevado el café. Ni siquiera me prestó atención, estaba hablando por teléfono con la vista clavada en su ordenador.

—¡Abre la puerta! —los gritos de Tania me sobresaltaron.

Caminé hasta allí y la abrí. Me encontré con ella, John y Alan. La sorpresa me tomó desprevenida y me quedé parada en el umbral. Tania no me había dicho nada y no sabía por qué ellos estaban delante de mi puerta.

—Queremos celebrar tu primer día de trabajo —comentó ella empujándome para entrar—. ¡Tengo tres botellas de tequila! —grito eufórica.

Cerré la puerta detrás de ellos y los miré con incredulidad.

—Hola, Clara —dijo John y besó mi mejilla—. Espero que no te molestes. Tania me dijo que te había avisado, pero veo que no es verdad. —La miró mal y ella le sonrió, culpable—. Sabes que no me gusta cuando me engañan y sabes que esto trae consecuencias —advirtió.

—Eso es justo lo que quiero. —Lo miró con los ojos entrecerrados.

Alan se había quedado estático delante de la puerta y miraba un punto fijo en el suelo. Se sentía incómodo, la última vez se había ido bastante decepcionado.

—Hola Alan —dije y él levantó la mirada—. Creo que tengo que pedirte disculpas.

—No, no tienes que hacerlo. —Se acercó y besó mi mejilla—. Si quieres que seamos amigos... —sonrió—. Podemos serlo.

—Gracias —dije y él paseó su mirada por mi cuerpo, examinando cada detalle.

—Nunca te vi vestida tan formal —dijo pensativo—. Me gusta...

—¿Tienes limones? —gritó Tania desde la cocina.

—Sí, en la nevera. —Agarré a Alan por el brazo—. Vamos a pasarlo bien antes de irme de viaje.

—¿Vas a ir de viaje? —preguntó él sorprendido.

—¿Quién se va de viaje? —Escuché la voz de Tania—. Yo también quiero ir. —Puso una cara triste.

—No voy a irme de vacaciones —comenté—. Es un viaje de trabajo.

—Aja... —Tania me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Vas a ir con tu jefe?

Alan giró la cabeza para mirarme y apreté los puños para no estallar. A veces me entraban unas ganas enormes de estrangular a mi amiga, siempre metía la pata.

—Por supuesto —contesté con la mandíbula apretada—. Son solo unos días.

—¿A dónde vais? —preguntó John y Alan torció los labios.

—A Brasil. —Me senté en la silla que había a mi lado y miré el vaso lleno de tequila—. No quiero aburrirlos con estos detalles. —Agarré el vaso y lo levanté en el aire—. Hoy toca olvidar el trabajo. —Bebí el vaso entero y chupé con fuerza un limón.

Ellos hicieron lo mismo y luego se sentaron a mi lado.



—¿Qué es ese ruido tan molesto? —preguntó Tania, quejándose.

Abrí los ojos asustada, Christian tenía que venir a recogerme y no había hecho la maleta.

—Haz que pare... —gruñó ella y abrazó a John.

Se habían quedado a dormir en mi casa, pero no recordaba muy bien lo que había pasado. Estaba tumbada en el sofá y no había rastro de Alan. Una buena señal, no había cometido ninguna locura...

—Abre la maldita puerta, Evelyn —gritó Christian y ellos me miraron con mala cara y extrañados.

—Hay alguien tocando a tu puerta y parece muy enfadado... —murmuró Tania y echó la cabeza hacia atrás—. ¿Quién es Evelyn?

Miré el reloj y salté del sofá enseguida.

—¡Mierda! —grité y cuando llegué delante de la puerta, pasé las manos por el cabello intentando peinarlo—. Es mi jefe...

—Abre la puerta —exigió Christian.

Dejé mi pelo tranquilo, no tenía remedio y abrí la puerta. Suspiré al verle, estaba vestido con unos vaqueros azules y una camiseta blanca. Me gustaba cuando se vestía así, fue mi idea combinar camisetas blancas con vaqueros porque hacía resaltar el color de sus ojos azules.

—Nos tenemos que ir —dijo, molesto—. ¿Dónde está tu maleta y por qué no estás vestida?

—Eh, yo...

—¿Has visto mis pantalones? —preguntó Alan y cuando giré la cabeza, tragué saliva. Llevaba mi toalla rosa atada a su cintura y una sonrisa amplia en su rostro.

—Lo siento... —Se excusó Christian y Alan lo fulminó con la mirada.

—Tus pantalones están debajo del sofá —gritó Tania—. Los escondiste anoche...—Se puso de pie—. El gato no paraba de tirar de ellos —explicó y cuando llegó delante de la puerta, apartó a Alan para mirar a Christian—. Vaya... —suspiró y estiró una mano—. Soy Tania, la mejor amiga de... —Se relamió los labios.

—...De Evelyn —terminé la frase, con un gruñido.

—Encantado —contestó él y tomó su mano—. Soy Christian, el jefe enfadado y molesto de Evelyn.

—Lo siento. —Me disculpé y sentí unas manos abrazando mi cintura.

—Tu maleta está encima de la cama —susurró Alan en mi oído y me estremecí—. Al lado hay ropa preparada. —Besó mi mejilla.

—Gracias. —Me aparté un poco y abrí la puerta para que dejar pasar a Christian.

Tania enseguida lo agarró por el brazo y lo llevó hasta la cocina.

—¿Este es tu jefe? —preguntó Alan con una ceja elevada—. No me gusta como te mira...

—Alan, eso no importa. —Miré la toalla—. Tan solo es un trabajo para mí.

—Ah, es uno de esos —sonrió y agarró la toalla—. Este es muy joven, Clara, esto parece distinto. ¿Podrás con él?

—Por supuesto, todos caen. —Miré de reojo a Christian—. Él no es una excepción.

—Voy a cambiarme —avisó Alan.

—Gracias por hacerme la maleta. Te debo una. —Sonreí tímidamente.

—Me debes un beso, Clara. —Miró mis labios—. Y pienso cobrarlo cuando vuelves.

—Nos tenemos que ir —avisó Christian mientras se acercaba—. No quiero perder el vuelo por la culpa de una borrachera.

Abrí la boca para protestar, pero su mirada dura, me hizo cambiar de opinión. No quería montar una escena delante de mis amigos, sabía que con Christian no se podía discutir cuando estaba enfadado.

—Iré a cambiarme. —Señalé mi pijama.

—Por mí puedes ir así. —Me miró con ojos burlones—. Espero que todas tus pijamas sean igual de sexy —susurró con los labios pegados a mi oído—. No sabes cuánto me ponen. — Me dio una palmada en el culo y abrió la puerta—. Te espero abajo, no tardes, por favor. — Cerró la puerta y cuando di la vuelta me encontré con la mirada intrigante de mi amiga.

—Vas a caer, amiga —silbó—. Suerte... —sonrió y agarró mi barbilla—. Por lo menos intenta disfrutar, algo me dice que es muy bueno en la cama. —Entrecerró los ojos—. ¿Es así?

—Sí —dije, apretando los labios con desagrado.

UN BESO CORRESPONDIDO

— Deja que te ayude. —Christian agarró la maleta y la guardó en el maletero de su coche.

Luego me abrió la puerta del copiloto mientras miraba mi rostro insistencia. Me vi obligada entrar con la cabeza agachada y eso frustraba bastante.

—¿Qué pasará con el coche? —Miré su mano estirada mientras giraba la llave en el contacto—. ¿Por qué no llamaste un taxi?

—Vendrá mi chofer a recogerlo del aeropuerto. —Me miró a los ojos—. ¿Qué fue lo que bebiste anoche?

—¿Por qué quieres saberlo? —Me pasé las manos por el pelo con nerviosismo.

—Por si alguna vez necesito emborracharte —contestó en tono burlón.

—Mira, mi vida privada...

—Estaba bromeando, Evelyn —aclaró y resopló con frustración.

Apoyé la cabeza en el cristal y cerré los ojos.

—Así que tienes novio —murmuró.

Abrí los ojos e intenté controlar mi genio.

—Alan es... bueno, sí... es mi novio. —Giré la cabeza para mirarlo y vi cierta decepción en sus ojos—. ¿Y tu mujer? —Enarqué una ceja y él apretó la mandíbula con fuerza—. ¿Por qué no te acompaña?

—Deja de mencionarla. —Giró la cabeza para mirarme—. Y además no es asunto tuyo.

—Mi vida tampoco es asunto tuyo. —Aparté enseguida la mirada, me sentía vulnerable.

Dejó de hablar y agradecí en silencio, tan solo quería llegar a ese hotel y grabar el video para terminar con esa farsa, con las mentiras.

Cuando paró el coche delante del aeropuerto vi a Tom, mi última víctima, cargando una maleta. Me tensé y empecé a sentir pánico, él podría delatarme.

Christian abrió la puerta y justo en ese momento, vi a Tom girando la cabeza.

Me puse de pie y le planté un beso a Cristian en los labios, dejándole impactado. Cuando movió sus labios, gemí y me aferré a su cuello. La calidez y la suavidad del beso, tocaron mi parte vulnerable, el corazón. El mismo que él había roto cuando me abandonó.

Él gimió antes de besarme con más fuerza, apresando mi boca, robando mi aliento con su destreza. Me escuché gemir yo también y sentí que se me aflojaban las rodillas.

Entonces él rompió el beso, se inclinó un poco y cerró la puerta del copiloto.

—Nada más me gustaría seguir —susurró cerca de mi oído—. ¿Ansiosa? —se burló.

Miré a sus espaldas y vi que Tom se había ido, así que lo empujé y le planté cara.

—No vuelvas a besarme. —Lo señalé con el dedo.

—¿En serio? —rió—. Fuiste tú quien me besó y podría decirte lo mismo. Pero no lo haré. —Agachó la cabeza hasta que su frente tocó la mía—. Porque me gustó. —Miró mis labios—. No sé porque, pero tu forma de besar me es familiar. Me recuerdas a ... —Se alejó enseguida—. Vamos —dijo con brusquedad y me agarró por el brazo.



—¿Quieres despertarte? —preguntó Christian y abrí los ojos, asustada.
—¿Qué pasa? —Parpadeaba sin parar.
—Tenemos que bajar —Señaló la cola de gente que había al lado de los asientos—. Dormiste todo el vuelo y... roncas.
—Yo no ronco. —Me puse de pie.
—Oh sí, y duermes con la boca abierta. —Lo miré y vi que tenía el ceño fruncido.
—¿Qué? —pregunté al ver que había dejado de hablar para mirarme.
—¿Pueden dos personas parecerse tanto? —murmuró para sí mismo.
Agaché la cabeza, empezaba a sospechar y eso no era bueno. Necesitaba distraerlo, pero no se me ocurría nada, no sabía cómo hacer para que dejara de mirarme o de tocarme. Una parte de mí no quería hacerlo porque deseaba que me tocara, que me besara...
—¿Qué esperas? —preguntó él y me agarró por el brazo para que lo siguiera—. ¿Qué te pasa? —Se giró para mirarme y alguien me empujó para que siguiera caminando—. ¿Aún tienes resaca?
—Camina. —Lo empujé y tropecé con una maleta que había en el suelo. Para no caer, me aferré a su cintura y él se dio la vuelta, extrañado.
—Vaya. —Sonrió abiertamente—. Sigues ansiosa...
—Estuve a punto de caer —comenté, pero no solté su cintura—. Había una maleta en el suelo y...
—Deja de buscar excusas. —Agarró mi mano derecha—. No puedes mantener tus manos quietas y es justo lo que yo también siento. —La besó y me miró a los ojos. Alguien nos empujó y tuvo que soltar mi mano.
—Lo bueno es que hoy no tenemos que trabajar. —Llegó a la puerta del avión—. Tendremos tiempo suficiente para saciar nuestras manos y nuestros deseos.
—No sé a qué te refieres. —Levanté los hombros y me alejé un poco—. Este es un viaje de trabajo.
—¿Eso crees? —Empezó a reír y bajó las escaleras con pasos rápidos.
Cuando llegó abajo, estiró una mano para ayudarme. La tomé y él aprovechó para tirar de ella hasta que mi cuerpo chocó contra el suyo.
—¿De verdad piensas que necesito cinco días para hacer negocios? —Tiró de mí para dejar pasar a la gente—. Recuerda que empezaste un juego peligroso, uno que pienso ganarlo a

toda costa. —Besó mi cuello—. Si quieres seguir trabajando para mí, tendrás que afrontar las consecuencias, Evelyn. No me gusta cuando intentan tomarme el pelo y más... —Tocó la punta de mi nariz con su dedo índice—. Cuando me chantajea.

—Yo no lo hice.

—Oh, lo hiciste. —Estrechó los ojos—. Y tengo la cura perfecta. —Tomó mi mano y empezó a caminar—. Ah, por cierto. Tenemos que compartir habitación, espero que a tu novio no le importe.

—Y yo espero que a tu mujer tampoco —contesté y sentí un fuerte apretón de su mano.

Me había metido en la boca del lobo y estaba sintiendo sus mordiscos al ritmo de mi corazón.

BRASIL

Brasil era un país que siempre había llamado mi atención. Nunca tuve la oportunidad de viajar y visitar lugares turísticos. Sabía que era un lugar muy poblado y de gran extensión. Para mí era un gigante de Sudamérica que evocaba fiestas, playas y fútbol. Su selva amazónica lo hacía ser un país único en el mundo. Uno sin complejos, con gente muy bella en el interior y exteriormente.

Un taxi nos llevó al hotel y después de pedir la llave, fuimos a comer a un restaurante pequeño, pero bastante moderno.

Pasaron unos largos minutos incómodos hasta que por fin levanté la mirada y me enfrenté a él.

—Deja de mirarme así. —Dejé el tenedor encima de la mesa, haciendo ruido—. Estoy intentando comer y me incómodas.

—Lo siento, solo que... —Estrechó la mirada—. Tus gestos me parecen muy familiares.

—¿No tenías que hacer una llamada? —dije, intentando cambiar de tema.

—Sí. —Se levantó—. Ahora vuelvo. —Se agachó y colocó las manos encima de la mesa—. Puedes pedir el postre, creo que ya sabes lo que me gusta. —Bajó la cabeza y sus labios rozaron los míos—. Tiene buen sabor la salsa de estos espaguetis, pero hay otra mejor, ¿a que sí? —Me dio un beso corto y se fue, dejando una duda en el aire.

En ese momento tenía la impresión que sabía quién era yo y que disfrutaba jugando conmigo.

—Disculpe —dijo alguien y levanté la mirada—. No quiero molestar.

—No, dígame —Quitó la mano que estaba encima de la mesa, sus dedos habían rozado a los míos.

—Mi amigo dice que su rostro le parece familiar —comentó y tragué saliva—. No eres de por aquí, ¿verdad?

—No, no soy de por aquí —contesté con cuidado y empecé a mover mis piernas con inquietud.

—Mi amigo se llama Hank, puede que le suene su nombre —Entrecerró los ojos.

—No, lo siento. —Empecé a toser.

—Él sí que la recuerda. —Colocó las dos manos encima de la mesa y se agachó—. Vigila tu espalda —susurró cerca de mi oído.

—¿Pasa algo? —preguntó Christian y nos miró con intriga.

—Ah, no. Solo le estaba diciendo a su mujer que a mi novia le gusta mucho su peinado —contestó el hombre y Christian entrecerró los ojos.

—Gracias. —Forcé una sonrisa.

—Lo siento, no quise interrumpir vuestra comida. Nos veremos por aquí —dijo el hombre mirándome con frialdad—. Hasta luego.

Él se fue pero Christian no dejaba de mirar con atención mis gestos.

—¿Qué fue lo que te dijo, Evelyn? Ne me creo sus palabras. Estás temblando, por Dios. — Estiró una mano y la dejó caer encima de la mía—. ¿Te molestó? Puedo buscarle y...

—No. —Apreté su mano—. No lo hagas, no fue nada importante. Me dijo que le gustan mis pechos —mentí y él enseguida bajó la vista.

—Le tengo que dar la razón —murmuró y empecé a sentirme incómoda—. Pero estas cosas no se dicen en público. —Levantó la mirada—. Si intenta otra vez hablar contigo, dímelo. —Su tono de voz serio me dio confianza y seguridad.

—Lo haré, gracias. —Retiré la mano y él sonrió.

—Al final... esta noche no hay cena de negocios —comentó—. Quieren estudiar mejor la propuesta. —Tomó el vaso de agua y dio un sorbo—. Nos reuniremos con ellos dentro de dos días.

—Así que puedo visitar Brasil hoy y mañana, ¿verdad?

—Iremos a visitar Brasil, Evelyn. —Me corrigió—. Estamos aquí juntos y haremos las cosas juntos.

—Como tú deseas. —Sequé mis labios con una servilleta y tomé un sorbo de agua, el postre estaba demasiado dulce—. Eres el jefe.

—Oh, no. —Se levantó—. Estos días no soy tu jefe. —Estiró una mano.

—¿Y qué eres? Te recuerdo que tengo novio. —Tomé su mano y me levanté.

—Él no está aquí. —Rodeó mi cintura y mordió con suavidad mi cuello—. Parece que encontré tu debilidad.

—¿Eh?

—Los besos en el cuello parecen gustarte... —Me besó otra vez y me alejé, estábamos delante de personas—. Había una persona que se volvía loca cuando le besaba el cuello —comentó, pensativo.

—¿Nos vamos? —pregunté mientras miraba a mi alrededor, me sentía vigilada.

Me sentía atrapada en una situación que no quería vivir, como si fuera un muñeco de vudú y mi tiempo estaba limitado. El hecho de tener a Hank vigilando mis pasos, me tenía inquieta. Ese hombre intentó matarme hace un año, cuando se enteró de que lo había grabado.

—Tomaré mi postre en la habitación —dijo Christian mirando su plato—. Veo que acertaste.

—Me dijiste que te gusta el chocolate blanco...

—Así es. —Tomó mi mano—. Me sorprende que lo recuerdas, te lo dije solo una vez. — La besó—. Hay algo que me intriga...

—Vamos, quiero cambiarme para salir —dije tirando de su brazo.

—Y yo pensaba que tienes prisa para otras cosas. —Sonrió.

OJOS AZULES

—¿Solo hay una cama? —pregunté asustada y sorprendida al mismo tiempo.

—¿Cuántas necesitas? —Cerró la puerta y se paró detrás de mí—. Es perfecta, un poco grande, pero no importa. —Colocó las manos en mi cintura y sentí un ligero escalofrío.

—Dormiré en el suelo —comenté, insegura.

—Dormirás conmigo. —Su cuerpo rozó al mío y sentí su dureza presionando mi trasero.

Deseaba dejarme llevar por la situación, deseaba sentir de nuevo sus manos, sus caricias y sus besos intensos, pero tenía un trabajo por hacer. Sabía desde el principio que no iba a ser fácil, pero al menos lo había intentado.

El éxito de ese trabajo me proporcionaba la libertad que tanto ansiaba. Con ese dinero, todas las deudas de mis padres quedarían pagadas y por fin podría irme de la ciudad, podría desaparecer para siempre.

—Iré a cambiarme de ropa —susurró cerca de mi oído—. ¿Quieres acompañarme?

—Prefiero quedarme aquí. —Me alejé un poco y él río.

—Todo a su tiempo —dijo y se agachó para abrir su maleta—. ¿Me pongo una camiseta blanca o una negra? —Me las enseñó—. ¿Cuál crees que combinaría con mis ojos?

—Me gusta como te queda esta camiseta blanca —dije y lo miré con descaro.

—¿Por qué? —Me miró de la misma forma.

—Porque combina con tus ojos... —contesté con una sonrisa.

—Desde ahora en adelante me compraré solo camisetas y camisas de color blanco.

—Supongo que la blanca. —Sonrió de lado—. Alguien me dijo que este color combina con mis ojos.

—Alguien sabio.

—Y muy hermosa. —Dejó la camisa negra dentro de la maleta.

—¿Tu mujer? —pregunté y me senté en el borde de la cama.

—Te dije que no quiero que la menciones. —Su voz sonó fría y me mordí los labios.

—Lo siento, pero, ¿puedo preguntar por qué? —Solté mi labio inferior y me pasé la lengua por encima—. No lo entiendo...

—¿Qué no entiendes? —Empezó a desabrocharse la camisa—¿Que quieres saber, Evelyn?

—Eres un hombre guapo, exitoso y deberías tener a la mujer perfecta. —Miré con atención sus movimientos y suspiré—. Una que te ame y que te haga feliz. —Sentí un ligero sudor en mis palmas.

—Debería. —Abrió la camisa y tragué saliva—. Pero esa mujer... —Apretó la mandíbula

—. Yo...

—¿Tú qué? —Vi que apretaba los puños y me puse de pie—. Habla, Christian...—Llegué delante de él y cuando levantó la mirada, el mundo se paró.

Sus ojos eran húmedos y su mirada triste. Quería abrazarlo, quería perdonarlo y decirle que todo estaría bien, pero no me atreví. No quería pasar otra vez por lo mismo, ahora estaba casado. Pertenece a otra mujer, ya no era mío.

—Fui un idiota, Evelyn —dijo bajito y me miró—. La perdí y no hice nada para recuperarla. —Estiró una mano para tocar mi mejilla—. Te pareces tanto a ella que me duele verte.

—¿Qué pasó? —pregunté y él negó con la cabeza.

—Es complicado —dijo y bajó la mano—. Ella sigue viva en mis pensamientos. Ese es el único lugar donde ella me sigue perteneciendo.

—Christian...

—Déjalo, Evelyn. —Se agachó y agarró la camiseta con sus manos.

Levantó la mirada y dejé de pensar. Caminé hasta llegar a su lado y me atreví a mirarlo a los ojos. Tomé su rostro en mis manos y me dejé llevar. Mis labios rozaron con gentileza los suyos una y otra vez, y cuando escuché un sonido de placer en su garganta, una oleada de calor recorrió mis venas.

Deslizó sus dedos dentro de mi cabello y me acercó, profundizando el beso. Era tan dulce, suave y receptivo, justo como lo recordaba. Cerré los ojos y deslicé las manos por su cuello hasta que alcancé los hombros, donde me aferré para apretarme contra él. Necesitaba sentirlo más cerca y tenerlo de nuevo en mis brazos.

Él respondió con un gemido y enredó su lengua con la mía. Me rodeó con sus brazos y me acercó todavía más, respondiendo a mi beso con un hambre feroz. Recordé lo mucho que lo amé y lo mucho que me dolió cuando me abandonó.

Me tensé al instante y él lo notó porque dejó de besarme.

—Lo siento... me dejé llevar. —Sonrió con tristeza—. Hay algo que me hipnotiza. —Acarició mis labios—. Me siento como si he vuelto a la vida y no sé qué hacer o cómo actuar. No quiero asustarte. —Me dio un beso corto en los labios—. No quiero perderte.

—Mejor nos cambiamos y salimos —dije y él asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Nos vendría muy bien tomar un poco de aire. Te espero abajo —dijo antes de abrir la puerta—. No tardes mucho. —Me guiñó un ojo.

—Tardaré lo justo —sonreí.

SOLO UNA NOCHE

— **M**e duelen los pies, Christian —me quejé, después de un buen rato—. No puedo caminar más.

—Está bien. —Tomó mi mano—. Pero no fui yo quien tuvo la idea de ir andando en vez de coger un taxi.

—Quería recorrer las calles y visitar cada rincón. —Miré atentamente como sus dedos acariciaban la piel de mi mano—. Quiero volver al hotel.

—Yo también. —Llevó mi mano a su boca y la besó—. Tengo ganas de ti.

—Christian, no insistas más. —Tiré de mi mano—. Tengo un novio y tú...—Levanté la mirada y me topé con sus ojos ardientes—. Tú tienes una mujer.

—Una que no me ama, una que me quiere destrozarse la vida...—dijo con dolor—. No la amo y nunca la amé.

—Estás casado.

—Pero no por mucho tiempo —dijo y tragué duro.

Tenía razón, no por mucho tiempo. Su mujer lo tenía todo planeado, y yo era la pieza importante en su maléfico plan.

—No creo que es una buena idea. —Empecé a caminar y él me siguió de cerca.

—Pienso lo mismo, Evelyn. —Me agarró por la cintura y tiró de mi cuerpo—. No sé qué me pasa contigo. No puedo resistirme, simplemente no puedo y no quiero. —Cerré los ojos y dejé caer la cabeza en su pecho—. Llevo mucho tiempo sintiéndome triste y apagado. Mi corazón está lleno de cicatrices y siento que llegué al límite. Te necesito, no sé cómo explicarlo pero, te necesito.

—Christian, no quiero reemplazar una fantasma, lo siento. —Me alejé—. No quiero sufrir, yo...

—Solo una noche. —Me giró para mirarme—. Necesito sentir amor, necesito sentir que alguien me ama. —Tomó mi rostro en sus manos—. Por favor.

Sus ojos tristes me hicieron llorar. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas y él las secó enseguida. Odiaba el hecho de sentirme tan débil a su lado y de no poder controlar mis emociones.

Había llorado por él durante mucho tiempo, deseándole el mismo sufrimiento. Una vida de infierno, como era la mía, pero en ese momento me di cuenta de que lo equivocada que estaba, él también lo había pasado mal.

Necesitaba saber más, necesitaba saber porque lo hizo y porque me abandonó ese día en la iglesia delante de todos.

—Está bien... solo una noche —susurré y él sonrió triste.

—Gracias...



Cuando abrió la puerta de la habitación, sentí un pequeño escalofrío. Esa era la única oportunidad que tenía para grabar el vídeo.

No quería hacerlo, no quería engañarlo de esa manera. No se lo merecía, su mujer era la quien tenía que pagar, no él.

—Voy al baño. —Me quité los tacones, evitando mirarle a los ojos.

—No tardes, la noche es corta. —Se quitó la camiseta y lo miré de reojo.

Suspiré y agarré con fuerza mi bolso. Entré en el baño y busqué la cámara. Comprobé que estaba cargada y la coloqué en el agujero secreto del bolso.

Miré mi reflejo en el espejo y no reconocí a la chica que me estaba mirando a los ojos. Esa chica era la misma que hace unos años estaba feliz con su novio, esa chica me miraba ilusionada otra vez y feliz de tener esa oportunidad.

Tomé el bolso y abrí la puerta.

Christian estaba sentado en la cama mirando su móvil. Tenía el ceño fruncido y cuando levantó la mirada, algo me hizo retroceder. Era como si podía verme, como si sabía lo que estaba a punto de suceder.

—¿Pasa algo? —preguntó y dejó el móvil en la mesa—. Si no quieres...

—Sí, quiero. —Busqué con la mirada un buen lugar para colocar mi bolso.

—Entonces, ven aquí. —Palmeó el colchón.

Asentí con la cabeza y dejé el bolso en el mueble que había delante de la cama. Encendí la cámara y respiré hondo, no había marcha atrás.

UN TATUAJE

— Voy a bajar las persianas un poco —dije, evitando su mirada.

No quería que viera mi cuerpo a la luz del día, podría darse cuenta de que lo estaba engañando. Me había tapado el tatuaje con un parche para que nada pueda delatarme, ese pequeño detalle era el único que podía hablar de nuestro pasado.

—Quiero regalarte un tatuaje —dijo Christian y se paró delante de una tienda muy llamativa.

—No lo sé... —miré con atención las fotos que adornaban el escaparate—. Escuché que duelen mucho.

—No tanto —sonrió—. Es un dolor que se puede aguantar muy bien.

—Está bien. Pero tendrás que ayudarme a escoger el modelo.

—Por supuesto. —Besó mis labios—. Me gustaría verlo en el hombro.

—¿Por qué quieres bajar las persianas? —Me atrapó en sus brazos—. Quiero verte —susurró cerca de mi oído—. No tienes porque esconderte, tu cuerpo es exquisito. —Besó mi cuello y apoyó la cabeza en mi hombro—. Tan solo...ámame...

Esas palabras desgarraron mi corazón, tocaron una fibra en mi interior. Las lágrimas amenazaban por salir y de reojo miré la cámara. Estaba grabando y no había marcha atrás...

Contuve el aliento y di la vuelta.

—Evelyn...

Su voz se desvaneció cuando comencé a besar su cuello y noté que sus músculos se tensaban cada vez que lo tocaba con la boca. No entendía porque reaccionaba así.

Alcé la vista y vi que me observaba con una mirada de sufrimiento en la cara. Noté que se le llenaban los ojos de lágrimas y tuvo que parpadear para hacerlas desaparecer.

Sé obligó a tragar un nudo que tenía en la garganta y cerró los ojos.

—Llevo años sin sentir esto... sin sentir un beso...

Apreté los puños intentando controlarme, su sufrimiento me hacía mucho daño. Me puse de puntillas y, apoyando las manos en su torso, rocé mis labios contra las de él. Aquel beso me dejó la mente en blanco y dejé que me atrapara en sus brazos.

—¿Qué estamos haciendo? —Rompió el beso y me miró a los ojos, los suyos brillantes de deseo.

—El amor... —contesté y él sonrió con timidez.

Me estrechó entre sus brazos y buscó de nuevo mi boca mientras me guiaba en un torpe baile, hacia la cama. Sin dejar de besarme, me empujó hacia abajo, hasta que mi culo tocó el borde de la cama.

Me tumbó sobre el colchón y se estiró a mi lado. Sus besos tiernos y suaves dieron paso a otros más apasionados. El ambiente estaba en llamas y Christian estaba al mando.

Entonces me miró con los ojos muy abiertos y respiró hondo.

—Por primera vez me siento vivo...

Ahogó sus palabras en un beso sobre mis labios y luego pasó lentamente su camiseta por la cabeza y la dejó caer al suelo. Acaricié su pecho y él suspiró. Se le erizó la piel y tragué saliva al recordar esos escalofríos. De repente lo reviví todo con claridad.

Nunca había sido capaz de borrarlo de mi mente.

—*Tus dedos hacen magia con mi cuerpo, Clara.*

—*Mentira...*

—*Eres una bruja... mmm, una sexy brujita...*

—Tus dedos hacen magia... —dijo en apenas un susurro.

Agaché la mirada y escuché como mi enloquecido corazón resonaba en el pecho.

—¿Pasa algo, Evelyn?—Levantó mi barbilla.

—No, solo que estoy un poco nerviosa —mentí.

—Yo también —admitió—. Llevo tiempo sin hacer el amor...

—Shhh.

Lo besé, lento y suave. La ternura que sentía por él se mezcló con el amor, un amor enterrado hace años pero había conseguido sobrevivir y salió a la luz renovado, con más fuerza.

—¡Oh, Evelyn! —Christian buscó mis pechos y frotó con los pulgares sus erguidas cimas.

Luego deslizó su enorme mano por mi espalda y la introdujo debajo del pantalón para apretar mi trasero. Mordisqueó el lóbulo de mi oreja antes de capturarlo con la boca y su cálido aliento recorrió mi cuello, excitándome.

Deseaba besarlo y tocarlo, deseaba reemplazar su dolor por el placer y crear un momento único. Sin previo aviso, me tumbé encima de él, buscando su boca. Nuestros labios se unieron y emití un gemido de satisfacción. El beso era profundo, poderoso, creando un vínculo lleno de recuerdos tiernos.

Me levantó la cabeza de la almohada sin dejar de besarme y me rodeó con el brazo derecho para acercarme todavía más. Podía sentir el calor de su cuerpo, y aunque me estaba dejando llevar por la pasión, por fin me sentía bien por primera vez en muchos años.

Nos estábamos devorando uno al otro con un hambre feroz, pero no era suficiente. Christian deslizó los dedos por mi cabello sedoso y me obligó a separar los labios de los suyos para mirarle a los ojos.

—Voy a regalarte un orgasmo inolvidable —murmuró—. Solo tienes que cerrar los ojos y dejarte llevar.

Cerré los ojos y dejé que el deseo se haga cargo de esa situación. Al mismo tiempo que Christian besaba mi cuello, me recorría la espalda con sus dedos, revelando poco a poco mi trasero. Me sentía vulnerable y no podía pensar en nada más que sentir más.

Se me puso la piel de gallina cuando dirigió los dedos lentamente hacia la mojada y caliente hendidura que pedía a gritos sus toques. A partir de ese momento, todo empezó a ocurrir más deprisa. Situó un dedo sobre mi clítoris y comenzó a dibujar pequeños círculos mientras con la otra mano me separaba los muslos. Empecé a moverme ante el roce de su mano y gemí ante el deseo incontrolable que se abalanzó sobre mí.

Sus movimientos eran rápidos y a veces lentos. Estaba húmeda, caliente y dispuesta. Pero me sentía querida y protegida.

—Deja que te lleve al cielo.

Sus palabras me hicieron gemir.

—Hazlo...

Sus dedos acariciaban apasionadamente el interior de mis muslos, haciendo que el placer se intensifique. Christian gimió y el sonido fue música para mis oídos. Se movió para situarse boca abajo entre mis piernas separadas, quedando sus pies colgando fuera de la cama y su cara a unos centímetros de mi sexo. Contuve la respiración y mis caderas se elevaron a la vez que el bajaba y me saboreaba. Grité al mismo tiempo que arqueaba la espalda.

Me perdí, conmocionada hasta la médula por la cálida sensación que su boca provocaba en mí. Introdujo un dedo dentro de mí y las sensaciones que recorrían mi cuerpo eran demasiado buenas para ser reales.

Me mordí los labios intentando controlarme, pero me resultó imposible. Cada movimiento de la boca de Christian me llevaba más cerca del borde y el placer se apretaba más y más en mi vientre. Llegue al orgasmo y abrí los ojos. Lo encontré contemplándome desde el espacio entre mis muslos y noté una opresión en el pecho, una oleada de ternura por él. Nuestros ojos se encontraron y en vez de tumbarse encima de mí, me sorprendió tomándome en brazos, tendiéndose boca arriba. Llevó consigo mi cuerpo e indicó a que me estirara sobre su cuerpo.

—Quiero estar dentro de ti —dijo y se giró hacia la mesilla.

Agarró un condón y abrió el envoltorio con movimientos torpes. Se lo colocó y se volvió hacia mí, agarrándome por las caderas. Lo miré directamente a los ojos y dejé que entrara lentamente en mi cuerpo, centímetro a centímetro hasta llenarme por completo. Inclínandose, capturó la punta de unos de mis pechos con la boca. Lo chupó mientras sus dientes rozaban con suavidad la sensible carne.

Cuando comenzó a acompañar mi ritmo, los poderosos empujes de sus caderas me llevaron muy cerca del borde. Quise cerrar los ojos mientras me hacía el amor, pero quería recordar ese momento con todos los detalles.

—¡Christian! —grité con los ojos en lágrimas mientras el orgasmo me reclamaba una vez más.

Él me siguió segundos después y lo vi gemir, cerrando los ojos con fuerza. Un lamento agudo desgarró su garganta.

Dejé caer mi cuerpo sobre el suyo y le besé el pecho.

Sus fuertes brazos me abrazaron y nuestros corazones empezaron a palpar en unísono.

—Gracias... me sentí amado. —Me dio un beso suave en la mejilla y cerré los ojos.

SÁBANAS FRÍAS

Abrí los ojos y me estiré en la cama mientras sentía las sábanas frías. Giré la cabeza y me di cuenta de que estaba sola. Me senté y miré con atención la habitación. Mi ropa estaba doblada y colocada encima de la mesa. Mi maleta estaba cerrada y el resto de mis cosas, perfectamente ordenadas en el suelo. Miré la mesa asustada, pero solté una exhalación de alivio al ver que el bolso seguía en la misma posición que yo lo había dejado.

Salté de la cama y me acerqué a la mesa. Abrí el bolso y tomé la cámara. Aún le quedaba batería y seguía grabando. La apagué y me senté en el borde de la cama, pensativa. No me atrevía ver el vídeo, me sentía mal por haberle hecho eso a Christian.

Me armé de valor y apreté el botón de inicio. La pantalla se encendió y busqué la opción de borrar el video.

Pero en lugar de borrar, lo que hice fue darle al play y la voz de Christian me hizo mirar.

Sus ojos desprendían mucha tristeza y apreté con fuerza la cámara para no romper a llorar. Observé con atención cómo acariciaba y besaba mi cuerpo, como se había dejado llevar por la pasión y como habíamos hecho el amor en medio de la tristeza.

Cerré los ojos y las lágrimas resbalaron por mis mejillas. No podía hacerle eso, no podía engañarle de esa manera. Antes de borrar el video, necesitaba ver la reacción que había tenido Christian al despertarse a mi lado.

Cuando lo vi levantarse de la cama suspiré, su cuerpo desnudo era puro pecado. Miré con los ojos en lágrimas sus movimientos y sonreí cuando vi que se había agachado para darme un beso en la mejilla. No despegué la vista de la pequeña pantalla, no quería perderme ningún detalle.

Tiró de las sábanas para cubrir mi cuerpo y cuando llegó a los hombros, se quedó estático y miró algo fijamente.

De inmediato moví la cabeza y vi que el parche había desaparecido. Mi hombro estaba desnudo, el tatuaje estaba a la vista...

La cámara se me cayó al suelo debido al temblor de mis manos y mi corazón se volvió loco. Comenzó a emitir rápidos latidos con demasiada fuerza y el aire abandonaba mis pulmones. Christian sabía quién era. Había visto mi tatuaje y seguramente había atado los cabos sueltos de uno en uno.

— *¿Un paracaídas? —preguntó Christian sorprendido por mi elección.*

— *Sí, porque me recordará a ti...*

— *¿Y eso? —Me dio un beso en los labios.*

— *Porque estar contigo, es como tirarse en un paracaídas... Tengo la misma sensación.*

— *¿Y eso es bueno?*

—Muy bueno —reí.

Me había dado cuenta que su maleta no estaba y que sus cosas habían desaparecido.

Él se había ido.

Me vestí a toda prisa. Estaba decidida ir a buscarlo y pedirle perdón, explicarle por qué lo había hecho y decirle que seguía queriéndolo. Él no podía haberme abandonado de esa manera, no en un lugar extraño, no sin haberme pedido una explicación.

Bajé al vestíbulo y lo busqué con la mirada. Me acerqué a la recepción y pregunté por él, pero nadie lo había visto.

Salí al jardín y miré con atención a las personas que paseaban tranquilamente.

—¿Sola? —preguntó alguien y me agarró por la cintura—. No intentes gritar. —Presionó algo duro en mi costado derecho—. Camina y no dejes de sonreír —ordenó y me empujó.

—¿Qué quieres, Hank? —pregunté con frialdad—. No tengo la culpa...

—¡Tienes toda la culpa! —levantó el tono y una señora mayor giró la cabeza para mirarnos—. Sonríe. —Presionó de nuevo el objeto y forcé una sonrisa.

—Tu mujer me contrató, Hank —dije respirando con dificultad—. Fue ella quien me pagó para...

—Eres una puta igual que ella —dijo entre dientes—. Me dejé engañar por ti y ahora... ahora no tengo nada. ¿Entiendes? —Apretó mi brazo con fuerza—. Nada.

—Lo siento... para mí fue solo un trabajo...

—Cállate y muévete. —Me empujó—. Fuera nos espera un coche —susurró en mi oído—. Ahora es mi turno de grabar un video. Veremos si a tu marido le gusta ver como te arrastras... igual que las putas. —Mordió mi oreja y grité.

—Suéltame, Hank. —Tiré de mi brazo—. No tengo marido.

—Amante, entonces...—Rió y abrió una puerta.

Me agarró por la cintura y entró conmigo, sonriendo como un tonto. Sus pasos eran rápidos y me costaba mantener su ritmo. Tropecé con la alfombra y caí al suelo de rodillas.

—Levántate. —Tiró de mi brazo y empecé a forcejear.

—¡Ayuda! —grité—. ¡Que alguien me ayude!

Tapó mi boca de inmediato y me arrastró hasta la salida. Nadie hizo nada, miraban con indiferencia como él me sacaba a rastras del hotel.

PLANES MALVADOS

Hank consiguió meterme en el coche y luego bloqueó las puertas.

—Hank... déjame ir, por favor. —Empecé a llorar, asustada.

El chofer arrancó el coche y miré con angustia por la ventana como el hotel desaparecía de mi vista. Estaba temblando de miedo y mi primer impulso fue intentar golpearle y gritar. Pero apreté la mandíbula con fuerza y gruñí.

Me retorcí violentamente, mis piernas se movían con brusquedad en todas direcciones, pero Hank se tiró encima de mí y me inmovilizó.

—No te muevas —gritó—. Nadie te salvará...

Una oleada de pánico se apoderó de mí y las lágrimas ardían tras mis párpados cerrados.

—Por favor... —dije llorando.

—Cállate. —Recibí una fuerte bofetada y perdí el conocimiento.



Algún tiempo después recuperé el conocimiento, o un estado similar a la consciencia. Me sacudí. La cabeza me dolía, tenía el cuello rígido hasta el punto de sentir un dolor punzante.

Abrí los ojos y miré asustada a mi alrededor. Mi cabeza descansaba en una almohada y mi cuerpo sobre un colchón viejo, usado y sucio. Un escalofrío me recorrió.

Tenía las manos y los pies atados, pero respiré aliviada al ver que aún llevaba la ropa.

—Por fin despiertas... —dijo Hank y se levantó de su silla—. Tengo planes contigo y no quiero perder el tiempo.

—Hank, no lo hagas. —Mis palabras y mi voz parecían estar llevando una especie de retraso, era casi lenta, como si estuviera borracha.

—Cuando vi el video, cuando vi la cara de satisfacción de esa puta... —Apreté los puños y cerré los ojos—. Vas a pagar por todo.

—Por favor... —empecé a llorar.

—No me conmueven tus lágrimas, Clara.

Abrí los ojos sorprendida.

—Eso es. —Me miró fijamente—. Sé quién eres y sé donde vives porque llevo tiempo vigilándote.

—Entonces deberías saber que lo hice por el dinero...

—Me importas una mierda. —Se sentó a mi lado—. Allí hay una cámara. —Señaló la mesa—. Y allí hay otra. —Señaló una silla—. Tan solo tienes que dejarte llevar... igual que esa noche.

—No.

—Solo que ahora terminarás siendo mía. No saldrás corriendo. —Rió y estiró el cuello—. Mmm, levantas el mismo perfume. —Se estiró a mi lado y lo empujé con las piernas.

—No me toques, imbécil —grité fuerte y él empezó a reír.

—Nadie te escucha. —Se puso de pie y se acercó a la mesa—. Vamos a llamar a tu... ¿amante?

—Se fue esta mañana —dije y él negó con la cabeza.

—No, cariño... sigue aquí. —Abrió mi bolso—. Está... está borracho ahora mismo. —Tomó mi móvil— ¿Cómo lo tienes guardado en tu móvil? ¿Amorcito? ¿Cariño?

—Mi jefe idiota...

—Vaya, es tu jefe. —Levantó el móvil—. Sonríe. —Tomó una foto.

Se sentó en la silla y dejó el móvil encima de la mesa.

—Sí...

Se escuchó la voz de Cristian y levanté la mirada.

—No me conoces pero yo a ti sí —dijo Hank—. Te enviaré una foto y si te interesa, llámame a este número. —Colgó y sonrió.

—Déjame ir, Hank...por favor.

—¡Cállate! —gritó y golpeó la mesa con el puño.

Intenté moverme, pero mis miembros no respondieron, parecían rígidos y entumecidos.

¿Todo mi cuerpo estaba dormido?

Intenté moverme otra vez pero fue sin éxito. Mis esfuerzos se reflejaron en movimientos bruscos y entrecortados. Frustrada, permanecí inerte.

—¿Por qué no puedo moverme? —sollocé.

—Te di algo. Pronto se irá —comentó mirando fijamente el móvil.

El pánico se apoderó de mí.

—¿Me drogaste?

—Parece que tu "amante" no te quiere —se burló.

—Bastardo hijo de puta...

El móvil empezó a sonar y dejé de hablar.

—Vaya, parece que al final le gusta la puta —murmuró para sí mismo.

—¿Qué quieres? —preguntó Christian gritando—. ¿Quién coño eres?

—Aquí las preguntas las hago yo —dijo Hank y se levantó—. ¿Quieres que la deje con vida? ¿La amas?

Hubo un silencio y sentí un amargo sabor de boca. Cristian sabía quién era y seguramente él ya no quería saber nada de mí.

—Sí, la amo...

Sus palabras fueron lo último que esperaba. Me senté atónita y confusa. Esas palabras me hicieron llorar, me hicieron querer levantarme de esa cama y decirle que yo también lo amaba.

Momentos después, mis párpados se volvieron pesados, y estaba volando, cayendo en picado y luego volando otra vez. No soñé, solo volaba hacia el horizonte que no era ni blanco ni negro.

LÁGRIMAS DE FELICIDAD

— **D**esperta.

Noté una sacudida y abrí los ojos asustada. La cabeza me dolía a horrores y mi cuerpo estaba dormido. Mi visión era borrosa, mis ojos se movían de un lado a otro, casi por instinto, para conseguir una apariencia de equilibrio.

Asustada, intenté mover todo a la vez, solo para descubrir que mis movimientos eran lentos e ineficaces.

—Deja de moverte, Clara —dijo Hank y se agachó—. ¿Tienes hambre? —Olió mi cabello—. ¡Qué bien hueles! Ahora mismo te desnudaría...

—Imbécil —dije y aparté la cabeza.

—Si te comportas de esta manera, te quedarás sin comida y sin agua. —Se alejó.

—No quiero nada, Hank. Vete a la mierda.

Me dio una mirada asesina y se sentó en una silla. Buscó en mi bolso y encontró mi cámara.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó mirándola con hambre—. Algo me dice que estás aquí por trabajo. Vamos a comprobarlo.

—¡No la toques! —grité—. No toques la cámara.

—¿Por qué? —Rió—. ¿Qué hay aquí? Solo quiero ver si tienes el vídeo conmigo.

Encendió la cámara y se quedó mirando los vídeos sin decir nada.

—Creo que cambiaré de planes —dijo y se puso de pie.

Dejó la cámara encima de la mesa y se acercó a la puerta.

—Me equivoqué. Creo que tu amante querrá ayudarme. No es más que otra víctima tuya.

—Abrió la puerta—. Empieza a rezar por tu vida. —Salió y cerró con llave.

Me retorcí violentamente, mis piernas se movían bruscamente en todas direcciones y empecé a gritar.

—¡Ayuda!

Las lágrimas bajaban por mis mejillas y el dolor sacudió mi cuerpo.

—¡Ayuda! —grité una vez más.



La llave giró en la cerradura y mis ojos se clavaron en la puerta.

—Supongo que deseas hablar a solas con ella —dijo Hank.

—Si no te importa.

Mi cuerpo se congeló al escuchar otra voz masculina. De pronto, tuve que ordenarme respirar. La voz era siniestramente suave, preocupada...¿familiar?

—No me importa, socio.

La puerta se abrió y mecánicamente me centré en la persona que entraba. Sabiendo que mis facultades estaban en orden, dejé salir un pequeño suspiro de alivio que sonó más que un sollozo.

—Christian...

Él entró y cerró la puerta con cuidado, luego apoyó su espalda en ella y se quedó mirándome a los ojos.

—Clara...

Debería haber gritado, decir algo, pero simplemente me congelé. Él tampoco hablaba, solo me miraba perdido y triste.

Después de unos minutos, mi voz tembló:

—Lo siento mucho, Christian.

—¿Por qué, Clara? —Se acercó—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me engañaste?

Llegó a mi lado y miró angustiada mi cuerpo atado.

—Yo... tú me abandonaste, me dejaste tirada aquel día. Te amaba, quería casarme contigo. —Empecé a llorar y él se sentó a mi lado.

Tomó mis manos y las estrechó con fuerza.

—Yo también te amaba. —Apartó la mirada y llevó mis manos hasta su boca—. Y te sigo amando. Cambiaste mi mundo de una forma drástica cuando te conocí, llegaste de la nada y fuiste todo para mí. Mi vida fue un desastre cuando te dejé. —Levantó la mirada y vi sus ojos húmedos—. No puedo vivir un segundo más sin ti y sin tu amor.

—¿Por qué me dejaste? —pregunté llorando.

—Porque me obligaron. Tuve que hacerlo, Clara. —Dio un grito ahogado y apretó con fuerza mis manos—. Mi padre me obligó...

—No lo entiendo —dije y él torció una sonrisa.

—Me arrepiento de haberlo hecho. —Alargó la otra mano y secó mis lágrimas—. No sabes cuantas veces quise buscarte. Pensé que me odiarías después de lo que te hice.

—No he dejado de amarte, Christian. Lo intenté... llegué a sufrir una fuerte depresión y...

—Lo siento. Perdóname si no es demasiado tarde. —Una lágrima resbaló por su mejilla y tragué saliva, estaba arrepentido de verdad.

—Hay que darnos una segunda oportunidad —sonreí entre lágrimas—. Nunca es demasiado tarde.

—Gracias. —Acarició mis labios—. Gracias por amarme. Fue una noche increíble —sonrió—. No te lo dije.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Algo sospechaba. Tu físico no cambió mucho y cuando vi el tatuaje, supe que había hecho un error. Por eso salí corriendo. Tuve miedo de enfrentarme a ti. Fue como si la vida me dio otra oportunidad y yo lo había estropeado todo.

—Mírame, Christian —dije y él fijó la mirada en mis ojos—. ¿Por qué dices que tu padre te obligó?

—Tus padres, Clara. Ellos engañaron y estafaron a mi padre. —Agrandé los ojos—. Él

quería vengarse y por eso decidí alejarme de ti. Lo hice para que él no te haga daño. No lo conoces, es capaz de cualquier cosa.

—No lo sabía. Ellos dejaron atrás muchas deudas y por eso tuve que... que...

—Lo sé. —Colocó un dedo sobre mis labios—. Sé en qué consiste tu trabajo. Algo me dijo Hank y até los cabos sueltos. Mi mujer te contrató para que me seduzcas y que grabes un vídeo comprometedor para que ella se quede con toda la fortuna.

—Es vergonzoso, lo sé, pero se gana mucho dinero. Las deudas de mis padres son enormes.

—No tienes que darme explicaciones. Lo entiendo.

—No me acosté con ninguno de ellos —dije y él me miró a los ojos—. Solo contigo y lo hice porque te amo.

—Oh, Clara. —Me abrazó—. Te hice tanto daño, perdóname.

—Te perdono —susurré—. Pero... ¿cómo vamos a salir de esta? Hank está como un loco.

—No te preocupes. —Tomó mi rostro en sus manos—. Tengo un plan. —Me besó y gemí—. He ganado su confianza. —Me guiñó un ojo.

—Ten cuidado, por favor.

—Lo haré. —Me dio otro beso y se levantó—. Todo saldrá bien.

Llegó a la puerta y me dio una última mirada.

—Te amo —dijo y abrió la puerta.

Cerré los ojos y sonreí feliz. Estaba flotando en una especie de nube y me olvidé de todo. Olvidé que estaba atada y encerrada en una habitación, olvidé que tenía que llevar a cabo mi trabajo, olvidé que Hank estaba cegado por odio.

Estaba feliz y nada podía quitarme la sonrisa que dibujaba mis labios.

TODO ESTÁ BIEN

— **D**eberíamos grabarla —sugirió Hank.

Al escuchar su asquerosa voz, abrí los ojos de golpe. Delante de la mesa, Hank y Christian estaban mirando algo en mi cámara de vídeo.

—¿Quieres borrar el vídeo que había grabado? —preguntó Hank y Christian giró la cabeza para mirarme.

—De momento no. Seguro que le encontraré otro uso —rió con amargura y tragué saliva.

—Cómo deseas. —Dejó la cámara encima de la mesa y clavó la mirada en mi cuerpo—. No sabes cuánto deseo tocarla.

Christian apretó los puños y cerró los ojos con fuerza.

—Es muy buena en la cama —dijo con pocas ganas—. Hace maravillas.

Hank sonrió con malicia y se quitó la camisa.

—¿Qué te parece si nos grabas? —preguntó y Christian abrió los ojos—. Me gustaría ver un vídeo grabado en varios ángulos.

—No creo que es una buena idea...

—Si te excitamos, puedes tenerla después. —Le guiñó un ojo y empezó a desabrocharse los pantalones.

Christian retrocedió y se acercó a la mesa.

—Eres un hijo de puta —grité con todas mis fuerzas.

Hank se quitó rápidamente los pantalones y se acercó a la cama.

—¿Recuerdas este cuerpo? —Me miró intensamente—. Disfruté mucho con tus caricias y tus besos, Clara. Empieza a grabar —dijo y se giró para mirar a Christian.

Su mirada se apagó y se acercó a la mesa. Tomó la cámara de vídeo y la encendió.

—Acércate más —dijo Hank y se estiró en la cama a mi lado.

Empecé a golpearle con los pies, pero sus manos ásperas agarraron mis caderas y presionó con fuerza. Las lágrimas inundaron mis ojos y un gemido escapó de mi pecho. Mis pulmones se lanzaron en busca de aire y mi pecho subía y bajaba, preso al pánico.

—¡Suéltame! —grité tan fuerte como pude.

—Cállate, puta —dijo y se tiró encima de mí.

—¡Quítate! —Mi cabeza palpitaba y sentía que me estaba muriendo.

Detrás de mis párpados, el mundo explotó en rojas corrientes de violencia; mi visión oscura se fundió con la adrenalina. Mi mente le gritaba a cada fibra muscular de mi ser que se contrajera.

De repente vi a Christian acercarse despacio y me quedé quieta, dejando que Hank acariciara mi cuerpo. Él levantó la mano y golpeó la cabeza de ese hijo de puta con la cámara de vídeo varias veces. El cuerpo pesado de Hank cayó desmayado encima de mí y empecé a llorar.

—Ya está —dijo Christian y lo agarró por los hombros.

Lo tiró al suelo y se acercó para desatarme.

—Mi amor. —Su voz temblaba—. Lo siento...

Miré con lágrimas en los ojos como intentaba desatar la cuerda que tenía mis manos presas e intenté tranquilizarme. Sus movimientos eran rápidos y caóticos, como si el mundo se acababa.

Sentía mis miembros rígidos y entumecidos, intenté levantarme pero él enseguida me tomó en brazos. Lo hizo con tanta ternura que mis ojos derramaron más lágrimas. Mi pesada cabeza colgaba sobre su brazo.

Cambió mi peso en sus brazos hasta que mi cabeza colgó contra la tela de su camisa. Era bastante fuerte y me llevaba sin siquiera agitarse. Bajo mi mejilla podía sentir la dura extensión de su pecho. Olía ligeramente a jabón, una esencia masculina que para mí era bastante familiar.

—Te llevaré al hotel —murmuró—. Necesitas un baño caliente. Tomá la cámara. —La dejó en mis manos.

—¿Qué pasará con Hank? —Miré por encima de mi hombro.

—No lo sé y no me importa. Mañana volveremos a casa y me encargaré de todo.

—¿De todo?

—Del divorcio y de mi padre —explicó y abrió la puerta del coche—. Para mi mujer tengo planeada una sorpresa y para mi padre una charla que lo dejará con la boca abierta.

—¿Estás seguro?

Me dejó con cuidado en el asiento y me miró.

—¿Sí estoy seguro? Te amo tanto que nada me importa. La vida me dio una segunda oportunidad y quiero aprovecharla. —Acarició mi rostro—. ¿Me perdonas? ¿Me dejas amarte?

—Por supuesto, pero... ¿y si las cosas no salen bien? No quiero pasar otra vez por lo mismo.

—Todo saldrá bien. —Me besó—. Tengo tantas ganas de abrazarte y llenarte de besos. Quiero sentir tu interior y quiero que me sientas. Quiero tenerte debajo de mí y quiero que mi cadera se mueva muy lentamente mientras agarres mi cuello y te mueves conmigo —susurró y miró con deseo mis labios.

—Bésame otra vez.

Él se inclinó y besó mi boca con suaves mordiscos y tiernos besos castos.

—Llévame al hotel —dije y él rió contra mis labios.

—Ahora mismo.

EL AMOR LO CURA TODO

— **M**e siento como nueva. —Metí las manos en mi cabello húmedo y lo sacudí. Los ojos de Christian se posaron en mis movimientos y se levantó de la cama.

—Te ves preciosa —susurró.

Levantó la mirada hacia mí y me estremecí ante el calor, el anhelo y la determinación en sus ojos.

—Gracias.

—Sabes, ahora no voy a dejar de luchar por ti, por mí y por nosotros.

Y eso justo ahí...esa era una de las muchas razones por la que lo amaba.

—Somos afortunados, Christian. No todo el mundo tiene un amor como el nuestro.

Su respuesta a eso, fue empujarme hasta la cama y estirarse conmigo encima del colchón. Mi respiración se atascó cuando él me abrió las piernas y presionó su cuerpo contra el mío. Se cernió sobre mí, una mano acariciando mi muslo.

—Necesito sentir ese amor de nuevo, Clara.

Asentí, sin palabras a medida que la excitación se extendía caliente y hormigueante entre mis piernas y en la curva de mis pechos.

—Yo también lo necesito.

Christian me despojó lentamente del pijama y su propia ropa hasta que estaba desnuda acostada bajo la poca luz que salía de la lámpara pequeña que había al lado de la cama. Él estaba apoyado en sus rodillas sobre mí y lo devoré con la vista. Ante la cálida luz resaltaba su cuerpo duro y musculoso. Tenía que admitir que seguía igual de perfecto.

Mi mirada se movió hasta su rostro y me quedé sin aliento al ver la expresión de sus ojos.

—Sabes... recuerdo perfectamente la primera vez que te vi desnuda.

—Y yo recuerdo como me hiciste el amor. Fue algo más que tocar mi cuerpo.

—Fue contemplarte cada noche dormida a mi lado y sintiendo el calor de tu cercanía —dijo sonriendo.

—Fue recostarme en tu pecho y escuchar el latir de tu corazón, esa música hermosa que tranquiliza mi alma —dije mirándolo a los ojos.

—Fue confiarte mi vida creyendo que tú eras la medida de mi felicidad. —Cerró los ojos —. Fui un tonto, Clara.

—Ya pasó, Christian.

Las lágrimas me escocieron los ojos al recordar ese momento y fue increíblemente hermoso darme cuenta que Christian tampoco había olvidado ninguna de las cosas de esa noche.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla y él lentamente se posó sobre mí, con una mano en mi cadera, la otra acunando mi rostro así poder limpiar la lágrima con el pulgar.

—Te compensaré por todo. Te amaré con locura —dijo con voz ronca, sus propios ojos

brillando de emoción.

—Ya lo estás haciendo.

Por eso me besó suave y dulce mientras deslizaba la mano entre mis piernas y presionando su pulgar en mi clítoris.

Suspiré de placer, arqueándome ante su toque a medida que rodeaba mi clítoris, la necesidad arremolinándose bajo en mi vientre.

Justo cuando la tensión estaba a punto de estallar en mi interior, él rompió el beso y apartó el pulgar.

Mis ojos brillaron por el deseo inacabado.

Una pequeña sonrisa juguetona curvó las comisuras de su deliciosa boca y grité su nombre cuando deslizó dos dedos dentro de mí.

—Mírame, Clara —exigió e hice lo que me pidió.

Nuestros ojos permanecieron inmóviles mientras sus dedos se movían en mi interior con movimientos lentos y controlados.

Jadeé su nombre una y otra vez. Me corrí en un grito de alivio, mientras me agarraba de las muñecas, manteniendo mis manos sobre mi cabeza y empezaba a empujar dentro de mí.

Mientras bombeaba las caderas contra las mías pensé que me iba a volver loca. Estaba en llamas por él.

Él besó mi cuello y me acarició un pecho. Arquee la espalda con fuerza y él se movió en mi interior, conduciéndose tan profundo que me llenó por completo. Su agarre era firme y fuerte, y se condujo aún más profundo.

Quería tocarlo, pero cada vez que trataba de mover las manos, él las apretaba con más fuerza contra el colchón.

—Nunca dejaré de amarte... —gruñó, sus embestidas tornándose más rápidos y más duras.

Con esas palabras grité su nombre otra vez, mis músculos internos ondulando a su alrededor mientras me corría.

—¡Clara! —gritó cuando sus caderas se detuvieron y luego se estremecieron contra las mías a medida que su propio fuerte clímax lo sacudía.

Apoyó la frente contra mi pecho mientras trataba de recuperar el aliento.

Me miró y soltó mis muñecas para descansar sus manos en mi cintura. Rodeé sus hombros con mis brazos y envolví mis piernas a su alrededor, manteniéndolo dentro de mí.

—Mañana regresamos y no olvides que sigo siendo tu jefe. —Esbozó una sonrisa deslumbrante, deslizando sus manos de arriba hacia abajo por los costados de mi cintura en una suave caricia reconfortante.

—Eres un mal jefe. Te odié —dije, poniendo una mano en su mejilla.

—Y tú una mala empleada —rezongó—. Y me enamoré por segunda vez de ti. —Rozó su boca sobre la mía.

—¿Ah, sí? —pregunté, mirándolo con adoración.

—Y me enamoraría mil veces más. No me da miedo reconocerlo. —Sus labios se curvaron.

Lo devoré con los ojos y me mordí el labio en una sonrisa. Lo empujé y él se apartó riendo, salpicándome con besos traviesos.

PROMESAS

— **N**o quiero separarme de ti —dije mirándolo fijamente y bajando mi mano hasta su pecho.

Sentí el fuerte latido de su corazón y recordé mis sentimientos por él. Desde el primer momento que nuestros ojos se vieron, supe que mi alma gemela había encontrado su pareja.

—Dame unos días, Clara. —Se acercó y me tomó por la cintura—. Confía en mí. Todo saldrá bien.

—¿Me lo prometes? —Mi voz temblaba.

En ese momento sentía lo mismo que hace cinco años cuando me había abandonado tan duramente.

—Te lo prometo. Deja todo en mis manos.

—Pero, tengo que ver a tu mujer. Tengo un contrato firmado con ella.

—Yo me encargaré de todo —aseguró.

—¿Qué quieres hacer? —Entrecerré los ojos.

Se veía muy decidido y tranquilo. Lo que tenía planeado me tenía bastante intrigada y eso me dio un poco de miedo. No quería perderlo otra vez.

—No te lo puedo decir. Tendrás que ver a mi mujer y si lo sabes puede influir en tu comportamiento.

—¿Qué hago con el vídeo? —Coloqué las manos en sus hombros.

—Mirarlo y recordar que te amo...

—Christian —suspiré y cerré los ojos—. No quiero perderte.

—Créeme que no haré el mismo error. Te amo demasiado.

Acaricié su mejilla, estudiando sus ojos para asegurarme que decía la verdad. Su amor por mí se reflejaba allí, junto con un creciente calor.

Me besó y sus manos se deslizaron por mi cintura, deliberadamente lento. Sentí la erección de Christian entre mis piernas rompí el beso, tocando mis mejillas sonrojadas.

—Alguien nos puede ver —susurré.

—No hay nadie aquí —dijo contra mis labios—. Este aparcamiento subterráneo no tiene cámaras de vigilancia.

Mi vientre dio un vuelco ante el pensamiento. Sus dedos se deslizaron bajo el material de mi falda y la subió hasta la cintura.

—Si nos atrapan...

—No lo harán —susurró frenéticamente mientras sus dedos se deslizaban más allá de mi ropa interior.

—Christian... —jadeé cuando empujó dos dedos dentro de mí, a medida que su pulgar buscaba mi clítoris.

—Y si nos ven, saldrán corriendo —dijo, su voz ahora ronca con excitación.

—Puede ser mi amiga... —suspiré, tratando de concentrarme por encima del placer que estaba azotando mis sentidos.

—No hay nadie, Clara.

—Christian —exhalé cuando me acercaba al clímax. Mis manos se movieron tentativamente entre nosotros buscando la cremallera de sus pantalones—. Te quiero dentro de mí.

No necesité que se lo pidiera dos veces.

Rápidamente se liberó y aproveché para quitarme la ropa interior. Tan pronto como estuvieron fuera de mi camino, lo guíe dentro de mí.

Sus dedos se clavaron en mis caderas a medida que bajaba hasta donde podía y me levantaba de regreso. Mi culo sintió la frialdad del coche que estaba testigo de nuestra travesura y gemí para protestar.

—Más rápido —jadeé.

Envolví mis brazos alrededor de su cuello y lo besé. Nuestras respiraciones estaban fuera de control a medida que nuestro beso se volvía salvaje, imitando el ritmo de nuestros cuerpos. El orgasmo se abalanzó sobre mí y me eché hacia atrás para mirarlo a los ojos mientras luchaba para recuperar el aliento.

—Parece que nadie nos vio... —sonreí, satisfecha.

Me devolvió la sonrisa y calentó mi alma con su mirada tierna.

Nos acomodamos la ropa con rapidez para ocultar que habíamos hecho el amor dentro de un aparcamiento público.

—Mañana te veo en la oficina. No tardes o me veré obligado a despedirte —rio y me besó.

—Llegaré a tiempo, jefe.

Me agaché y tomé la maleta. Se subió en el coche y me quedé mirando hasta que desapareció por completo de mi vista.

Lo había recuperado y estaba feliz, pero me preocupaban las deudas de mis padres. Ese último contrato tenía que pagarlas pero, no me quedaba otra que confiar en Christian.

PROBANDO SUERTE

Christian

—¿Qué haces en casa tan pronto?

Dejé la maleta en el suelo y levanté la mirada. Las mejillas de Sandra estaban de un color rojo intenso y sus manos temblaban, una reacción extraña por parte de ella. Siempre fue firme y decidida, mostrando una frialdad poco común a veces.

—La reunión se canceló. —Entrecerré los ojos—. ¿Pasa algo?

—No... Yo pensaba que... que...

—Me voy —dijo una voz de hombre y mis ojos se agrandaron.

—Eh, mira...Christian, él es...

—¿Quién soy? —preguntó él y la tomó por la cintura.

—¿El fontanero? —susurró bajito y me miró asustada.

—Y una mierda, Sandra. —La besó y se dio la vuelta—. Explícale esto a tu marido. — Sonrió miró a los ojos—. Es una mujer increíble. —Me guiñó un ojo y salió de la casa, dejando que un silencio molesto reine nuestro alrededor.

—Puedo explicarlo. —Se frotó las manos y tiró de su camiseta hacia abajo—. No es lo que tú piensas.

—No me importa, Sandra —dije cortante—. Pronto firmaremos el divorcio...

—Sí, pero...

—Pero quieres quedarte con mi dinero, ¿no es así? —Me acerqué y la miré con desprecio.

—No, Christian. ¿De dónde sacaste esa tontería? —Intentó tocar mi mejilla, pero di un respingo—. Y no quiero divorciarme.

—¡Lo harás! —grité asustándola—. Te quiero fuera de esta casa cuanto antes.

—No, yo lo siento...

—Sandra, si no lo haces... —Agarré su barbilla y la miré fijamente a los ojos—. Me aseguraré de que todos sepan que clase de mujer eres.

—No, no lo hagas, por favor. —Golpeó mi mano y se alejó—. Firmaré...

—Ah, y otra cosa. —Se mordió los labios y me miró—. Tu plan no funcionó.

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas la tonta, Sandra —gruñí—. ¿Pagando para que me pillen siendo infiel?

—¿Qué? —Agrandó los ojos—. ¿Esa puta habló?

—Cuida tu boca. No hables así de ella.

—Ay, no me digas que te enamoraste...

—Fuera de mi vista —seguí gritando y ella se alejó pavoneando su trasero.

—Esto no se quedará así —dijo mientras entraba en la cocina.

Tomé la maleta y subí rápidamente las escaleras. Al final, las cosas con Sandra se arreglaron solas. Sospechaba de que había un amante de por medio pero nunca me había imaginado que tenía valor de traerlo a casa mientras yo no estaba.

Me quedaba dejar las cosas claras con mi padre.

Dejé la maleta en el suelo y me senté encima de la cama. Sonreí al recordar el rostro precioso de mi amor. Aún seguía sin creérmelo.

El parecido con Clara me resultaba impactante y cuando tuve la opinión de disfrutar de ese maravilloso cuerpo, todas las dudas se aclararon. Ver el tatuaje en su hombro al día siguiente, confirmó mis sospechas.

Actúe sin pensar, huyendo sin afrontar las consecuencias de mis actos y cuando recibí la llamada de ese monstruo, me había asustado.

No quería perderla otra vez, no quería cometer el mismo error y abandonarla.

Clara me perdonó pero cada vez que recordaba el momento en que sus ilusiones fueron destrozadas por mis decisiones, me sentía culpable.

Me amaba y yo también. Fui un tonto por haber dejado que mi padre tomé las riendas de mi vida. Había dejado prácticamente toda mi vida en sus manos y eso perjudicó a Clara. Le había destrozado el corazón cuando la abandoné y aunque yo también estaba sufriendo, lo hice sin haberlo pensado dos veces.

Mi padre era una persona fría y calculadora. Siempre me había prohibido salidas, fiestas, cumpleaños e incluso citas con chicas.

Ellas tenían que cumplir con todas las expectativas, eso decía y nunca había cuestionado sus acciones. Hasta que conocí a Clara, hasta que me enamoró y me hizo ver el mundo de otra forma. Con ella todo era perfecto, dibujado en mil colores y con sentimientos hermosos.

Dejarla fue la peor decisión de mi vida pero planeaba recuperar el tiempo perdido.

Mi padre estaba de viaje para firmar un contrato con una compañía de seguridad y aunque la empresa era a mi nombre, las decisiones las tomaba él. Era hora de cambiar eso, era hora de presentarme allí como el único dueño.

RECUERDOS AMARGOS

Christian

— **Q**uiero que te vayas, Sandra. —La miré de arriba abajo—. El divorcio ya está en manos de los abogados.

—Sabes... —Se acercó—. Tu padre no estará de acuerdo con esto.

—Mi padre tendrá que aceptarlo. —Abrí la puerta para salir—. Me encargaré de que así sea. —Cerré la puerta con fuerza y respiré hondo.

Me estaba ahogando en esa casa y cada vez que me encontraba con ella, deseaba sacarla a rastras y dejarla en la calle.

Estaba deseando que llegara el día de firmar ese divorcio para sentirme libre.



Llegué delante de la casa de mi padre y la miré con nostalgia. Recuerdos de mi infancia pasaron por delante de mis ojos y suspiré con tristeza. Mis padres cambiaron mucho, el dinero los cegó por completo y olvidaron que tenían que criar a un hijo.

No les culpaba por decepcionarme y aceptaba que fue mi culpa por esperar demasiado de ellos.

Aparté esos pensamientos para dejar el pasado atrás e intentar vivir el presente con pasión.

Salí del coche y con pasos firmes me acerqué a la puerta. Dentro de mi corazón había un trozo que temblaba, estaba nervioso por ese encuentro con mi padre.

Había vuelto de su viaje y me había llamado para mostrarme el contrato que había firmado con la compañía de seguros.

Metí la llave en la cerradura y la giré esperando a que Chico venga a saludarme.

Ese perro labrador llevaba más de diez años con nosotros y era el único que me recibía ansioso.

Abrí la puerta y Chico saltó encima de mí meneando su cola de un lado a otro, sin parar.

—Tranquilo, Chico —dije mientras lo acariciaba—. Vamos, baja...

—Solo a ti te recibe de esa manera —dijo mi madre y se acercó para darme un beso en la mejilla.

—Es porque soy el único que le muestra cariño.

Ella entrecerró los ojos y me miró de arriba abajo.

—Hoy vienes con ganas de pelea —comentó y tomó a Chico por la correa—. Tu padre te espera en su estudio. No quiero gritos —advirtió y se alejó mientras tiraba con fuerza para que el perro la obedezca.

—Buenos días a ti también, mamá —murmuré triste y mirando como se alejaba.

No le quedaba ni una pizca de cariño, la frialdad la congeló por completo.

Apreté los puños y enderecé los hombros.

Ya era hora de enfrentarme a mi padre y estaba más decidido que nunca.

Llegué delante de la puerta y pegué la oreja para escuchar. Estaba hablando por teléfono y su tono sonaba bastante irritado.

Iban a salir chispas y gritos...

Entré sin tocar a la puerta y cuando sentí el olor a tabaco, mis músculos se tensaron.

—¿Dónde estuviste todo el día? —vociferó mi padre y me sacudió.

—En la casa de Harry, haciendo las tareas —conteste mirándolo con miedo.

—Mientes —dijo y su respiración inundó mi rostro—. Solo sabes mentir.

—Es verdad. Puedes llamar a sus padres y...

—¡Cállate! —Gritó y me dio una bofetada—. No tienes permiso para salir por las tardes y lo sabes.

El olor a tabaco me retorció las tripas y vomité.

Me senté en la silla de cuero que había al lado de su escritorio y esperé a que terminara de hablar.

Cuando levantó la mirada, sentí un vacío enorme y tragué saliva. Estaba nervioso pero no quería que él viera mi debilidad. Tomé la carpeta con el contrato y me eché hacia atrás, fingiendo estar leyendo.

—Ahora termino de hablar —avisó él y asentí con la cabeza, sin mirarle.

Odiaba estar en ese estudio, allí fue donde recibía todas las charlas y todos los castigos.

ENFRENTAMIENTOS

—¿Qué tal, hijo? —preguntó mi padre y dejó encima del escritorio el teléfono móvil—. ¿Cómo está Sandra?

—No tengo ni idea. —Dejé las carpetas al lado de su móvil.

Él me miró con el ceño fruncido y una sensación de inquietud mezclada con inseguridad, se apoderó de mí. Era la primera vez que me enfrentaba a él y no sabía si iba a terminar bien.

—¿Pasa algo? —preguntó después de un rato.

—Sandra y yo nos divorciamos —contesté secamente y él golpeó el escritorio con el puño.

—¡No lo harás! —vociferó y tiró lejos las carpetas—. Ella es perfecta para ti, no lo entiendo.

—Nunca lo entenderás.

—¿A qué viene esto?

Se puso de pie y se acercó hasta donde estaba yo sentado. Colocó las manos en mis hombros y empujó hacia abajo, como siempre hacía cuando estaba enfadado conmigo.

—No la amo...

—¡Cierra la boca! —gritó a apretó sus dedos haciéndome daño—. No hables.

Aparté sus manos y me puse de pie para enfrentarlo.

—Es mi vida. Ya no puedes controlarme. —Apreté los puños—. Yo soy el único dueño...

—Eres una mierda. —Apretó la mandíbula y levantó la mano, pero luego la bajó de mala gana.

—Si te atreves a pegarme...nunca más me vas a ver —amenacé.

—Necesitas que alguien te abra los ojos, que decida por ti. Nunca fuiste capaz de hacerlo.

—Porque no me importó, pero se acabó. Prepárate para renunciar a la empresa.

—¿Qué?

—Ya está en venta y por como van las ofertas conseguiré un buen precio. —Metí las manos en los bolsillos de mis pantalones y esperé su respuesta.

—No puedes hacerme esto. Tú no vales nada en la empresa. Soy yo quién la dirige —escupió furioso.

—La empresa está a mi nombre y puedo hacer lo que quiero con ella —dije y él se acercó para cogerme por el cuello de mi camisa—. Ya no soy un niño y suéltame.

—¿Por qué haces esto? —Me soltó. Creo que hasta ahora he sabido cómo llevarte por el buen camino.

—Fui un ciego todos estos años. Tú y mamá nunca me habéis mostrado cariño, no fuisteis una familia para mí.

—Tienes todo lo que necesitas, dinero, fama y una mujer hermosa. Todo eso es gracias a

mis esfuerzos, Christian.

—Me has arruinado la vida...

—Ya sé por dónde van los tiros. —Entrecerró los ojos—. Es por esa muchacha, ¿verdad? Ella no era adecuada para ti. Era igual de pobre como sus padres.

—No hables así de ella.

—Es por ella todo esto —murmuró—. Me habían estafado, habían robado dinero de nuestra empresa. No podía dejar que ensucien nuestro nombre.

—Ella no tuvo la culpa, padre —levanté el tono de voz—. ¿Y sabes porque la dejé plantada delante de todos? No fue porque me lo pediste tú, fue porque encontré la carpeta...

—¡Cállate!

—¡Querías matarla! —vociferé—. Me fui de su vida para no perderla para siempre. Y mi decisión fue la acertada. La vida me dio otra oportunidad y pienso aprovecharla.

El silencio reinó la habitación y solo se escuchaban las respiraciones pesadas y llenas de rabia.

—No quería matarla. —Se pasó la mano por el pelo y se acercó al escritorio—. Quería asustarla, por eso había contactado con ese mercenario. Tan solo asustarla.

—No puedo creer que eres mi padre. —Lo miré con tristeza—. Esta es la última vez que vengo aquí. No quiero nada de ti o de mamá. Os quiero lejos de mi vida —suspiré—. Adiós, papá.

—Hijo...

—Olvida que soy tu hijo... —mi voz se ahogó—. Olvida que tienes un hijo.

Di la vuelta sin mirarle y cuando llegué delante de la puerta, recordé algo que una vez me había dicho él.

—Te protegeré siempre, hijo y cuando serás mayor, te daré completa libertad.

Abrí la puerta, fuera me esperaba una vida mejor, una vida feliz al lado de mi amor.

Fuera me esperaba la libertad.

DECISIONES

Clara

—¿E n serio? —Me miró con asombro—. No me lo puedo creer. ¿Tan rápido lo has perdonado?

—Lo amo, Tania. —Dejé el contrato firmado encima del escritorio—. Y él también me ama.

—Firmaste un contrato, Clara. Su mujer puede poner cargos contra esta empresa...

—Me da igual. No pienso seguir con esto. —Señalé la oficina—. Hoy cerraremos para siempre la empresa.

—Me parece bien. Sabes que yo tampoco quiero seguir con esto. —Se acercó y me agarró por el brazo—. ¿Y las deudas? ¿Cómo las vas a pagar?

En sus ojos vi preocupación, ella fue un gran apoyo para mí. Me ayudó a salir adelante y renovar mis fuerzas.

—Tengo un trabajo.

—Ah, es verdad —ríó—. Trabajas para Christian. ¿Y cómo os lleváis? Debe ser raro...

—No lo sé. —Suspiré—. Llevo días sin verlo y estoy preocupada. Tampoco me llamó.

—Seguro que estará liado con el divorcio.

—Supongo.

—Hola chicas —dijo Alan mientras abría la puerta.

—¡Alan! —exclamé y me acerqué para abrazarlo—. ¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana —dijo y le dio un beso a Tania en la mejilla—. Os he echado de menos. Fue un viaje muy aburrido.

Me miró fijamente y me perdí por un momento en sus ojos.

—Nos vemos luego —dijo Tania y cerró la puerta.

—¿Cómo fue tu viaje? —preguntó y se acercó para colocar un mechón rebelde detrás de mi oreja—. ¿Tu jefe se portó bien?

Miró mis labios y dejó caer la mano para colocarla en mi cuello.

—Sí, se portó bien. Hay algo que quiero hablar contigo.

—Ya, me lo imagino. Me lo vas a decir esta noche. —Acarició mi cuello—. Te invito a cenar.

—Alan...

—Por favor, Clara. Algo me dice que esta será la última vez que salimos juntos. —Rozó mis labios con sus dedos y cerró los ojos.

—Está bien.

Abrió los ojos y se alejó.

—Paso a recogerte sobre las siete —comentó y forzó una sonrisa—. Te espera una regalo encima de tu cama.

—¿Un regalo? —pregunté bajito.

—Sabes que siempre traigo regalos de mis viajes.

—Yo no compré nada...

—Te veo esta noche —dijo y salió de mi oficina a grandes zancadas.

Me desplomé en el asiento y respiré hondo. Alan siempre estuvo enamorado de mí, pero no podía estar con él sin amarlo. El dueño de mi corazón siempre fue Christian, mi amor por él nunca murió, solo se escondió y esperó una nueva oportunidad.

No quería hacerle daño a Alan. Él siempre me cuidó y me trató con cariño. Le tenía mucho aprecio pero no lo amaba.

Estaba preocupada por Christian. Desde que hemos regresado del viaje, no me llamó, no me visitó y tampoco se presentó en el trabajo.

Desapareció por completo. No dudaba de su amor, pero me tenía intranquila.

—¿Nos vamos? —preguntó Tania mientras abría la puerta—. Quiero terminar con esto.

—Sí.

Me puse de pie y tomé la carpeta con los documentos de la empresa. Estábamos las dos decididas de cerrarla para siempre.

—Alan te quiero mucho, Clara. —Cerró la puerta y empezó a caminar a mi lado

—Lo sé, pero yo no puedo...

—Es un buen hombre —suspiró—. Demasiado diría yo. Es una pena que está enamorado.

—Espera. —Tiré de su brazo—. ¿Te gusta?

—Bueno...

—Confiesa, amiga.

—Sí, me gusta, pero él te ama a ti. Es difícil entrar en un corazón cerrado.

—Deberías decirle lo que sientas, Tania.

—¿Tú crees? —Me miró esperanzada.

—Así no te quedarás con la duda. —Apreté su brazo—. Hazlo, Tania. Tienes todo mi apoyo.

—Lo haré. —Sonrió tímidamente—. Gracias amiga.

Me abrazó un largo rato y después se alejó para mirarme.

—¿Sabes que John se tiró a su mejor amiga?

—¿A Beka? —Agrandé los ojos—. Se suponía que son amigos de toda la vida.

—Más bien... follamigos.

—Tienes razón. —Reí y empecé a caminar—. Vamos a firmar los papeles y decirle adiós a esta empresa.

UN REGALO ESPECIAL

- ¿Te regaló una pulsera? —preguntó Tania y agarró mi mano para verla mejor.
—No es una pulsera cualquiera —suspiré y cerré los ojos.
—¿De qué estás hablando? —Soltó mi mano y abrí los ojos.
—Esta pulsera la vi en un escaparate hace dos años. En el viaje que fuimos todos a Tailandia.
—No me recuerdas a ese viaje. Fue horrible...
—Porque no dejabas la botella de tequila. —La miré mal.
—Estaba... sufriendo.
—Sí, claro.
—Déjalo. Cuéntame más. —Me miró intrigada.
—Alan me invitó a pasear por la ciudad y en una tienda vi esta pulsera. Me llamó la atención, pero me pareció cara y no me la compré.
—Parece que la compró Alan...
—Sí...—Miré la pulsera—. La compró él.
—Wow...eso... ¿ves porque no quiero decirle nada? Él te quiere a ti.
—Pero yo no, Tania. Siempre lo vi como a un amigo. —Me senté en la cama—. No quiero hacerle daño.
—No quiero estar allí cuando se lo dices.
—Creo que se lo espera. Será mejor que me vaya. No quiero hacerle esperar.
—Suerte y llámame por cualquier cosa.



—Por aquí, señorita. El señor White la está esperando.
Seguí al camarero mirando a mi alrededor. Llevaba tiempo sin entrar en ese restaurante. Allí fue donde conocí a Christian, donde nuestras miradas se juntaron por primera vez. Me sentía extraña estar allí de nuevo y sin él.
El dueño del restaurante levantó la mirada y sonrió abiertamente. Giancarlo fue un gran amigo para mí y Christian. Después de esa escapadita que tuvimos los dos en la cocina, él se había encariñado bastante con nosotros.

Le devolví la sonrisa y seguí caminando buscando con la mirada a Alan. Cuando lo vi, alejé cualquier otro pensamiento e intenté tranquilizar mis nervios. Se veía guapo con una camisa negra y remangada. No podía negar que era un hombre atractivo y sensual. Recordé varias salidas de fiesta en las cuales, las chicas siempre intentaban llamar su atención.

—¿Por qué sonríes? —preguntó él mientras se levantaba.

Llegó a mi lado y me dio dos besos largos en las mejillas.

—No quieres saberlo...

—Oh, no. Te equivocas Clara. Si algo te hace sonreír de esta manera, quiero saberlo.

Me ayudó a sentarme y fijó la mirada en muñeca.

—Veo que llevas la pulsera. —Se sentó y estiró las manos encima de la mesa.

El camarero dejó dos menús y se retiró en silencio. Toqué la pulsera con los dedos y él sonrió.

—Gracias por el regalo, pero...

—Pero nada Clara. Sé que lo nuestro no puede ser y quería regalarte algo que simbólico de lo que tuvimos. Nuestra amistad fue hermosa y no quiero perderte.

Sentí un nudo en mi garganta al escuchar su voz suave y triste. Las lágrimas asomaban para salir y apreté con fuerza los dientes, no quería llorar.

—Alan... siempre estarás en mi corazón. —Estiré una mano y toqué sus dedos.

Bajó la vista y forzó una sonrisa.

—Y tú en el mío. Y ahora dime, ¿por qué estabas sonriendo? —Agarró mi mano y la estrechó.

—Bueno, no voy a mentir. Hoy te veo muy elegante y guapo, y...

—¿De verdad? —Sonrió haciendo que me sonrojara.

—Sí, y recordé cómo las chicas intentaban acercarse a ti.

—Y tú diciéndoles que soy tu novio...—Empezó a reír.

—Es verdad.

—Hola Clara —dijo una voz conocida—. ¿Interrumpo algo?

Levanté enseguida la mirada y me topé con los ojos de Christian que miraban fijamente las manos unidas de Alan y yo.

—No, Christian... —Solté la mano de Alan y me puse de pie—. ¿Qué haces aquí? —pregunté mirando fijamente su rostro.

Se notaba que no había dormido bien y que no se había cuidado. Estaba triste por algo y me dolía verlo de esa manera. Estaba sufriendo solo y sin mí.

—Estoy con mi abogado. —Giró la cabeza en dirección a una mesa apartada—. ¿Y tú? —Miró fijamente a Alan.

—Está conmigo —contestó Alan por mí y se puso de pie—. Estamos cenando. —Me agarró por la cintura.

—Ya veo —murmuró Christian y apartó la mirada—. Os dejo... tranquilos.

—No, Christian. —Lo agarré por el brazo y él tiró con brusquedad para soltarse—. ¿Dónde has estado todos estos días? ¿Por qué no me llamaste? —Sentí mis ojos húmedos—. ¿Por qué?

—Tuve cosas que hacer y veo que tú también —dijo y dio la vuelta para irse.

Caminó serpenteando entre las mesas y las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas. Me quedé así hasta que desapareció de mi vista.

—No te quedes parada —dijo Alan—. Ve tras él. —Me empujó—. Te ama, Clara. Lo vi en sus ojos.

—Pero...

—No le des más vueltas. Sé feliz, Clara. Te lo mereces. —Besó mi mejilla y se fue dejándome sola en el medio del restaurante.

UNA COCINA CON ENCANTO

— **E** stá en la cocina —susurró alguien en mi oído.

Giré la cabeza y encontré a Giancarlo haciendo una mueca divertida. Me sonrió de lado y estiró el cuello.

—¿Cómo estás, hermosa? —Me dio dos besos—. Parece que os gusta mi cocina. —Me guiñó un ojo y me empujó con suavidad—. Él te espera.

Me sequé las lágrimas con el dorso de mi mano y empecé a caminar. Mis ojos se posaron en la puerta cerrada que fue el testigo de muchos encuentros únicos en mi vida. De repente, sentí unos nervios acumulándose en mi estómago y mis piernas dejaron de moverse. ¿Y sí quería despedirse de mí para siempre?

No sabía qué hacer, tenía miedo de enfrentarlo. No quería perderlo, habíamos sufrido suficientemente los dos. Escuché una tos educada y ordené a mis piernas a que se muevan.

Llegué delante de la puerta y la empujé con miedo. Un olor familiar a salsa me envolvió y cuando giré la cabeza, alguien cubrió mis ojos.

—Prueba esto —dijo Christian y pasó un dedo por mis labios—. Es una nueva receta de Giancarlo. Tiene pensado darle nuestro apellido.

—¿Apellido? —Me relamí los labios y gemí con profundidad cuando la salsa se derritió en mi boca y dejó un ligero sabor a menta.

—Claro, si que quieres casarte conmigo...

Quitó la mano que cubría mis ojos y dejó a la vista una mesa repleta de rosas azules.

—Yo... —Empecé a llorar—. Oh, Christian, recordaste las flores.

—Por supuesto —susurró en mi oído—. Y no son suficientes. Fueron muchos los días que no tuve la oportunidad de dejarte una en tu almohada como siempre hacía. —Besó mi cuello—. Te amo, Clara. Cásate conmigo.

—Pero...yo...

—Tienes buenos amigos y Alan... —Se quedó pensativo—. Al final me cae bien.

—¿De qué estás hablando? —Me giré para mirarlo.

—Esto... —Señaló la mesa y la cocina—. Fue idea de tus amigos.

—¿Mis amigos? —Abrí los ojos de par en par.

—Hace dos días, Tania me llamó para echarme la bronca —explicó—. Dios, no hay quien pare esa boca...

Reí y asentí con la cabeza.

—Me llamó de todo. —Se rascó la nuca—. Me dijo que estabas triste y eso me dolió. No me había dado cuenta, perdóname. No quería que mis asuntos te afectaran a ti también. Quería resolver todo y luego buscarte. Tuve que enfrentarme a mi padre y...

—Shhh, te perdono. —Coloqué un dedo sobre sus labios—. No hace falta que me des

explicaciones.

—Quiero hacerlo. No quiero que pienses que te abandoné otra vez. —Sentí arrepentimiento en su voz.

—Admito que lo pensé, pero sabía que me amas. —Me apreté contra su cuerpo—. ¿Y qué más te dijo Tania?

—Que debería darte una sorpresa. Que debería llamarte, que debería buscarte, y más cosas. Dijo que ella se ocuparía de todo y que me llamaría al día siguiente.

—Mm... —respiré hondo para inhalar su perfume.

—Al día siguiente me llamó Alan.

Me tensé por un segundo y levanté la mirada.

—Dijo que regresaba de un viaje y que Tania lo había llamado. Que tiene una idea y que le indicara un lugar especial —comentó y me miró a los ojos—. Este restaurante es un lugar especial para nosotros, ¿verdad?

—Lo es.

—Él dijo que solo se encargaría de traerte aquí y que del resto me tengo que ocupar yo. —Besó mi frente—. Ese Alan, te quiere mucho. Sabes... lo pregunté porque estaba haciendo esto y porque me ayudaba.

—¿Qué contestó? —pregunté bajito.

—Que lo hacía porque eres una gran mujer y que necesitas estar feliz al lado de hombre que amas. Que tenía que despedirse de ti y poner fin a algo que no tiene futuro. —Levantó la mano y miró mi pulsera—. Es un regalo muy hermoso.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y él me abrazó.

—Te amo tanto, Clara —susurró con los labios pegados a mi cabello.

—Yo también —dije entre sollozos—. Pregúntame otra vez.

—Lo haré. Se apartó un poco—. Pero tienes que encontrar algo. —Miró en dirección a la mesa llena de rosas—. Debajo de esas flores hay una pequeña cajita. Encuéntrala. Las rosas no tienen espinas...

—Oh...

Me acerqué a la mesa y aparté un poco algunas rosas. Debajo había una cajita de terciopelo azul y la agarré con las manos temblorosas.

—Ábrela —dijo Christian y me abrazó por detrás.

Abrí la cajita y suspiré. El anillo era idéntico al primero que me había regalado, solo que la piedra era de color azul.

—¿Quieres casarte conmigo, Clara? Creo que somos la pareja perfecta. Quiero compartir mi vida contigo.

—Sí, quiero, porque haces que mi vida sea mucho mejor cuando estamos juntos y porque te amo más de lo que puedes pensar. —Sonreí y di un grito asusté cuando escuché un ruido.

—¡Felicidades! —gritaron mis amigos mientras abrían botellas de champán.

—Ay, Dios mío. —Coloqué una mano en mi pecho—. Os voy a matar por este susto. Tania empezó a reír y se acercó para abrazarme.

—Gracias, amiga —dije intentando aguantar las lágrimas.

—Te lo mereces, amiga.

Miré por encima de su hombro y vi como Christian y Alan estrecharon sus manos. Estaba feliz porque no había perdido a mi mejor amigo, pero sabía que por dentro estaba sufriendo.

Alan me miró y sonrió. Una sonrisa sincera y llena de ternura.
—Gracias —susurré y él asintió con la cabeza.

Epilogo

Tres meses más tarde...

—¿**Q**ué haces parada en el medio del salón?

Al escuchar su voz, mis labios esbozaron una pequeña sonrisa. Lo había extrañado mucho durante el día. Siempre había adorado mi soledad, pero tenerlo cerca era lo que más me hacía feliz.

Éramos prácticamente inseparables y el único quien se interponía entre nosotros era su trabajo. Christian estuvo trabajando muy duro estos meses para que sus ideas cobrasen vida y lo entendí, nunca le había reprochado nada.

Lo vi ilusionado y con muchas ganas de conseguir su tan ansiado sueño. Y se hizo realidad, cumplió su meta de llegar a tener un negocio suyo. Había vendido la empresa de su padre y abrió un restaurante, junto con nuestro amigo Giancarlo.

Estaba feliz, lo veía sonreír todos los días y eso llenaba mi alma, pero lo echaba de menos. Solo lo veía por las noches y por eso había decidido poner fin a ese sentimiento tan triste.

Di la vuelta y dejé caer la toalla que cubría mi cuerpo desnudo. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida y sonrió de lado.

Se quitó la americana y paseó la mirada por mi cuerpo, haciendo vibrar mi deseo.

—Vaya sorpresa... —susurró y empezó a desabrocharse la camisa.

—Hola, mi amor. —Le devolví la sonrisa—. Te estaba esperando.

—Ya veo... —Se quitó la camisa mirando fijamente mis pechos—. Lo siento por llegar tarde.

—Esto tiene que terminar —dije y él levantó la mirada sorprendido.

—¿Clara? —preguntó preocupado y empezó a caminar—. ¿Pasa algo, mi amor?

Estiró una mano para tocar mis labios y sentí su temblor. Mi estómago se encogió y traté de controlar mis nervios.

—Sí, pasa...

Dejó caer la mano y se alejó.

—¿Me vas a dejar? —preguntó con voz ahogada y apartó la mirada.

—No, tonto —sonreí—. Te amo y nunca lo haría.

Giró la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Entonces?

—Me siento sola en casa. El trabajo me ocupa tiempo y me siento contenta. No me quejo porque me gusta dibujar. Y todos los diseños que consigo llevar a cabo para la editorial, son tan

buenos porque tengo mucho tiempo libre, pero...

—¿Pero? —Enarcó una ceja y estiró una mano para acariciar mis pechos desnudos.

—Te extraño... —Agarré su mano—. Te necesito... —La coloqué encima de mi sexo.

—Y yo también, Clara. —Presionó la mano y gemí mientras cerraba los ojos con fuerza—. Miro el reloj a cada hora deseando a que el tiempo pase más rápido.

—Tengo una solución. —Abrí los ojos y empecé a desabrocharle los pantalones—. De hecho es una sorpresa... —Bajé sus pantalones y luego me puse de pie para besarlo.

Mi lengua se adentró en su boca con hambre y cuando él profundizó el beso, me alejé enseguida.

—La sorpresa primero. Puede que no te guste...

—Oh, me gustará seguro.

—¡Voy a ser el nuevo chef de tu restaurante! —exclamé feliz y él agrandó los ojos.

—¿Qué? —parpadeó rápidamente—. ¿Y tus dibujos?

—No te preocupes por eso. Lo tengo todo controlado. Necesito pasar tiempo contigo y esta es la mejor manera de hacerlo.

—Es mucho trabajo para ti, Clara.

—No me importa. Estaré a tu lado. —Lo abracé—. Por favor...

—Por supuesto que sí. —Rió—. Así que una chef...

—Mhm... —Besé sus labios—. Y no quiero que te metas en mi cocina —advertí riendo.

—En cambio yo... —Besó mis labios—. Dejaré la puerta abierta de mi estudio. Puedes entrar en las pausas de mesa. —Me guiñó un ojo y me tomó en brazos—. Vamos arriba. Necesito estar dentro de ti.

Entre risas y gritos, Christian consiguió llevarme hasta arriba. Abrió la puerta de la habitación y me dejó encima de la cama. Se quitó los calzoncillos y se estiró a mi lado.

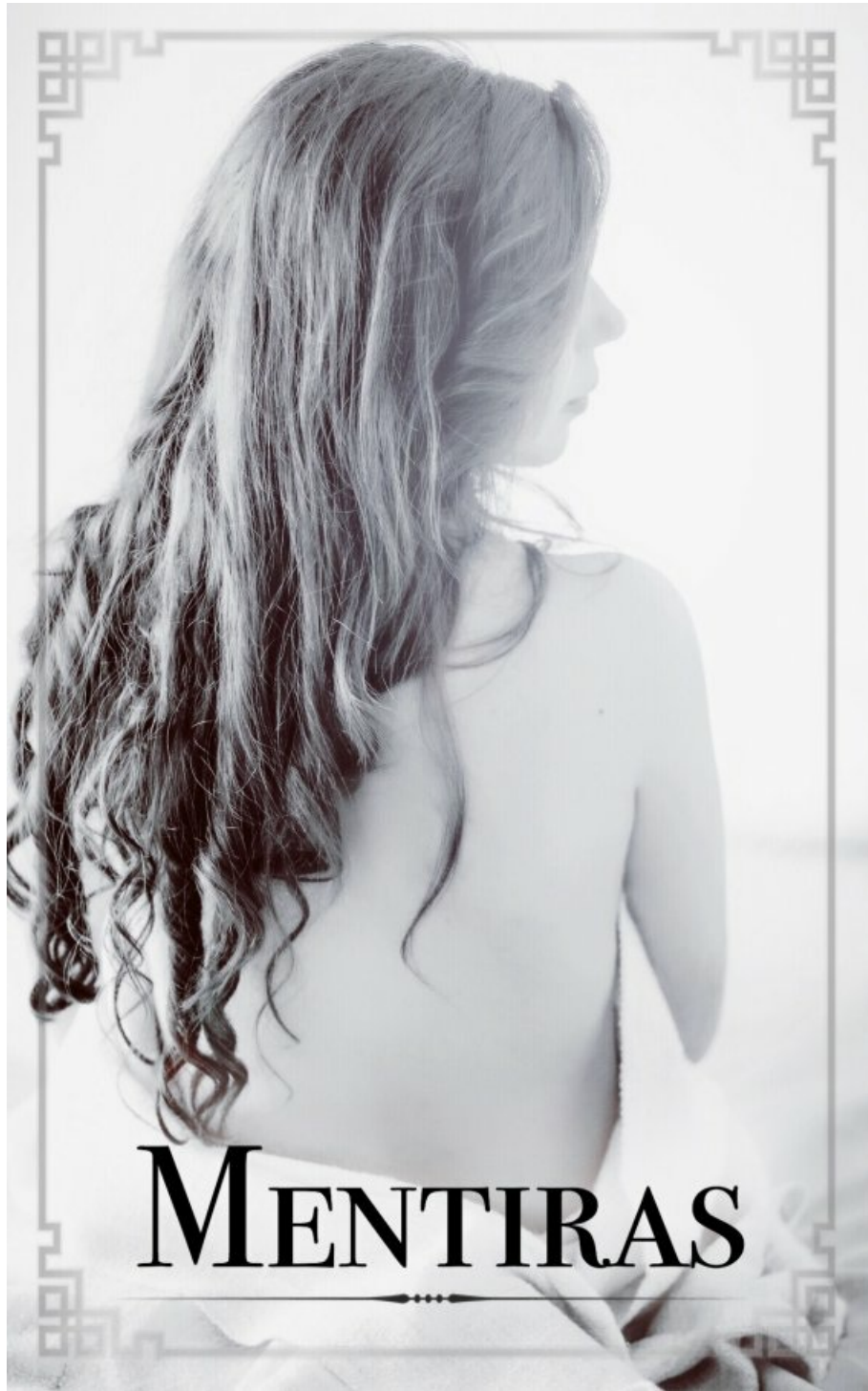


—¿Sigues teniendo la cámara vídeo?—preguntó con los labios pegados a mí cuello.
—Mm... ¿Para qué la necesitas? —Giré la cabeza y miré sus labios.
—La necesito para grabar algo.
—¿Algo? —fruncí el ceño.

—Nuestro amor. Mi amor por ti... —dijo con una sonrisa—. Quiero que nunca muera y que se quede grabado para siempre.

—Voy a por ella. —Le guiñó un ojo y me levanté de la cama.

Esa noche, la cámara fue testigo de un amor perfecto, un amor que sobrevivió a todas las pruebas que se interpusieron en su camino.



MENTIRAS

Índice

Mentiras (Libro 2)

Rabia enjaulada

Amor frustrado

Una hermosa amistad

Palabras que duelen

Miedos ocultos

Pequeñas cicatrices

Oscuridad y desilusión

Reencuentros

Un vestido especial

Miradas

Tonos de gris

Una llamada al amor

Un gato con encanto

Besos tiernos

Desilusión

Secretos

Un lugar llamado miedo

Noticias

Vidas paralelas

Las miradas responden

Confesiones

Un pasado oscuro

Nuevas ilusiones

Intrigas peligrosas

Una asesina suelta

Lo mágico del amor

Sigue adelante

Sí, quiero

Todo llega, todo pasa y todo cambia

Disparos

Preocupaciones

Epilogo

RABIA ENJAULADA

— D eja de gritar, Tania —insistió Alan—. Estoy harto de ti —suspiró—. A veces me pregunto por qué somos amigos. Eres... eres... déjalo.

Dio la vuelta y tiró al suelo el regalo que había comprado para la boda de Clara y Christian. Estuve días y días buscando algo único y cuando por fin lo había encontrado, se me ocurrió enseñárselo a Alan.

Alan, el hombre más imposible que existía en la Tierra. El hombre que vivía en mis pensamientos y aunque no podíamos estar juntos, nuestras almas hacían el amor todas las noches.

Miré el regalo estropeado y empecé a llorar de rabia.

—Te odio —grité entre lágrimas—. Eres un idiota.

—Y tú una bruja. —Abrió la puerta—. Me voy y no me llames más.

Dio un portazo al salir y las paredes retumbaron en mi pecho. Me tiré al suelo de rodillas mientras miraba la puerta.

Estaba atónita. Me costaba creer que él se había ido. Me preguntaba si lo conocía tan bien como parecía y por alguna razón, era lo que más me preocupaba.

Un dolor que me negaba a reconocer, latió de nuevo en mi interior. Llevaba años aprendiendo a vivir con esa tristeza, incluso llegué a pensar que él me odiaba y que su propósito en la vida era hacerme infeliz. Pero no podía alejarme y olvidarlo. Lo amaba demasiado.

Empecé a recoger los trozos del regalo destrozado mientras intentaba ignorar el picor que molestaba mis ojos. Sentía un repentino abandono y tenía la sensación de que no me había esforzado lo suficiente. Me sentía culpable por amarlo y por mantener en secreto mis sentimientos hacia él.

Un dolor fuerte recorrió mis dedos, como si de una corriente eléctrica se tratara, y bajé la vista con detenimiento. Me asusté cuando vi mis manos llenas de cortes y sangre.

En ese momento, mi mente estaba gritándome para que corra al cuarto de baño, mientras cada músculo de mi cuerpo estallaba con pánico. Nunca había visto tanta sangre y nunca había sentido tanto dolor. Las lágrimas rodaban por mis mejillas y no podía detenerlas.

La puerta de la entrada se abrió y escuché la voz de Alan.

—Lo siento, Tania...yo... ¿Qué hiciste? —Se acercó y examinó mis manos—. Necesitas ir al hospital. —Su voz sonaba débil—. Estás sangrando mucho.

—Estoy bien. —Lo empujé y grité de dolor.

—Me manchaste de sangre. —Miró con espanto su camisa.

—¿Esto te preocupa ahora? —pregunté, enfurecida—. ¿No te ibas para siempre?

—Vine a pedirte perdón —suspiró.

—No necesito tu perdón, vete. —Señalé la puerta con mi mano llena de sangre.

—Ya está —declaró él, sin demasiada convicción—. Estoy harto de todo esto y si tengo que atarte para llevarte al hospital, lo haré.

—¿Y qué esperas? No pienso ir...—Sentí que todo empezaba a girar a mi alrededor—. No... —Escuchaba mi voz a cámara lenta.

Lo siguiente que noté, fueron unos brazos fuertes sosteniéndome a tiempo para no caer al suelo.

—¿Por qué eres así, Tania? —preguntó susurrando.

Cerré los ojos porque no me sentía con fuerzas para seguir discutiendo con él.



—Hemos llegado, Tania.

Abrí los ojos y lo primero que vi, fue el rostro de Alan; cansado y preocupado.

—¿Dónde estamos? —Moví un poco la cabeza.

—Delante del hospital. Te desmayaste. —Su tono nasal era un poco más pronunciado que de costumbre y quería creer que era porque estaba preocupado por mí.

Dejó escapar un suspiro y se bajó del coche. Abrió la puerta y me ayudó a bajar. No me miraba, pero su boca estaba estirada en un gesto que parecía que le dolía.

Me percaté de que había vendado mis manos y sonreí. Ese detalle fue como una gota de agua en el desierto.

Cuando se trataba de Alan, era débil. Quería estar con él y ayudarlo. Había permanecido a su lado en la sombra y mantuve una relación de amistad.

Pero lo deseaba tanto que estaba matándome poco a poco y decirle que lo amaba, no era la solución; significaba perderlo para siempre.

—Has perdido mucha sangre. —Se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

Rodeó mi cintura con sus brazos y echó la cabeza hacia atrás. Su calor recorría mi cuerpo y agitaba mi estómago. Sentirlo tan cerca, me ponía nerviosa.

—Gracias por tomarte la molestia, Alan.

—Soy tu amigo y los amigos se ayudan entre sí. —Me ayudó a subir las escaleras.

—Es verdad... —dije con tristeza—. Eres mi amigo.

—A veces tengo ganas de estrangularte —admitió y sonrió—. Pero estuviste a mi lado cuando... cuando...

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Es difícil no llevarte la contraria. —Sonreí—. Me debes un regalo.

Abrió la puerta del hospital y me dejó pasar.

—Compraremos juntos otro regalo, Tania. —Me miró a los ojos—. Eso quería hacer desde el principio.

—Ah... yo lo siento.

—Fue mi culpa, lo sé. —Me agarró por el brazo—. Cada vez que me llamabas para hablarme de la boda, cortaba la llamada. Para mí es difícil hacer esto, Tania —admitió—. Saber que ella se casa...

—Te perdono. —Traté de apartar la ansiedad de mi voz—. Y ahora vamos a que me curren. Esto duele muchísimo. —Levanté las manos en el aire.

No quería seguir hablando porque me entristecía a mí también. Clara era nuestra amiga y nos necesitaba a los dos en su vida.

AMOR FRUSTRADO

— **P**uedo sola, Alan. —Clavé la vista en sus ojos y vi una terrible intensidad.

—Oh, por Dios. —Me agarró por la cintura—. ¿Te quieres callar de una vez?

—No me hables así —dije, hablando más fuerte de lo que pretendía.

—Y tú deja de gritarme. No puedes sola, necesitas ayuda.

—No quiero tus manos vagando por mi cuerpo. —Lo miré, descargando mi frustración en él.

Intenté soltarme, pero me fue imposible y acabé respirando con dificultad por el esfuerzo.

—Prometo no tocar más de la cuenta. De todos modos, tu cuerpo no me atrae, Tania. Nada de lo que tienes bajo la ropa puede llamarme la atención. —Se apresuró a justificar.

—Oh, vaya —dije, esforzándome por mostrar indiferencia, pero no lo conseguí—. ¿Y cómo se supone que tengo que interpretar estas palabras? ¿Me consideras fea?

—No, Tania. Solo que nada puede impresionarme ya. Créeme que he visto de todo —replicó, sarcástico—. Y ahora vamos a darte esa ducha.

—No entrarás conmigo en el baño —sentenció.

—Deja de protestar. Soy el único dispuesto a ayudarte y deberías tratarme bien. —Me arrastró hasta la puerta del baño—. Necesitas ayuda, tienes las manos vendadas.

Dejé de resistirme porque él tenía razón. Pero sentía miedo a pesar del fuerte carácter que mostraba a todos. No quería tenerlo tanto tiempo cerca, podría cometer algún error y delatarme. No quería que él se diera cuenta de que estaba enamorada, podría asustarse y alejarse para siempre.

—Está bien... —Cerró la puerta detrás de mí y me miró fijamente a los ojos—. Para que no digas luego que soy un perverso, miraré tus ojos mientras mis manos te desnudaran. —Me recorrió con la mirada y me sentí expuesta, notando un pequeño palpito en mi sexo.

—¿Escuchaste lo que te dije? —preguntó, esfumando mis locos pensamientos.

—Eh, no. ¿Qué decías? —Me mordí los labios.

—Que levantes las manos, Tania. ¿Qué te pasa? Estas bastante distraída.

Levanté las manos y sonreí para disculparme.

—El dolor me molesta —mentí.

Se acercó un poco más y dejé de respirar por unos segundos. Estaba tan cerca, que su respiración me hacía cosquillas en los labios.

Agarró el borde de mi camiseta, y sin dejar de mirarme a los ojos, tiró suavemente hacia arriba.

—¿Quieres hacerlo más rápido? —Rugí, intentando aflojar la tensión—. Tengo frío.

—Voy lo más rápido que puedo, Tania. No quiero hacerte daño.

Dejó caer la camiseta en el suelo y se alejó. Estiró las manos y desabrochó el primer botón de mis pantalones. Sus dedos me hacían cosquillas y empecé a reír.

—Para —gruñó—. No puedo hacerlo si te mueves, estos botones son muy pequeños.
—Arráncalos—dije riendo—. Y tócame...
Dejó de mover las manos y carraspeó.
—Deberías controlar tus palabras.
—¿Qué dije? Solo...
—No me provocas, Tania. Somos amigos y nada más.
—¿Pero a ti qué te pasa? —Me alejé—. Tan solo estaba bromeando. Hoy eres insoportable.
—Yo no estaba bromeando. Nunca bromeo. —Su mirada viajó hacia abajo—. No sabes que difícil es para mí desnudarte y no mirar... —susurró—. Tu cuerpo es perfecto y siempre tuve la curiosidad de saber que escondes debajo de la ropa.
—Alan...
—No, Tania —Alzó la mirada—. Es un error. —Se acercó y terminó de quitarme los pantalones.
Sus movimientos eran bruscos y su mirada ya no mostraba cariño.
—¡Fuera de aquí ahora mismo! —dije las palabras con las mandíbulas bien cerradas.
Estaba a punto de llorar y no quería que él me viera así.
—No lo haré. No te voy a dejar sola —respondió con tono seco—. No puedes ducharte así.
—Señaló mis manos vendadas.
—Alan, por favor. Ya me humillaste suficiente.
—No...—Se pasó una mano por el pelo—. Lo siento, soy un idiota. —Se acercó y tomó mi rostro en sus manos—. Últimamente estoy mal y lo sabes. La boda no me deja pensar con claridad y a veces necesito desahogarme. Tú eres siempre a mi lado y lo hago contigo, perdóname. No quiero perderte. Me comporto así para no dejar que me hagan daño otra vez. Tengo miedo. —Cerró los ojos y apoyó su frente en la mía.
—Te perdono, Alan, pero no me hables así. Me haces daño.
Me abrazó y suspiró.
Cuando sus manos se pasearon lentamente por mi espalda, me aparté. Sus caricias evocaron deseos prohibidos y no quería darles riendas sueltas.
—Gracias por ayudarme —dije en voz baja.
—Mejor salgo. Grita si necesitas alguna cosa más. —Me miró con arrepentimiento hasta que salió del baño.
Él aún estaba sufriendo por Clara y entendía perfectamente su dolor.

UNA HERMOSA AMISTAD

— Tienes que comer algo —gruñó Alan—. El tratamiento que tienes que tomar es muy fuerte. —Señaló mi plato y me miró mal—. Come.

—No me apetece comer guisantes, y además no puedo. —Levanté las manos vendadas en el aire—. Apenas puedo agarrar el tenedor.

Me estudió durante un rato largo con una curiosidad insaciable. Sus ojos encontraron a los míos; los suyos eran suaves y brillantes. En su rostro había una expresión de paciente espera y mostraba compasión.

Arrastró la silla y colocó las manos encima de la mesa, al lado de mi plato.

—Te ayudaré. —Agarró el tenedor—. Tan solo tienes que dejarme.

—Alan... hiciste suficiente. No tienes que cuidarme. —Giré la cabeza—. No tienes porque hacerlo. Seguramente tienes cosas más importantes por hacer.

—¿Quieres que me vaya? —Dejó caer el tenedor y giró la cabeza para mirarme.

—No, solo que estás mucho tiempo conmigo y...

—Eres mi amiga, Tania. Estuviste a mi lado siempre. —Agarró de nuevo el tenedor—. Y además, estás así por mi culpa. Abre la boca.

Lo miré mal durante unos segundos y luego obedecí, abriendo la boca. Mis hombros se relajaron aliviados. Tenía que tener cuidado para que la rudeza de sus costumbres no me afectara.

Cuando sentí el sabor dulce de los guisantes, solté un silencioso gemido de placer. Los ojos de Alan me observaban en silencio mientras que una expresión de anhelo se adueñó de ellos.

Lo vi tragar duro mientras los dedos de su otra mano, tamborileaban encima de la mesa. Ese gesto, había delatado su nerviosismo.

—Lo siento —susurré—. Es que cocinas de maravilla.

—Gracias —dijo cortante—. Sigue comiendo.

Después de terminar de comer, Alan recogió la cocina y preparó dos tazas con leche caliente.

—Gracias —dije mientras agarraba la taza caldeada—. Mi madre siempre hacía esto antes de irnos a la cama. Decía que la leche tenía poderes, que pescaban mis pensamientos para reemplazarlos con un sueño profundo y dulce.

—Hermosas palabras. —Se sentó a mi lado—. Mi madre nunca estuvo en casa por las noches. —Dio un sorbo y estudió mi expresión—. Siempre me fui solo a la cama.

Alan nunca hablaba de su pasado y siempre evitaba mencionar a sus padres. Su voz era triste y quise abrazarlo, pero no encontré el valor de hacerlo.

—Cuéntame más. —Dejó la taza encima de la mesa y me arrimé a él.

Alan levantó el brazo y me dejó colocar la cabeza en su pecho. Cuando sentí una mano

rodeando mi cuerpo, cerré los ojos y disfruté de ese momento como una adolescente.

—Mi madre bebía mucho. A veces la encontraba tirada en suelo y muchas veces había llegado a pensar que estaba muerta.

—Lo siento.

—No, no lo sientas. Eso fue hace muchos años y no me duele recordarlo. —Dejó la taza encima de la mesa y me estrechó en sus brazos—. He vivido solo durante mucho tiempo y la soledad es la única compañía que ahora mismo me agrada. Clara se coló en mis pensamientos durante los últimos años, pero llegó la hora de pasar página. Ella es feliz, ¿verdad?

—Sí, Christian la quiere mucho —murmuré—. Y yo... —Me mordí los labios y cerré los ojos.

—¿Tú qué? —Agarró mi barbilla con sus dedos y abrí los ojos.

—Yo me alegro mucho por ellos —mentí.

Bueno, no fue una mentira porque eso era verdad. Me alegraba por ellos, pero estuve a punto de confesarle a Alan que yo lo amaba. Tenía que tener más cuidado y no dejarme llevar por los acercamientos que compartíamos a menudo.

—Ah... —Dejó caer su mano—. Yo también.

Por un instante vi decepción en su mirada, pero solo fue por un instante.

¿Podría Alan tener sentimientos hacia mí?

—Será mejor que me vaya —dijo con voz ronca, pero no dejó de abrazarme—. Es tarde y mañana tengo que trabajar.

—Alan...

—Dime —contestó rápidamente.

—Gracias por todo. Eres un gran amigo. —Busqué su mirada.

—Supongo. —Dejó de abrazarme y sentí un vacío enorme.

—¿Puedo pedirte un favor?

Coloqué los pies en el suelo y enderecé los hombros.

—Lo que sea. —Sonrió de lado.

—¿Te quedas conmigo? No me gusta la soledad y...

—Por supuesto —contestó rápidamente—. Pero no voy a dormir en este sofá. No es cómodo.

—Puedes dormir conmigo en la cama. —Sonreí—. Solo si me prometes una cosa. —Le dediqué una sonrisa traviesa.

—Mmm, no me gusta hacer promesas. —Entrecerró los ojos.

—Solo quiero que mantengas tus manos quietas —expliqué.

—¿Y si no puedo? —Enarcó una ceja.

—Tendrás que prepararte para las consecuencias. —Me puse de pie.

—¿Consecuencias? —preguntó mientras apagaba la televisión.

—Mhm...

—¿Me las vas a decir? —Se puso de pie y acercó sus labios a mi oído—. O tendré que arrancarlas a besos —susurró, enviando una ola de excitación por mi cuerpo.

—No voy a decírtelas. —Me alejé y lo miré a los ojos—. Tendrás que...

—Sí... —Me agarró por la nuca y presionó sus labios en los míos.

El beso de Alan era suave y perfecto. Besaba mi boca como si estuviera buscando algo, como si fuera lo único que necesitaba, lo único que quería.

Sus manos se deslizaron por mi cuerpo, acariciando y apretando. Me aferré a su cuello y me perdí en el beso. Su lengua buscó a la mía y sus dedos rozaban suavemente mi mandíbula,

bajando hasta mi cuello mientras el beso continuaba.

Respirando con dificultad, rompió el beso y me miró a los ojos.

—Lo siento, Tania. No sé qué me pasó, pero...

—Shhh. —Presioné un dedo sobre sus labios—. No digas nada, fue un beso maravilloso.

—Fue un error. —Retrocedió—. Mejor me voy.

—No, no te vas a ir. No quiero estar sola. —Sentí mis ojos húmedos.

—Somos amigos. No podemos cruzar esta línea. —Su voz era un susurro acuciante.

—¿Por qué? —pregunté con tono irritado—. Somos libres los dos.

—Aún la amo y no quiero hacerte ilusiones. No quiero estropear lo que tenemos. —Apretó los puños y una extraña sensación de pánico me invadió, como si algo precioso me estaba escapando de las manos.

Me hablaba con una sinceridad absoluta y había descubierto una expresión de tristeza en sus palabras, una que me provocó un escalofrío.

—¿Qué tenemos, Alan? —Me acerqué a él.

—Una hermosa amistad. —Frunció el entrecejo con precaución—. Lo siento.

Salió por la puerta sin mirar atrás y mi voz se quebró con un sollozo. No había manera de acercarme a él, no había manera de entrar en su corazón.

PALABRAS QUE DUELEN

— **N**o me hagas esto —dijo Clara y se volvió hacia mí.

La miré con ojos tristes y suspiré.

—Tengo que hacerlo. —Miré mis manos vendadas—. No puedo volver a verle. Él te ama a ti...—Le dije, arrancándome a duras penas las palabras de la garganta amenazada por lágrimas.

Clara se acercó y me abrazó.

—Lo siento mucho, Clara —dije y forcé la voz para que no me temblara.

—No puedo obligarte, pero me entristece mucho saber que mi mejor amiga no asistirá a mi boda.

—Clara...

—No, déjame hablar, Tania. —Sacudí la cabeza.

Se sentó encima del escritorio y me miró con una expresión seria.

—Eres mi mejor amiga y si tú no te llevas bien con Alan, no significa que tienes que faltar a mi boda. Te necesito allí conmigo —dijo sin dejar de mirarme—. Te quiero mucho y lo sabes.

—Yo también te quiero, Clara. —La miré de reojo—. Pero quiero irme lejos. Quiero empezar de nuevo.

—Ni se te ocurra. —Me agarró por el brazo—. ¿Recuerdas lo que me dijiste hace tres años? Estaba igual que tú, quería desaparecer... —Tomó aire—. Pero, apareciste tú, con tu fuerza y tu coraje. Me dijiste que la vida es dura a veces, pero si luchas, si sobrevives, las recompensas serían mayores.

—Lo sé, pero esto es distinto. Alan no me ama, tan solo me ve como a una buena amiga.

—Es porque tú le dejaste claro esto. Tienes que insistir para que él vea que hay algo más que una amistad. Hay momentos cuando veo deseo en su mirada.

—¿Deseo? —pregunté con sequedad—. Yo quiero amor.

—Poco a poco, Tania. Si hay deseo, habrá amor —replicó—. No te vayas. Sigue insistiendo.

—Tengo miedo. No quiero estropearlo del todo.

—Arriégate y no te arrepentirás. —Se acercó y me abrazó—. Ahora, vamos a secarte esas lágrimas y ponerte guapa. Hoy probaré el vestido de novia y te quiero allí conmigo. Los chicos vendrán a recogernos luego y quiero que Alan te vea guapa.

—Él no me habla. —Me bajé de la mesa y alisé mi falda—. Ayer se fue bastante molesto.

—Dale tiempo, Tania. Los hombres no pueden asimilar muchas emociones a la vez.

—Se echó a reír.

—Supongo que tienes razón. Gracias.



—Los chicos están tardando demasiado —dijo Clara con evidente enfado—. Christian se las verá conmigo. Sabe que odio esperar.

—Ya sabes... Una cerveza y luego otra.

—¡Estamos aquí! —gritó Christian alegremente—. ¿Dónde está mi futura esposa?

Clara se puso de pie y corrió a su encuentro, tapándole de inmediato la boca con la mano.

—No grites —susurró—. La gente nos mira raro.

El resoplido de frustración de Clara irritó a Christian.

—¿Y desde cuando te importa lo que piensa la gente? —preguntó con los dedos de Clara aún presionando su boca—. Quiero un beso, mi amor.

—Luego, ahora quiero cenar tranquilamente. Tengo hambre.

—Pues tienes suerte que soy el dueño. No tenemos que esperar y si quieres... —Colocó las manos encima de la mesa y agachó la cabeza—. Podemos dar una vuelta por la cocina, como siempre. —Le guiñó un ojo y le robó un beso.

—Sabes a cerveza —gruñó ella, rompiendo el beso.

Christian la agarró por la cintura y juntos abandonaron la sala.

Giré la cabeza y me encontré con la mirada triste de Alan. Tenía que ser duro para él verlos así, pero a esas alturas debería tenerlo asumido.

Clara tenía razón, algo se escondía detrás de esa amistad que nos unió tantos años, porque lo había notado en su beso y en sus caricias.

—¿Escuchaste lo que dije? —preguntó, mirando mis manos vendadas.

—No, lo siento. —Sacudí la cabeza—. ¿Puedes repetir?

—Deberíamos dejarlos solos. —Dio la vuelta para irse.

—Espera. —Intenté agarrar su brazo, pero no lo conseguí.

—Alan, espera —dije frenética levantándome de la silla.

—Dime, Tania. —Se giró para mirarme.

—Yo, mira... Tenemos que hablar.

—Sí es por lo que pasó ayer, olvídalo —dijo secamente—. Yo lo olvidé.

Se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, echándome una escéptica mirada con las cejas arqueadas.

—Yo también —dije tristemente y empecé a seguirle los pasos.

Lo tenía difícil, pero estaba decidida a luchar. Había algo más entre nosotros y él tenía que verlo, sentirlo.

MIEDOS OCULTOS

E stábamos cenando los cuatro, rodeados de un ambiente bastante agradable. Christian y Alan mantenían una conversación formal mientras Clara no paraba de explicar con entusiasmo todos los detalles de la boda.

—Mañana tenemos la despedida de solteros —dijo Clara, tirando de mi brazo para que la mire—. Espero que habéis preparado algo divertido. —Entrecerró los ojos.

—Por supuesto —contesté sonriendo—. Annie y Jane contrataron a un... un... —Miré de reojo a Christian y tragué saliva, su mirada podía matar en ese momento.

—¡Striptease! —gritó Clara y levantó las manos en el aire.

Tapé mis ojos y agaché la cabeza.

—¿Qué? —Escuché a Clara preguntando indignada—. Quiero tener mi número caliente. Estoy segura que los chicos prepararon algo parecido. ¿No es así, Alan?

Quité los dedos que cubrían mis ojos y lo miré.

—Eh, sí...

—Pues no quiero que vayas a esa despedida —dijo cortante Christian.

—Pues yo tampoco quiero que vayas a la tuya —comentó Clara y se cruzó de brazos—. Se anulan las dos fiestas. —Miró fijamente a Christian.

—Venga, chicos. —Intervino Alan—. Es una fiesta, no tiene que pasar nada.

—Mejor te callas. —Sugirió Christian sin dejar de mirar a Clara—. Esto es entre mi futura esposa y yo.

Agarré a Alan por el brazo y tiré suavemente para llamarle la atención. Me puse de pie y le guiñé un ojo.

—Creo que deberíamos dejarlos solos —susurré.

Alan soltó un suspiro de rendición y me agarró por el brazo.

Miré por encima de mi hombro y sonreí al verlos besándose. Me preguntaba si algún día encontraría algo parecido.

—Sí, por lo que veo... tienes razón —dijo bruscamente Alan—. Bueno, me voy. Nos vemos a la boda.

—Espera... ¿me puedes llevar? —pregunté susurrando y me acerqué a él—. Por favor, Alan. Necesito pasar por el hospital para que me quiten las vendas y...

—Está bien, Tania. —Dio un paso hacia atrás—. Te llevo al hospital y luego a casa. Para eso están los amigos y además soy culpable por las heridas que tienen tus manos.

—Ya te dije que no fue tu culpa...

—Lo fue —levantó el tono y al darse cuenta de que algunos giraron las cabezas, me agarró por el brazo y salió conmigo fuera del restaurante.

—¡Alan! Para, me haces daño. —Tiré de mi brazo para liberarme.

—Lo siento —suspiró—. No quiero gritarte, yo...

—¿Tú qué? —Lo miré fijamente a los ojos—. No te reconozco, tú no eres así y me haces daño.

—Tania... —Se acercó y me abrazó—. Perdóname. Me estoy comportando como un idiota contigo.

—Es mi culpa —susurré en su cuello—. No tenía que decirte nada.

—Mejor lo olvidamos todo. No quiero perder a mi mejor amiga. —Besó mi frente y se alejó—. Vamos, te llevo al hospital.

—¿Crees que ellos estarán bien?—Señalé a esos dos enamorados—. Deberían tener una despedida de solteros—suspiré—. Luego se arrepentirán.

—Tienes razón. —Agarró mi brazo—. Podemos hacerla sin que ellos lo sepan. Una sorpresa para los dos.

—Me gusta tu idea. Hablaré con las chicas para organizarlo todo.

—Y yo con los chicos. —Abrió la puerta del coche y me ayudó a entrar.

En vez de cerrar la puerta, se agachó y agarró el cinturón de seguridad. Lo deslizó lentamente por mi pecho, inclinando la cabeza.

Me observó durante un momento y algo cambió.

Su mirada brillaba y su respiración se había vuelto pesada.

Lo amaba. Quería sus manos sobre mí. Quería que me besara y quería mostrarle cuánto lo amaba.

Levanté una mano y la pasé despacio por su cabello. Echó la cabeza hacia mí, y suspiró.

—No lo hagas, Tania —murmuró—. Quieres algo que yo no puedo darte.

—¿Y por qué no? —Lo miré, retándolo a responder—. Clara se casa y nosotros...

—Somos amigos, Tania. Nada más. —Abrochó el cinturón y se quedó quieto.

Dejé de tocar su cabello y levanté la cabeza. Nuestras miradas se encontraron y algo dentro de mí se agitó.

Antes de que pudiera protestar, lo besé. Capturé su boca en un beso hambriento y mi cuerpo respondió como si estuviera hecho para él. El espacio vacío en mi pecho palpité y me perdí en sus ojos.

Sus hermosos labios rosados, se separaron, como si quisiera protestar, pero no lo dejé. Coloqué rápidamente un dedo sobre ellos, haciéndole callar.

—Deja de negarlo, Alan. Hay algo en ti...—Alan respiró profundamente y bajó la vista—. Te veo...

Los ojos de Alan buscaron enseguida los míos y entrecerró los ojos.

—Sé que te gusto, Alan.

Su rostro se contrajo al escuchar mis palabras y sus ojos dejaron de centrarse en mí. Se quedó como perdido en un recuerdo.

—Admítelo, Alan.

—No. De ninguna manera, Tania.

—¿Qué sentiste cuando te besé? —Busqué su mirada.

—Nada. —Se alejó, incómodo.

—Mientes, Alan. Yo creo que tienes miedo porque sentiste algo, como yo. No estás traicionando a nadie, eres libre para amar...

—Déjalo, Tania. —Cerró la puerta y rodeó el coche.

Estuvo un buen rato delante de la puerta y cuando la abrió, forzó una sonrisa y se metió dentro sin mirarme.

—Eres un enigma —murmuré.

—Quizás. —Arrancó el coche y encendió la radio.

—Me dejas entrar como amiga, pero me dejas fuera...

Dejé de hablar porque lo noté perdido en sus pensamientos y no me hacía caso. Eché un vistazo a su rostro y me quedé mirando su perfil, devorando la barba incipiente a lo largo de la mandíbula. Lo amaba y él ni siquiera se molestaba intentarlo.

Mis pensamientos frenéticos se interrumpieron cuando Alan estacionó el coche en el aparcamiento del hospital.

Esperé a que me abra la puerta con el corazón desbocado y la piel de gallina.

—Gracias.

Me bajé del coche y él se acercó. Cerró la brecha dando otro paso hacia mí. Estaba suficientemente cerca para tocarme, pero no lo hizo. Sus ojos se deslizaron sobre mí y preguntó:

—¿Sabes lo que pienso?

Negué con la cabeza lentamente sin dejar de mirarlo, mientras colocaba un mechón errante de cabello detrás de mi oreja.

—No. —Mi voz era demasiado suave. Sonó como un sí.

Se inclinó cerca de mi oído, y dijo:

—Creo que eres hermosa. Demasiado Tania y sí, tengo miedo. —Admitió.

—No sé qué decir. —Lo observé casi sin respirar.

Alan pasó su mano a lo largo de mi mejilla; sus ojos estaban en mi boca.

—Entonces, no digas nada. —Me agarró por el brazo y empezó a caminar.

Me sentía frenética y confundida. Por un momento tuve la sensación de que él estaba jugando conmigo, pero su mirada ofrecía una sinceridad inconfundible. Y si estaba jugando, tenía que prepararse para perder, porque estaba decidida aprovechar mis mejores trucos para ganar su amor.

PEQUEÑAS CICATRICES

Alan

Estaba tan nervioso, que mis piernas se movían constantemente y mi corazón golpeaba con fuerza mi caja torácica.

A Tania le quitaban las vendas y eso era bueno, pero me preocupaba la sensación de inquietud que recorría mi cuerpo. Cada vez que me miraba y cada vez que me tocaba, sentía una fuerza magnética extraña. No sabía si era mi imaginación, pero había atracción y eso era malo. Comenzar algo, pondría fin a esa hermosa amistad que nos unió durante años.

Pero cuando cerraba los ojos, la imagen de ese beso aparecía para atormentar mis sueños. Intenté sin éxito eliminarla y olvidar lo que había sentido. Se había introducido en mis pensamientos y en mi vida con una fuerza que me angustiaba.

Mi mente estaba diciendo que lo superara, que lo olvidara, pero mi corazón se negaba hacerlo.

El rostro de Clara fue reemplazado por el de Tania sin mi permiso y eso me asustaba. No quería entregar mi corazón a nadie. Aún recordaba el primer golpe que recibí.

—Alan, lo siento mucho. —Miré confuso el rostro de Janine—. Yo... no te quiero. Te veo como a un amigo.

—Pero, no lo entiendo. Llevamos saliendo por más de un año. —Apreté la mandíbula—. A mí me gustas mucho, Janine. Estoy enamorado de ti.

—Lo sé, pero hay algo que falta. No es tu culpa, Alan. Eres un chico estupendo y me lo paso bien contigo.

—Pero...

—Pero te veo como un amigo.

Siempre me había enamorado de la chica equivocada y siempre me habían rechazado.

—No puedo, Alan —dijo Valeria mirándome triste—. Sabes que no soy de relaciones. Podemos ser amantes...

—No, Valeria. Quiero más que eso. Yo te quiero.

Tenía miedo de enamorarme de nuevo y Tania... era una mujer hermosa, pero no sabía si para ella era solo un capricho. No quería arriesgarme otro rechazo.

—Ya estoy. —Escuché su voz y levanté la mirada—. ¡Mira mis manos! —exclamó—. Puedo mover mis dedos. —Sonrió abiertamente, honrándome con su belleza.

—Me alegro —dije abruptamente, sin pensar y ella entrecerró los ojos.

—¿Pasa algo?

—No, Tania —dije esperando calmar la situación—. Estoy cansado nada más.

—Está bien. Llévame a casa. —Su sonrisa se volvió seria y dejó de mirarme—. Yo también estoy cansada.

—Lo siento, Tania. —Agarré su brazo y tiré suavemente para acercarla—. Déjame ver tus manos.

Mis ojos miraron atentamente las pequeñas cicatrices de color rosa que adornaban sus manos y cerré los ojos.

—Te quedaron unas pequeñas cicatrices —susurré—. Esto es por mi culpa.

—No, Alan —dijo y abrió los ojos—. Deja de culparte y llévame a casa.

—A sus órdenes, señorita.

Esperaba una sonrisa de su parte, pero se limitó en soltarse de mis manos y agarrar su bolso. Me miró de arriba abajo meneando la cabeza.

No sabía si alguna vez me acostumbraría a lo que sentía cuando me miraba, o la forma en que me hacía sentir. Y por alguna razón, no quería que ese sentimiento desaparezca.

—A veces me pregunto qué escondes —murmuró bajito y miró por encima de su hombro.

El hospital estaba en silencio, solo se escuchaba su voz melódica. Verla así, tan confundida, tan hermosa y tan tierna, despertó mi lado salvaje. Ese lado que había enterrado para siempre.

—Deja de mirarme así. —Se acercó y colocó las manos en mi pecho—. Si no quieres besarme, deja de mirarme.

—¿Besarte? —Miré fijamente sus labios—. ¿Por qué piensas que quiero eso?

—Porque lo veo en tu mirada. —Sus manos se deslizaron por mi pecho hasta mis hombros—. Porque tú también lo deseas.

—No es verdad. No quiero eso— mentí, pero mi voz suave y débil, delató mi mentira.

—Hazlo, ¿qué esperas? —susurró cerca de mi oído—. Por favor...

—No... —Me alejé de golpe y ella se tambaleó—. Deja de provocarme o dejaré de ser tu amigo.

—¡A veces te odio! —dijo gritando y giró sobre sus talones.

Llamó el ascensor y cuando se abrieron las puertas, entró pisando fuerte y sin mirarme. Corrí detrás de ella para entrar y la agarré por detrás. Mis manos estrecharon su cintura y las puertas se cerraron, envolviéndonos en un silencio misterioso.

Ninguno de los dos se atrevió a moverse, solo se escuchaban las respiraciones pesadas y los locos latidos de nuestros corazones. Coloqué mi barbilla en su cuello y suspiré.

Un pequeño sacudido avisó de que se había ido la luz y que habíamos quedado atrapados en ese ascensor.

OSCURIDAD Y DESILUSIÓN

—No me sueltes, Alan —dije mientras apretaba con fuerza sus manos—. Tengo miedo a la oscuridad.

—Lo sé. —Pegó su pecho contra mi espalda—. Siempre duermes con la lámpara encendida.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté susurrando y dejé caer mi bolso al suelo—. No recuerdo habértelo contado.

—No, no me lo contaste y tampoco me contaste que no te gusta el pescado, que tu color favorito es el gris, que odias ducharte por la mañana, que te gusta bailar, que guardas tu diario y que aún escribes en él. —Sentí su sonrisa en mi cuello.

—¡Wow! Me impresionaste. Son pequeños detalles de mi vida que tú los sabes —dije bajito—. ¿Por qué?

—Porque no puedo evitarlo, Tania. Somos muy buenos amigos y es normal.

—Yo también sé algunas cosas de tu vida. —Lo interrumpí para darme la vuelta y aferrarme a su cuello—. Como por ejemplo... mmm, a ver... —Subí mis manos lentamente hasta su cabello y escuché un suave gemido—. Tu color favorito es el negro, no te gustan las patatas fritas, te gusta leer y... tienes algo escondido en tu corazón que no puedo ver. ¿Qué es, Alan? —Lo empujé despacio hasta que chocó contra la pared—. Quiero saberlo.

—No hay nada, Tania. —Agarró mis manos—. Olvídalo.

—No, Alan. Entre amigos no hay secretos —dije y con manos temblorosas agarré el cuello de su camisa—. Y nosotros somos amigos, ¿verdad?

Necesitaba saber qué era lo que frenaba sus impulsos. El deseo que había visto en sus ojos cuando estábamos en el pasillo del hospital, era tan ardiente que me había encendida solo con una mirada. Alan deseó ese beso tanto como yo. Había atracción entre nosotros y mi corazón me decía que también algo más.

—Sí... —Agarró mis muñecas—. Somos amigos y por eso deberías mantener estas manos quietas.

—Mis manos desean tocarte, Alan... —Escuché un gemido y decidí continuar—. Mis labios quieren besarte y mi cuerpo te necesita.

—Tania...

—Te deseo Alan. —Dejé escapar una lágrima—. Te quiero... y no como a un amigo. Déjame entrar en tu vida.

Cuando sentí sus pulgares deslizándose a través de las lágrimas en mis mejillas, limpiándolos, solté un suspiro de alivio.

—No llores. —Se inclinó y rozó sus labios por mi rostro.

Tomé una respiración entrecortada cuando lo hizo de nuevo. Ese lado suyo tierno fue lo

primero que enamoró y raras veces se mostraba así, pero cuando lo hacía, mis lágrimas salían a saludarlo.

—No quiero hacerte daño, Tania. —Habló en voz baja—. Deja de llorar, por favor.

—No... No puedo. —Mi voz era apenas un suspiro.

—No quiero perderte.

—Entonces ámame, Alan —susurré—. Hazme el amor y no me hagas el numerito de que no me deseas.

No se movió y sus manos tampoco.

—Tal vez no te desee.

—Mientes. No veo tus ojos, pero los latidos de tu corazón te delatan—. Mis labios rozaron su oreja—. Me deseas, Alan.

—Sí... —Las sílabas sonaron como un gruñido.

Deslicé una mano por su pecho y la dejé encima de su corazón.

—Voy a enloquecer este corazón —susurré—. Y solo te pido que me hagas el amor... de momento.

Le rocé los labios con la boca y noté que sus músculos se tensaban con un control a duras penas contenido. Me sentía poderosa, estaba segura de que la victoria era inminente y no pensaba retroceder ni un ápice.

—¿Nos podemos arriesgarnos una vez? —Permanecí completamente inmóvil, esperando su respuesta.

—Es una locura —sentenció, mientras deslizaba sus manos por mi espalda.

—A lo mejor.

—Te haré daño y me harás daño. Te arrepentirás y... —suspiró y con una mano agarró el bordillo de mi falda.

—No.

—¿Estás segura?

—Sí. —La sensación de triunfo se arremolinaba en mi interior mientras tragaba saliva.

Mis pechos se tensaron y mis pezones se pusieron tan duros que casi me dolían. Me mordí el labio para refrenar el impulso de besarlo y me obligué a respirar.

Su mano subió por mi muslo desnudo y acercó un dedo para meterlo por la cinturilla de mis bragas.

—No voy a parar. ¿Quieres que lo haga? —preguntó, mientras metía el dedo y me acariciaba con delicadeza.

Mis músculos se tensaron con el contacto y no pude evitar que se me escapara un gemido entre los labios.

—Tania... —murmuró mientras me acariciaba con los dedos—. Pero no me has respondido. ¿Quieres que pare? —Me susurró.

—No —protesté con el pulso ya acelerado.

En ese momento solo podía sentir porque el cuerpo entero me vibraba. No pude resistir a la tentación de frotarme contra su mano y me moví un poco para que sus dedos tengan mejor acceso. Estaba empapada y movía las caderas al ritmo de sus acometidas.

—Eso es, Tania. Dame ese orgasmo... —susurró en mi oído.

Estuve a punto de soltar un grito al recibir el impacto del orgasmo, pero conseguí ahogarlo mordiéndome la lengua. Estaba jadeando y temblando al mismo tiempo.

Atrapó mi boca en un beso, apoderándose por completo de mis sentidos mientras mi cuerpo se sacudía por el placer que me había provocado.

—¿Hay alguien en ascensor?

Esa voz me trajo de vuelta a la realidad y bajé rápidamente la falda.

—Sí —contestó Alan y me besó otra vez—. Te dejaste llevar por el momento, ¿quieres más?—Mordió mi oreja.

—Mhm...

—Con una condición. —Se alejó.

—¿Cual?

—No quiero sentimientos involucrados, Tania.

—Ahora os vamos a sacar de allí. —Gritó el hombre.

—Es tarde, Alan. Yo... yo te quiero...

—Entonces, olvídalo. —Su tono de voz frío, me sacudió.

—Lo haré maldita sea —grité—. Voy a dejar de quererte y te voy a odiar.

Mis manos temblaban y mi cuerpo se tambaleaba.

—Muy bien. Que así sea.

Me dio un vuelco el estómago por la desilusión.

La luz se encendió y la puerta se abrió para dejar entrar una ráfaga de aire fresco. Me estremecí y me froté los brazos.

Alan salió sin mirar atrás. Me agaché para coger mi bolso y saludé al señor que nos había rescatado.

Si él quería mi odio, estaba decidida ejercitarlo por todos los medios.

REENCUENTROS

— **B**uenas noches, Tania —dijo secamente, Alan y se estiró para abrirme la puerta.

Su hombro rozó mis pechos y suspiré. Los nervios se habían disparado a través de mis venas y llenó mi cuerpo con una idea precipitada de salir huyendo.

No había un botón de borrar lo que había pasado. No podía simplemente apretarlo y olvidarlo.

Mi aliento le hizo cosquillas en el cuello y escuché salir un gemido ahogado de su garganta. Un deseo insano de acercarme más y pasarle mis manos por su cabello se disparó a través de mí.

Se alejó enseguida y pegó su espalda contra el respaldo de su asiento. Agarré mi bolso y giré la cabeza para mirarlo. Mi corazón latía rápidamente. La situación había cambiado y no había marcha atrás.

—Buenas noches, Alan —susurré—. Nuestra amistad llegó a su fin...

—Pues sí. Que descanses. —Agarró con fuerza el volante—. No voy a llevarte el sábado a la boda. —Apretó la mandíbula y agachó la cabeza.

—No importa. Alguien se ofreció a hacerlo —mentí.

Salí del coche con el estómago inundando de temor y tristeza. Todo había terminado.



La puerta se abrió y sonreí de oreja a oreja. Mi corazón dio un vuelco cuando levantó las cejas con gesto inquisitivo.

—¿Qué haces aquí, Tania? —Examinó atentamente mi rostro—. ¿Has llorado? —Frunció el ceño se alejó, para dejarme pasar.

—Necesito tu ayuda, Vincent. —Tras pronunciar las palabras, contemplé su rostro en silencio.

Él no había cambiado nada, su hermoso rostro destacaba como siempre. La casa estaba recogida y muy limpia.

Vi la mesa repleta de libros y sonreí. Llevaba mucho tiempo sin leer un buen libro y me di cuenta que había echado de menos la horas de lectura en compañía de Vincent.

—Veo que sigues leyendo. —Me giré para mirarlo—. ¿Lo haces solo?

Me mordí los labios para no decirle lo guapo que se veía con la camisa arrugada y desabrochada. Me gustaba decirle piropos y lo hacía porque ese hombre era perfecto.

—Sigo leyendo. Mi trabajo lo exige, Tania. —Apoyó su espalda contra la puerta y cruzó los brazos—. Pero, lo hago solo. No encuentro una compañera tan entregada como fuiste tú.

—Yo... mira...

—¿Por qué estás aquí? Estoy seguro de que no por la lectura. —Entrecerró los ojos—. Tus ojos... son tristes.

—Necesito tu ayuda. —Dejé mi bolso encima de la mesa y vi las fotos que habían al lado de los libros, fotos con nosotros.

Cerré los ojos y suspiré. Sentí sus brazos alrededor de mi cintura y pegué la espalda contra su pecho.

—¿Quién te hizo daño, pequeña?—preguntó susurrando—. No me gusta verte así.

—Quiero esas fotos. —Las señalé—. Perdóname, Vincent.

Empecé a llorar y él me giró para abrazarme.

—Shhh, no llores, Tania. No hay nada que perdonar —dijo y me estrechó con fuerza—. Te eché de menos.

—Yo también... lo siento por todo. Fui mala contigo...

—Ey... —Me alejé para mirarme a los ojos—. Yo lo olvidé. Hazlo tú también. —Besó mis mejillas—. Ahora cuéntame todo. Quiero saber quién se atrevió lastimarte.

—Lo haré, pero quiero saber cómo estás tú. —Acaricié su rostro—. ¿Estás feliz con... con...

—¿Jonathan?—Negó con la cabeza—. Lo hemos dejado... justo después de la pelea.

—¿Quién es esta puta? —Vociferó Jonathan—. Sabía que no te gustan las mujeres, Vincent. ¿Me engañas con ella?—Me señaló con el dedo.

—No le faltes el respeto a Tania. No es lo que crees, Jonathan. Deja de gritar. —Se puso rápidamente la camiseta—. Ella es mi mejor amiga y me ayuda con la lectura —explicó.

—Sí es que estáis medio desnudos los dos. ¿Qué clase de lectura es esa? —Me miró con odio—. ¿Porno?

—¿Cómo puedes creer algo así? Hemos salido de la ducha los dos y justo entraste tú —dijo Vincent—. Cada uno nos hemos duchado por separado.

—¿Eres bisexual? —quis o saber Jonathan—. ¿Te gustan las mujeres también?

—No, pero no puedo negar que Tania es una mujer muy hermosa —contestó Vincent y me guiñó un ojo—. Una mujer increíble —sonrió.

—Gracias —susurré.

—Ya tengo suficiente —dijo Jonathan y abrió la puerta—. Llámame luego. —Salió enseguida y cerró la puerta.

—Es celos, se le pasará —dijo riendo Vincent.

—Lo siento —dije y sonreí tímidamente—. Fue por mi culpa.

—No, Tania. Lo dejé yo. No me gustaban sus ataques de celos. —Agarró mi mano y me llevó con él hasta la cocina—. Siéntate —ordenó—. Prepararé el desayuno mientras tú me explicas la clase de ayuda necesitas.

—Mhm, tengo hambre.

—Siempre tienes a estas horas. —Se echó a reír.

—Mi amiga Clara se casa —dije mientras me sentaba en la silla—. Y... no quiero ir sola.

—Bien. —Dejó encima de la mesa dos huevos y me miró—. ¿Y tú amigo Alan? El amor de tu vida...

—Nos hemos peleado —contesté y pasé las manos por mi cabello enredado.

—No sería la primera vez, Tania. Sois como el fuego y el hielo. —Remangó su camisa.

—Esta vez fue la definitiva. —Cerré los ojos y apreté los labios para no llorar.

—¿Qué hiciste, Tania?

—Confesé mi amor, intenté forzar una amistad, dejé que...

—¿Dejaste qué? —Enarcó una ceja.

—Que me tocara, que me besara...

—No te reconozco, Tania. Tú eres una mujer fuerte.

Abrí los ojos y lo miré con tristeza. Yo tampoco reconocía el comportamiento débil que mostraba últimamente. Nunca había dejado que me hicieran daño porque eso significaba rendirse ante todos.

—No he tirado la toalla, Vincent. Quiero seguir luchando, pero necesito otra estrategia. —Levanté la barbilla—. Quiero que vengas a la boda conmigo, quiero que finjas que eres mi novio.

—¿Estás loca? —Agrandó los ojos—. Bueno, podría hacerlo, pero nadie lo creerá. Todos saben que soy gay.

—Todos no. Alan no te conoce, y puedes decirles a los demás que eres bisexual —sugerí.

—¿Y a ti te gustaría tener un novio así?

—Lo que sea para recuperar a Alan —murmuré.

UN VESTIDO ESPECIAL

—¡Wow! —Silbó mirándome de arriba abajo—. El vestido te queda de infarto.

Hice una reverencia y le envié un beso.

—Gracias, Vincent. —Me acerqué de puntillas y besé su mejilla haciendo ruidos—. Tú también luces de infarto —suspiré—. Temo que esta noche me quedaré sin pareja.

—Tranquila, Tania. No voy a dejarte sola ni un minuto.



—No me dijiste que van a celebrar la boda en el hotel de mi padre. —Suspiró y me ayudó a bajar del coche—. Odio este lugar.

—Lo sé. —Agaché la mirada—. Por eso no te lo había dicho. Sabía que no querrás acompañarme...

—No pasa nada. —Agarró mi barbilla con sus dedos—. Quiero acompañarte y ayudarte en lo que sea, Tania. Eres una gran mujer, no lo olvides.

—¿Y si te encuentras a tu padre por aquí? —Torcí los labios—. Llevas mucho tiempo sin verle, ¿verdad?

—Unos cinco años. —Suspiró y forzó una sonrisa—. Para él soy una vergüenza.

—Me importa una mierda lo que dice tu padre. Eres el hombre más increíble que he conocido. Tu forma de escribir y de expresarte es única y esto no tiene precio. —Estiré mi cuello y besé su mejilla.

—¿Tania?

Escuché la voz de Alan y enseguida me separé de Vincent, pero él me agarró por la cintura y me apretó contra su cuerpo. No era de hielo, tenía que admitir que ese acercamiento revoloteó mi estómago. Su perfume y sus manos fueron activadores de un deseo extraño de devolverle el abrazo.

—Alan... —murmuré, sin apartar los ojos de él.

En mi cabeza, tenía el plan perfecto. Alan se pondría celoso al verme con Vincent y se daba cuenta que me amaba. Pero ahora, verlo delante de mí y mirándome con el rostro crispado

de ira, supe que me había equivocado.

—¿Entramos? —preguntó una chica y mis ojos se clavaron en ella; estaba prácticamente colgada del cuello de Alan.

Los ojos de Alan recorrieron mi cuerpo, analizando cada detalle. Había visto el vestido, el que me había regalado el año pasado para mi cumpleaños.

—Alan... no tengo palabras. El vestido es muy hermoso, gracias. —Sonreí mientras salía del baño—. Me siento como una estrella de cine.

—Te ves... preciosa y sensual—. Aclaró su garganta—. La parte superior sin mangas es increíblemente femenina.

—Gracias por este regalo. —Me acerqué para besar su mejilla.

Había elegido el vestido a propósito porque sus halagos aquel día, mostraron lo mucho que le gustaba la forma en que se veía en mí.

Al darme cuenta de que nadie se atrevía a decir algo, solté el brazo de Vincent y miré en dirección a la entrada del hotel.

Estaba inquieta, no pensaba que Alan iba a venir con acompañante y por como ella lo miraba, me di cuenta de que había algo entre ellos.

—Este es Vincent —dije bajito.

Vincent enseguida estiró una mano y la chica lo miró con ojos brillantes.

—Alan —dijo secamente—. ¿De dónde os conocéis?

—Nos conocemos desde hace años, pero hasta ahora nunca tuve el valor de pedirle a Tania que sea mi novia. —Los ojos de Alan se agrandaron y me miró interrogante—. Estoy muy feliz —continuó Vincent—, ahora.

—¿Aceptó? —preguntó Alan sin despegar la vista de mi rostro.

—Sí y soy el hombre más afortunado. —Besó mi mejilla—. Es una mujer increíble, inteligente y... —carraspeó—, ya sabes.

Alan apretó la mandíbula y cerró los ojos por unos segundos. Tiempo suficiente para darme cuenta de que eso impactó directamente en su corazón.

Cuando abrió los ojos, vi una frialdad mezclada con tristeza en su mirada y quise abrazarlo, decirle que todo era mentira, pero sabía que no serviría de nada. Estaba empeñado a no dejarme entrar en su vida.

Sentí las manos de Vincent en mi cintura y suspiré, faltaba muy poco para empezar a llorar.

—Nosotros vamos a entrar—avisó Vincent y tiró suavemente de mí—. Empieza a caminar, Tania—susurró—. Y no empieces a llorar.

Mordí los labios y aguanté un llanto. El dolor que sentía en mi pecho era muy fuerte, tanto que no podía caminar bien.

Vincent se dio cuenta y me agarró fuertemente por la cintura.

Por delante de nosotros pasó Alan con esa chica y verlos cogidos de la mano, me derrumbó.

Vincent me abrazó enseguida y luego me llevó con él por un largo pasillo hasta que se paró delante de una puerta.

—Esta habitación es siempre vacía —dijo antes de abrir la puerta—. Necesitas recargar tus fuerzas.

MIRADAS

—¿E stás mejor? —preguntó Vincent y sacó un pañuelo de su bolsillo—. Deja que limpie tus mejillas.

—Estoy mejor. —Lo miré, sonriéndole tristemente—. Pero, no sé si puedo entrar allí.

—Hay que hacerlo, tu mejor amiga te necesita. —Pasó suavemente el pañuelo por mis mejillas—. Y tienes que mostrarle a ese idiota que eres fuerte. Esa chica...

—¿Mmm?—Alcé la mirada—. ¿La conoces?

—No quieres saberlo. —Negó con la cabeza y guardó el pañuelo dentro de su bolsillo.

—Dímelo, despertaste mi curiosidad, Vincent.

—Se llama Karina Fitzgerald. —Mis ojos se agrandaron.

—¿La modelo? —Asintió con la cabeza—. ¿La que estuvo el año pasado involucrada en ese crimen tan mediático?

—La misma...

—Pero, se rumorea que había matado a su marido... —dije rápidamente—. No puede ser.

—Los policías no encontraron nada en su contra. Estuvo toda la noche en la casa de una amiga y...

—Yo no me lo creo. Recuerdo muy bien su caso. —Alisé mi vestido—. Se puso en contacto con nuestra agencia.

—¿De veras?

—Sí, Vincent. Recuerdo muy bien las palabras de Clara.

—¿Pasa algo? —La miré con el ceño fruncido—. Te veo distraída.

—Tuve una conversación telefónica bastante rara con una posible cliente.

—Define que es raro para ti, Clara. En este mundo hemos visto bastante.

—Esa cliente quiso saber si aparte del video, hacemos desaparecer a las personas.

—¿Qué? —La miré sorprendida—. ¿Quiere saber si matamos personas?

—No dijo eso, pero insinuó...

—¡Joder! Eso es fuerte, ¿cómo se llama?

—Karina Fitzgerald, la modelo.

—Ella prácticamente quería saber si hacemos que los maridos también desaparezcan.

—¿Hablas en serio, Tania?

—Que sí, Vincent. Parece que tenemos una asesina entre nosotros...

—Y está detrás de tu amor... —rio.
—Vincent, esto no es divertido. —Lo miré molesta—. Deberíamos advertir a Alan.
—¿Para decirle qué? —Se cruzó los brazos—. Deberías tener cuidado con Karina, es una asesina y te quiere matar. —Se burló—. ¿Sabes cómo se ve esto?
Negué con la cabeza.
—Se ve como si estuvieras desesperada, como si quisieras quitártela de encima inventando una tontería.
—Quiero quitármela de encima —gruñí—. Y no estoy inventando nada.
—Lo sé, Tania. Pero, hay que pensar en otra cosa.
—Mmmm... A ver. —Entrecerré los ojos—. Ella no sabe que tú eres gay...
—Tania —advirtió.
—¿Por qué no? Ella está buscando hombres ricos y podemos inventar que tú eres uno...
—Soy rico, Tania. No hay que inventar nada.
—Es verdad. —Puse los ojos en blanco—. Lo había olvidado... el hombre perfecto en casi todos los aspectos.
—No vayas otra vez allí —dijo molesto—. No quiero pelearme otra vez contigo.
—Lo siento, Vincent. Sabes que soy así...—Me acerqué y lo abracé—. Perdóname.
—Te perdono, pero no me gusta tu plan. Quitó mis manos y me miró a los ojos—. No me gusta nada, Tania. No entiendo porque te empeñas en conquistar a ese idiota. Parece que está ajeno a todo lo que lo rodea, parece que no ve lo hermosa que eres.
—Eso mismo me pregunto yo también a veces. No entiendo porque los corazones se empeñan a buscar amores imposibles —suspiré—. Yo lo amo, Vincent y sé que él también me ama. Lo he sentido, pero tengo que sacarle de esa concha cerrada. Si no lo hago, sé que me arrepentiré toda la vida.
—Te ayudaré... con tu plan —dijo bajito—. Pero, tienes que dejarlo a mi manera.
—¡Gracias!
—No tan rápido. Piensa en una buena excusa para dejar plantada a una modelo como ella.



Estuve horas interminables mirando como Alan coqueteaba con Karina. Aprovechaba cada momento para tocarla, pero lo que alivió mi angustia, fue darme cuenta que no la había besado en ningún momento.

Carla y Christian bailaron y hablaron con todos los invitados, menos conmigo y Vincent. Sabía que estaba molesta con la situación que había entre Alan y yo. A ella tampoco le hacía mucha gracia vernos en compañía de otras personas.

—No aprietes tan fuerte mi brazo, Tania. Se quedó dormido —dijo Vincent entre dientes y forzó una sonrisa.

—No puedo... mira cómo la está tocando.

—Solo están bailando.

Preso de la frustración, lo agarré por la cintura y lo arrastré conmigo hasta la pista de baile.

—Sonríe —dije y agarré fuertemente su culo.

—Tania... —gruñó.

—Tienes un culo muy sexy, Vincent —seguí hablando sin hacerle caso.

Mis manos subieron lentamente y cuando llegaron a su cuello, incliné la cabeza y miré por encima de su hombro. La mirada de Alan estaba fija en nosotros y eso era un punto a mi favor.

—Bésame, Vincent —susurré.

—Estás loca. —Se alejó—. No pienso ir tan lejos.

—Hazlo ahora —ordené.

Me pasé la lengua por los labios y levanté la mirada.

—Disculpa. —Sentí una mano en mi hombro y giré la cabeza—. ¿Me permites este baile, señorita?

Tragué saliva al ver su mirada y cuando sus manos agarraron mi cintura, se me hizo un nudo en el estómago.

—Alan...

—No digas nada, Tania. —Envolvió sus brazos alrededor de mi cintura—. Sólo baila conmigo.

TONOS DE GRIS

Las manos de Alan estaban acariciando mi espalda con ligereza mientras nos estábamos moviendo por la pista de baile. Me apreté contra él y exhalé un suspiro; sentía calor y estaba casi derretida.

—No quiero verte en los brazos de otro —susurró en mi oído.

La sensación de estar derritiéndome se esfumó cuando me detuve, luego me separé de él para mirarlo a la cara. A nuestro alrededor, otras parejas continuaron bailando, pero apenas reparé en ellas.

—¿Me estás tomando el pelo, Alan?

—No —respondió sin más—. Estoy hablando en serio. —Me atrajo de nuevo hacia él, y nos confundimos otra vez con las demás parejas de baile.

—Debería darte vergüenza... —dije en voz baja—. Estabas manoseándola delante de todos.

—¿Celosa? —Su mirada se demoró en mi rostro, y tuve que reprimir las ganas de darme la vuelta—. Debería darte a ti vergüenza. Estabas a punto de besarlo...

—¿Y qué? Vincent es mi novio, puedo besarlo cuando me da la gana. —Tragué saliva, ya no estaba segura de si debería huir o quedarme en sus brazos.

—Deberías estar nerviosa, Tania —dijo con voz grave—. Recuerdo perfectamente cuando te regalé este vestido... tu cuerpo es muy tentador.

—Pensaba que se te da bien resistirte a la tentación. —Tomé aliento pensando en el siguiente paso.

—Se me daba. —Agachó la cabeza, apretándome entre sus brazos.

Sentía su firmeza y su respiración pesada. Mi aliento se quedó atascado en el pecho y me di cuenta de que estaba esperando el roce de sus labios en mi cuello.

Pero el contacto no llegaba y mis nervios estaban a flor de piel.

Cuando hablé de nuevo, lo hizo en voz baja para no romper el hechizo.

—Cierra los ojos, Tania.

Obedecí, concentrándome en respirar y tratando de ignorar el suave cosquilleo que me erizaba la piel. Ahucó su mano izquierda sobre mi mandíbula para luego acariciarme con suavidad la mejilla con el pulgar. Estaba segura de que me iba a besar.

Sentí el roce de sus labios en la oreja y dejé de respirar.

—No sé a qué estás jugando pero no me está gustando. No te reconozco. —Sus palabras fueron como agua helada.

—No estoy jugando, Alan. No sé qué más quieres de mí... —Intentó sonreír, pero el peligro que mostraba sus ojos fue suficiente para darme cuenta de que estaba hablando en serio —. Sabes que me gustas... —repliqué con una sonrisa fría y afectada.

—No quiero oírlo más, Tania. Lo nuestro se acabó... nuestra amistad ya no existe. Deja de

insistir, estás haciendo el ridículo...

Intenté salir de sus brazos, pero no lo conseguí.

—¿Eso es lo que quieres? —Lo miré sintiendo un ligero mareo.

—Sí. —Su firme respuesta, me dejó sin aire.

—Alan... deberías tener cuidado —dije con los ojos húmedos—. Karina... ella es una asesina.

Los ojos de Alan se agrandaron y me agarró por los brazos para apartarme.

—No te permito que hables así de ella. —Su tono era firme y su mirada enfadada.

—No la conoces, ella...

—La conozco muy bien, Tania. —Torció una sonrisa—. La conozco mejor que a ti.

Estaba delante de él, con las piernas temblorosas, pero incapaz de apartar la mirada de él.

Los ojos que solo momentos antes mostraron ternura, ahora devoraban mi rostro.

Se me aceleró el corazón mientras luchaba contra el repentino impulso de salir pitando, pero estaba atrapada, paralizada por una simple mirada.

—Te odio... —susurré.

—Bien —dijo justo cuando sentí unas manos agarrándome por la cintura.

—No hagas una escena, Tania —murmuró Vincent—. Hay personas mirándote.

Cerré los ojos y dejé caer mi cuerpo en el pecho de Vincent.

—Sácame de aquí —dije mientras apretaba los labios para no llorar.

Mientras Vincent tiraba de mí, los ojos de Alan me miraron por última vez antes de darse la vuelta. Fue una mirada de despedida y eso rompió mi corazón en pedazos.



Días después...

—¿Qué estás haciendo a estas horas? —Escuché el grito de Vincent—. Hay personas que intentan descansar. —Golpeó la pared.

No le hice caso y seguí sacando ropa de los cajones. Estaba decidida irme. Habían pasado tres días desde la boda y Alan no se molestó en llamarme o contactar conmigo.

Había terminado todo.

Clara estuvo intentando calmar las aguas antes de su viaje de novios, pero no lo consiguió y se fue bastante molesta conmigo.

Sabía que se le pasaría rápido, porque después de dos horas me llamó para pedirme perdón.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Vincent después de abrir la puerta de mi habitación.

—Estoy haciendo la maleta —contesté con la mirada fija en un punto.

—¿La maleta? —Se acercó y se arrodilló delante de mí—. ¿Piensas irte?

—Sí.

—¿Te rindes?

—Sí, no puedo hacer nada más.

—Mira... espera un poco. Esa noche, mientras estabas bailando con Alan, aproveché para acercarme a Karina. Ella me llamó hoy para quedar conmigo.

—Déjalo... —Agaché la cabeza—. Además de peligroso, no vale la pena. Alan no quiere saber nada de mí. Me quiere lejos de él y de su vida.

—Espera unos días, por favor. —Agarró mis manos—. Déjame intentarlo y si no lo consigo, te vas. —Sonrió con tristeza—. Pero sola no, yo iré contigo.

—Gracias. —Lo abracé.

—Vuelve a la cama, por favor. Mañana tengo una reunión importante y necesito descansar. —Besó mi frente.

—Buenas noches —dije y él salió de la habitación.

Unos días más y luego me iré lejos.

UNA LLAMADA AL AMOR

—¿ **T**e vas ya? —Vincent levantó la mirada y asintió con la cabeza—. Espera... —Me levanté del sofá y me acerqué para pasar una mano por su pelo rebelde—. Si no quieres hacerlo... —Torcí los labios.

—Quiero hacerlo, así que deja de ser tan pesada. —Apartó mi mano con suavidad—. No olvides que me debes una. —Tocó mi nariz con su dedo índice—. Esta noche nos toca lectura.

—Mhm... Sabes que disfruto leyendo contigo.

—Mientras estoy fuera, quiero que te vistes y salgas a dar un paseo. Lo necesitas, Tania.

—Lo intentaré. —Metí las manos en los bolsillos de mi bata blanca y levanté la mirada—. Quiero que me llames luego. No me gusta Karina, ten cuidado, por favor.

—Ya soy mayorcito. —Abrió la puerta de la entrada—. Pero te llamaré.

Miré a mi alrededor, sintiendo un escalofrío abrirse paso a través de mi cuerpo.

Me había tomado unos días de vacaciones y había intentado ocupar mi tiempo con tonterías, pero no había conseguido olvidarlo.

Mi móvil vibró y me acerqué a la mesa.

Había un mensaje de mi amiga Clara.

Si tienes tiempo, pasa hoy por mi casa. No confío en mi vecina, seguramente se le olvidó de poner comida a mi Tom.

Tu bichito, Clara

Odiaba a ese gato, pero se trataba de mi mejor amiga. Gruñí en voz alta y dejé el móvil encima de la mesa.



Busqué las llaves en mi bolso y el ruido que hacía, llamó la atención de ese gato. Escuché cómo arañaba la puerta, ansioso, con unos maullidos agudos y me apresuré en abrirla.

Tom se tiró encima de mí y grité como una loca, intentando quitarlo con las manos. Él se asustó y salió corriendo por el largo pasillo.

Tiré mi bolso en el suelo y salí corriendo tras él.

Llegué delante de las escaleras y miraba con incredulidad como el gato bajaba meneando su cola pausadamente.

Lo llamé por su nombre y con cuidado bajé las escaleras de una en una.

Cuando llegué abajo, el gato saltó por una ventana abierta y me dejó con la boca abierta.

No podía creer que había hecho eso.

Miré por la ventana y lo vi atrapado entre dos ladrillos sueltos. Estiré mi mano para cogerlo, pero él se asustó y se alejó un poco más.

Ese gato me odiaba. Necesitaba la ayuda de alguien para sacarlo de allí... a alguien que era muy buen amigo de ese gato.

Apreté los puños y cerré los ojos.

Ese alguien era Alan y no quería llamarlo, no quería que él me viera en ese estado. Mi aspecto había cambiado y no quería dar pena.

Podía llamar a los bomberos, pero no quería montar un espectáculo por ese gato odioso. No se lo merecía.

Recordé que había dejado el bolso arriba y empecé a subir las escaleras. Cuando llegué delante de la puerta, vi que se había cerrado y mi bolso se había quedado dentro.

Golpeé la puerta con rabia y me apoyé en ella.

—¿Necesita ayuda, señorita?

Escuché una voz melódica y giré la cabeza. Una señora de mediana edad, me miraba con sospecha.

—Sí, bueno... olvidé mi bolso con mis llaves dentro y... —Ella entrecerró los ojos—.

¿Puedo usar su teléfono?

—Usted no vive aquí. —Negó con la cabeza—. ¿Por qué lo haría?

—Soy amiga de Clara y cómo está de viaje, vine a dejarle comida a su gato Tom.

Me estudió unos segundos y luego asintió con la cabeza.

—Sígueme.

La seguí en silencio, maldiciendo en voz baja. Cuando abrió la puerta, enseguida me tapé la nariz con la mano, olía a viejo y antiguo.

—Espero que llamada sea corta. A mi marido no le gusta pagar mucho...

—Es solo un minuto, señora.

La seguí hasta la sala de estar y ella me señaló una pequeña mesita de madera. Caminé hasta allí intentando no fijarme en todos los adornos que habían a mi alrededor. Esa mujer tenía una fijación por los ángeles, porque había más de veinte, de varios tamaños y colores.

Después de teclear el número de Alan, me quedé esperando y rezando al mismo tiempo. Era el único que tenía otra llave de la casa de Clara.

—Sí...

Escuchar su voz de nuevo, fue como sentir un cosquilleo acariciando mi piel. Amaba a ese hombre con locura.

—Soy Tania. —Escuché silencio—. No cortes, por favor. Necesito tu ayuda, Alan.
—No puedo, Tania... —suspiró—. Lo siento.
—Por favor... no tengo a quien pedírselo.
—¿Y tú novio?
—Necesito que vengas a la casa de Clara, con las llaves. Yo... ella me pidió a que...
—No tengo tiempo para eso, Tania. Hasta luego...
—Por favor —Grité y la mujer me miró mal—. Sólo te pido un pequeño favor... —Sentí mis ojos húmedos—. Una vez fuimos amigos...
—Fuimos amigos, lo has dicho muy bien.
—Si vienes ahora, prometo no molestarte nunca más.
—En media hora estaré allí. —Cortó la llamada y esquivé la mirada intrigante de esa mujer.
—Gracias, señora. —Salí corriendo de su casa.
Cerré la puerta y miré el pasillo vacío. Tenía media hora para preparar mis palabras y encontrar una manera de romper ese muro que había levantado Alan para protegerse.

UN GATO CON ENCANTO

—¿Tania?

Abrí los ojos y contemplé el rostro cansado de Alan. Mientras lo miraba, él permaneció inmóvil delatando con la mirada su ansiedad.

Miré a mi alrededor y recordé lo que había pasado. Ese maldito gato se había escapado y yo me había quedado dormida en el suelo, delante de la puerta.

—Ayúdame a levantarme. —Estiré una mano.

Agarró mi mano y tiró, hasta que mi cuerpo chocó contra el suyo. Me aferré a sus hombros para no caer y el tiempo se congeló.

Estudí su rostro y deslicé mi dedo índice a lo largo de su mejilla. No se había afeitado y la barba en su cara era áspera. Me preguntaba si sentiría lo mismo si lo tuviera rozando mis partes sensibles del cuerpo con esas mejillas ásperas.

Un escalofrío se movió a través de mí ante el pensamiento.

Alan estaba completamente inmóvil, sólo el débil destello de sus párpados demostraba que estaba afectado por mi tacto. Me atreví un poco más y pasé mi dedo a lo largo de la curvatura de su labio superior. Cerró los ojos y tragó saliva.

—¿Quieres besarme o qué? —preguntó y abrió los ojos—. Estás torturándome, ¿sabes?

—Tal vez lo quiera —dije coqueteando.

—No pasará. —Agarró mi mano y la apartó—. Estoy aquí para dejarte las llaves. —Metió la mano el bolsillo de su chaqueta.

—Bueno... —Mordí mi labio inferior—. Hay algo más.

Alan me miró, con sus ojos azules centrados en mí y carraspeó.

—Siempre hay algo más contigo. —Agarró mi mano y depositó las llaves—. Pero no es mi problema.

—Necesito tu ayuda —dije y atrapé su mano—. El gato de Clara se escapó y está atrapado entre dos ladrillos...

—¿Por qué no me extraña? Ese gato nunca te gustó.

—Es él quien me odia y lo sabes.

—No voy a dejar a pobre animal que sufra, ¿dónde está? —Retiró su mano.

—Está abajo, bueno... saltó por la ventana de abajo. —Empecé a caminar.

—¿Por qué no llamaste a los bomberos? —preguntó, balbuceando.

—No quiero que Clara se entere de esto. Sigue molesta conmigo por lo... lo de la boda —dije, aclarando mi garganta.

—Te pasaste con tus acusaciones.

—Pero es verdad —dije levantando el tono—. Ella es una...

—Cállate, Tania. No sigas, por favor. —Se acercó con el rostro encendido de ira—. No quiero oírte, no la conoces.

—¿Estás enamorado de ella? —pregunté en voz baja y trémula.

Me miró unos segundos y sin decir más, empezó a bajar las escaleras.

—No estoy enamorado —murmuró.

Dejé salir el aire que había acumulado en mis pulmones y me aferré a la barandilla.

—Voy a saltar por la ventana —avisó él mientras la abría del todo—. Cogeré al gato y luego tú me ayudarás a subir —explicó.

Alan saltó por la ventana y me acerqué para ver cómo reaccionaba el gato. Saltó en sus brazos de inmediato y maldije en voz baja.

Lo había llamado y ni siquiera me había hecho caso.

Alan estiró una mano y con mi ayuda, consiguió salir.

—Ay, pequeño —susurró mientras lo acariciaba—. Seguro que tienes hambre.

Empezó a subir las escaleras ignorándome por completo. Subí detrás de ellos y cuando llegué arriba, Alan se giró para mirarme.

—Creo que entraré contigo para asegurarme de que no sale huyendo otra vez.

—Guarda tu sarcasmo y no huyó... simplemente se asustó —gruñí y el gato se movió en los brazos de Alan.

—Si tú lo dices —sonrió mientras acariciaba a Tom.

Mis ojos siguieron esos movimientos lentos y deseaba que fuera yo la afortunada de sentir esos dedos, esos dedos mágicos que me hicieron volar una vez.

—Despierta —chasqueó los dedos—. No sabía que duermes de pie.

Empezó a caminar y lo miré con incredulidad. Ese hombre podría cambiar de humor de un segundo a otro.

—Idiota... —susurré.

Alan abrió la puerta y caminó con el gato en brazos hasta la cocina. Los dejé solos y me tumbé en el sofá con los pies en alto.

Cerré los ojos y dejé que el sueño atrapara mis párpados.

BESOS TIERNOS

— **M**e tengo que ir.

Escuché la voz de Alan y abrí los ojos.

—Eh... yo también. Miré la hora en mi reloj de pulsera—. Es tarde ya.

—Sí, lo es. —Dejó a Tom en el suelo—. ¿Te llevo?

—Si no te importa...

El gato saltó encima de mí y cuando intenté quitármelo de encima, me arañó la cara.

—¡Maldito animal! —grité con rabia, cubriéndome el rostro con las manos.

—Parece que tenías razón —dijo Alan riendo—. Este gato te odia.

Los arañazos empezaron a escocer y moví mis manos en el aire como un molino de viento.

—¡Ahhh! Esto duele...

—Déjame ver —dijo Alan y lo miré con escepticismo.

—No te acerques —advertí—. Te estás riendo de mí y...

—Shhh... —susurró y apartó el pelo que cubría mi rostro—. Deja de protestar tanto, Tania.

—Agrandó los ojos y maldijo en voz baja—. Ufff...

—¿Qué pasa? —Recorrí su rostro con la mirada—. ¿Qué hizo ese demonio? —pregunté bajito y lo busqué con la mirada, se había pirado.

—Voy a por algunas gasas y algo para desinfectar.

—No, dime si es grave —exigí y tiré de su brazo—. ¿Quedarán marcas?

—Creo que sí —dijo con voz ahogada—. Intenta no tocar con las manos.

Alan se fue a buscar las gasas y yo aproveché para acercarme al espejo del pasillo. Cuando vi mi rostro ensangrentado, grité como una loca.

—¡Maldito gato de mierda! —Acerqué mi rostro para examinar los arañazos y se veían bastante profundas.

Alan tenía razón, quedarán marcas.

—¿Estás bien? —preguntó Alan detrás de mí—. ¿Por qué gritas? —Se acercó y dejó un maletín encima del mueble.

—Soy fea... —puse un puchero triste—. Nadie me quiere... la vida me odia... —Me giré para mirarlo—. Tú me odias —susurré en voz baja—. Sé que no soy perfecta y sé que no soy guapa, pero mi amor por ti es verdadero. Déjame mostrártelo, dame una noche, Alan y te aseguro de que no te arrepentirás, tardarás una eternidad en olvidarla. —Agaché la cabeza porque sentía mis ojos húmedos.

—Tania... si tú supieras...

—¿Qué? —Levanté la mirada esperanzada—. Dímelo Alan... por favor.

—Nada, déjalo. —Estiró una mano para coger el maletín—. Vamos a curar esas heridas, la sangre está manchando tu ropa.

—Es por ella, ¿verdad?

Cerró los ojos y gruñó.

—No, no es por Karina. Olvídate de ella.

—¿Cómo quieres que lo olvide? —pregunté gritando—. En la boda no parabas de tocarla y...

—Y tú estabas a punto de besarlo. —Dejó el maletín en el mueble—. ¿Quieres explicaciones?

—Sí, quiero.

—Pues empieza tú. ¿Cómo es posible que después de tan solo unos días, apareces con un novio?

—Y tú con... con esa...

—Cuidado —advirtió.

—¿Por qué la defiendes tanto?

—Porque se lo merece, porque nadie lo hace —contestó sin dejar de mirarme.

—Salió el buen samaritano —me burlé.

—Si seguimos así, no llegaremos a ninguna solución, Tania. Deja que te cure las heridas y luego te llevo a casa.

—¡No! —Tiré el maletín en el suelo—. ¡Basta! Me matas, Alan... —empecé a llorar—. Esta no es vida, no sin ti. ¿Tanto me odias?

—Tania... —Alargó una mano para tocar mi hombro, pero la dejó caer—. No lo hagas más difícil. Tan solo quiero que te alejes de mí.

—¿Por qué? —Me limpie las lágrimas—. Maldita sea, dime porque.

—Porque tu amor es tóxico para mí —dijo bajito—. Porque me absorbe, me atrapa y me siento débil. Siento que pierdo el control de mi vida cuando estoy a tu lado. Siento que me dejas desnudo...

—Alan...

—Déjame terminar. —Se agachó y agarró el maletín—. Todos me han decepcionado en esta vida y solo pasa cuando abro mi corazón al amor. —Abrió el maletín y se quedó mirando fijamente las gasas y las jeringas—. Parece que no hay otra cosa. Voy a la cocina un momento.

—Está bien —dije y me sorprendí cuando sentí su mano agarrando a la mía.

—Mejor te sientas. —Tiró y me llevó con él hasta la cocina.

Agarró una silla y la arrastró para que me sentara. Mientras él buscaba dentro de los cajones, apoyé los codos en la mesa y me quedé mirándolo. Se veía cansado y triste.

—Encontré algo. —Levantó una botella con vodka en el aire—. Esto va a doler.

—Si no tengo otra opción...

Destapó rápidamente la botella y mojó un trapo. Se sentó a mi lado y me miró a los ojos.

—Mírame y si te duele, prometo aliviarlo —susurró.

—¿Lo harás?

—Por supuesto. —Estiró la mano y taponó las heridas con delicadeza.

Cerré los ojos con fuerza y me mordí la lengua para no gritar.

—Abre los ojos y mírame. —Su tono de voz cálido me sorprendió.

—Duele...

—Pues entonces... —Dejó de tocarme para agachar la cabeza—. Tendré que aliviar el dolor. —Su aliento me hacía cosquillas en los labios y suspiré.

Cerré los ojos deseando un beso y cuando sentí sus labios presionando los míos, gemí suavemente.

—Vamos a seguir... —dije y parpadeé incrédula por su autocontrol.

Cuando el trapo rozó los arañazos, cerré los ojos de inmediatamente y apreté los dientes. Sentí otra vez sus labios y me relajé. Mis hombros cayeron hacia abajo y mis manos se aferraron

a su cuello.

—No me gusta perder el control —murmuró con los labios pegados a los míos.

—Déjame hacerte cambiar de opinión —susurré contra sus labios. Los froté con un beso, mordisqueando su mandíbula—. Hazme el amor, Alan.

—Dios... sí. —Me puso de pie y me llevó hasta la habitación de al lado.

Empecé a desabotonar mi camisa, pero él se adelantó y alejó mis manos.

—Permíteme.

Abrí la boca para protestar, pero en su lugar asentí, observando su cara. Abrió mi blusa y la empujó por mis hombros. La dejé caer al suelo, pero la mirada de Alan estaba fija en mi sujetador de encaje.

Era emocionante verlo tan entregado porque sabía que se dejaba llevar por sus sentimientos.

Abrió la cremallera de mis pantalones y traté de recuperar el aliento.

En todo el momento, la mandíbula de Alan se mantuvo firme y su mirada fija en mis ojos. Estaba cautiva, me había robado la capacidad de pensar.

Salí de mi ropa y él sostuvo una respiración apreciativa.

—Tan hermosa...

—Mi turno. —Mi voz sonó suave y mi respiración se entrecortaba al ritmo de mi corazón enloquecido.

Me acerqué y le quité la camisa, aprovechando cada movimiento para tocar su piel. Quería grabar ese momento en mi mente y guardarlo para siempre. Por primera vez, Alan había bajado la guardia y había dejado su alma al descubierto. Nunca había visto algo tan hermoso; su cálida mirada, sus suaves caricias y sus besos mágicos me llevaron a su mundo. Un mundo especial, único y solitario. Su mundo perfecto.

Le bajé la cremallera de los pantalones y lo desnudé lentamente. Me estremecí al verlo y apreté las piernas.

—No soy bueno para ti —suspiró y me abrazó.

Sus brazos apretaron fuerte y me sentí completa. Nos quedamos así por unos minutos, sosteniéndose uno a otro.

Luego se alejó y su boca bajó a la mía. Sus labios jugaron con los míos mientras que su lengua golpeó dentro, lamiendo y explorando. Presionó su cuerpo contra el mío y se movió conmigo hasta que mis piernas chocaron contra la cama. Me agarró por la cintura y me sentó encima del colchón, luego se arrodilló delante de mí. Deslizó las manos por mis muslos y separó mis piernas.

—No tengo palabras para expresar lo que siento ahora mismo... eres tan hermosa... — Con la punta de un dedo, frotó mi clítoris, haciendo círculos.

Un gemido se escapó de mi boca ante su toque, el toque de Alan que hace unos días hizo magia con mi cuerpo.

—Esta vez no voy a parar, Tania. —Levantó la mirada.

—No quiero que pares.

—¿Te gusta? —Deslizó sus dedos entre mis pliegues.

—¡Sí!

Sus dedos se movían lento, dentro y fuera. Una tormenta de chispas me recorrió el cuerpo y solté un gemido de placer.

—¿Quieres más? —preguntó y se estiró sobre mi estómago, tumbándose encima de la cama.

—Sí. No te detengas... —Agarré las sábanas con mis manos y me sacudí.

Me perdí en las sensaciones placenteras que una tras otra, golpearon mi cuerpo.

—Estoy perdido —murmuró con una sonrisa insegura.

—Ven aquí. —Golpeé el colchón—. Te necesito dentro de mí. Quiero que me hagas el amor.

Lo miré dudando, pero cuando se estiró a mi lado, sonreí. Las palabras no podían expresar cuánto significaba esa unión para mí.

Mis manos rozaron su pecho y él tomó mis nalgas. Se enterró poco a poco mientras mi calor envolvía su longitud.

—Tania —dijo él—. Oh, Dios...

Me aferré a él y me retorcí. Comenzó a empujar, dejando todo mi cuerpo encendido.

—Sigue Alan... yo te... —Me mordí los labios y cerré los ojos. Ese momento no era apropiado para decirle que lo amaba.

Su cuerpo se aceleró y enterándose, se puso rígido y lanzó un grito ronco. Mi orgasmo se unió al de él y mis piernas se envolvieron alrededor de su cintura.

—Encajamos perfectamente —susurré mientras lo abrazaba.

Me acurruqué a su lado y cerré los ojos. No quería pensar en nada, sólo quería disfrutar de ese momento.

—Sí, lo hacemos. —Escuché la voz de Alan, pero mis párpados pesaban demasiado.

Mañana tenía planeado averiguar cómo hacer para ganarlo y mantenerlo a mi lado.

DESILUSIÓN

Estiré los brazos y bostecé. Mis párpados estaban tan perezosos, que me tomó más de diez segundos para abrir los ojos. La luz que se filtraba por la persiana, iluminaba la habitación entera, la habitación de Clara.

Aparté las sábanas y recordé lo que había pasado. Estaba desnuda y sola. Alan no estaba y sus cosas tampoco. Se había ido sin despedirse y eso encogió mi corazón. Él no sentía nada por mí, solo me hice falsas ilusiones.

No quería llorar, él no se merecía mis lágrimas. Me vestí rápidamente y salí a la calle para buscar un taxi.



—Por fin llegas —dijo Vincent y se levantó del sofá—. ¿Dónde has estado toda la noche? No me llamaste y me preocupé...

—Abrazame —dije y él suspiró.

Se acercó y me abrazó enseguida. Empecé a llorar y él me sostuvo por la cintura para no tirarme al suelo de rodillas.

Golpeé su pecho con los puños mientras gritaba de dolor y cuando sentí sus manos enmarcando mi rostro, abrí los ojos.

—Ahora mismo daría cualquier cosa para aliviar tu dolor, pero es mejor desahogarse.

Llora todo lo que necesitas, yo estoy aquí contigo.

—Gracias... —Sollocé y lo abracé.

—Cuando te tranquilizas, quiero que me cuentes qué fue lo que pasó. —Tiró de mi cintura y me llevó con él.

Me sentó en el sofá y me cubrió con la manta.

—¿Has desayunado?

Negué con la cabeza, lo único que mis ojos veían, era el rostro de Alan sonriéndome y por más que los cerraba con fuerza para borrarlo, no lo conseguía. Todo mi cuerpo recordaba sus manos y sus caricias.

Abrí los ojos asustada y gemí en voz alta.

—¿Qué pasa, Tania?

Vincent me miraba con preocupación, pero mis labios no se movían para contestar.

—¿Tania?

Dejó la bandeja con el desayuno encima de la mesa y se sentó a mi lado. Agarró mis manos frías y buscó mi mirada.

—Estás temblando...

—Soy una tonta. —Eso fue todo lo que conseguí decir.

—Suéltalo todo. —Sacudió mis manos—. Habla.

—Anoche fui al apartamento de Clara para darle de comer a esa bestia. —Apreté los dientes.

—¿Qué bestia?

—Su maldito gato...

—Ah, tú odias los gatos. —Río.

—No, él me odia a mí. Se escapó y me quedé fuera del apartamento. Tuve que llamar a Alan para que rescatar al gato...

—Y a ti —dijo sin dejar de sonreír.

—No te rías, esto es serio —dije molesta.

—Está bien, me callo. Sigue contando.

—Rescató al gato y luego entró conmigo en el apartamento. Una cosa llevó a la otra y... bueno tuvimos sexo. —Sus ojos se agrandaron, pero no dijo nada—. Me desperté sola...

—Lo siento. —Me abrazó—. Parece que al final tenemos que irnos de aquí.

—Hay algo más... —susurré en su cuello—. Él no usó protección y yo...

—Mmm, bueno... —Me agarró por los hombros para separarme un poco—. Estoy seguro de que no pasará nada y si pasa... me tienes a mí —sonrío.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? Yo...

—Porque estuviste a mi lado en los momentos más difíciles de mi vida y me apoyaste cuando nadie creyó en mí. Por esto, estaré agradecido toda la vida. —Respiró hondo—. Y bueno... ¿a dónde nos vamos de viaje?

—Había pensado ir a Alemania. Siempre quise visitar ese país.

—Entonces iremos allí —concluyó y estiró una mano para coger la bandeja con el desayuno.

—Espera... —Lo miré intrigada—. ¿Y tu cita con Karina? No me dijiste nada...

Su expresión cambió y giró la cabeza de inmediato. Se puso de pie y dejó la bandeja encima de la mesa.

—¿Vincent?

Él negó con la cabeza y salió del salón a grandes zancadas. Me levanté rápidamente y salí corriendo detrás de él. Lo alcancé justo cuando se preparaba para entrar en el baño y cuando agarré su brazo, él tiró con fuerza para soltarse.

—Pero... ¿qué te pasa? —Fruncí el ceño—. Solo quiero saber cómo fue tu cita. ¿Cómo es ella?

—Es... mejor olvídalos. No quiero recordarlo. —Me miró a los ojos—. Mejor olvidamos todo. Tú te olvidas de Alan y yo de Karina.

—No tan rápido, Vincent. Yo no puedo olvidarlo tan fácilmente. Pasaron cosas entre nosotros... no cómo tú y esa... mmm, Karina. Solo habéis salido una sola vez...

—Déjalo, Tania. —Me cortó molesto—. Parece que entre ellos hay una unión muy fuerte...

—Ah... —dije con tristeza—. ¿Están enamorados?

—Eso parece...

—Supongo que tienes razón. Debería olvidar todo. —Me alejé—. Prepararé las maletas hoy. ¿Te encargas tú de comprar los billetes?

—No te preocupes por eso. Salimos de aquí mañana o ¿quieres esperar unos días más?

—No quiero esperar. Mañana es perfecto.

Me sentía como una cobarde a punto de abandonar todo, había luchado sin obtener ningún resultado. No quería irme y huir de esa ciudad. Quería quedarme y enfrentarme a él, buscarlo para pedirle explicaciones, pero sabía que eso nos haría más daño. Tan solo tenía que alejarme por un tiempo y dejar que los sentimientos descansan.

SECRETOS

— **D** eja de mirar atrás, Tania y sigue caminando. Ese Alan no vendrá a buscarte.

—No entiendo qué demonios te pasa, Vincent. Parece que eres tú quien está huyendo...

—Perderemos el vuelo. —Agarró mi brazo y tiró suavemente.

—No pasa nada. Podemos coger otro. —Me solté y él gruñó.

—No tengo tiempo para tus tonterías.

—¿Tonterías? —grité, haciendo que varias personas giren la cabeza—. Estoy pasando por un mal momento y puede que esté embarazada. ¿Te parece poco? —Puse las manos en jarra.

—No, lo siento... —Dejó la maleta en el suelo y suspiró—. No sé qué me pasa.

—Pues algo te pasa, Vincent. Seguro que tiene que ver con esa Karina. —Me acerqué y él giró la cabeza, incómodo—. ¿Qué pasó en la cita?

—No quiero hablar, por favor entiéndelo —susurró—. Yo tampoco sé muy bien qué fue lo que pasó... —Se quedó pensativo.

—Está bien. No voy a insistir más. —Tiré de su brazo—. Cuando estés preparado...

—Gracias Tania. Lo siento mucho. —Me abrazó—. Anoche estuve pensando en todo esto. ¿Estás segura de que te quieres ir?

Me alejé y lo miré a los ojos.

—No lo estoy... pero... no sé qué hacer. —Sentí mis ojos húmedos y agaché la mirada—. Fui una tonta.

—Ven aquí. —Me abrazó y se quedó quieto hasta que mis ojos dejaron de verter lágrimas—. ¿Volvemos a casa? —preguntó después de un rato.

—Sí.

—Tengo una idea. —Sonrió—. Iremos a la casa de la playa. Allí estaremos un tiempo alejados de la ciudad. Tendrás tiempo para ordenar tus pensamientos y yo, mientras, puedo seguir trabajando.

—Me gusta. Esa casa tiene algo mágico. Recuerdo la última que estuve allí. Fue justo antes de nuestra pelea.

—Ay, no me lo recuerdes —rió—. La casa se quedó un desastre.

—Eso es porque dejaste al perro de tu vecina dentro. —Me aferré a su brazo.

—Odio los perros —gruñó.

—Y yo los gatos.



—¿Cuándo fue la última vez que viniste aquí? —Miré los cristales rotos de la casa y suspiré—. Parece que entraron a robar.

—Buenos días —dijo una voz de mujer y giré la cabeza—. Soy la vecina...

—Buenos días, señora White —contestó alegremente Vincent mientras se acercaba—. ¿Cómo está usted?

—Bueno, mis piernas siguen igual. Me cuesta moverme. —Levantó un poco el bastón—. Soy mayor.

—Que va.

Vincent se agachó para darle dos besos y luego la agarró por el brazo.

—¿Sabe usted que pasó aquí? —Miró en dirección a la casa.

—Unos chavales rompieron los cristales hace unas semanas, pero mi marido los vio y salieron huyendo. Entre él y yo, estuvimos vigilando. No robaron nada —aseguró.

—Muchas gracias —comentó Vincent mirando la casa con nostalgia—. Llevo tiempo sin venir por aquí. Desde que... sin mi madre no es lo mismo.

—Tu madre fue la alegría de esta casa —murmuró la señora—. Bueno, os dejo. —Me miró de reajo—. Supongo que estáis cansados por el viaje. Mañana os espero en mi casa. Prepararé para comer espaguetis.

Vincent sonrió y besó su frente.

La señora se fue y él se apresuró en abrir el maletero. Sacó las maletas y las dejó en el suelo. Su expresión había cambiado y eso empezaba a preocuparme.

—Vincent... —Alzó la mirada—. Si quieres que nos vayamos de aquí, no hay problema. Sé que aquí pasaste tu infancia y seguramente es doloroso para ti recordar a tu madre.

—Al contrario, Tania —sonrió—. Cada vez que vengo aquí, siento su presencia. Es como si ella sigue a mi lado, cuidándome.

—Entonces te ayudaré a limpiar todo esto. Haremos de esta casa un hogar. —Froté con sus ojos mi vientre.

No sabía si estaba embarazada, pero tenía que tener cuidado y preparar un entorno hogareño. Miré a mi alrededor y sonreí. La casa estaba situada justo a la orilla de la playa, pero cerca de la carretera. Los vecinos parecían amables y el clima perfecto.

—Ayúdame con las maletas —gritó Vincent—. No tenemos todo el día. Hay que recoger y hacer la compra.

—Ya voy.

UN LUGAR LLAMADO MIEDO

Alan

Días después....

—¿ Se puede saber qué te pasa, primo? —Levanté la cabeza. La luz del día cegó mis ojos y gruñí para protestar—. ¿Has dormido aquí?

—No chilles, Karina. —Levanté las manos para proteger mis ojos—. Me duele la cabeza. Ella agachó la cabeza para olerme.

—Has bebido... ¿qué te pasa? —preguntó con tono enfadado—. No te reconozco, Alan. Tú no eres así.

—Déjame en paz. —Cerré los ojos y agaché de nuevo la cabeza.

—No, no te voy a dejar tranquilo hasta que no me cuentes que pasa. —Retiró una silla para sentarse—. Me ayudaste mucho estos días y quiero hacer lo mismo por ti.

—No necesito tu ayuda. Solo quiero que me dejes tranquilo. —Abrí los ojos y golpeé la mesa con él puño.

—Es por ella, ¿verdad?

Mis ojos se cerraron como respuesta.

Tania... le había hecho tanto daño que no podía seguir viviendo con la culpa. Amaba a esa mujer con locura, pero el miedo de ser rechazado otra vez, de ser la burla de otros, no me abandonaba.

Me había equivocado y me había aprovechado de ella para satisfacer mis necesidades, para intentar aliviar el dolor que me comía por dentro. Fue hermoso dormir con ella en mis brazos, tanto que me había quedado despierto toda la noche para mirarla.

La amaba y me dolía reconocerlo.

En la boda de Clara, estuve a punto de confesarle todo y decirle lo que sentía por ella. Decirle que Karina no era mi novia y que solo la estaba ayudando, pero al verla con ese hombre, decidí callarme.

Pocas personas sabían que Karina era mi prima. Fuimos muy unidos de pequeños porque nuestros padres eran muy buenos amigos. Su vida cambió muchísimo cuando sus padres se separaron. Se fue a vivir sola y terminó en malas compañías.

Su belleza no pasó desapercibida y se convirtió en una modelo muy deseable.

Todo se torció cuando alguien asesinó a su marido. Le echaron la culpa a ella y eso fue un golpe duro para su imagen. Necesitaba un lugar para esconderse y estar tranquila. No dudé en proponerle a que se venga a vivir conmigo.

—No quiero hablar ahora. —Me puse de pie y todo empezó a girar. Me agarré a la mesa y suspiré—. No voy a beber más.

—Bueno, si no quieres hablar... te dejo solo. Tengo que salir. —Se puso de pie.

—¿A dónde vas? —pregunté con interés. Llevaba días sin salir de casa.

—Tengo que hablar con alguien —contestó rápidamente y salió de la cocina.

Miré la mesa y sentí asco. Ver la botella de vodka vacía, me hizo recordar la noche anterior.

—¿Qué quieres saber, Alan? —preguntó con exasperación, Clara—. No puedo decirte nada más porque yo tampoco sé dónde está.

—Llevo más de tres días buscándola, no está en el trabajo, no está en su casa...

—Estará en la casa de su novio —comentó Clara y apreté la mandíbula.

—Supongo que tienes razón.

—La perdiste, Alan. Admítelo...

Cerré los puños con fuerza. No quería aceptar el hecho de haberla perdido, tenía que encontrarla y confesarle mi amor, fuera tarde o no.

—Necesito tu ayuda —dijo Karina y me enseñó dos vestidos prácticamente iguales—. No sé cuál ponerme.

—Son iguales. —Puse los ojos en blanco.

—No, mira. —Giró las perchas—. Uno lleva escote y el otro no.

—Pues el de la derecha —contesté rápidamente—. ¿Se puede saber a dónde vas tan arreglada?

—Algo que tengo pendiente... —murmuró pensativa—. Digamos que quiero conquistar a alguien.

—¿Conquistar? —Enarqué una ceja—. Si a ti no te hace falta.

—Sí... —Puso un puchero—. Me rechazó.

—Vaya. Me gustaría conocerlo —reí—. Me cuesta creerlo, prima.

—No te ríes —gruñó—. Yo no me río de ti estos días.

—Lo siento —suspiré y me acerqué para besar su frente—. No me hagas caso, por favor. Y sí ese hombre te rechazó, entonces no es digno de ti.

—Cuando te gusta algo, cuando sientes que esa persona puede ser la elegida, no importa lo que piensan los demás... hay que luchar porque la recompensa puede ser mayor. No importan los obstáculos, Alan.

—Me gustaría tener tu valor para enfrentarme a la vida —murmuré—. Soy un cobarde.

—Los valientes también tienen miedo. —Apretó mi brazo—. Y tú no eres un cobarde, Alan. Tienes miedo. Te hicieron mucho daño, lo recuerdo perfectamente. Mis amigos se reían

mucho de tu situación.

—No sé qué hacer...

—Escucha tu corazón. —Sonrió—. Nunca falla.

—Gracias, Karina. —La abracé.

Cuando me quedé solo, me senté frente al ordenador para buscar alguna información sobre el supuesto novio de Tania. Su rostro me resultaba bastante familiar y su apellido había llegado a mis oídos varias veces. Tenía que encontrarle para saber si estaban juntos o no.

NOTICIAS

— V amos, Tania. Sal del baño.

Los golpes que provocaba Vincent en la puerta, me obligaron a cerrar los ojos con fuerza. El test de embarazo se me cayó al suelo y reaccioné. Ya no había marcha atrás.

—Tania, por favor. Abre la maldita puerta.

Escuché otro golpe y me agaché para recoger el test. Suspiré y con manos temblorosas abrí la puerta.

Al verme, me abrazó tan fuerte que me dejó sin aliento.

—No... no puedo respirar...

—Lo siento. —Me soltó para mirarme a los ojos—. Serás una madre maravillosa. La más guapa de todas.

—Gracias. —Agaché la cabeza—. Me hubiese gustado tener al padre a mi lado. No quiero que mi bebé crezca sin él.

Empecé a llorar y él me abrazó. Se quedó un rato quieto y cuando empecé a moverme, me soltó.

—Todo se arreglará. Te lo aseguro. —Limpió mis lágrimas—. Hoy voy a ir a la ciudad.

Fruncí el ceño, sorprendida.

—Dijiste que esta semana no tienes que salir.

—Tengo una reunión con una editorial —contestó y evitó mirarme a los ojos—. ¿Estarás bien sola?

—No tienes que cuidarme como a una niña pequeña. Además, hoy viene Clara. Dijo que tiene algo importante que contarme.

—Intentaré llegar yo también. —Besó mi frente—. Te veo esta tarde.

Vincent se fue y la soledad se hizo presente para acompañarme.

Intenté trabajar un rato, pero no fui capaz de hacerlo. Los recuerdos de aquella noche me atormentaban constantemente. No me arrepentía, fue maravilloso todo.

Estaba embarazada, pero no me afectaba. A pesar de las lágrimas derramadas, sentía felicidad. Alan era el padre y eso llenaba el vacío que sentía al no tenerlo a mí lado.



—¡Que guapa estás! —exclamé y la abracé—. El embarazo te sienta bien.
—Gracias amiga —contestó Clara alegre mientras me abrazaba—. Estoy feliz.
—Me alegro mucho por vosotros —suspiré y ella entrecerró los ojos.
—¿Pasa algo Tania?
—Nada... —dije bajito, no quería preocuparla—. Supongo que me emocioné.
—Tenemos que hablar, amiga. —Me agarró por el brazo y me llevó hasta la cocina—.
Tuve que apagar mi móvil estos días. —Abrió la nevera y se quedó mirando—. Alan no paró de llamarme.
Al escuchar su nombre, mi corazón empezó a latir con más fuerza.
—¿Qué querría? —pregunté con cuidado mientras me sentaba.
—Saber dónde estás. —Cerró el frigorífico y se giró para mirarme—. ¿Qué pasó entre vosotros? Nunca lo vi así... así de triste.
—¿Triste? —Aparté la mirada enseguida—. No me lo creo.
—Tania... —Se sentó a mi lado y colocó sus manos encima de las mías—. Puedes contármelo, soy tu amiga.
—Nada, no pasó nada —mentí—. Creo que no le sentó bien verme con Vincent.
—Por cierto... ¿Dónde lo encontraste? Es tan guapo... —suspiró y giré la cabeza para mirarla con incredulidad.
—Si te escucha Christian...
—Hay que reconocerlo. Es muy guapo, Tania —sonrió con picardía.
—Lo es... y todo mío.
—Todo tuyo —ríó y se levantó—. Ahora tengo que contarte algo.
—Clara... —Me impacienté y me puse de pie.
—Sospecho que Christian tiene una amante... —Abrí la boca para hablar, pero la cerré de nuevo—. Necesito tu ayuda.
—Clara... lo siento mucho. No sé qué decir.
—Yo tampoco. —Tapó su boca y empezó a llorar.
La abracé enseguida mientras acariciaba su espalda con mis manos.
—Estoy segura de que no es así. Recién habéis vuelto del viaje de novios y... y estás embarazada, por Dios. Christian te quiere, Clara.
—Lleva una semana muy distante, no hacemos el amor, no me besa... pasa mucho tiempo fuera de casa...
—Ey, no te derrumbes ahora. Eres una mujer fuerte y luchaste mucho para conseguir lo que tienes ahora. —Tomé aire—. ¿Qué tengo que hacer?
—Vigilarlo —contestó mientras abría su bolso—. Aquí tienes su horario.
Me dio una carpeta y miré con tristeza sus manos temblorosas.
—Solo quiero saber si es verdad, no quiero detalles... no quiero fotos. —Le temblaba la voz.
—Está bien. Lo haré. —Tomé la carpeta y la dejé encima de la mesa.
—Ya estoy en casa —gritó Vincent.
Clara se secó enseguida las lágrimas y forzó una sonrisa.
—Hola —dijo él mientras entraba en la cocina.
Se acercó y me dio un beso fugaz en los labios, luego se giró para saludar a Clara.
—¿Cómo estás? —preguntó él mirándola fijamente—. Todas las mujeres embarazadas tienen un brillo hermoso en los ojos. —Se acercó y le dio dos besos.

—Bien, gracias Vincent —sonrió y agarró su bolso—. Me tengo que ir.

—Te llamaré estos días —dije y salí con ella para acompañarla—. Intenta no preocuparte. No le sentará bien al bebé.

—Gracias Tania. Eres una gran amiga.

Me quedé mirando como el coche de Clara se alejaba y cuando sentí unos brazos fuertes abrazándome por detrás, sonreí.

—¿Qué haría yo sin ti, Vincent?

—No exageres, no es para tanto —susurró—. Solo soy un buen amigo.

—El mejor... —Giré la cabeza—. ¿Cómo fue la reunión?

Su sonrisa se desvaneció y dejó de abrazarme.

—Bien.

Su respuesta me dejó con dudas, pero no quería insistir. Sí él no quería entrar en detalles, era libre de hacerlo. No me gustaba la idea de volver a la ciudad, pero mi amiga me necesitaba.

VIDAS PARALELAS

—¿Se puede saber a dónde vas?

Me quedé quieta y cerré los ojos. Vincent me había pillado.

—Eh... ¿a dar un paseo?

—¿A las siete de la mañana?

Me giré para mirarlo y agrandé los ojos.

—Veo que tú también vas a salir. —Lo señalé con el dedo—. ¿Se puede saber adónde?

—Tengo que firmar un contrato, nada importante —contestó y giró la cabeza.

—¿A las siete de la mañana?

—Déjalo. —Cerró su chaqueta y pasó por delante de mí como si no existiera.

—¿Vendrás a la hora de comer? —pregunté mientras seguía sus pasos.

—No lo sé. ¿Tú vas a venir? —Bajó las escaleras y desbloqueó su coche.

—No lo sé.

—Entonces... nos vemos esta noche. —Abrió la puerta de su coche y entró.

Su comportamiento era muy extraño, pero tampoco podía exigir más. Yo también estaba mintiendo.

El coche de Vincent desapareció de mi vista y abrí rápidamente la carpeta que me había dejado Clara. Se suponía que Christian entraría en el trabajo a las ocho. Tenía una hora para llegar a la ciudad.



Estacioné el coche y me quedé observando las personas que entraban y salían del edificio. Faltaban cinco minutos para las ocho y esperaba no haber llegado demasiado tarde.

Vi a Christian bajándose de un taxi y me agaché para que no me vea. Estaba solo y había entrado en el edificio como los demás, con ganas de empezar el trabajo.

Ahora empezaba mi tortura.

Tenía que quedarme en el coche vigilando hasta las dos. Estar seis horas dentro de un coche, no era algo que me hacía mucha gracia.

Encendí la radio y saqué de mi bolso un libro que me había traído para leer. Era un libro dedicado a las madres primerizas.

Me pasé más de una hora leyendo y cuando levanté la mirada, vi a Christian saliendo del edificio. El libro se me cayó al suelo y rápidamente arranqué el coche.

Un taxi paró delante del edificio y él se montó dentro mirando a todos lados. Eso era muy extraño. Bueno, podía tener una explicación. Alguna reunión imprevista...

El taxi se puso en movimiento y lo seguí muy de cerca. Entró por unas calles muy estrechas y se paró delante de un hostel. Mi corazón empezó a bombear con fuerza y rezaba para que no fuera verdad lo que estaba pensando.

Otro taxi apareció y tragué saliva.

Apreté con fuerza el volante y agaché la cabeza.

Cuando se abrió la puerta del segundo taxi, aguanté la respiración. Una mujer muy elegante se bajó y soltó el aire que había aguantado dentro de mi pecho. Era verdad. Christian tenía una amante.

Él se bajó del taxi y se acercó para besar su mejilla. Me extrañó, pero pensé que no la besó en los labios por precaución.

Rodeó su cintura con un brazo y entraron en el hostel.

Cerré los ojos con fuerza negándome a creer que Christian le haría algo así a Clara. Decidí esperar, necesitaba más pruebas.

Después de una hora, la puerta se abrió. Me quedé petrificada cuando vi el rostro de la mujer.

Era Karina...

Sé despidieron igual, con un beso en la mejilla. Pero yo no entendía nada. Se suponía que era la novia de Alan. ¿Me preguntaba si él lo sabía? A lo mejor, ya no estaban juntos. Eso tenía que averiguarlo.

Decidí seguir el taxi de Karina. Necesitaba más respuestas, eso tenía que ser un error. El taxi paró después de una media hora, delante de un restaurante. Karina se bajó y miró fijamente hacia dentro, como si quisiera averiguar si alguien en concreto estaba allí. Sacó algo de su bolso y cuando llevó su mano a la oreja, supe que era un móvil.

Habló un par de minutos con alguien y luego entró en el restaurante. No quería quedarme con la duda y salí el coche.

Llegué delante del restaurante y miré hacia dentro. Casi me dio un infarto cuando vi a Vincent abrazarla.

Vaya sorpresa... eso era algo que no me lo esperaba. Así que Vincent no tenía que firmar ningún contrato, me había mentido. Igual lo hizo Christian con Clara.

Esa mujercita se quería tirar a todos y Alan tenía que saberlo.

LAS MIRADAS RESPONDEN

—¿**P**asa algo, Tania?

—No, Clara —mentí—. Eh, yo necesito la dirección de Alan. Necesito hablar con él.

—Ah, me asustaste.

—Lo siento, amiga. —Me mordí los labios.

—¿Has empezado con...

—Mañana. Hoy tengo que encontrar a Alan.

—Está bien. Gracias.

—¿Sabes dónde vive?

—En la casa de sus padres.

—Ah, sí. Estuve allí varias veces. Gracias Clara. —Dejé el papelito con el bolígrafo en el asiento—. Te llamaré mañana.

—Cuídate.

Corté la llamada y me quedé pensando. Verlo significaría pasar otra vez por las torturas del dolor. Un dolor que había intentado superar todos los días, un dolor que había envenenado mi corazón. Él era el padre de mi hijo y se merecía una oportunidad. Sabía que tenía que decirle la verdad, pero no podía superar el miedo.

Arranqué el coche y me alejé de la ciudad. Era un viaje de aproximadamente una hora y esperaba encontrarlo en casa. Puse la radio y mientras las letras de *Sandcastles*, una canción de *Beyoncé*, sonaba en los altavoces del coche, intentaba buscar una explicación a todo lo que pasaba. No entendía por qué Christian se veía a escondidas con Karina y también por qué Vincent me mentía.

¿Qué pasaba con esa mujer?

El viaje fue corto, la radio me acompañó y me mantuvo en una especie de nube. No había llegado a ninguna conclusión, pero había decidido averiguar la verdad.

Estacioné el coche y me quedé mirando la casa. Era grande, con dos pisos de altura, adornada de balcones y terrazas. Resplandecía con su encanto, dándole un toque romántico. Sonreí al recordar la última vez que estuve allí.

—¿*Por qué no puedo entrar en la habitación que hay al lado de la tuya?*

—*Porque hay fantasmas* —contestó Alan riendo.

—*No te creo, dime la verdad.* —*Me acerqué y lo abracé por detrás*—. ¿*Qué escondes allí?*

—*Esa fue mi habitación...* —suspiró—. *Mis padres no cambiaron nada. No quiero entrar*

allí, no quiero recordar mi infancia.

—¿Por qué? —pregunté intrigada—. ¿Qué pasó? Soy tu amiga, puedes contármelo.

—Algún día te lo contaré. —Se giró y me miró a los ojos—. Ahora corre... las fantasmas están detrás de ti.

—No lo haré... —Escuché una puerta abrirse y salí corriendo.

Me bajé del coche y apreté los dientes. Había llegado la hora de verlo de nuevo y de enfrentarme a mis sentimientos. Caminé pisando las hojas que cubrían el suelo mojado. Había llovido y el olor que desprendía la tierra, me llenaba de paz. De pequeña me gustaba salir a la calle cuando llovía. Me gustaba saltar en los charcos y manchar mis botas de barro.

Llegué delante de la puerta y levanté la mano para tocar. Cerré el puño, pero mi mano se quedó congelada en el aire. Sentí un escalofrío abrirse paso a través de mi cuerpo. El miedo me rebañó en pedazos haciendo que mi mente se congele también.

Mi puño golpeó la puerta y mientras esperaba, sentía como cada nervio de mi cuerpo se estaba crispando.

—¿Quién es?

La voz de Alan, me sacudió. Empecé a retroceder y cuando bajé el primer peldaño, se abrió la puerta.

—¿Tania?

—Lo siento... esto es un error.

No podía mirarlo a los ojos, una niebla mental se había apoderado de mí, hundiendo la poca esperanza que tenía antes de tocar a la puerta.

—Tania, ¿te encuentras bien?

No, no estaba bien.

Levanté la mirada y lo que quería decir, se quedó atascado en mi garganta. Me quedé en silencio mirando cómo se movían sus labios a cámara lenta.

Parpadeé, sintiendo un ligero sudor cubriendo mi frente. Mis pensamientos eran lentos.

—Tania...

Sentí sus manos en mi cintura y me aferré enseguida a su cuello para no caer al suelo. Me había mareado y estuve a punto de perder el conocimiento.

—Vamos dentro.

Tomé aire y apreté la mandíbula. Sus dedos apretaban mi cintura y eso toque me debilitaba. Cerró la puerta y me llevó con él hasta la sala de estar. Me ayudó a sentarme en el sofá y me miró a los ojos. Los suyos eran abatidos, haciéndolo parecer vulnerable.

—Te traeré un poco de agua.

CONFESIONES

— **A**quí tienes.

Levanté la mirada y estiré la mano. Alan dejó el vaso en mi mano y se sentó a mi lado. Me lo bebí de un trago y dejé caer la mano hacia abajo.

Tomó el vaso y lo dejó encima de la mesa.

—No puedo creer que estás aquí —murmuró—. Llevo semanas intentando encontrarte, Tania. Necesito hablar contigo...

—Alan yo solo quiero...

—¡Hola! Ya estoy en casa.

Dejé la frase a medias cuando vi a Karina entrando en la casa. Seguían juntos y yo como una tonta, había pensado que no.

—Me tengo que ir. —Me puse de pie rápidamente.

—Ah, lo siento Alan. No sabía qué tienes visita —dijo ella mirándome de arriba abajo—. Tu cara me suena... —Se acercó.

—Ella es Tania —dijo Alan y me agarró por el brazo—. La amiga de Clara y...

—Y de Vincent —dijo sonriendo—. Ahora lo recuerdo. En fin... Os dejo solos.

Empezó a caminar, pavoneando su trasero y mis ojos no podían dejar de mirarla. Tenía unas curvas impresionantes.

—Es muy hermosa —susurré.

—Más que tú, no. —Alan tiró de mi brazo suavemente para acercarme a él—. Tania, mírame... por favor.

—Me tengo que ir.

—¿Por qué has venido? —Era una exigencia. Lo veía en sus ojos.

No quería zafarme de contárselo, pero tampoco quería quedar como una entrometida. La preocupación me pinchaba fuertemente en la garganta.

—Yo quería contarte algo, pero mejor no lo hago. No sabía que tú y Karina seguís juntos.

—¿Y qué te hizo pensar que no? —Sus ojos azules miraban los míos.

—Clara sospecha algo. —Tiré de mi brazo para soltarme. Necesitaba alejarme de él.

—Tania siéntate y cuéntamelo. —Su voz era suave. Al contrario que su cuerpo.

—Prefiero quedarme de pie.

—Siempre llevándome la contraria —sonrió—. Eché de menos esto.

Mi cuerpo se tensó. Esa sonrisa... esa voz... me dolía verlo y no poder decirle que yo también lo había echado de menos. Estaba luchando para contener las lágrimas. Mis labios se quedaron sellados y mi voz no salía.

Alan dejó de sonreír y me miró con preocupación. Se acercó y me abrazó. Sabía que era un error, que no tenía que dejarlo, pero lo necesitaba. Me sostuvo fuertemente y el miedo desapareció. Metí la cabeza en su cuello y empecé a llorar. Me sentía a salvo con él, me sentía protegida en sus brazos.

—Tenemos que hablar —susurró—. Necesito contarte algo.

—Yo también.

—Te escucho —dijo y se alejó para mirarme.

Se inclinó y besó mi mejilla. Fue un beso suave, incluso casto.

Su mirada azul me hacía sentir que estaba volando. Cerré los ojos y me alejé.

—Clara sospecha que Christian tiene una amante. —Abrí los ojos y recorrí el salón con la mirada—. Hoy lo seguí con mi coche y es verdad.

—¿Qué? No puede ser...

—Eso mismo dije yo. —Me acerqué a la chimenea y miré las fotografías—. No sé hasta qué punto, pero Christian tiene encuentros con Karina, tu novia.

—¿Mi novia?

Giré la cabeza, sorprendida.

—Vamos por partes, Tania. —Se acercó—. Karina no es mi novia.

Agrandé los ojos, sintiendo como mi pulso martilleaba en el pecho.

—¿No lo es? —Mis ojos se quedaron fijos en los suyos.

—Ella es mi prima.

Mis rodillas dejaron de sostenerme y Alan enseguida me agarró por la cintura. Acarició mi mejilla con el dorso de su mano sin apartar la mirada de mis ojos.

—¿Estás bien? —preguntó susurrando.

—No lo sé. —Ladeé la cabeza—. ¿Ella es tu prima? Pero en la boda...

—Solo quería darte celos y fui un tonto. Lo estropeé todo. Quería alejarte de mí. Yo... yo lo siento mucho, Tania.

—¿Celos? Pero sabías que yo te amaba, te lo había dicho...

—Tenía miedo y sigo teniendo miedo. —Su espalda se tensó—. ¿Recuerdas la habitación prohibida?

—¿La que fue tuya en la infancia?

—Sí, esa. Ven conmigo. —Estiró una mano—. Te la voy a enseñar.

Tomé su mano, dudando y cuando levanté la mirada, se me puso la piel de gallina en los brazos. En ese momento sentí que mi alma fue capturada por sus ojos. Su forma de mirarme era maravillosa, me gustaba, pero la curiosidad me picaba bastante y me alejé.

—¿Estás seguro?

—Sí, Tania. Quiero que lo veas.

UN PASADO OSCURO

Alan sacó una llave de su bolsillo y la metió en la cerradura. La giró dos veces y luego abrió la puerta.

Se apartó y me dejó pasar.

Entré, pisando con miedo y cuando llegué en el medio de la habitación, cerré los ojos con fuerza.

—Lo siento... —susurré—. No lo sabía.

—No lo sientas, Tania. Pasó hace mucho tiempo.

Abrí los ojos y empecé a retroceder. No me gustaba esa habitación, parecía sacada de una película de terror. Las paredes estaban pintadas con insultos, las cortinas rotas y quemadas, el techo lleno de fotografías con Alan desnudo, la cama llena de muñecas inflables, el suelo lleno de condones...

Sentí las manos de Alan en mi cintura y los temblores se calmaron.

—Sácame de aquí —susurré.

Alan tiró suavemente y me sacó fuera de la habitación. Cerró la puerta y forzó una sonrisa para tranquilizarme.

—Son malos recuerdos, nada más —dijo con voz ahogada.

—Pero te persiguen, ¿quieres contármelo? —Le sonreí—. A las amigas se les cuenta todo.

—Amigas... —Negó con la cabeza, triste.

—Si no quieres, no pasa nada. —Me acerqué y enmarqué su rostro con mis manos—. Lo siento...

—Sabes, toda mi vida intenté olvidar el pasado. Intenté ocultarlo, pero lo que tenía que hacer, era superarlo. Vivir la vida y no tratar de entenderla. Mis miedos y mis inseguridades te alejaron. Te perdí... —Cerró los ojos—. Nunca te dije lo mucho que significas para mí, nunca te dije palabras hermosas...

—Alan...

—Nunca te dije que estaba enamorado de ti, Tania.

Sus palabras me golpearon en la cabeza como un balde de agua helada. No podía respirar.

—¿Sigues enamorado?

Sus labios se presionaron en una delgada línea y luego se levantaron en una sonrisa tímida.

—¿Tú qué crees?

—No sé qué creer. —Mi corazón se aceleró ante la incertidumbre.

Tomó aire y me agarró por la cintura. Incluyó la cabeza y besó suavemente mis labios. El tacto era suave y cálido, completamente perfecto.

Cedí a sus caricias y le devolví el beso.

Se sentía como si mi vida estaba en caída libre. Nada me importaba y me sentía completa por primera vez.

Abrió los ojos y se alejó.

—Dime, Tania. ¿Estoy enamorado o no?

—Supongo que sí...

Tomó mi rostro con sus manos y me besó otra vez. El beso era diferente, caliente y posesivo. Sus manos se deslizaron sobre mi cuerpo, atrayéndome hacia él, reclamándome. Gemí en su boca y presioné mi pecho contra él. Sus labios se hundieron en los míos y sus dedos se entrelazaron en mi pelo.

Sentí una sonrisa suya y me alejé.

—Ahora lo sabes... —susurró—. ¿Verdad?

—Sí, lo sé. —Presioné mis manos en su pecho—. Estás enamorado de mí.

—Lo estoy.

—Voy a salir —gritó Karina y me alejé enseguida de Alan.

Había olvidado la razón por la que estaba en esa casa.

—¿Pasa algo? —Me miró extrañado.

—Alan, tu prima... bueno ella y Christian...

—No creo que sea verdad —dijo pensativo—. Aunque si no me equivoco, hace tres días ella me dijo que quiere conquistar a alguien.

—¿A Christian?

—No lo sé, Tania. —Entrecerró los ojos—. Sé que tuvo una cita con ¿tu novio?

—Mi novio... ah, ¿te refieres a Vincent? —Me mordí los labios.

—Investigué un poquito. Sé que es gay.

—Eh...

—Me dejaste pensar qué estabais juntos —dijo cortante.

—Y tú me dejaste pensar que Karina era tu novia. —Lo miré con el ceño fruncido.

—Fuimos unos tontos los dos. —Suspiró—. Pero yo más. ¿Es demasiado tarde para decirte que te quiero?

—No, pero... —Negué con la cabeza—. Me hiciste mucho daño. No puedo simplemente perdonarte.

—No lo hagas. Déjame demostrártelo. —Agarró mis manos—. Dame una oportunidad para intentarlo. Tengo miedo, pero prometo que no voy a salir corriendo otra vez.

—No puedo.

—Por favor, Tania. Te quiero mucho. Mi vida no tiene sentido sin ti. —Llevó mis manos a sus labios y las besó.

—Solo si me ayudas...

—Lo haré. Dime que tengo que hacer —dijo alegremente.

—Averiguar qué pasa entre Karina y Christian. Yo intentaré hablar con Vincent.

—Hecho —sonrió—. Gracias.

Le devolví la sonrisa, pero en el fondo de mi corazón quedó un rastro de inseguridad. No me atrevía a decirle que estaba embarazada. Podía asustarlo otra vez y no quería.

NUEVAS ILUSIONES

—¿T e quedas a cenar conmigo??

—Eh, no. No quiero molestar.

Alan se acercó y agarró mi barbilla en su mano. Volteó mi cabeza hacia un lado para que yo pudiera encontrar su mirada.

—Por favor, quédate. Lamento haberte herido... —Su mejilla presionó contra la mía, y pude sentir su aliento en mi cuello.

—Quiero ir poco a poco, Alan.

—Yo también, pero quédate a cenar conmigo. —Sus labios rozaron mi mandíbula justo debajo de mi oreja.

—Está bien. —Mi aliento se aceleró y mi cuerpo se calentó cuando sus labios se movieron lentamente hacia mi clavícula—. Me quedaré a cenar contigo.

—Gracias. —Se alejó sonriendo—. Seguro que echaste de menos mis espaguetis.

—¿Qué? —Lo miré horrorizada—. ¿Eso piensas cocinar? Mejor me voy... —Reí con ganas.

—Pensé que te gustan. —Puso un puchero triste—. A nadie le gustan.

—Tendrás que mejorar la receta. Yo te ayudaré. —Lo agarré por el brazo y me lo llevé hasta la cocina.

—Te agradezco tu ayuda, pero quiero hacerlo yo —declaró, mientras abría un armario.

—Bien, yo te vigilaré de cerca.



—Mmm, esta salsa es deliciosa—dijo Alan mientras masticaba.

—¿Verdad? —Dejé el tenedor encima de la mesa—. Es la receta de Giancarlo...

—¿El amigo de Christian y Clara?

—Mhm...

—Aún no puedo creer que ellos tienen problemas. Recién se casaron. —Apartó su plato.

—Clara está embarazada. —Levantó la mirada, sorprendido.

—Oh, pobre. Intentaré hablar con mi prima. —Limpió sus labios con una servilleta.

—Cuéntame más sobre ella. Somos amigos desde hace muchos años y nunca la mencionaste.

Torció una sonrisa y dejó la servilleta encima de la mesa.

—Nunca la mencioné porque me recordaba a mi pasado. —Apretó los puños y apartó la mirada—. Ella fue para mí como una hermana. Pasaba muchos fines de semana en mi casa y sabía todo lo que me pasaba.

—¿Es relacionado con lo que vi en esa habitación? —Me levanté y me senté en la silla que había a su lado.

—Sí. Fui... fui la vergüenza del instituto. —Coloqué mi mano encima de la suya y él enseguida me la atrapó, estrechándola suavemente—. Era gordito y ninguna chica quería salir conmigo —murmuró suavemente con la cabeza agachada—. Tenía dieciséis años y era virgen.

Sus dedos apretaban mi mano con fuerza, pero no sentía nada. Estaba concentrada en lo que él me estaba contando, imaginándomelo todo.

—Mi prima le dijo sin querer a una de sus amigas y la noticia se disparó en todo el instituto. —Respiró hondo—. Empezaron a burlarse de mí, a insultarme...

—Alan, si no quieres hablar...

—Sí, quiero hacerlo. —Alzó la mirada—. Quiero que entiendas mis razones y mis miedos.

—Sigue... —Asintió y se aclaró la garganta.

—Mi prima se disculpó conmigo, pero ya no había marcha atrás. Un día, se me acercó una chica y empezó a hablarme. No le hice caso, pero ella insistió todos los días hasta que terminé saliendo con ella. Me ilusioné y empecé a correr todos los días. Perdí mucho peso, pero todo fue un engaño.

—No lo entiendo.

—Un fin de semana, mis padres se fueron de viaje y me dejaron solo en casa. Aproveché para llamarla a mi casa, pensando que por fin terminaría con esa vergüenza. Ella llegó y después de media hora llegaron sus amigos. Eran los mismos que se burlaban de mí en el instituto. Destrozaron mi habitación, la pintaron, llenaron el suelo de condones... grabaron con el móvil todo lo que hicieron. No sé ni hoy en día como consiguieron fotografías conmigo desnudo... —Tragó saliva y apretó mi mano.

—Eso tuvo que ser muy duro... lo siento, Alan.

—No lo sientas, no tienes ninguna culpa. —Llevó mi mano a sus labios y la besó—. Fuiste la única que me dijo palabras hermosas, palabras de amor y... me asusté. No sabía qué hacer o cómo reaccionar. Por eso salí corriendo... me regalaste una noche maravillosa, me amaste... —Se ahogó con las palabras.

—Alan...

—Sé que lo que hice no tiene perdón, Tania. No me merezco tu amor.

—No, no digas eso. Yo... te entiendo.

—¿De verdad? —Me miró a los ojos esperanzado.

—Sí, Alan. Te sigo amando. —Sonreí—. No he dejado de hacerlo.

—Yo también te amo. —Soltó mi mano y me abrazó.

Temblaba en mis brazos, se veía tan frágil y tan perdido, que mis lágrimas reaccionaron enseguida.

—No llores, Tania. No por mí —susurró en mi cuello—. Por favor...

Cerré los ojos y dejé que sus manos acaricien mi espalda. Poco a poco me tranquilicé y me alejé para mirarlo.

—¿Qué pasó después?

—Mis padres denunciaron los hechos y me trasladaron a otro instituto. A mi prima dejé de verla y seguí con mi vida. Después de lo que pasó, el miedo al rechazo me siguió de cerca. Los rumores corrieron en todos los institutos y las chicas me evitaban y me dejaban tirado.

—Gracias por compartir esto conmigo, Alan. —Agaché la cabeza y besé sus labios.
Alan colocó las manos en mi cintura y me puso de pie. Despegó sus labios de los míos y me miró a los ojos.

—Como tú dijiste... poco a poco, Tania. Quiero conquistarte. —Sonrió tímidamente—. ¿Me dejas?

—Sí. —Le devolví la sonrisa—. Así que mañana... sorpréndeme. —Le guiñé un ojo y me alejé—. Buenas noches.

—Buenas noches, Tania.

INTRIGAS PELIGROSAS

—¿ **D**e dónde vienes a esta hora?

Me paré en seco y llevé mi mano derecha al pecho.

—Me has asustado, Vincent. —Respiré hondo—. ¿Qué haces despierto a estas horas?

—Contesta a mi pregunta, Tania. —Cruzó los brazos encima de su pecho—. ¿Por qué no me llamaste? Pensé que te había pasado algo...

—En primer lugar... No tengo que darte explicaciones, porque tu tampoco me las das y en segundo lugar, no es muy tarde. —Intenté pasar por su lado, pero me atrapó en sus brazos.

—Me asusté cuando entré en la casa y no te vi, Tania. —Me abrazó fuerte—. Tenemos que hablar.

—Sí, tenemos. —Suspiré—. Pero no ahora.



Abrí los ojos y un olor agradable a pan tostado cosquilleó mi nariz. Amaba vivir con Vincent, siempre preparaba el desayuno por las mañanas.

Me bajé de la cama y me puse la bata por encima del pijama. Un ligero mareo me sacudió y me aferré al borde de la mesa para no caer al suelo. Seguía sin estar consciente del embarazo, y la idea de tener algo creciendo dentro de mi vientre, me asustaba.

Acaricié mi tripa y suspiré.

Una parte de mí quería decirle a Alan que era padre, pero había otra parte que dudaba y tenía miedo. El pasado de Alan fue bastante duro y aún lo perseguía. No quería perderlo, mi hijo lo necesitaba en su vida.

Cuando me sentí ligeramente mejor, me alejé de la mesa y abrí la puerta. El silencio me sorprendió mientras cruzaba el pasillo. Toda la casa estaba silenciosa y eso me resultó extraño. A Vincent le gustaba poner la radio mientras cocinaba. Me dirigí hacia la cocina y me paré en seco cuando escuché una voz de mujer.

Estiré la mano y abrí la puerta despacio.

Cuando la vi, mi aliento quedó atrapado en la garganta. El asombro se deslizó a través de mí e hice mi camino lentamente hacia ella.

Karina giró la cabeza y dejó de hablar por teléfono.

Mis ojos analizaron su rostro tranquilo y sonriente, paseándose lentamente por su perfecto cuerpo. No llevaba maquillaje, pero no le hacía falta, su belleza natural brillaba en todos los sentidos. Llevaba un vestido veraniego que se ajustaba perfectamente a sus curvas, mostrando unas piernas largas y bronceadas.

—Hola, Tania. —Sonrió y se acercó para darme dos besos en la mejilla.

—H... hola —balbuceé.

—Buenos días —dijo Vincent entrando en la cocina y al ver mi rostro sorprendido se quedó callado.

Se rascó la nuca y dejó una bolsa de papel encima de la mesa.

—Yo no tengo mucho tiempo, Vincent —comentó Karina mirándolo.

La forma en que sus ojos se paseaban por su cuerpo, me intrigó. Prácticamente lo estaba comiendo con la mirada delante de mis narices y eso no me gustaba.

—Creo que es hora de contarte la verdad —habló Vincent y me agarró por el brazo para ayudarme a sentarme en una silla.

Ellos dos también se sentaron, mirándose fijamente. Algo pasaba entre ellos, pero no podía ser lo que yo imaginaba porque Vincent era gay. ¿O ya no?

—¿Qué es lo que pasa? —Carraspeé y los miré atentamente.

—Creo que sabes lo que se habla de Karina —dijo despacio Vincent mirándome a los ojos—. Ella no es culpable... ella no mató a su marido. Quién lo hizo intenta matarla a ella también. —Mis ojos se agrandaron al darme cuenta de que ella vivía con Alan—. Todos los días recibe cartas amenazantes y tiene miedo a salir a la calle. Yo y... —Giró la cabeza y cuando Karina asintió, siguió hablando—. Y Christian estamos intentando encontrar a esa persona.

—Para. —Levanté una mano en el aire—. ¿Por qué no se encarga la policía de encontrarlo? ¿Por qué tenéis que hacerlo vosotros? ¿Por qué Christian? Clara está...

—Tania... —Sentí la mano de Vincent en mi brazo y me quedé callada—. Es alguien que trabaja con Christian.

—¿Y cómo lo sabes? —Lo miré fijamente.

—Lo sabemos porque... —suspiró—. ¿Puedo contárselo? —Karina asintió, encogiéndose de hombros—. Karina tuvo una relación con un hombre casado —dijo él y aproveché para mirarla de reojo—. Su mujer trabaja para Christian, es la mano derecha de su socio. Ella mató a su marido y colocó pruebas para incriminar a Karina.

—Y ahora quiere matarla a ella también... —murmuré con incredulidad—. Esto es... es peligroso. ¿Por qué no lo sabe la policía?

—Porque ella amenaza con matarnos a todos, bueno ella no. Tiene a un sicario contratado...

—¿A todos? —Me levanté de golpe y sentí un ligero mareo.

Vincent me agarró por los hombros y me ayudó a sentarme de nuevo.

—Tania... me preocupas. ¿Comes bien? —Apartó el cabello que cubría mis mejillas para mirarme.

—Sí, solo que todo esto... —Giré la cabeza—. Tengo que hablar con mi amiga para decírselo. Ella piensa que su marido tiene una aventura.

Karina asintió y agachó la cabeza.

—Lo siento mucho —susurró.

—No entiendo qué tiene que ver esto con nosotros. No te conozco, no eres mi amiga...

—Pero Alan sí y lo quiero mucho. No quiero que le pase algo por mi culpa. —Levantó la mirada y vi arrepentimiento en sus ojos—. Recibí fotos de vosotros dos juntos, de Vincent y yo...

—Desvió la mirada—. De Christian y Clara... Yo... —Se puso de pie—. Necesito salir —dijo con voz temblorosa y agarró su bolso.

—Espera —dijo rápidamente Vincent—. Te llevo.

—No, bueno... sí. —Me miró buscando mi asentimiento.

—Vete, Vincent. Tengo que llamar a Clara...

—Vuelvo enseguida. —Besó mi mejilla y salieron los dos de la cocina bastante callados.

Me senté y me quedé pensando.

¿Mi vida estaba en peligro?

Y todo por la culpa de Karina... No sabía si sentir odio o compasión por ella.

UNA ASESINA SUELTA

Dejé el móvil encima de la mesa y me senté en el sofá. Llevaba más de media hora intentando localizar a Clara y eso empezaba a preocuparme. Su móvil y el de Christian estaban apagados y eso era muy extraño.

La puerta de la entrada se abrió y me quedé boquiabierta cuando los vi entrar.

Los tres juntos... Alan, Vincent y Karina. Toda una sorpresa para mí, pero cuando me fijé en sus rostros serios, me puse de pie de inmediato.

Un ligero mareo me sacudió y tuve que agarrarme a la mesa para no caer.

—¿Estás bien? —preguntó con cuidado Vincent.

—Sí, olvidé desayunar y... —Dejé de hablar porque Alan me estaba mirando fijamente—.

¿Pasa algo?

—Necesito hablar contigo —contestó él.

Vincent y Karina nos dejaron solos enseguida. Me senté en el sofá y le hice señas para que se acerque. Tomó una profunda respiración y se sentó a mi lado.

—Karina recibió un mensaje esta mañana. —Inhaló y me miró—. Era una foto, de Christian y Clara... los dos atados a una silla. —Sus ojos no dejaban de mirar a los míos y su voz era sincera, cariñosa.

Mis labios empezaron a temblar y enseguida sus brazos me rodearon. Me estaba cayendo a pedazos por dentro y no pude mantenerme entera mucho más tiempo. La tristeza se agarró a mis entrañas como la miel y sentía que me faltaba el aire.

—No llores, Tania. —Se alejó para mirarme a los ojos—. No me gusta verte triste.

—No puedo evitarlo, se trata de mi mejor amiga. —Mis ojos se llenaron de lágrimas—.

¿Qué pasará ahora?

—No podemos avisar a la policía y solo nos queda por confiar en la palabra de esa mujer. —Secó mis lágrimas con el dorso de su mano derecha.

—¿Cómo podemos confiar en una asesina? —pregunté bajito.

—Pues no nos queda otra. Ella quiere dos cosas...

—¿Dos cosas? —Fruncí el ceño—. Pues lo que sea para que deje con vida a Christian y Clara.

—Quiere dinero y...

—Bueno, Christian es rico. —Me alejé un poco—. Estoy segura de que a él no le importe... se trata de sus vidas.

—Eso está solucionado. El abogado de Christian tiene todo preparado —dijo con mucha certeza y apartó la mirada—. No podemos encontrar una solución para lo otro.

—¿De qué estás hablando?

Me moví incómoda en el sofá y llevé mis rodillas al pecho.

—Quiere que el dinero sea entregado por Karina. —Inhaló y me miró.

—¿Y cuál es el problema? Que lo haga, ella es la causante de toda esta situación.

—Es mi prima, Tania —dijo con seriedad.
—Y Clara es mi amiga, nuestra amiga, Alan. No quiero que le pase algo.
—Yo tampoco, pero no pienso poner en riesgo vida de mi prima.
—¿Por qué la defiendes? Fue ella quien se enroló con ese hombre y...
—Tania... —Se puso de pie.
Mi corazón latía con fuerza y su mirada enojada no me gustaba para nada.
—Mejor llamamos a la policía —murmuré.
—No lo entiendes, ¿verdad? —Levantó el tono de voz.
—No me grites, Alan. No tengo yo la culpa de que tu prima es una... —Me callé porque la puerta del salón se abrió.
—Se escuchan vuestros gritos desde fuera, Tania —dijo Vincent mirándome preocupado—. ¿Pasa algo?
—No... Bueno sí... no lo sé, joder.
Alan apartó la mirada y apretó los puños.
—No hace falta que os peleáis por mí —murmuró Karina.
Pasó por delante de Vincent y se acercó.
—Escuché lo que dijiste, Tania. —Su voz temblaba—. Haré yo la entrega de dinero.
—¿Estás loca? —preguntó Vincent y frunció el ceño—. Es justo lo que ella quiere. Quiere matarte, ¿no te das cuenta?
—¿Y qué? —Levantó los hombros y agachó la mirada—. A nadie le importa que pasa con mi vida... mis padres...
—No vuelvas a decir eso —advirtió Alan—. A mí me importas y mucho.
—A mí también, Karina.
Levanté la mirada sorprendida por las palabras de Vincent.
—No te creo, Vincent —dijo ella—. Cuando... después... tú dijiste que no... —Balbuceaba sin sentido.
—Lo dije sin pensar —comentó Vincent.
—Ya está decidido. —Los miró a los dos—. Haré yo la entrega.
Levantó una mano en el aire para hacerlos callar y salió del salón sin mirar atrás.
—Voy...
—Vete, Alan... —Negué con la cabeza y aguanté un suspiro.
Él dudó por unos segundos y cuando señalé la puerta, salió corriendo siguiendo los pasos de Karina.
—¿Qué pasa entre ella y tú? —Me crucé los brazos mirándolo fijamente—. Habla, Vincent.
—No... No puedo. —Metió las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones—. No ahora.
—No me gusta ella, no me gusta lo que pasa... —Me mordí los labios para no llorar—. Clara está embarazada, por Dios. ¿Y si algo le pasa al bebé?
—No les pasará nada. —Se acercó y me abrazó—. Esta noche vendrá un amigo mío. Es un ex militar y nos puede ayudar.
—Eso espero.

LO MÁGICO DEL AMOR

Estaba tumbada en el sofá, mirando el techo fijamente. La espera me estaba matando, temía por Clara y Christian.

Alan había salido a buscar a Karina y no volvió, no sabía si algo les había pasado y eso me preocupaba.

Cerré los ojos durante unos segundos y recordé la primera vez que mi corazón gritó el nombre de Alan.

—¿Qué hacemos aquí, Clara? Sabes que a mí no me gusta la comida china.

—Lo sé, pero pensé que te vendría bien despejar un poco. Desde que hemos abierto la empresa, no has parado de buscar clientes. —Señaló la silla que había al lado de la mesa.

—Eso es porque quiero que funcione, necesitas este dinero y me pareció la única manera fácil de conseguirlo. —Me senté a su lado.

—Eres una buena amiga, Tania. Gracias. —Abrió la carta del menú—. Mmm... No creo que pueda recomendarte algo...

—Yo puedo.

Escuché una voz de hombre y giré la cabeza.

Pensé que hablaba conmigo, pero él estaba mirando fijamente a Clara. Estaba acostumbrada ver cómo los hombres se quedaban embrujados con su belleza.

—Mi nombre es Alan, preciosas.

Su voz tuvo un impacto fuerte en mi corazón y por primera vez sentí nerviosismo.

—¿Estás bien, Tania?

Abrí los ojos y giré la cabeza. Vincent me estaba mirando con preocupación y detrás de él había un hombre alto, de una belleza escultural que lo ponía en penumbra a Vincent. Mirarlo, fue como sentir una ardiente llama del pecado, que se consumía con lentitud. Tenía la ceja derecha partida por una pequeña cicatriz, lo que daba a su cara de ángel un aire maléfico.

—¿Tania?

—Eh... lo siento. —Bajé mis pies al suelo, pero sin dejar de mirar a ese hombre—. Estoy bien, gracias.

—Este es Evan —dijo él y tragó saliva—. Mi... mi... bueno él es...

—Soy su mejor amigo —intervino Evan y se acercó—. Y tú eres su mejor amiga,

¿verdad? —Estiró una mano.

Enseguida se la estreché y noté una opresión en el pecho, seguido por una descarga eléctrica que me erizó el vello.

Esa reacción me tomó por sorpresa y cuando vi su sonrisa, retiré la mano avergonzada.

—Eres preciosa y me pregunto por qué estás sola. Vincent me contó un poco...

—No está sola.

La voz grave de Alan, me hizo levantar la mirada.

—Está conmigo —dijo examinado a Evan.

—Lo siento, no fue mi intención molestarte —comentó Evan—. Entendí que Tania... bueno, mejor lo dejamos aquí. Vine para ayudar, no para entrometerme en vuestros asuntos.

El tono de voz de Evan cambió, pero no se había molestado, lo ví en su mirada.

—Evan es mi amigo, Alan y nos ayudará a rescatar a Clara y Christian —habló Vincent y colocó una mano en el hombro de Evan.

Ese gesto hizo que Evan cerrara los ojos durante unos segundos y en ese momento supe que algo había pasado entre ellos.

—Bien, porque justo hace unos momentos Karina recibió un mensaje de esa mujer —dijo Alan y estiró una mano para agarrarme por la cintura. Tiró suavemente hasta que mi cuerpo chocó contra el suyo.

Mi cuerpo estaba encendido y ese acercamiento aparte de atascar las palabras en la garganta, también me debilitó. Intenté concentrarme en la conversación que mantenían los tres, pero me fue imposible. Los dedos de Alan enviaban pequeñas chispas por mi vientre y un deseo ardiente empezó a excitarme.

Cerré los ojos, imaginando cómo esos dedos se metían por debajo de mis bragas para tocarme y acariciarme. Sus dedos, luego su lengua...

—¡Tania!

Abrí los ojos y me quedé quieta. El pulso de mi corazón martilleaba en mi pecho y los dedos de Alan apretaban mi cintura.

—¿Qué... qué pasa? —pregunté balbuceando.

—Estabas gimiendo —susurró Alan—. ¿Te duele algo?

—Necesito hablar contigo, Alan.

Karina entró en el salón, pero al ver a Vincent tan cerca de Evan, dejó de hablar para mirarlos fijamente.

—Este es Evan —dijo Vincent y se alejó rápidamente—. Él nos ayudará...

—No me importa quién es —comentó ella y entrecerró los ojos—. No me importa nada que tiene que ver contigo y con tus amigos.

—Karina...

—¡Te prohíbo que digas mi nombre! —gritó—. No quiero saber nada de ti.

—Pero...

—Alan, necesito hablar contigo —dijo ella y giró la cabeza—. ¡Ahora!

—No grites, prima —advirtió Alan—. Y si quieres decirme algo, puedes hacerlo delante de Tania.

—Es personal.

—No me moveré de aquí —dijo él molesto.

Ella gruñó y después de echar un último vistazo a Vincent, salió del salón pisando fuerte.

—Mejor te vas y hablas con ella —sugerí.

—Voy yo —bramó Vincent—. Está molesta conmigo.

Evan se pasó una mano por el pelo suspirando y luego se acercó al pequeño bar que había al lado de la televisión.

—Siempre lo mismo —murmuró y abrió una botella de vodka.

—Necesito unos momentos a solas contigo, Tania. —Alan me agarró por el brazo y tiró suavemente. Me miró a los ojos y agachó la cabeza—. Por favor —susurró en mi oído.

Asentí ligeramente y él me abrazó, suspirando. Colocó la cabeza en mi hombro y me estrechó con fuerza, como si nunca quería soltarme. Él había cambiado mucho y necesitaba asegurarme de que el embarazo no sería un problema para nosotros. Estaba decidida confesarle la verdad sin importarme las consecuencias.

SIGUE ADELANTE

—¿Pasa algo, Alan? —Me senté en la cama mientras miraba como cerraba la puerta y se apoyaba en ella.

—No puedo más, Tania...

—¿De qué estás hablando? —pregunté, afligida pensando en su respuesta.

—Te necesito en mi vida —comenzó a confesar, despacio—. No dejo de pensar en ti y lo que pasó... en lo que te hice y como te traté.

—Sabes que me puedes tener, Alan. Tan solo tienes que dejarme entrar en tu vida —repuse con calma—. Creo que llegué... —Lo observé un momento, me levanté y me acerqué a él.

—¿Qué? —preguntó mirándome de arriba abajo—. Ya no me quieres, ¿verdad?

—Me gusta quién eres, cómo eres y lo que quería decir... es que llegué a cansarme de esperar.

Al mirarme con sus ojos azules, sentí que me atravesaba el alma. Leí el miedo... el miedo de perderme y recordé los días en que la tristeza me hundió tan hondo que no encontraba la salida.

—¿Eso significa que te perdí? —preguntó susurrando con voz ronca.

—Eso significa que esta está tu última oportunidad, Alan.

—Esto suena como un ultimátum —dijo desanimado.

—Y lo es —afirmé. Lo abracé por la cintura y apoyé la cabeza en su pecho—. ¿Me dejas entrar en tu vida?

—Tania... —Me apretó contra sí.

No había lugar para otros pensamientos. No quería bucear en el pasado y ahogarme, quería un futuro al lado de Alan y mi bebé. Necesitaba una seguridad y para eso tenía que arriesgarme hasta el límite.

—Sabes que te amo y siempre lo haré, pero necesito que me digas si valió la pena todo el sufrimiento que tuve que aguantar. —Me alejé para mirarlo a los ojos.

—Yo también te amo, Tania y quiero pasarme el resto de mi vida a tu lado. —Inclinó la cabeza y me besó. Sus labios contra los míos revivieron el deseo que siempre estaba latente cuando estábamos juntos—. Pase lo que pase.

—Bien, porque tengo que darte una noticia...

La puerta se abrió de golpe y estuvimos a punto de caernos al suelo, si no fuera por la rapidez de Alan en atraparme en sus brazos y apoyarse contra la pared.

—¿Qué mierda haces, Vincent? —bramó Alan y lo miró con el ceño fruncido.

—Lo siento... ¿Estás bien, Tania? —preguntó preocupado y Alan entrecerró los ojos.

—¿Y yo qué? —dijo Alan molesto.

—Estoy bien —aseguré y sonreí.

Alan pasó una mano alrededor de mi cintura y apoyó la cabeza en mi cuello.

—Estoy esperando, Vincent —dijo él.

—Tu prima se fue.

Alan abrió los ojos de par en par.

—¿Como que se fue? —Se alejó para acercarse a él—. ¿A dónde? —bramó—. ¿Por qué la dejaste ir?

—Intenté convencerla, pero está molesta...

—¿Qué diablos pasa entre vosotros? —Alan lo miró expectante—. Cada vez que te nombra, de sus ojos salen chispas.

—Nada —contestó Vincent y apartó la mirada—. ¿Por qué todos me preguntan esto?

—¿Por qué? —Me acerqué a él—. Porque se ve que algo pasa, Vincent. Deberíais arreglarlo, nos afecta a todos.

—No pasa nada y...y no pasó nada —dijo cortante.

—Dejemos esto... ¿A dónde se fue mi prima?

—A encontrarse con esa mujer. Dijo que ella es la culpable y...

Se escuchó un ruido y Vincent dejó de hablar. Vino otro ruido y enseguida me pegué a Alan.

—¿Qué pasa? —susurré.

Escuché un disparo y algo rompiéndose.

—Voy a mirar —avisó Vincent y salió de la habitación.

—Voy contigo —dijo Alan.

—No, no me dejes sola —susurré asustada y tiré de su brazo.

—Me tengo que ir, no puedo dejar solo a Vincent. —Me abrazó—. Dijiste que tienes que darme una noticia

—Mhm...

—¿Qué esperas? Soy todo oídos.

—Pues, no creo que sea un buen momento...

—¿Y sí me pasa algo? —Se alejó para mirarme a los ojos.

—No digas eso, me asustas. —Metí la cabeza en su pecho.

Escuché otro disparo y mis uñas se clavaron en su espalda.

—Estoy... yo estoy embarazada —murmuré y él dejó de moverse—. Vamos a ser papás.

Su respiración entrecortada me hacía cosquillas en el cuello y cuando intenté mirarlo a los ojos, él me estrechó con fuerza en sus brazos.

—¡Ayuda!

Alan me apartó enseguida y salió corriendo de la habitación. Mis ojos se clavaron en el suelo y mis piernas empezaron a temblar. Le había dicho que estaba embarazada y él ni siquiera se había molestado en mirarme a los ojos.

—¡Ayuda!

Se escuchó de nuevo el grito y salí corriendo de la habitación, asustada.

SÍ, QUIERO

B ajé el último escalón y recorrí el salón con la vista hasta que encontré a Alan. Mi corazón dejó de latir y dejé caer las manos hacia abajo.

Su mirada inexpresiva me alertó y sentí un impulso de salir corriendo. Una parte de mí estaba cayendo en pedazos y otra estaba lista para hacerme caer a sus pies.

—No te muevas, Tania —susurró y levantó una mano en el aire.

—Suelta la pistola, Karina —dijo Vincent y giré la cabeza.

Llevé la mano derecha a mi boca cuando vi la camiseta de Evan llena de sangre. Parpadeé lentamente intentando de enfocar. Me tomó un momento de entender lo que estaba sucediendo.

—Yo... lo siento —dijo ella y tiró la pistola al suelo—. Perdóname, Evan... yo no quise disparar.

Enseguida Evan se agachó y tomó la pistola, luego se acercó a Vincent.

—Arregla esta mierda o me voy. —Lo miró durante unos segundos—. No la quiero volver a ver y no quiero que toque mis cosas.

—No puedes pedirme esto.

—¿Por qué, Vincent? —Guardó la pistola y se quitó la camiseta—. ¿Qué hay entre vosotros?

—Nada...

Karina cerró los ojos y se acercó a ellos.

—No hace falta que os peleáis por mí —dijo, pero ninguno de los dos la miraban—. Cuando todo esto se termina, me voy... para siempre de aquí.

Vincent giró la cabeza y la miró con tristeza. Apretó los puños y cerró los ojos, se veía arrepentido y dolido.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Evan con tono áspero, mirándola de arriba abajo—. ¿Y qué pretendías hacer con esta pistola? —Examinó la herida que tenía en el hombro—. Faltó muy poco para que esta bala toque mi corazón. —Gruñó y tapó la herida con su camiseta. Vincent se acercó y le quitó la camiseta.

—Déjame a mí. No sería la primera vez...

Evan cerró los ojos y cedió. Seguramente el dolor era insoportable, pero él no lo mostraba, parecía estar acostumbrado a que lo disparen.

La situación estaba tensa y ninguno se atrevía decir algo, era como si el mundo se acabase y ellos estaban atrapados por una ola de angustia. Cuando sentí las manos de Alan en mi cintura, me relajé.

—Creo que deberíamos tranquilizarnos —dijo y colocó la cabeza en mi cuello—.

Christian y Clara están en peligro y ahora no es el momento para pelear y arreglar asuntos pendientes. Por vuestra culpa, perdí la ocasión más importante de mi vida. —Me giró para mirarme a los ojos—. Voy a ser padre... —Mis ojos se llenaron de lágrimas—. Y esto me hace muy feliz, pero habéis estropeado el momento. Yo quería pedirle matrimonio a esta maravillosa mujer...

—Alan... —Mi voz se quebró.

—A esta hermosa mujer que me ama con locura. —Sus dedos se envolvieron alrededor de mis muñecas y levanto mis manos a su boca. Rozó unos besos en mis palmas y siguió hablando—. Yo también la amo con locura y no quiero perderla —dijo, mostrando una sonrisa débil.

—No lo harás.

—Perdóname por haber salido corriendo. —Me miró, sus ojos sosteniendo los míos. Vi el remordimiento en sus ojos—. Me asusté, la noticia me tomó por sorpresa y no sabía qué decir. Mientras bajaba las escaleras, tuve tiempo para organizar mis pensamientos y lo primero que recordé fue lo mucho que te amo.

—No quería asustarte, llevo tiempo intentando decírtelo... —Cerré los ojos—. Llegué a pensar que era mejor guardar el secreto —admití.

Sus manos enmarcaron mi rostro y abrí los ojos.

—No, yo quiero este niño, quiero ser padre. —Sonrió—. Tengo miedo, pero... —Acarició mis labios con sus dedos pulgares y se agachó para besarme.

Su beso era hambriento y mis brazos terminaron alrededor de él sosteniéndome fuerte como si estuviera a punto de caer.

Rompió el beso y tomó mis manos, entrelazando sus dedos con los míos.

—Eres todo lo que quiero. —Una lenta sonrisa se extendió por mi rostro—. Y nada nos puede separar, os amo a los dos.

—Tú también eres todo lo que quiero.

—¡Pídele matrimonio ya! —gritó Vincent y Alan carraspeó.

—Un momento, estoy nervioso. —Sonrió tímidamente y se rascó la nuca—. Con vosotros mirándome es difícil...

—Quiero casarme contigo, Alan —dije y Vincent empezó a reír.

—¿Quieres callarte, tío? —gritó Alan riendo—. Esta hermosura acaba de contestarme.

—Pero si no le has preguntado nada.

—¡Fuera de aquí! —dijo Alan frustrado y ellos salieron uno por uno del salón, dejándonos solos.

—Alan, no hace falta que preguntes...

—Quiero hacerlo. —Se arrodilló delante de mí y colocó sus manos en mi vientre—. Con el permiso de nuestro bebé, quiero pedirte que seas mi mujer.

—Sí, quiero ser tuya —respondí sin vacilar en lo más mínimo.

Se levantó y sus labios presionaron los míos en un beso pasional y poco inocente. Su lengua empezó a coquetear con la mía y empecé a sentir el deseo atravesando mi cuerpo.

—Te deseo tanto ahora —susurró con los labios pegados a los míos.

—Yo también...

—Pero no podemos. —Puso un puchero triste—. No con estos tres por aquí y además tenemos que rescatar a nuestros amigos.

—Sí, tenemos que hacerlo. Estoy muy preocupada por ellos. —Lo abracé—. Clara está embarazada...

—Lo sé, pero no te preocupes. Evan vigilará de cerca a Karina y la entrega se hará sin incidencias.

—Alan, ¿y si es una trampa? —pregunté bajito.

—Es una trampa, por eso está aquí Evan. —Sus manos frotaron mi espalda.

—No entiendo por qué Karina se fue con el dinero y con la pistola, ¿que pretendía hacer?

—Quería hacerlo sola, sin poner en peligro la vida de nadie más...

—Pero, ¿por qué volvió? —Fruncí el ceño—. ¿Por qué disparó a Evan?

—Evan salió a buscarla y cuando la encontró la trajo de vuelta aquí —explicó—. Lo que él no sabía, era que mi prima había cogido la pistola también. Intentó escaparse y lo apuntó con la pistola. Evan no dudó en saltar encima de ella pero la pistola estaba cargada y disparó.

—Oh, Dios.

—Me alegro que nadie más salió herido. —Me abrazó de nuevo—. No quiero perderte, no quiero vivir sin ti.

—Yo tampoco.

TUDO LLEGA, TUDO PASA, y TUDO CAMBIA

Entré en la cocina y me los encontré a los tres bastante callados. Vincent le había curado la herida a Evan y su aspecto había mejorado. Me alegraba, porque me habían dejado bastante preocupada.

Karina estaba preparado el dinero bajo la mirada exigente de Evan. Entre ellos había cierta tensión porque ni siquiera se miraban.

—¿Pasa algo? —Me senté al lado de Vincent.

—No, tranquila. —Apretó mi mano—. Lo tenemos todo controlado.

Evan giró la cabeza y se puso de pie.

—Esconde bien esos dispositivos de seguimiento —bramó Evan—. Hazlo bien o te largas de aquí.

Karina asintió, frunciendo el ceño.

—No le hables así. —Vincent se puso de pie para ayudarla.

—Cuando termina todo esto, me voy —comentó Evan para sí mismo—. Fue un error volver...

—Suena un móvil —avisó Alan y todos giraron las cabezas.

—Es el mío —murmuró Karina y se acercó a la mesa para mirar la pantalla—. Es ella, es Susan...

—Contesta —bramó Evan—. Y dile que todo está preparado.

Ella contestó a la llamada y cerró los ojos.

—Sí... —Se quedó callada, escuchando atentamente—. Estaré allí. —Bajó la mano lentamente.

—¿Qué te dijo? —quiso saber Vincent.

—Quiere que deje el dinero... bueno, no sé cómo lo averiguó. —Lo miró con los ojos vidriosos.

—Habla —exigió Evan.

—Cuando conocí a James... —Tomó aire y evitó mirar a Vincent—. Voy a saltar los detalles, no quiero aburrirlos. —Sonrió, pero nadie más lo hizo—. Él compró una casa y la puso a mi nombre. Allí nos veíamos y... nadie más lo sabía. Solo él y yo.

—Pues parece que James habló —comentó Evan y apretó los labios—. No me extraña, no hay quien te aguante.

—¡Oye, imbécil! —gritó ella mientras se le acercaba—. No me conoces y...

—Y tampoco quiero hacerlo. —La agarró por el brazo.

—¡Por favor! —Intervino Vincent—. Dejad de pelearos.

—Empezó él. —Karina se soltó y se frotó el brazo.

Alan colocó las manos encima de mis hombros y agachó la cabeza.

—Tenemos que ir con ellos —susurró.

—Lo sé.



—¡Wow! La casa es impresionante —exclamó Evan—. Parece que James tiene mucho dinero.

Karina, cerró los ojos y suspiró.

—Que alguien le haga callar, por favor.

Alan agarró su mano y cuando apretó, ella abrió los ojos. Se veía que había llorado y su mirada estaba perdida, ausente.

—Todo va a salir bien, prima —dijo él, mirándola fijamente a los ojos—. Entras y dejas el dinero, luego te largas de allí, ¿entendido?

—Sí, Alan.

—Yo vigilaré de cerca. —Evan sacó su pistola y agarró la bolsa con el dinero—. Alguien te estará esperando en la casa.

—Eso temo... —Abrazó a Alan y empezó a llorar—. Si me pasa algo, quiero...

—No digas eso y deja de llorar, prima. —Frotó su espalda con las manos—. Nada va a pasar.

—Voy con vosotros —dijo Vincent rápidamente—. Puedo ayudar.

—Tú te quedas aquí —bramó Evan—. No quiero arriesgar nada. Esa mujer tiene sicarios contratados y pueden atraparte. El plan es muy simple. Ella entra y deja el dinero, luego sale y seguimos la pista del dinero para averiguar dónde lo esconde.

—Se supone que después de contar el dinero, dejará libre a Christian y Clara, ¿no? —pregunté con preocupación.

—Así es, pero no tenemos que perder de vista el dinero. Si algo sale mal, podemos recuperarlo —aseguró Evan.

—¿Algo mal? —Lo miré, expectante.

—Bueno, normalmente estos cambios, terminan mal...

—¿Qué quieres decir? —Tragué saliva—. ¿Qué mis amigos pueden morir?

—Existe esta posibilidad, pero para esto estoy aquí. —Se acercó—. ¿Ves ese coche de allí? —Señaló un coche negro, aparcado a unos metros de nosotros y asentí con la cabeza—. Es de un amigo mío. No estamos solos, Tania. Hay tres hombres míos más, vigilando los alrededores de la casa y por lo que me han dicho, no hay mucho movimiento.

—Ah, bien. —Sonreí y me acerqué a Alan.

Él me abrazó y luego besó mis mejillas.

—Tenemos que irnos, Karina —avisó Evan.

Ella asintió y cuando pasó por delante de Vincent, giró la cabeza para mirarlo. Se quedó

clavada en el suelo y estiró una mano.

—Nos vemos luego —susurró—. Y lo siento por todo.

Vincent agarró su mano y la estrechó, sin dejar de mirarla.

—Nos vemos luego.

Karina y Evan cruzaron la calle, dejándonos lidiar con el silencio mañanero de ese día. Eran las apenas las ocho y el barrio estaba desierto. Era una zona exclusiva y cualquier movimiento podría resultar sospechoso, así que teníamos que actuar con normalidad.

Alan abrió la puerta del coche y me ayudó a subir. Entró él también y señaló su pecho con el dedo.

—Ven aquí, cariño.

Enseguida lo abracé y cerré los ojos, disfrutando del calor que desprendía su cuerpo.

—Tengo miedo —admití—. No quiero que les pase nada.

—Nada malo pasará, ya lo verás.

Escuché como la puerta delantera se cerró y abrí los ojos. Era Vincent quien había entrado y se veía bastantes preocupado. Solo nos quedaba rezar en silencio.

DISPAROS

Escuché disparos y abrí los ojos. Mi corazón martilleaba en mi pecho como si quisiera salir corriendo, como si quisiera abandonar mi cuerpo congelado de miedo.

—¿Alan? —Mi voz tembló.

Él giró la cabeza y agarró mi mano, estrechándola contra su pecho. Su corazón estaba tronando bajo mi palma y supe que él también se había asustado. Me miró a los ojos y me tranquilicé.

—Voy a salir —avisó Vincent y abrió la puerta.

—No lo hagas. Es mejor quedarse aquí —dijo Alan y giró la cabeza—. Evan nos dijo...

—Necesito saber qué pasa.

—Por favor, Vincent. —Giré la cabeza y estiré una mano—. Quédate aquí. Es peligroso...

Escuché de nuevo disparos y él aprovechó para salir del coche.

—Voy con él —dijo Alan.

—No —susurré con un sollozo asustado—. No me dejes sola, por favor.

—Pero...

La puerta trasera se abrió de golpe y giré la cabeza. El miedo me había estremecido de arriba abajo.

Evan empujó a Vincent dentro y luego dejó a Karina en el asiento con cuidado. Cuando vi su ropa manchada de sangre, tapé mi boca para no gritar.

—¡Te dije que te quedas aquí!—vociferó Evan y Vincent lo miró mal—. Hay que llevarla al hospital. Esa maldita vieja la disparó.

—¿Qué pasó allí dentro? —preguntó Alan mirando por la ventana—. ¿Christian y Clara?

—Mis hombres los sacan ahora —contestó mientras examinaba la herida de Karina—.

Están bien, pero ella no. Temo que la bala atravesó los pulmones...

Vincent bajó la vista y agarró la mano de Karina. La frotó suavemente, susurrando palabras sin sentido.

—Arranca el coche, Alan —ordenó Evan—. Hay que llevarla al hospital y no se preocupen por vuestros amigos. Yo me encargaré de ellos.



—¿Quieres parar de caminar? —pregunté con agitación—. Me mareas, siéntate Vincent. Me levanté de mi asiento y me acerqué a él. Lo agarré por el brazo y él aprovechó para abrazarme.

—Estoy asustado y confuso —confesó—. No sé que hacer.

—¿De qué hablas? —Me alejé un poco para mirarlo—. Karina se pondrá bien. El médico dijo que...

—No se trata de eso. —Negó con la cabeza y cerró los ojos—. Se trata de Evan y de lo que pasó con... —Se mordió los labios y abrió los ojos—. ¿Se puede estar enamorado de dos personas a la vez?

Agrandé los ojos y me giré lentamente hacia la puerta. Alan había entrado seguido por Evan y nos miraba con ojos interrogantes.

—¿Pasa algo? —Se acercó y besó mi frente—. ¿Mi prima está bien?

—Estamos esperando a que salga el médico —susurré y miré de reojo a Vincent. Se veía triste y perdido.

—Vuestros amigos están bien —comentó Evan—. Están en casa...

—¿Y el dinero? —pregunté—. ¿Qué pasó con esa mujer?

—Te lo cuenta Alan. —Caminó lentamente hacia Vincent colocó una mano en su brazo—. Yo me tengo que ir —susurró gentilmente—. Me alegro haberlos ayudado.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó Vincent mirándolo a los ojos.

—Solo un momento.

Los dos salieron de la habitación y las manos de Alan se deslizaron hasta mis caderas. Las yemas de sus dedos rozaron la carne expuesta entre mis vaqueros y mi camiseta. Gemí ligeramente por la sensación.

Sus labios bajaron a mi oído y el calor de su aliento en mi cuello envió un calor familiar.

—Te amo, Tania. Tú eres todo lo que quiero... —susurró—. He cometido errores...

—Yo también te amo y confío en ti.

Sus labios arrastraron un camino con dulces besos sobre mi cuello y cuando llegaron al lado de mi boca, humedecí mis labios.

Me besó, deslizando su lengua dentro de mi boca, en busca de la mía. Sus manos tiraron para acercarme más y mi cuerpo reaccionó, conocía a la perfección sus toques.

—No puedo vivir sin ti, Tania. —Su voz era ronca y sin aliento—. Te necesito, no puedo respirar sin ti.

—Yo también te necesito. —Sus ojos se cerraron y una expresión de alivio se extendió por su rostro—. ¿Qué pasó con esa mujer? —Abrió los ojos—. ¿Hablaste con Christian?

—Ven, siéntate. —Agarró mi mano y me llevó con él hasta la fila de los asientos.

Me senté, sin soltar su mano y lo miré a los ojos.

—Me asustas... —susurré.

—Christian y Clara están bien. —Apretó mi mano ligeramente—. Esa mujer no les hizo nada.

—Me alegro, luego llamaré a Clara. —Le devolví el apretón.

—Esa mujer... —Respiró hondo—. Murió —dijo con voz grave—. Evan no tuvo más remedio que dispararla.

—Oh, Dios...

—Todo terminó. —Llevó mi mano a su boca y la besó—. Y mi prima es libre para ser feliz y empezar de nuevo.

—Quiero pedirte un favor —susurré.

—Lo que sea, mi amor. —Besó otra vez mi mano.

—Creo que Vincent está enamorado de tu prima... —Torció los labios—. Bueno, no creo que sea una novedad. —Negó con la cabeza—. Lo que pasa es que también tiene sentimientos hacia Evan.

—Ufff...

—Habla con él, por favor. Tú estabas enamorado de Clara y tenías sentimientos hacia mí.
Eres el indicado para ayudarlo.

—Tania...

—Por favor —supliqué poniendo ojitos.

—Lo hago por ti. —Se agachó para besarme—. Pero las decisiones las tiene que tomar él.

—Gracias. —Lo abracé enseguida—. También por nuestro bebé...

PREOCUPACIONES

Un mes más tarde...

—¡Deja esa caja en el suelo, ahora mismo! —gritó Alan.

Mis cejas se juntaron y lo miré extrañada.

—No quiero que levantes cosas pesadas. —Llegó a mi lado y agarró la caja—. El médico dijo que...

—Que puedo hacer ejercicio. —Puse los ojos en blanco—. Deja de ser tan protector —gemí con frustración.

—Christian es igual —comentó Clara.

—¡Amiga! —Sonreí y salí a su encuentro—. Me alegro que viniste. Necesito despejar mi mente un poco. Esta mudanza me pone de los nervios.

—Vamos a dar un paseo —sugirió—. Hace un día maravilloso. Christian ayudará a Alan con las cajas.

Me aferré a su brazo y mientras caminaba, miraba con nostalgia la casa. Fue mi refugio en los días más tristes de mi vida y fue mi hogar en los días más hermosos y alegres. Cada rincón escondía una historia y las paredes fueron testigos de muchos momentos inolvidables.

—Realmente te ama, ¿sabes? —susurró Clara—. Quiero decir, he conocido a Alan por mucho tiempo y no nunca lo vi tan entusiasmo y tan feliz.

—Mhm... —suspiré ruidosamente.

—¿Pasa algo? —Se detuvo para mirarme.

—No sé nada de Vincent... —dejé escapar otro suspiro—. Se fue hace dos semanas...

—Sabe cuidarse, Tania. Siempre lo hizo. —Apretó mi brazo—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Alan habló con él después de... —Ella asintió.

—Puedes hablar de ello, Tania. Ahora estoy mejor. —Frotó su vientre—. Ya no tengo pesadillas y mi niño está bien. Esa mujer nos asustó bastante.

—Tampoco sé nada de la prima de Alan...

—¿Karina?

—Ella también desapareció —comenté y empecé a caminar—. Salió del hospital y ni siquiera vino a visitarnos.

—Se sentirá culpable —murmuró Clara pensativa.

—Ella no me preocupa. —Sacudí la cabeza—. Pero Vincent sí. No puedo contactar con él.

—¿Hablaste con Evan?

—Sí y no sabe nada —contesté en un susurro—. Dijo que intentará encontrarle.

—Entonces deja de preocuparte. No es bueno para tu embarazo. —Señaló un banco—.

Vamos a sentarnos. No creo que es bueno que estés de pie tanto tiempo.

—Puedo hacer vida normal —gruñí—. Solo fue un susto. El bebé está bien. —Me senté y ella hizo lo mismo.

—Así que vais a vivir juntos —sonrió—. ¿Para cuándo la boda?

—Alan quiere que nos casemos ya, pero me gustaría esperar. No es por el bebé...

—¿Entonces? —Abrió su bolso y sacó una botella de agua.

—No voy a tener a mis padres, pero me gustaría tener a Vincent. Fue como un hermano para mí y no puede faltar... —Sentí mis ojos húmedos y respiré hondo.

—Evan lo encontrará. —Me dio la botella de agua—. Ya lo verás.



—¿Te gusta la casa?

Mordí mi labio, sonriente y me acerqué a él. Mis brazos se envolvieron alrededor de su cuello y su brazo rodeó mi cintura. Sentí sus labios en la cima de mi cabello y cerré los ojos.

—Me gusta... ¿sabes por qué? —murmuré.

—¿Por qué? —Me apretó en su brazo gentilmente.

—Porque estás tú aquí —dije y abrí los ojos.

—Me haces muy feliz, Tania. —Sus ojos se movieron por mi rostro y capturaron los míos.

Sus brazos me dejaron de forma que sus manos podían sostener mi mandíbula, sus pulgares deslizándose a través de mis mejillas.

—Estás llevando mi bebé y eres tan hermosa... —Sus dedos me dieron un gentil apretón—. Y ahora... bésame. —Agaché la cabeza y sonreí.

Lo apreté en una variedad de lugares y lo besé. Su mano dejó mi mandíbula para que sus brazos puedan rodear mi cintura, apretándome ligeramente contra su cuerpo.

—Quiero cuidarte y amarte —susurró contra mis labios—. Eres lo que llevo buscando durante toda mi vida. Te amo, Tania.

La profunda emoción que había detrás de esas palabras, me desarmó y mis ojos se humedecieron.

—También te amo, también quiero cuidarte... a ti y a nuestro bebé. —Dejó un beso solemne en sus labios.

EPILOGO

Dos meses más tarde...

—¿Feliz? —preguntó Alan con una sonrisa de oreja a oreja.

—Yo quería una niña —contesté y lo miré con ternura—. Pero sí... feliz.

Se arrodilló delante de mí y colocó la oreja al lado mi tripa. Se quedó quieto para escuchar los sonidos que hacía nuestro pequeño nuez.

—Creo que mi hijo está nadando —susurró para sí mismo—. Tenemos que pensar en un nombre.

—No se me ocurre ninguno. —Acaricié su cabello.

—Hoy me llamó Evan. —Se alejó un poco y alzó la mirada.

—¿Y qué te dijo? —Mi corazón se detuvo, esperando la respuesta a mi pregunta.

—Estuvo ocupado estos dos meses y le fue imposible buscar a Vincent. —Mis ojos se cerraron y mis labios se torcieron—. Pero dijo que tiene una pista...

—¿Sí? —Abrí los ojos.

—Sí y no tiene nada que ver con Karina. Parece que ella abandonó el país.

—Oh...

—Deja de preocuparte de por él, ya verás cómo vuelve. —Sonrió—. Y entonces nos casaremos.

Se puso de pie y me besó.

Los labios de Alan se presionaron con fuerza contra los míos y luego se apartó sonriendo.

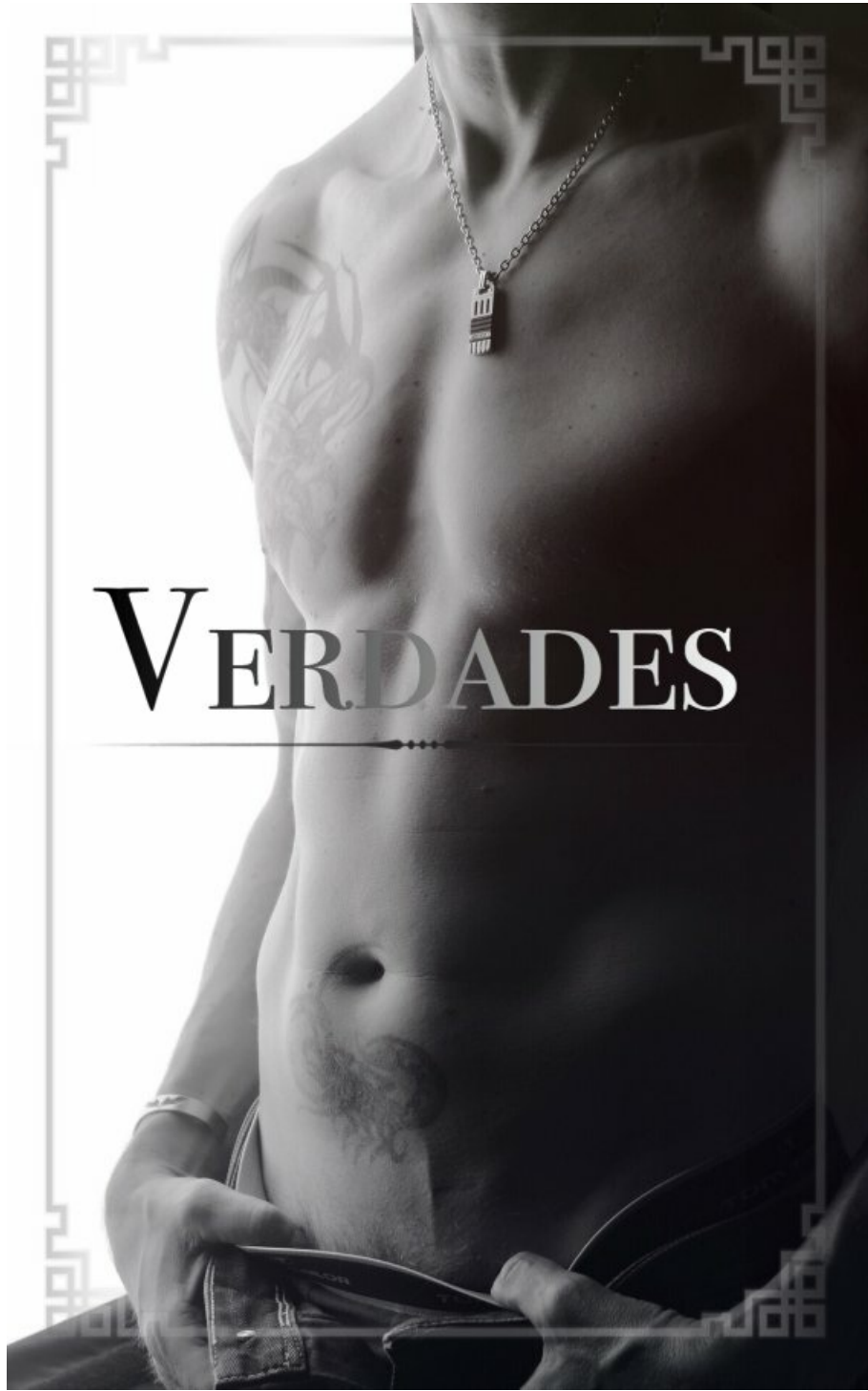
—Tenemos que llamar a Clara, están esperando los resultados. —Me guiñó un ojo—.

Ellos van a tener una niña y nosotros un niño. La pareja perfecta...

—Deja de decir tonterías y tráeme el teléfono.

—A sus órdenes. —Giró sobre sus talones y abandonó la habitación.

Miré a mi alrededor y sonreí. Nuestro amor era único y me sentía la persona más afortunada del mundo.



VERDADES

Índice

Verdades (Libro 3)

TORMENTOS

SONRISAS

UN BESO ROBADO

RECUERDOS

CENA CON ENCUENTRO INESPERADO

FRUSTRACIONES

UNA DOSIS

ENFRENTAMIENTOS

PROMESAS

DECISIONES

MISTERIOS

UN BAR Y UNA CERVEZA

SONRISAS CONTENIDAS

UNA CHICA SIN FUTURO

AMOR Y ODIO

BÉSAME

PASIÓN Y AMOR

CONFESIONES

HÉROE

JUNTOS DE NUEVO

LABIOS ADICTIVOS

ERRORES

PALABRAS QUE DUELEN

¿ROBAR UN AVIÓN?

MÉXICO

PREOCUPACIONES

ILUSIONES

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

TORMENTOS

Mi estómago se revolvió mientras la tensión aumentaba en mi interior. Era de noche, pero no me importaba, el tiempo había dejado de existir hacía meses.

Dejé escapar un suspiro, alcancé el vaso y, deseando quemar los recuerdos para siempre, me pasé una mano por el pelo mientras miraba fijamente el líquido que llenaba el vaso. El alcohol nunca había sido mi amigo, sin embargo, tenía que reconocer que aliviaba el dolor.

Llevé el vaso a mis labios y el líquido frío se precipitó por mi garganta proporcionándome un nuevo calor.

Bajé la vista y sonreí con tristeza. El vaso se había quedado vacío, no obstante, no tuvo ningún efecto en mí, la sensación de estar muerto seguía muy presente. Miré las gotas que resbalaban por la botella vacía y maldecí en voz baja. El dolor volvió, de la misma manera que lo hicieron los recuerdos de aquella noche y necesitaba más alcohol.

—Quiero otra botella —exigí al camarero.

Tardé en reconocer mi voz y mi vista seguía siendo borrosa.

—Tienes suficiente por hoy —dijo firmemente—. Vete a casa.

—Te dije que quiero otra botella. —Golpeé la mesa con el puño—. Voy a pagar por ella.

—No se trata de dinero y no me hagas llamar la policía, ¿entendido? No necesito clientes como tú en mi bar.

—Me encargo yo.

Esa voz, esa profunda voz que más de una vez, había sacudido mi corazón. Giré la cabeza de inmediato y me arrepentí de haberlo hecho. Todo empezó a girar y tenía la sensación de estar flotando en el aire.

—Aférrate a mi cintura, Vince —ordenó él—. Vamos, tengo que sacarte de aquí.

—Evan...



Abrí los ojos con dificultad.

Escuché pisadas retumbando contra el viejo piso de madera y luego una puerta cerrándose sonoramente. El ruido golpeó mis entrañas y cerré los ojos para aliviar el dolor.

Recordé la voz y abrí los ojos de nuevo.

Me preguntaba si era Evan quién hacía todo ese ruido molesto. Empecé a sentirme inquieto y deseando salir corriendo. No quería que él me viera así, le había prometido no hacerlo nunca más.

La puerta se abrió y mis ojos encontraron su cuerpo musculoso y perfecto.

—Hola —dijo y se acercó a la cama.

Dejó un vaso con agua en la mesilla de noche y giró la cabeza.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté mientras intentaba acomodar un cojín debajo de mi cabeza.

—Después de tanto tiempo, ¿me preguntas esto? —Apretó la mandíbula—. Sabes que puedo encontrarte en cualquier lugar. —Se sentó a mi lado y suspiró—. Siempre acudes a este lugar cuando te encuentras perdido —habló tranquilamente—. Y me lo prometiste.

—No tenías que venir a buscarme. —Cerré los ojos—. Tú ya tienes tu vida.

—¿Mi vida? —Agarró mi brazo y abrí los ojos—. Mi vida es una mierda sin ti.

—Tú fuiste quien me abandonó, me dejaste Evan... por si no lo recuerdas.

—Oh, lo recuerdo perfectamente. —Soltó mi brazo—. Recuerdo también tu mierda...

—¿Por qué has venido?

—Porque me importas. —Se puso de pie—. Porque tengo sentimientos hacia ti.

—¿Cómo puedes decir eso? —Quitó la sábana y miré mi cuerpo desnudo—. ¿Me has desnudado?

—No sería la primera vez. —Colocó las manos encima del colchón y se agachó—. Yo por lo menos admito que me gustan las mujeres. Pero tú... —Negó con la cabeza—. ¿Qué piensas hacer con tu vida? ¿Qué es lo que quieres?

—Sabes... me duele la cabeza y es mejor si...

—¡Siempre lo mismo! —rugió—. Evitando hablar, y lo de tu padre está más que superado... no lo entiendo.

—Yo tampoco. —Tiré de la sábana para cubrir mi cuerpo desnudo.

—Esa chica... —Su mirada se clavó en mis ojos.

—¿Karina?

—Te acostaste con ella, ¿verdad? —Giré la cabeza, evitando su mirada intensa—. Te gusta, ¿no es así? Te pillé tantas veces con mujeres que ya no sé qué creer de ti.

—No necesito esta mierda ahora —gruñí—. Vete, por favor.

—No me muevo de aquí hasta que llames a Tania. —Se acercó y agarró mi barbilla para mirarme a los ojos—. Está preocupada por ti y espera a que vuelves para casarse.

—¿Qué? —Miré sus labios en silencio, mientras imágenes con nosotros juntos pasaban por delante de mis ojos.

Yo también tenía sentimientos hacia él, pero estaba confuso... también me gustaba Karina. Había disfrutado de su cuerpo y de su cariño como un desesperado.

Al principio la vi como la misma prueba de siempre. Cuando me acostaba con mujeres me sentía diferente, no sabía si me gustaba o no, si era eso lo que andaba buscando para toda la vida.

Pero con ella me había sentido completo y eso me asustó; con Evan nunca había sentido lo mismo.

—La llamaré. —Tragué aire profundamente—. Ahora necesito una ducha.

—¿Te acompaño? —Acarició mis labios y gemí bajito—. Te eché de menos.

—Yo también —admití—. Pero necesito despejarme...

—Entiendo. —Se apartó despacio—. Voy a preparar el desayuno y luego hablamos del viaje.

—¿Qué viaje? —Lo miré extrañado.

—¿Por qué crees que estoy aquí? —Abrió la puerta y salió, dejándome solo.

Mi vida era un caos y lo malo era que el propio huracán llamado Evan, amenazaba con arrástrame de vuelta a ese mundo familiar. Un mundo que había dejado de existir para mí.

SONRISAS

— **S**onríe un poco —dijo Evan entre dientes—. Llevas toda la mañana con esa mirada.
—¿Qué mirada? —pregunté, intentando aclararme las ideas—. Te recuerdo que no quiero volver.

—¿Ni siquiera por Tania? —Se quedó mirándome.

Tenía los ojos brillantes y la boca muy expresiva. No podía apartar la mirada de él, me había quedado atrapado en los recuerdos que nunca se borraron de mi mente.

—¿Por qué sonríes? —Evan dejó el periódico encima de la mesa y se quitó las gafas.

—Porque me gusta lo que veo. —Empujé las gafas y toqué sus dedos—. Porque te esfuerzas en complacerme.

—Sabes que odio leer —gruñó y atrapó mi mano—. Pero lo hago por ti.

—Un poco de cultura no viene mal a nadie. —Le sostuve la mirada con desafío, retándolo a negarse.

—Me gusta lo que escribes, pero leer noticias es aburrido.

—Terminé el libro y puedes leerlo —dije, tocándole el pecho con las puntas de mis dedos. Su corazón palpitaba con fuerza en su interior—. Supongo que prefieres que te lo lea yo.

—Eso es. —Evan se inclinó hacia un lado, con la mirada fija en mi boca—. Me gusta mirar y escuchar. Me gusta ver como se mueven tus labios porque el tiempo se detiene.

—Vince, ¿me estás escuchando? —La voz profunda de Evan, sonó detrás de mí.

—Lo siento, estaba distraído —contesté sonriendo.

Sabía que tenía que decir algo. Pedirle perdón por como le había herido el corazón. Decirle que aún tenía sentimientos hacia él y que en toda mi vida me había sentido al lado de nadie como me había sentido junto a él.

—Por lo menos sonríes. Estabas recordando algo, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa diabólica.

Mi corazón dio un vuelco. Evan era completamente hermoso cuando sonreía. Por mi cabeza pasaron nuevas ideas y me preguntaba si deseaba tener otra oportunidad con él.

—Sí, estaba recordando lo mucho que odias leer. —Caminé detrás de él, esquivando a la gente.

—Últimamente estoy leyendo mucho —dijo sin detenerse.

—¿El periódico? —pregunté.

Evan se paró y se giró para mirarme. Incluyó la cabeza hacia un lado como si estuviera pensando, luego me lanzó una mirada perdida.

—He leído todos tus libros, Vincent —dijo suavemente—. Incluso el que te negabas leérmelo.

—Oh...

—Así que yo soy Andy. —Se acercó—. Me gustó, incluso lloré, pero... —Estudió mi rostro atentamente—. Te equivocaste de final.

—No tiene nada que ver con nosotros...

—Vincent —dijo entre dientes—. ¿Quieres decir que no escribiste nuestra historia?

—Así es —mentí—. Son puros inventos míos.

—Puros inventos... —susurró con los ojos entrecerrados—. Andy y Chase se conocieron igual que nosotros, se enamoraron igual que nosotros.

—Coincidencias —murmuré evitando su mirada.

—No quiero discutir ahora contigo, siempre acabamos gritando. —Empezó a caminar de nuevo—. Pero recuerdo con cariño las reconciliaciones. Eran intensas y pasionales.

Lo seguí en silencio y sacudí la cabeza. No había manera de poder describir lo que sentía. Además, no quería que Evan lo supiera. Mis sentimientos hacia él no habían cambiado y no sabía si podía compartirlos de nuevo con él.

UN BESO ROBADO

V acilé con la mano sobre la maleta de Evan. No estaba seguro de si debía seguirlo hasta su casa.

No quería entrometerme en su vida. Él me había buscado solo porque Tania se lo había pedido. La vida de Evan era una pesadilla. Dormía de día y salía por las noches.

Su trabajo era peligroso y casi siempre terminaba herido. Al principio me quedé impresionado la fuerza que tenía para aguantar tanto dolor, pero con el tiempo ese dolor fue reemplazado por culpa.

Se culpaba de cada muerte y las pesadillas, destrozaron poco a poco nuestra relación. Evan era un cazador de recompensas y su trabajo consistía en perseguir y atrapar a los delincuentes.

Trabajaba para un fiador y cobraba la recompensa que el estado ofrecía por cada captura. Pero últimamente las cosas se torcieron y su fiador empezó a exigirle más. El estrés y el duro trabajo, acabaron con sus fuerzas. Dejó de pensar con claridad y solo se centró en atrapar a los delincuentes usando los métodos que había aprendido en Irak.

—¿Vienes? —Evan me dio una palmadita cariñosa en el antebrazo—. No muerdo y no como personas. Pero creo que lo sabes.

—No hace falta que uses el sarcasmo conmigo para conseguir lo que deseas —dije con voz queda.

—¿Y qué es lo que deseo? —Me miró con curiosidad.

Sé agachó para agarrar las maletas y empezó a caminar.

—Tenerme de nuevo en tu vida.

Negó con la cabeza y siguió caminando, ignorando por completo mi respuesta. Hice un esfuerzo para que mis pasos fueran largos y firmes, luego le agarré el brazo, obligándolo a detenerse.

—Creo que iré a un hotel o a la casa de la playa. —Su sonrisa se borró.

—¿A qué tienes miedo? —Ladeó la cabeza, estudiando mi rostro con atención, como si buscara algo en concreto.

—No tengo miedo a nada... —Mis sentidos se pusieron en alerta.

—¿Ni siquiera a esto? —Dejó las maletas en el suelo y se acercó.

Evan no lucía enojado sino caliente. Cerré los ojos, intentando no respirar su aroma masculino. Estábamos tan cerca y me sentía tan duro.

Agarró mi rostro con sus manos firme y me besó. En el medio de la calle y delante de todos.

Me zafé de su agarre y tomé una profunda respiración. El beso fue intenso, hambriento. Había olvidado que se sentía cuando su boca encontraba a la mía.

Estaba jodido, no había marcha atrás. Evan trajo de vuelta todos los recuerdos y los

sentimientos en mi vida. Esos sentimientos que había aplastado cuando me había dejado. Pero no podía dejar de pensar en Karina. En esa maravillosa mujer que me hizo vibrar en sus brazos. Estaba confuso, no sabía si me gustaban los hombres o las mujeres. Disfrutaba con mujeres, pero no me sentía completo.

Levanté la cabeza y nuestros ojos se encontraron. El tiempo pareció detenerse y las personas que pasaban por la calle, eran invisibles.

—Contesta Vince. —Sonó como una advertencia—. ¿A qué tienes miedo? Llevo tiempo intentando averiguar que pasa por tu mente, tanto que me cansé de hacerlo. Por eso te dejé. Porque estoy sufriendo.

—Evan, lo siento. —Desvié la mirada y sacudí la cabeza—. Yo tengo miedo de quedarme solo. De que las personas se burlen de mí... —La sangre bullía en mis venas y tenía la sensación de ardor en la piel—. De enamorarme de la persona equivocada.

—No voy a insistir más, pero no puedo esperar toda una vida a que te decidas. —Agarró las maletas y empezó a caminar—. Tómalo como un ultimátum.

Lo seguí en silencio, mirando con atención su cuerpo. Incluso en la distancia había sentido la atracción hacia él y la última vez que lo había visto, no tuve la oportunidad de hablarle con franqueza.

Mi mente intentaba elegir.

Me gustaba Karina y quería a Evan. Los dos eran muy importantes para mí y no quería renunciar a ninguno de ellos.

RECUERDOS

Evan abrió la puerta y encendió las luces. Atravesó el umbral y dejó las maletas en el suelo. El apartamento estaba vacío, no lucía como un hogar y sabía que era por el trabajo que tenía. Nuca estaba en un lugar por más de dos días. Normalmente pasaba las noches y los días en hoteles.

—Deberías comprarte algunos muebles. —Froté las palmas en los muslos, más por nervios, que para limpiarlas—. Dime que tienes por lo menos una cama.

—Hay una cama y tenemos que compartirla. No tengo sofá. —Su expresión se torció, e hizo un esfuerzo obvio para no sonreír.

—Ja, muy gracioso. —Arrugué la frente.

—No estoy bromeando y prometo no tocarte. —Con una última sonrisa, se dio la vuelta y caminó hacia la cocina—. Tenemos que salir a cenar fuera. No tengo comida.

Me quedé paralizado, disfrutando de la vista. Su trasero, apretado en unos vaqueros grises, era fantástico.



Giré ante el espejo, mirándome críticamente. La ropa me quedaba grande, había adelgazado muchísimo en los últimos meses.

—Me gusta esa camisa —dijo Evan, con las manos en las caderas—. Recuerdo cuando te la compraste.

Se acercó por detrás y colocó las manos en mis hombros. Deslizó los dedos y abrochó el último botón, mirando mi reflejo en el espejo.

—Te gastaste mucho dinero y estabas cabreado —murmuró—. La compraste porque me gustaba a mí.

—Hice muchas cosas por ti, Evan. —Volví la cabeza y comprobé que él me estaba observando con una sonrisa curiosa—. Siempre pensé que eras un luchador, que nunca abandonarías tus sueños...

—Me engañaste. —Los rasgos de él se tensaron—. Y más de una vez.

—Estaba confuso. —Hice una mueca—. Me gustan las mujeres pero me excitan los hombres. Cuando estoy con una mujer, me gusta. Pero no me siento completo, algo falta.

—¿Y cuando estás con un hombre? —preguntó, sin darse tiempo a arrepentirse.

—Cuando estoy con hombres me siento yo, no tengo que fingir nada, pero cuando veo una

mujer pienso en tener sexo con ella y...

—¿Y? —Parpadeó, atónito.

—No puedo olvidarla, no puedo dejar de pensar en ella y en esa noche —dije, sin ofrecer más.

—¿Hablaste con ella estos meses?

—No, no sé nada de ella. Me arrepiento de cómo la traté. Le dejé claro que solo fue sexo, pero no es verdad. Le hice el amor...

—Si quieres, puedo buscarla. —Hizo un gesto de indiferencia—. No me importa hacerlo. Pero necesito una respuesta. Necesito seguir con mi vida, estoy sufriendo más de lo que te imaginas. No sabes cuánto deseo besarte y tocarte. Sentirte y mis brazos y dominarte.

—Evan...

—No tienes que decir nada ahora. Antes habla con ella y toma una decisión, pero ya. —Me devoró con sus ojos—. Empiezo a perder la paciencia y el control. Y sabes que hay consecuencias.

—Lo sé —suspiré.

—¿Qué mierda estás haciendo? —Su grito me congeló al instante—. Aquí estabas... —Se frotó la mandíbula—. Llevo todo el día intentando localizarte.

—Es que Maya necesitó ayuda...

—No quiero detalles, Vince. Me fui por solo dos días y estás tirándote a todo lo que tiene tetas.

—Lo siento. —Dejé la bebida encima de la mesa y me puse de pie—. ¿Me perdonas?

—No puedo, no...

—Por favor. —Estiré la mano para tocar su mejilla—. Sabes que te quiero.

—Ahora mismo no sé qué creer. Necesito irme unos días.

—No, prometo cambiar.

Agarró mi mano con fuerza y la retorció.

—Siempre dices lo mismo, siempre prometes... Pero nunca cumples. —Colocó mi mano en su pecho y cerró los ojos—. Este corazón está triste, Vince. No puedo más.

—Déjame intentarlo otra vez...

—Me voy. —Negó con la cabeza—. Esta es una de las consecuencias.

—Tengo hambre. —Se alejó, agitando la mano hacia la puerta—. Vamos a salir.

—Yo también tengo hambre. —Sonreí.

El poder de su mirada había acelerado mi corazón y necesitaba pensar en otra cosa. Dentro de unos días se celebraba la boda de mi mejor amiga Tania y sabía que tenía que llamarla, pero no me atrevía.

Había desaparecido de su vida sin decirle nada, prácticamente me había escondido para no mostrarles a todos mis demonios.

Había aplazado su boda por mi culpa y tenía que pedirle perdón. Ella fue para mí la hermana que

nunca tuve, apoyándome en todo. Estuvo a mi lado en los momentos más difíciles de mi vida. Para mis padres, era una vergüenza, un hijo que nunca tuvo que nacer. Nunca se molestaron en mostrar generosidad y amor. Los únicos sentimientos que manifestaron hacia mí fueron el odio, la rabia y la decepción.

CENA CON ENCUENTRO INESPERADO

El restaurante era extraño. Tenía vistas al parque de artes gráficas, ofreciendo una panorámica inédita.

Había una banda de Jazz tocando y recordé las veces que mis padres me habían obligado a tocar el saxófono. Nunca me gustó la música, mi única pasión era la literatura. Podría pasar horas y horas escribiendo y leyendo.

Para mí era un arte de las palabras que concebían mundos perfectos.

—Estás distraído. —Evan tocó mi hombro—. Fue un error salir esta noche.

No le contesté y un tenso silencio se instaló entre nosotros. Contuve la respiración, me sentía incapaz de pensar en ese momento. Estábamos rodeados de personas que nos miraban con curiosidad y experimentaba un ataque de furia incontrolable.

—Mejor nos vamos —dijo y miró por encima del hombro—. Un amigo mío tiene un club de intercambios y...

—¿Qué? —pregunté, sin pestañear.

—No es lo que piensas. —rio, mostrando sus hoyuelos—. Gabriel tiene un restaurante al lado y podemos comer allí tranquilamente.

—Ah... —dije dudando—. Pensé que querías divertirme a tu manera.

—¿A mi manera? —Enarcó una ceja.

—Siempre probando cosas nuevas...

—Admite que te gustan mis métodos. —Se acercó peligrosamente—. Disfrutaste tanto como yo.

—Sí —susurré con voz frágil—. Evan, no sigas...

—Tranquilo. —Meneó la cabeza lentamente—. Tengo paciencia.

Dio la vuelta y empezó a caminar. Abrió la puerta del restaurante y la sostuvo, mirándome fascinado.

Pasé por delante de él y bajé las escaleras. Él era condenadamente fantástico y en ese momento sacudía mi mundo de una manera brutal. Lo deseaba, pero no tenía tiempo para disipar mis temores. Tenía que encontrar un equilibrio en mi vida, tenía que encontrar esa cuerda que me mantenga a flote y con la cabeza bien alta para no ahogarme.



—Tu amigo es bastante guapo —dije—. ¿Cómo lo conociste?

—Si estás intentando averiguar si tuvimos algo, olvídalos. Gabriel no es gay.

—Ah, bueno... Pensé qué...

—Pensaste mal. —Se puso de pie—. Vamos a dar una vuelta por el club.

—Estoy cansado y no me apetece —repliqué y al pasar la mano por mi pelo, me di cuenta de que estaba temblando.

Sabía que esa vuelta iba a terminar inolvidable y necesitaba tranquilizar mi corazón enloquecido y dispuesto a decir que sí.

—No es lo que piensas, Vincent. —Negó con la cabeza y se alejó—. Necesito beber, nada más.

—Yo también necesito tomar un trago —suspiré, sin poder ocultar la debilidad que sentía.

Seguí a Evan fuera del restaurante, no antes de despedirnos de su amigo. Me había caído bien y me alegraba saber que Evan tenía a su alrededor personas agradables.

El club se encontraba a dos manzanas más abajo, destacando con las luces estridentes del cartel de bienvenida.

Me di cuenta de que para Evan no era la primera vez que estaba allí. Las dos chicas que se besaban delante de la entrada lo saludaron y él de inmediato les había contratado con una sonrisa pícaro. No era la persona indicada para criticar lo que hacía en su tiempo libre, pero en ese momento había sentido celos.

Abrió la puerta y se quedó parado, esperándome. Nada más llegar a su lado, agarré firmemente su brazo.

—Mejor nos vamos —susurré—. Me siento extraño y...

—¿No quieres entrar? —preguntó, mirando fijamente mi mano—. Sabes que odio beber solo.

—Lo sé, pero veo que a ti te conocen. Es como si yo aquí no pinto nada.

Evan se acercó y tomó mi rostro en sus manos. Me besó antes de que pudiera responder e introdujo la lengua en mi boca con fervor.

Me abrazó y me acercó a su cuerpo. Podía sentir los poderosos muslos de él contra los míos y lo único que logré hacer, fue no pensar en nada.

El beso me excitó y me hizo realizar que aún tenía fuertes sentimientos hacia él. Evan rompió el beso y pasó un dedo por la superficie de mis labios, mirándome fijamente a los ojos.

—Sabes que te quiero, Vincent —susurró, después de unos segundos—. Pero si no quieres entrar, no puedo obligarte.

Todavía sentía un hormigueo por todo el cuerpo y tenía un agradable sabor a menta en mi boca.

—Entraré. —Sonreí y moví la cabeza.

Evan empujó la puerta y entró. Lo seguí muy de cerca, analizando atentamente el lugar. No era nada parecido al último club que había visitado con Evan.

Dentro había un bar y una pista de baile. Las pocas parejas que estaban bailando eran mayores y por mi sorpresa, llevaban ropa.

La iluminación era tenue y la música te hacía desear apagar un rato tu vida. Giré la cabeza y vi a Evan hablando tranquilamente con un hombre. Me acerqué a ellos y ellos dejaron de hablar.

—Este es mi amigo, Vince. —Evan sonrió abiertamente.

—Encantado. —El hombre me estrechó la mano de inmediato—. Mi nombre es Travis y

seré vuestro guía.

Asentí con la cabeza y retiré la mano.

—Necesitamos una mesa y una botella de Jack —dijo Evan.

—Seguidme.

Travis dio la vuelta y se encaminó hacia una puerta. La abrió y nos dejó pasar.

Delante nuestra apareció un pasillo largo con varias puertas a cada lado. Una de ellas se abrió y un hombre ebrio y desnudo salió, tambaleándose.

Travis se acercó y lo agarró por el brazo. Tiró de él para sacarlo fuera y se disculpó con la mirada.

Me acerqué a la puerta abierta y miré hacia dentro con curiosidad.

Esperaba encontrar a una mujer o a un hombre desnudo encima de la cama. En su lugar, encontré un cuerpo de una chica joven, tirado en el suelo y con la ropa destrozada.

Entré frenéticamente en la habitación y me agaché junto al cuerpo. Esquivando mis emociones, me puse a quitarle el pelo que le cubría el rostro y al ver sus labios ensangrentados, agaché la cabeza para escuchar su respiración.

—¿Qué haces, Vince? —La voz de Evan me sorprendió y alcé la mirada.

—La chica no respira...

—No es tu problema —dijo, interrumpiendo mis divagaciones—. Levántate.

—No puedo dejarla así. —Agarré su mano derecha y la sacudí.

Mis ojos vieron un tatuaje y cuando acerqué la mano para verlo mejor, mi cuerpo se congeló. No podía moverme, solo miraba fijamente la flor de loto que adornaba su muñeca.

—Karina... —susurré con lágrimas en los ojos.

FRUSTRACIONES

— **E**s Karina. —Permanecí inmóvil con la vista clavada en el tatuaje—. Tenemos que sacarla de aquí.

—¿Estás seguro? —Se agachó a mi lado y tomó el rostro de ella en sus manos—. No respira...

—No puede ser —emití un sonido gutural del dolor—. Ayúdame, Evan.

—Intentaré reanimarla. —Aflojé la ropa y la acosté boca arriba.

Le levantó el cuello y le inclinó la cabeza hacia atrás. Empujó delicadamente su mandíbula hacia abajo para abrirle la boca y tomó una respiración profunda. Apretó la nariz y sopló el aire con fuerza en la boca de Karina.

Retiró la boca y comprobó si había recuperado el pulso. Repitió la misma acción y el tórax de ella se extendió, luego empezó a toser. La colocó en posición lateral y dejó que su cuerpo se tranquilice.

Ella abrió los ojos y lo miró durante unos largos segundos sin decir nada, solo respiraba rápidamente.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella parpadeó varias veces luego cerró los ojos. Su pecho subía y bajaba lentamente.

—Ayúdame a levantarla. —Me agaché junto a ella—. Vamos a sacarla de aquí.

—No podemos... —Negó con la cabeza—. Si está aquí es por una razón. Está trabajando.

—¿Qué estás diciendo? —Lo miré extrañado.

—Es... ella es una... —Gruñó y se puso de pie—. Podemos tener problemas.

—¿Desde cuándo te importa? —Me puse de pie—. Siempre decías que los problemas son tus amigas.

—Vincent...

—Es porque se trata de ella, ¿verdad? —Mi voz se elevó—. No voy a dejarla aquí. Si no quieres ayudarme...

—Lo haré, maldita sea —dijo con voz queda pero gélida—. Pero lo hago por ti, no por ella.

—Gracias, ayúdame a levantarla. —Mi voz era apenas un susurro.



—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Evan en un susurro tosco y ronco—. No tengo otra cama, tenemos que dormir en el suelo. La princesa tiene un trato especial —dijo con sarcasmo.

—Voy a buscar unas mantas y... —Me acerqué a él—. Gracias.

Acaricé su rostro, suspirando. Evan era un buen hombre, hacía cualquier cosa por complacerme. Lo hacía porque me amaba, pero yo le cambiaba la vida con mis dudas. Ahora que había encontrado a Karina, podría averiguar el rumbo de mi vida.

—Me arrepentiré, lo sé —susurró—. Voy a llamar a un amigo mío que es médico. Lleva más de cuatro horas inconsciente. —Atrapó mi mano y la llevó a sus labios. Cerró los ojos y la besó lentamente—. Te amo y no quiero renunciar a ti.

—Yo... Evan...

—No digas nada. —Abrió los ojos—. No quiero tu compasión, quiero tu amor y estoy dispuesto a seguir luchando. Pero todo tiene un fin. Es tu elección.

—Encontraré la respuesta —dije con convicción.

—Espero que no sea demasiado tarde.

Dio la vuelta y abandonó la habitación.

Me senté en la cama y miré con detenimiento el rostro de Karina. Estaba magullado y lleno de moretones. Estiré la mano y aparté un mechón de pelo que cubría su frente. Vi dos pequeñas cicatrices encima de su ojo izquierdo y las acaricé con mis dedos. Algo le había pasado, pero no entendía porque no había pedido ayuda.

Tenía los labios partidos y secos. La respiración le olía a alcohol, como si estuvo bebiendo durante días sin parar. Su aspecto era lamentable, pero su belleza seguía visible e irradiaba en su rostro. Eché la cabeza hacia atrás y estiré la mano para coger un libro que se encontraba en la mesilla de noche.

Miré la portada y tragué duro. Recordé perfectamente cuando se hizo la foto.

—Yo no aguanto más —bramó Evan—. Estos polvos me provocan alergia y...

—Por favor. —Agarré su brazo—. Estate quieto solo unos minutos más.

—Lo hago por ti —suspiró—. Sabes que odio salir en fotos y más si se trata de una portada para tu libro.

Amor y dolor, leí en voz alta el título. Fue la tercera novela que escribí y la primera que se la había dedicado a Evan. Abrí el libro y miré las letras pequeñas con angustia. Llevaba meses sin escribir y había perdido el interés.

Empecé a leer en voz alta las primeras frases:

Despierto cada amanecer y duele. La tristeza me hace callar, pero no es tan mala. Apareció en mi vida, con su propia vida y me invitó a compartirla y matar la soledad juntos. Me tocó con su mirada y supe que lo nuestro era para toda la vida.

La puerta de la habitación se abrió y levanté la mirada. Detrás de Evan había un hombrecito de mediana edad, mirando fijamente la cama.

Cerré el libro y lo dejé encima de la mesita de noche. Me puse de pie y me acerqué para saludarlo.

—Buenas noches —dije con voz trémula—. Lleva así unas cuatro horas y...

—Evan me lo contó —pronunció con tono cansado—. Seguramente que la drogaron. Voy a comprobar, si me lo permites.

—Por favor. —Me aparté de inmediato.

El hombrecito se acercó a la cama y dejó su maletín en el suelo.

—Deberíamos dejarlo solo —sugirió Evan—. A Charles no le gusta cuando hay personas a su alrededor.

Asentí y salí de la habitación.

—Tengo que llamar a su primo —dije con torpeza—. Alan tiene que saberlo.

—Tienes razón.

Entró en el baño y cerró la puerta detrás de él. Sabía que debía moverme, pero era mejor dejarlo solo. Era extraño darme cuenta de que Evan no había cambiado. Entre trabajo y trabajo, estuvo mucho tiempo ausente. Nuestra relación fue bastante frustrante y apenas tuvimos tiempo de conocernos mejor. Evan era un amante maravilloso, apasionante, pero faltaba cuando más lo necesitaba.

UNA DOSIS

— La princesa despertó —susurró Evan en mi oído—. Está bastante asustada. No sé cómo lidiar con ella, grita y se tira de los pelos.

Abrí los ojos y giré la cabeza. El cuello me dolía a horrores, me había quedado dormido en el sillón.

—¿Intentaste hablar con ella? —Froté mis ojos levemente.

—Está hablando sola, parece ausente —dijo y apartó la mirada—. Esto fue un error. Ella necesita ayuda, necesita cuidado.

—Podemos ayudarla...

—Charles dijo que las drogas que ella consumió, creó dependencia. Ahora mismo necesita una dosis.

—Llevo sin verla unos meses. En tan poco tiempo ella no pudo cambiar tanto.

—¿Llamaste a su primo? —En la voz de Evan se percibía cierta severidad—. Karina tiene plena confianza en él.

—Lo llamé anoche, pero no me contestó. Le dejé un mensaje.

—Ve a verla, yo tengo que salir. —Estiró una mano y acarició mi mejilla—. Esta noche no vuelvo —suspiró.

—Ten cuidado. —Tomé su mano y la apreté con fuerza.

—Me voy —dijo sin soltar mi mano—. Si tienes problemas con ella, llámame. Es difícil controlarla.

—Te llamaré. —Solté su mano.

Sin decir más, me puse de pie y salí del salón hacia la habitación. Se escuchaban gritos y llantos. Permanecí delante de la puerta, intentando encontrar mi lado severo. No podía dejar que ella me engañara, no en ese momento. Si necesitaba una dosis, tenía que tener valor para decirle que no.

Abrí la puerta despacio y cuando me vio, saltó de la cama y se arrodilló delante de mí.

—Ayúdame, por favor —consiguió modular un susurro seco.

Se aferró a mis piernas y empezó a temblar.

Miré con horror su aspecto y su pelo desordenado. Era incapaz de pronunciar palabras, nunca había visto una mujer en un estado tan deplorable. Me agaché y tiré de sus brazos.

Ella alzó la mirada y por un momento vi en sus ojos antiguos recuerdos. Era tan vulnerable y tan distinta a la chica que me hizo el amor con pasión. Había desnudado mi corazón y lo había dejado vulnerable.

Me arrodillé a su lado y tomé sus manos temblorosas.

—Karina... —susurré con voz trémula—. ¿Sabes quién soy?

Me miró con detenimiento y murmuró algo indescifrable.

—Ayúdame, necesito... yo necesito... —Se mordió los labios con fuerza—. Esto duele. —Empezó a llorar y cerró los ojos.

—No llores. —Solté sus manos y la abracé—. Necesitas ayuda, déjame...

—¡No! —gritó y me empujó—. Eres como los demás, solo quieres... todos queréis lo mismo.

—Karina, soy yo... —Hice una pausa. Miré sus mejillas mojadas por las lágrimas y tomé un profundo respiro—...soy Vincent.

—¿Vincent? —Alzó la mirada y parpadeó. Se secó las lágrimas y empezó a caminar de rodillas—. No quiero que me veas así...

Se cubrió rápidamente el pecho y agachó la mirada.

—Estás a salvo aquí —susurré.

—No, ellos vendrán a por mí. Les debo dinero y... yo... ellos me obligaron a... —Negó con la cabeza y cubrió su rostro con las manos.

—¿De qué hablas?

—Necesito una dosis. —Sacudió las manos y se agarró de los pelos—. No aguanto más. Se puso de pie y empezó a tirarse de los pelos.

—Contéstame —dije con voz firme.

—¡Quiero una dosis! —Me devolvió una mirada hostil sin mostrar ninguna otra emoción—. Una vez te acostaste conmigo. Me lo debes.

La crueldad que se reflejaba en su rostro parecía surgir de una fuente de maldad interior.

—Creo que deberías tranquilizarte. Ahora no estás bien.

—Por tu culpa estoy así —gritó—. Por tu culpa empecé a tomar drogas. Por tu culpa... —Su voz se quebró—. Me violaron... me... ellos...

—Karina...

—No necesito tu lástima. —Sus ojos azules eran gélidos y su rostro se tornó duro—. Ya no siento nada por ti. Vete de aquí y déjame sola.

—No te dejaré solo. —Me acerqué con cuidado—. Estás en la casa de Evan y ninguno de los dos te dejaremos sola.

—Me voy a ir... —Miró a su alrededor y luego miró su ropa destrozada—. ¿Por qué mi ropa está así?

—¿No lo recuerdas? —Mi voz irritada resonó en la habitación.

—Pues no —atajó, hablando muy fuerte—. No recuerdo nada desde... desde que me fui de esta ciudad. Quiero que me dejes sola.

—No lo haré. —Me acerqué y la agarré por la cintura. La miré y descargué mi frustración en ella—. Quiero lo mejor para ti, te lo mereces.

—Has llegado tarde. —Rio y me empujó—. Te odio, Vincent... te odio.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, sus palabras duras y su desprecio me inundó en un torrente gélido. Controlándome con un gran esfuerzo, hablé con tranquilidad.

—Voy a preparar algo para comer. —Tomé aire—. Necesitas una ducha y ropa limpia.

—Quiero que me dejes sola. —Su voz y sus ojos eran una amenaza fría—. Necesito... yo tengo que hablar con alguien. ¿Dónde está mi bolso?

—No lo tengo, no tenías ningún bolso. —Me acerqué de nuevo a ella—. ¿Qué mierda hacías en ese lugar?

—No es asunto tuyo. —Retrocedió, mirándome fijamente—. Me había enamorado de ti y tú... tus gustos... Vete de aquí, por favor.

Cerró los ojos y suspiró.

—Me voy, tranquila. Te traeré algo de ropa. —Mi voz sonó pesada.

Me tomé el tiempo necesario para salir de la habitación, y cuando lo hice me aseguré que

había cerrado la puerta con llave.

ENFRENTAMIENTOS

Terminé de hacer la comida y busqué entre mis cosas algo de ropa para Karina. Una camiseta y un pantalón corto fue lo único que encontré para que le valiera. Había dejado de gritar y de llorar. Me había asomado a la puerta un par de veces para comprobar que estaba bien.

Lo que le hicieron no tenía perdón. Se habían aprovechado de ella de una manera despreciable y tenían que pagar. Me encargaré de que así sea. Verla después de tanto tiempo, me di cuenta que para mí significaba mucho y que mis sentimientos hacia ella no habían cambiado.

Llegué delante de la puerta y saqué la llave de mi bolsillo. No me gustaba tenerla encerrada, pero era la única manera de mantenerla a salvo.

Giré la llave en la cerradura y empujé la puerta.

La habitación estaba en silencio y a oscuras.

Encendí la luz y tragué saliva al ver la cama vacía.

—No hice nada y deja de fingir que te importa.

Karina salió del baño mirándome con odio.

—No estoy fingiendo nada y lo sabes.

Me contemplaba con ojos inexpresivos y le sostuve la mirada sin parpadear.

—No te creo. —Soltó una carcajada despreciativa y empezó a caminar.

Miré con atención como la bata blanca se abría cada vez que daba un paso hacia mí. Un sudor cubrió mi espalda y mi pecho.

Cuando llegó delante de mí, perdí la capacidad de respirar. Una oleada de sangre bajó hasta mi vientre, despertando un deseo salvaje, desesperado.

—¿Cómo te atreves mirarme así? —gritó, acercándose a mí hasta que nos separaba tan solo unos centímetros—. Dame la ropa o empezaré a gritar sin parar.

—Karina... —advertí, rechinando los dientes—. No me hables así.

Estaba furiosa conmigo y yo también. Antes de que ella pudiera replicar, añadí:

—Voy a mirarte como me da la gana y no vas a protestar. Ahora mismo yo y Evan somos los únicos que queremos ayudarte a salir de esta situación. Compórtate, maldita sea. Tú no eres así...

—¿Y cómo soy? —Un fuego oscuro brillaba en sus ojos—. No me conoces, solo me... me...

—Shhh... —Coloqué un dedo sobre sus labios—. No sigas, te arrepentirás.

Se alejó de inmediato y agarró la ropa con brusquedad. Negó con la cabeza y señaló la puerta.

—Déjame sola —dijo, lanzándome una mirada para que no dijera nada más.

—Está bien. Te espero en la cocina. Seguro que tienes hambre. —Abrí la puerta y abandoné la habitación.



—No me gusta la verdura —dijo y arrojó el tenedor—. Tiene mal sabor.

El odio incandescente en sus ojos, me golpearon como un latigazo.

—Basta. —Me puse de pie de un salto y la agarré por las muñecas. La levanté sin mucho esfuerzo y la aprisioné en mis brazos—. Quiero que dejemos las cosas claras.

—No quiero hablar.

—Te doy dos opciones. —Mi voz era grave y extremadamente serena—. Te quedas conmigo y con Evan hasta que encontramos la manera de hacerlos pagar por todo que te hicieron esos monstruos o te vas y te olvidas de nosotros para siempre.

Se había quedado quieta y me miraba fijamente a los ojos.

—Tú decides...

Miré su rostro casi desfigurado y tragué saliva. Tenía un ojo tan hinchado que se le había cerrado y los labios, irritados e inflamados. Los moretones le cubrían las mejillas y el mentón.

—Me quedaré —dijo lentamente.

Asentí con la cabeza y la liberé. Coloqué una mano en su hombro y la presioné suavemente para que se sentara en la silla.

—Si no te gusta la verdura, déjala en el plato. Pero quiero que comas el pollo —dije, con la mirada clavada en sus labios hinchados.

—Evan me odia —murmuró con la cabeza agachada.

—No te odia, él es así. —Me senté en la silla.

—¿Sois novios? —Alzó la mirada—. No quiero molestar.

—No... bueno... —balbuceé sin sentido.

—Si no quieres contestar, no lo hagas. Pero quiero saber si por él me dejaste.

Se produjo un silencio sepulcral en la cocina. El timbre de la puerta sonó y me puse de pie, aliviado porque había salvado el tenso momento.

No quería decirle la verdad, no aún.

Caminé hacia la puerta de la entrada y cuando la abrí, me encontré con el rostro preocupado de Alan.

—¿Dónde está? —Fue lo único que preguntó antes de apartarme y entrar dentro.

—Hola Vincent —dijo Tania con suavidad—. Te veo bien y...

—Lo siento. —Me acerqué y besé su frente—. Perdóname, por favor.

—Te perdono, pero no lo vuelvas a hacer. —Agarró mi barbilla con sus dedos—. Eres como un hermano para mí y te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho —susurré—. Gracias.

—Sé que estás pasando por un mal momento, pero déjanos ayudarte. Quiero estar a tu lado y quiero que estés presente a mi boda.

Se escucharon gritos desde el interior y Tania me miró extrañada.

—Deberíamos entrar —susurró.

PROMESAS

— No quiero escucharte, vete por favor. —La voz de Karina tembló y tenía el rostro sombrío.

—Mira cómo estás —rugió Alan—. ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Por qué no me llamaste?

—No es tu problema. —Movi6 la mandíbula de un lado a otro y soltó un gemido.

—¿No es mi problema? —Se acercó a ella y la agarró por los hombros, sacudiéndola—. Para mí eres como una hermana y te quiero mucho.

—Alan...

—No lo entiendo. —La soltó y la miró a los ojos—. No te reconozco.

—Es mejor tranquilizarse —habló Tania con firmeza y se acercó a Alan—. Estoy segura que Karina nos contará lo que pasó, pero...

—No pienso hablar y os quiero fuera de aquí. —Negó con la cabeza y salió de la cocina a grandes zancadas.

—¿A dónde crees que vas? —gritó Alan.

—Déjala sola, por favor. —Tania agarró el rostro de Alan con sus manos y lo miró a los ojos—. Dale tiempo.

—¿Cómo la encontraste? —quiso saber Alan—. ¿Y cuándo volviste? Llevamos meses intentando contactar contigo.

—Lo siento. —Me acerqué a ellos.

—Tú y mi prima habéis desaparecido sin decir palabra, sin pedir ayuda. Como dos extraños. Hay personas que os quieren mucho y esas personas sufren —dijo con voz gélida.

—Lo sé y os pido perdón. —Con un gemido atragantado, me obligué a retroceder.

—Creo que es hora de saber la verdad. ¿Qué pasó entre ella y tú?

—No quiero hablar, no ahora. Entiéndelo, por favor.

—Quiero saber la verdad. —Se acercó y me miró a los ojos—. ¿Os habéis acostado?

—Alan, no creo que...

—Tania... —dijo entre dientes.

—Sí, pero eso no es asunto tuyo. —Tensé los labios.

—Ahora es mi problema también. Mi prima es así por tu culpa. Desde que te conoció, cambió radicalmente. —Su voz se elevó.

—No le echas la culpa a Vincent por los actos de rebeldía de tu prima, Alan. Él es incapaz de hacer daño a alguien. —Tania hablaba en un tono casi desesperado.

—No soy el malo aquí, amor. Solo estoy intentando averiguar qué pasó.

—Creo que deberíamos tranquilizarnos —hablé en voz baja—. Ella necesita ayuda y apoyo ahora mismo. No es bueno que nos escuche gritando y exigiendo explicaciones. Le hicieron cosas horribles y...

—Espera... —Vincent se acercó—. ¿De qué estás hablando?

—Esto es duro y no sé si debería contártelo yo. —Respiré hondo.

—Habla de una vez —dijo con voz cansina.

—Encontramos a tu prima en un club de intercambios. —Frunció con ligereza el ceño y se quedó quieto—. Evan y yo... bueno, no creo que es necesario dar todos los detalles. —Negó con la cabeza, impaciente—. Por lo que ella me contó, entendí que se metió en problemas con gente peligrosos y les debe mucho dinero. Esa gente la violaron. —Sus ojos se agrandaron y apretó la mandíbula—. Y la obligaron a prostituirse para recuperar el dinero.

—¿Cómo mierda paso todo esto? —vociferó—. ¿Por qué no me llamó? Yo tengo dinero y..

—Se trata de drogas. —Sus ojos se agrandaron y negó con la cabeza.

—¿Ella consume? —preguntó susurrando.

—Sí... —suspiré.

—Necesita ayuda. Me la llevo conmigo —sentenció.

—No lo hagas, hay gente peligrosa buscándola. Entrarás en problemas.

—Aquí contigo no está bien, vuestra relación es tóxica, Vincent —dijo, enfurecido.

—Quiero ayudarla, quiero lo mejor para ella. —Aspiré hondo, sentía un temblor en el cuerpo.

—¿Por qué? Necesito saberlo para quedarme tranquilo. —Su rostro adoptó una expresión terca.

—Porque... porque la quiero

—¿Y por qué la dejaste? No lo entiendo. —Escupió las palabras.

—No le grites, mi amor. No es su culpa. Yo lo entiendo.

—Explícamelo, cariño porque yo estoy perdido.

—Habla en casa. Mejor nos vamos. Ellos cuidarán de tu prima.

—¿Me lo prometes? —preguntó mirándome a los ojos y se acercó—. ¿La vas a cuidar?

—Lo prometo, Alan. Vete tranquilo. —Asentí con expresión solemne.

—Está bien. —Relajó su cuerpo y retrocedió—. Te llamaré mañana.

—Buenas noches —dije y me acerqué para besar la mejilla de Tania—. Gracias.

Ellos se fueron y entré en la cocina para preparar otra cosa de comer. Karina no había comido ni la verdura ni el pollo y necesitaba coger fuerzas para no sufrir una recaída, para no caer en la tentación.

DECISIONES

— Abre la puerta, por favor.

La golpeé con el puño y me quedé esperando. Me pasé la última hora en la cocina y había preparado una sopa de pollo con verduras.

Estaba preocupado por la situación de Karina, no podía negarlo. Ella se había colado en mi corazón de una manera violenta, rompiendo todos mis esquemas.

Amaba a Evan pero los sentimientos hacia ella eran más profundos, hasta el punto de llorar.

Sabía que necesitaba tener a un profesional a su cuidado y que su aducción podría empeorar, pero no quería alejarme de ella. Tenía miedo a perderla para siempre y eso podría ser mi perdición.

La puerta se abrió y levanté la mirada.

Abrí la boca para hablar, pero la cerré de nuevo.

Karina se había duchado y su cabello húmedo caía en cascada sobre sus hombros desnudos.

Algunas pequeñas gotas de agua resbalaban hacia abajo sobre su piel y dejaban rastros brillantes en su camino. Miré cómo morían indefensas, debajo de la toalla justo encima de los pechos aplastados por sus manos.

Envidiaba a esas gotas, pequeñas y brillantes.

—¿Qué quieres? —Carraspeó.

Levanté la mirada y levanté en el aire el plato que tenía en mis manos.

—Hice un poco de sopa. Supongo que tienes hambre.

Sus ojos azules se iluminaron por un instante, pero luego se ensombrecieron de nuevo y retrocedió.

—No tengo hambre. No puedo comer ahora. —Negó con la cabeza—. Necesito... yo necesito... Vete, Vincent —murmuró—. Por favor.

—Karina... —Clavé la mirada en su rostro—. No me iré de aquí. No hasta que comas algo.

—Si como... —Hizo una pausa y luego prosiguió—. ¿Dejarás la puerta abierta? Me siento como si estuviera secuestrada aquí. No me iré, no tengo a dónde...

—Está bien. —Empujé la puerta y pasé por su lado.

Agarré su muñeca y tiré con suavidad, llevándola conmigo hasta la cama.

Dejé el plato encima de la mesita de noche y me senté en el borde del colchón.

—No me voy de aquí hasta que termines de comer —dije con seriedad.

—Luego te vas, ¿verdad? —Se sentó a mi lado y agarró el plato con sus manos.

El albornoz cobró vida y descubrió su seno derecho; pleno, suave e hinchado. Un estremecimiento electrificante me atravesó...

¿Era posible tener un ataque de corazón a los treinta años?

—Sí, Karina. Te dejaré sola.

—Y la puerta abierta, ¿verdad? —Llevó la cuchara a sus labios y sopló.

Clavé la mirada en su boca y tragué duro. La vista se ponía aún mejor. Contuve el aliento y una oleada de sangre caliente bajó hasta mi vientre.

Tenía que levantarme y marcharme. Debía dejar de obsesionarme con una mujer que me odiaba. Pero alejarse de Karina era más fácil de decir que de hacer.

—Dejaré la puerta abierta —suspiré—. ¿Por qué reaccionaste de esa manera con tu primo?

—No es asunto tuyo —instó con tono frío.

—Lo es, maldita sea. Todo lo que te implica es asunto mío —respondí con la misma frialdad.

—¿Por qué? —preguntó, irritada.

—¿Por qué? —La miré sin saber muy bien qué contestarle.

Asintió con la cabeza y dejó el plato encima de la mesita de noche.

—Porque te quiero...

Soltó una carcajada y mis puños se cerraron de golpe.

—Sabes... —Me puse de pie de un salto—. No me apetece aguantar tus burlas. Que tengas dulces sueños.

—Si tú no estás en ellos, los tendré

Salí de la habitación hecha una furia.

No sabía cómo acercarme a ella, como hacer que cambie ese comportamiento tan duro y tan testarudo.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Dejaré de hablarle con cariño y dejaré de tratarla como una mujer.

MISTERIOS

Algo frío tocó mi mejilla y abrí los ojos, asustado.

—Hola, amor —dijo Evan y retiró la mano—. Te necesito...

Mis ojos recorrieron su rostro magullado y cansado. Se veía triste y apagado. Nunca lo había visto tan vulnerable.

—¿Qué pasó? —pregunté, mientras analizaba ese profundo misterio.

—Todo salió mal... —Hizo una pausa para respirar hondo—. Tuve que... yo... —Cerró los ojos con fuerza—. La pistola se descargó y... Soy una mala persona...

—¿Qué intentas decirme? —Agarré su mano—. Evan, mírame.

Abrió los ojos y bajó la vista. Miró mi mano, que estrechaba la suya, y a continuación me miró con evidente recelo.

—Estoy haciendo todo mal, mi vida es un desastre, no soy feliz, deseo...

—Para Evan, por favor. —Lo interrumpí antes de que pudiera continuar—. No digas eso.

—Tan solo quiero tener un hogar, tener una persona a mi lado.

—Yo te quiero —dije, incapaz de pensar en ninguna otra cosa.

—Pero no lo suficiente como para irnos lejos, ¿verdad?

Lo miré con angustia, y para mi sorpresa, lo que vi en sus ojos no era dolor, sino una especie de esplendor que estuvo a punto de robarme la respiración.

—Lo siento...

—No te disculpes, Vince —refunfuñó y se acercó—. Sabes que te entiendo. No sabes si quieres quedarte toda la vida con un hombre o con una mujer.

No sabía cómo llamar aquella extraña sensación que crecía en mi interior cada vez que compartíamos momentos íntimos. No solo era el deseo, aunque tenía que admitir que la larga abstinencia también tenía su culpa.

—Necesito tomar una ducha, aún siento el olor a sangre. ¿Vienes?

Alcé la mirada y me quedé mirándolo. El sentimiento se volvió confuso, inquietante y no estaba muy seguro de lo que significaba. De hecho, pensé que nunca había estado tan inseguro desde que Karina reapareció en mi vida.

—Sí... —Eso fue todo lo que dije. Se me había quebrado la voz; no se me ocurría añadir nada más.

Me puse de pie y froté mi rostro cansado. La casa estaba en silencio y no quería hacer ruido. No quería despertar a Karina.

Caminé a lado de Evan y suspiré cuando tomó mi mano. Jamás había pensado que un simple roce podía tener el efecto que había tenido aquel.

Evan entró en el cuarto de baño, frotándose contra mí al pasar. Cerré los ojos, intentando no ser tan obvio al inhalar el aroma masculino que emanaba su perfecto cuerpo. Cerré la puerta y me quedé quieto. Estaba tan cerca, olía tan bien y se sentía tan duro.

Cerré la distancia entre nuestras bocas y lo besé. Algo pasó cuando sentí sus labios. Mi cerebro hizo cortocircuito, mi sentido común y la racionalidad se fueron a la mierda.

Estaba rodeado por él, engullido por él. Estaba en todas partes y era abrumador. No había otra forma de describirlo. Nos retorcíamos juntos, sus ásperos vaqueros se frotaban contra los míos. Nos besábamos, nos chupábamos y nos mordíamos. No protesté cuando sus impacientes manos empezaron a tirar de mi camiseta

Lo necesitaba rudo, pero no estaba seguro de si Evan lo había entendido. Liberé el botón superior de sus vaqueros y el dorso de mis dedos rozó su estómago duro.

—Sigue, por favor —susurró Evan.

Tiré de sus vaqueros hacia abajo hasta que mis ojos encontraron su dureza; enorme y sacudiéndose de excitación. Emití un jadeo excitado y una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Evan.

—Te eché de menos —dijo y se inclinó hacia delante para morder mi labio inferior.

—Este baño es pequeño...

—No importa, me gusta de pie. —Sus palabras aceleraron mi corazón.

¿Por qué había pensado que alguna vez podría renunciar a Evan?

—Estoy a tu merced...

—¿Escuchaste eso? —Se alejó y se quedó quieto.

—No, no escuché nada.

—Alguien salió por la puerta.

—¿Qué? —Me pasé las manos por el pelo. El momento caliente se había enfriado. ¿Y si es Karina?

—Si es ella... —suspiró con dolor—. Yo no puedo ayudarla.

—¿Qué quieres decir?

—Se fugó tío, olvídale de una puta vez. —Se agachó y se subió los pantalones.

—No me hagas esto...

—Ayer estuve investigando y es mejor mantenerse fuera de esto.

—¿De qué hablas?

—Hable con mi amigo Travis y las chicas que trabajan en su club son propiedad de Raco.

—¿Propiedad? —Lo miré asqueado—. Estamos hablando de personas.

—No lo entiendes, Vince... —Miró la puerta—. Raco es el mayor narcotraficante del país. Nadie quiere meterse con él. Es peligroso...

—¿Y cómo mierda está Karina metida en todo esto?

—Por la droga —suspiró—. Te lo explico... Karina tenía mucho dinero y empezó a gastarlo en drogas. A Raco le brillaron los ojos, para él era una fuente constante de dinero, pero parece que las cosas se torcieron, algo pasó, no lo sé. Supongo que ella acumuló deudas...

—Tengo que irme. —Me puse la camiseta.

—No. —Agarró mi brazo—. Voy yo. Llamaré a mis amigos. Es peligroso...

—Estás cansado.

—Conozco el barrio y puedo encontrarla.

—Gracias.

—No lo hago por ti, Vincent. Lo hago por mí. Si te pasa algo, me culparé toda la vida. —Agarró mi barbilla y me besó—. Volveré con ella y quiero mi respuesta. Si no me la das, me voy.

Sus ojos estaban brillantes mientras me miraba. Pude ver un millón de preguntas e inseguridades, pero me gustaba esa expresión de su rostro. Cualquiera que fuese mi futuro, en tanto fuese él el centro del mismo, sabía que podía manejarlo.

Asentí con la cabeza y le devolví el beso. Estaba involucrándome realmente en el beso.

Tenía mi lengua en su boca, con una mano en su cuello, y la otra acariciando su pecho. Nunca jamás me cansaría de él; lo sabía en el fondo de mi alma.

Se veía cansado y parecía que no había dormido en un mes; su palidez era horrible, la mueca en su boca dura y preocupante. Dejé caer mi cabeza para que mi frente descansara contra la suya.

—Tendrás tu respuesta, te lo prometo. —Toqué su mentón con mi dedo índice.

—Eso espero. —Envolvió sus brazos alrededor de mis hombros y me dio un abrazo de un solo brazo que fue tan apretado que casi dolió.

Se alejó dejándome sin palabras. Abrió la puerta y salió, sin mirar atrás. Era mi héroe y esperaba no decepcionarlo y matarle esos increíbles poderes que me mantenían vivo.

UN BAR Y UNA CERVEZA

Evan

Debería estar furioso con Vincent, pero no podía. Lo amaba y no había razón para meterme con él. Necesitaba encontrar un lugar para tomar un trago o tratar de aclarar mi cabeza. Un lugar que fuera oscuro y callado, donde nadie esperaba que fuera algo, o actuara de una manera en específico. Estaba cansado de la vida normal. Estaba acostumbrado a la acción, acostumbrado a estar a cargo y tomar la iniciativa. Y con Vince hacia todo lo contrario. Él destrozó todas mis barreras y me desarmó por completo. Mis sentimientos fríos se volvieron tan vulnerables y sensibles que mis ojos experimentaban picores. Nunca pensé que el amor podría cambiar tanto a una persona y su forma de ser, de actuar y de pensar.

Estacioné en el primer bar que parecía que podría lidiar con el humor en el que estaba. Tenía que hablar con mis amigos y salir a buscar a esa mujerzuela. Lo tenía asumido, pero sólo quería enterrar mi cabeza en arena y regresar en otro momento. Ella apareció en la vida de Vincent y lo cambió, y no solo a él, a mí también. Es hermosa, no podía negarlo, pero es una mujer complicada, con un pasado y un presente inestable. Se podría decir que llevaba las palabras condenada a muerte, tatuadas en su frente. Y no entendía porque solo yo podía verlos, Vince parecía cegado.

El bar estaba oscuro y no era un lugar muy limpio. En la parte de atrás, alrededor de unas mesas de billar, había una pareja que discutían muy acaloradamente. En el frente, había varios hombres mayores que intentaban conquistar a una mujer borracha. Ese no era un lugar para mí, pero tomé un lugar sobre un asiento vacío en la barra y esperé que la camarera viniera a verme.

—¿Qué quieres tomar? —Su voz cristalina me tomó por sorpresa.

La miré con atención y fruncí el ceño. No entendía como una chiquilla tan hermosa trabajaba en un bar tan cutre.

—Una cerveza. —Hice un esfuerzo para sonreír.

—Tienes problemas, ¿verdad? —Se agachó y su escote quedó al descubierto.
—Tan solo quiero una cerveza y tranquilidad —respondí, irritado.
—Tranquilo, cowboy —Rió, mostrando unos dientes perfectos—. No quiero incomodarte. Llevo muchos años trabajando en este bar y aprendí a leer los rostros de las personas.
—Chica lista —dije entre dientes—. ¿No eres muy joven para trabajar aquí?
—Responde antes a mi pregunta y yo responderé a la tuya.
—Solo con una condición. —Me incliné hacia delante y ella acercó su rostro al mío—. La cerveza que esté bien fría.
Ella soltó una carcajada y se alejó de inmediato.
—Este bar es de mi padre. —Dejó una botella de cerveza frente a mi, junto con dos vasos de chupito.
Los llenó sin dejar de sonreír y luego empujó uno con cuidado. Tomó el otro vaso y chocó el borde con el mío.
—Lo necesitas, vaquero. —Una sonrisa encontró su camino a través de esos sensuales labios.
Asentí y me tomé el licor. Quemaba todo su camino hacia abajo. Pasé una mano por el cabello y dejé el vaso vacío al lado de la botella.
—¿Cómo te llamas?
—Mi nombre es Sonia y si necesitas cualquier información, yo soy tu chica de confianza.
—Me llamo Evan y ahora que lo dices, necesito ayuda.
—Lo sabía... —Bajó su cabeza en un pequeño asentimiento y se movió a otra parte de la barra para ayudar a otro cliente.
Cerré los ojos y traté de borrar los últimos acontecimientos.

—No quiero hacerlo. —Bajé la pistola.
—No vas a conseguir el dinero, Evan. Esta vez no... —dijo entre dientes.
—Voy a disparar, Hugo
—No me asustas. —Se acercó, hasta que la pistola tocó su pecho y empezó a reír—. Tu jefe solo quiere asustarme y por eso te envía a ti cada mes.
—No tengo jefe, Hugo. Estoy aquí por mi cuenta...
—No me digas. —Agarró la pistola con su mano derecha—. ¿Trabajas con los putos policías?
—Trabajo para mí...
—No te creo. —Retorció la pistola.
Agarre su mano y lo empuje. Mi dedo toco el gatillo y el arma rugió, enviando la bala con un silbido en su pecho.

—Evan.
Abrí los ojos y la miré. Me gustaba su voz, tenía un timbre placentero, casi como el murmullo de la lluvia.
—Dime, Sonia. —Su sonrisa despertó lo dulce que había en mi esencia.
—Tengo que irme, pero quiero escucharte.
—Gracias. —Me puse de pie y me acerqué a la barra—. Necesito saber quién vende drogas en esta zona. ¿A quién tengo que acudir para conseguir una dosis?

—¿Es para ti? —Frunció el entrecejo.

—No, es una larga historia —respondí.

—Si alguna vez necesitas compañía y desahogarte, me encuentras aquí.

—Lo tendré en cuenta, chiquilla. —Sonreí de oreja a oreja.

—Cruzas la calle y hay una tienda de ropa. Entrás y preguntas por Michael. Dile que te envíe yo —me dijo.

Caminó hasta donde estaba yo y palpó mi brazo. Sus dedos viajaron hasta mi cuello y agarraron el borde de la camiseta. Tiró hacia abajo para examinar mi tatuaje. Lo acarició y sonrió con nostalgia.

—Mi padre tiene uno igual —susurró.

—Entonces tu padre tiene mi respeto. No muchos tienen este privilegio. Solo los que salvaron vidas, solo un buen soldado.

—Tuvo que ser duro... ver tanta sangre, tanto miedo y tanta maldad. Mi padre tiene pesadillas todas las noches. —Alzó la mirada—. Para mí los que sobreviven a una esto son héroes. Tienes que tener mucho valor y coraje para quitar una vida. ¿Cuántos años estuviste en Irak?

—Estuve cinco años... años duros e inolvidables. También tengo pesadillas.

—Eres un hombre especial, espero que encuentres la paz que necesitas para olvidarlo. —Estiró el cuello y besó mi mejilla—. Una pena que estés enamorado.

Se alejó y salió del bar, meneando su sexy trasero. Sin dudas esa chiquilla tenía algo mágico.

SONRISAS CONTENIDAS

Evan

Empujé la puerta de cristal y el ruido de una campanilla, avisó mi entrada. Detrás del mostrador había un señor mayor, que dormía con la cabeza sobre sus codos, encima de un teclado viejo de ordenador.

Me acerqué y un fuerte olor a tabaco, me envolvió. Mi estómago se retorció y tragué saliva.

—¿Dónde están tus compañeros? —Abofeteó mi rostro y escupió—. No tengo tiempo para perder contigo. Habla de una puta vez.

Empecé a reír, su acento era muy divertido. Dio una calada a su cigarro y soltó el humo en mi cara.

—No saldrás de aquí con vida. —Clavó un cuchillo en mi pierna derecha.

Golpeé el mostrador con el puño y el señor levantó la cabeza, alarmado. Me devolvió una mirada hostil y se apartó de la mesa con gesto brusco. Se puso de pie y se acercó con cautela. Sacó una pistola y la colocó delante de mis ojos.

—¿Quién eres? —preguntó con tono beligerante—. ¿Qué quieres?

—Estoy buscando a Michael. —Coloqué la palma de mi mano delante de la pistola y empujé—. Sonia me dijo...

—¿Eres poli? —Bajó el arma y frotó la mano izquierda en sus robustos muslos.

—No soy poli.

—Entonces sígueme. —Guardó la pistola y señaló una puerta de madera.

Entré detrás de él y cuando encendió la luz, tomé una profunda respiración. Alguien había colocado una pistola en mi nuca y me sentía acorralado. Mi mano izquierda bajó con lentitud para buscar el cuchillo, pero él fue más rápido y me agarró por el brazo.

—Quietos allí si quieres vivir. —Presionó la pistola—. ¿Por qué me buscas?

—Necesito encontrar a alguien —murmuré—. Una chica rubia y...

—No tengo un burdel, no puedo ayudarte.

—La chica es drogadicta y estoy seguro que intentó comprar alguna dosis en esta zona.

—¿Por qué debería ayudarte?

—Porque es una chica de Raco.

El hombre mayor nos dejó solos y cerró la puerta detrás de sí.

—Sigue hablando. Todo lo que es relacionado con ese hijo de puta me interesa.

—Solo si me ayudas encontrarla.

—¿Qué gano yo de todo esto?

—Información. Estoy seguro que ella sabe muchas cosas.

—Interesante... —Se tocó los labios—. Te ayudaré, pero si no consigo información a cambio, os mato a los dos —sentenció con semblante severo.

No dije nada, su amenaza no tuvo ningún efecto en mí. Estaba más que acostumbrado a las amenazas de muerte y a las torturas. Mi cuerpo experimentó de todo; mi mente había borrado todas las debilidades que hacían de mí una persona sensible.

—¿Tienes alguna foto de la chica? Para preguntarles a mis hombres.

—Tengo que llamar a un amigo. —Metí la mano dentro del bolsillo de mis pantalones y saqué el móvil.

Me alejé para llamar a Vince y aproveché el momento para analizar el perfil de Michael. Era un hombre grande y fuerte. Tenía los brazos cubiertos por tatuajes y el pelo rapado. Al lado de su oreja izquierda había un tatuaje de una cobra que me resultaba familiar. Lo había visto en algún lugar, pero no podía recordarlo en dónde.

Mi corazón se aceleró mientras esperaba que Vince contestara al teléfono. La simple anticipación de oír su voz, me emocionaba.

—Dime Evan... —respondió en mi oído.

El simple sonido de su voz hizo que mis vaqueros se apretaran.

—Necesito una foto de Karina. —Pegué el móvil a mi oreja para escuchar mejor.

—¿La encontraste? —preguntó entusiasmado.

—La estoy buscando...

—Tengo que llamar a su primo. No tengo ninguna foto con ella.

—Envíamela de inmediato.

Corté la llamada y me giré mientras enterraba el móvil profundamente en el bolsillo. Michael estaba colocando unas pequeñas bolsas con pólvora blanco en una bolsa negra de cuero. Había mucha droga allí y me preguntaba si tenía contactos policías. Para mover tanta mercancía se necesitaba tener el camino libre hacia la clientela.

—Tengo un club de streaptise más abajo por si quieres dar una vuelta. —Cerró la bolsa y abrió la puerta.

—No, gracias. Necesito descansar.

—Bien. —Me miró con atención. ¿Eres militar?

—Ya no...

—Entiendo... —Cerró la puerta con llave—. Ven mañana por la noche aquí. Tendré la información que necesitas.

Mi móvil vibró dentro del bolsillo de mis pantalones. Lo saqué y abrí de inmediato el mensaje. Tuve que tragar duro cuando vi la foto.

Esa hermosa chica risueña era distinta a la chica que habíamos encontrado hace unos días. Las drogas y la mala vida, tenían sus consecuencias.

—Déjame hacer una foto —dijo Michael y se acercó—. Es hermosa —Silbó mientras tomaba la foto.

—Sí —suspiré.

—¿Es tu novia? —Guardó su móvil.

—No, es... es una conocida.

Saludó al hombre mayor y salió de la tienda a grandes zancadas. Salí detrás de él y miré la hora en mi reloj de pulsera. Llegué al lado de mi coche y pasé las manos por el espeso cabello que cubría mi frente. Necesitaba encontrar un hotel tranquilo para descansar.

UNA CHICA SIN FUTURO

Evan

Las horas pasaron volando. Entré en el pequeño baño conectado con la habitación y me lavé en el lavabo. La fea cicatriz que tenía al lado de mi ojo izquierdo estropeaba la imagen que se reflejaba en el espejo. El resto de mis cicatrices estaban bajo mi ropa. Apreté los puños deseando que dolieran más que mi dolor interior. El dolor que Vince no dejaba de provocarlo.

Durante la mañana estuve haciendo llamadas y tenía ya a mis amigos buscándola. Esa mujer no dejaba de meterme en problemas, pero tenía que hacerlo, tenía que encontrarla para mantener a salvo a Vince.

Por la tarde había bajado al bar, pero Ana no estaba. En su lugar había un chico joven que tenía un cierto parecido con ella; supuse que era su hermano.

Era de noche y tenía que bajar a la tienda de ropa para encontrarme con Michael. Esperaba conseguir la información viable para encontrar a Karina de una puta vez.

Cerré la puerta de la habitación y caminé por el estrecho pasillo sin hacer caso omiso a los gritos que se escuchaban en una de las habitaciones. El hotel exhibía un estado nefasto, pero no había encontrado otra tan cerca de la tienda de ropa.

Era el típico hotel barato donde encontrabas de todo. Desde putas, peleas, drogas hasta parejas que buscaban diversión y emociones nuevas.

Salí a la calle y acomodé la pistola a mis espaldas. Crucé la calle y miré asqueado a mi alrededor. Había chicas jóvenes semidesnudas que intentaban con desesperación llamar la atención mientras que algunos chicos jóvenes vendían drogas. Era un barrio conflictivo y peligroso, pero para mí era un juego de niños. En todos los lugares que había estado durante mi estancia en Irak, tuvieron como reina a la muerte.

Empujé la puerta de cristal de la tienda y el hombre mayor alzó la mirada.

—Michael te espera. —Señaló la puerta.

Asentí con la cabeza y entré.

Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en ella. Michael no estaba solo y eso puso en alerta mis sentidos.

—Hombre... el militar —dijo con una sonrisa torcida en sus labios.

—¿Tienes algo? —pregunte con firmeza.

—Tengo más que eso. —Se acercó y los dos hombres que estaban sentados, se pusieron de pie—. Tengo a tu chica, pero...

—¿Pasa algo? —Enarqué una ceja con indiferencia.

—Me mentiste. —Se cruzó de brazos—. Y odio las mentiras.

—¿De qué hablas? —Me acerqué—. Yo no miento nunca.

—Ella no sabe nada de Raco, dice que no lo conoce. —Clavó la vista en mis ojos, y había una terrible intensidad en su mirada

—Está mintiendo. —Mi voz irritada, resonó en la habitación—. ¿Está drogada?

—Sí —dijo entre dientes—. Mis hombres la encontraron en un callejón con una jeringa en la mano.

—Déjame verla y hablar con ella. Conseguiré las informaciones que te prometí.

—No confió en nadie, Evan. —Atajó y luego desvió la mirada.

—Soy hombre de palabra y no me iré de este barrio hasta que ella habla. Déjame llevarla a mi hotel. Mañana estará en condiciones para hablar.

Me estudió con atención durante unos segundos y luego giró la cabeza.

—Traerla...

Los hombres salieron por la puerta y un molesto silencio se hizo presente.

—¿Por qué? —La pregunta de Michael me tomó por sorpresa—. Esa chica está condenada a la perdición, no tiene futuro... tiene la muerte caminando a su lado. No vale la pena el sacrificio.

—Es mi problema —dije con impaciencia.

La puerta se abrió y Michael se alejó.

Cuando Karina apareció ante mí, me maldije al sentir que mi corazón se aceleraba, como si fuera una doliente imberbe.

Tenía los ojos tristes y húmedos. Se apreciaba que la tristeza se había adueñado de su ánimo.

—Karina... —dije en voz baja y me acerqué.

Los hombres dejaron de sostenerla y la empujaron. Su cuerpo chocó contra el mío y le puse las manos en los hombros para mantenerla de pie. Ella me propinó un codazo en el estómago con toda la fuerza que pudo y se soltó.

Me limité a reír y la agarre por los brazos.

—Estate quieta o te arrepentirás. —El tono de voz helado que mostraron mis palabras, la hicieron quedarse quieta.

—Sigo sin entenderlo... —Michael se acercó y estiró la mano—. Te llamaré a este teléfono mañana. Más te vale que ella hable. No habrá rincón en esta ciudad para esconderte.

—Hablará. —Mi voz era grave y extrañamente serena.

Tomé el móvil y lo guardé. Karina permaneció inmóvil como una piedra, con la mirada clavada en mi rostro. El intenso odio que mostraba era como una llaga infectada, pero estaba acostumbrado ocultar mis sentimientos en situaciones difíciles.

Ella se soltó y echó a correr, veloz, hacia la puerta, pero los hombres de Michael la atraparon cuando casi ya estaba tirando del pómulo.

Me acerqué de inmediato y la tomé en brazos. No paraba de dar patadas, chillando a pleno pulmón, montando todo un espectáculo.

—Si no paras, te dejo aquí, con ellos —vociferé—. Quiero ayudarte, joder.

Tras un largo silencio, sus labios se movieron.

—No merece la pena... —Sus brazos se enrollaron a mi cuello. Había pronunciado las palabras sin apenas aliento y con la mirada extraviada.

—Eres una mujer valiente y hermosa. Tienes un primo que te quiere y... y... —Mis palabras eran bruscas y llenas de ira. Necesitaba calmarme, ella estaba asustada—. Todo saldrá bien.

Salí de la tienda con ella en mis brazos. Crucé la calle y caminé por la acera mientras intentaba encontrar la razón por la cual me había ablandado. Esa mujer me odiaba, me lo había dejado claro cuando me disparó hace tiempo. No sabía porque sentí lástima al verla de nuevo.

AMOR Y ODIO

Evan

Empujé la puerta con el pie y entré en la habitación. Me acerqué a la cama y la deposité con cuidado encima del colchón. Era extraño como se había quedado dormida en tan solo unos minutos.

Me alejé para cerrar la puerta y eché el pestillo. Regresé a la cama y la cubrí con una manta. Me quedé mirando su rostro magullado y lleno de moretones. Tenía unos labios gruesos muy apetecibles y unas largas pestañas que dibujaban un hermoso contorno alrededor de sus ojos. Era preciosa y en ese momento toda mi seguridad se fue a la mierda. No entendía como una mujer podía desarmar a cualquier hombre sin hacer nada.

Vi una pequeña cicatriz a lo largo de su cuello y no pude resistir a la tentación de tocarla. Cuando lo hice, ella empezó a murmurar algo.

—Por favor...no...no me mates...

Dejé de tocarla y se tranquilizó.

Estaba cansado y solo había una cama. No quería hacerlo, pero me estiré a su lado y cerré los ojos. La cama se movió y su brazo derecho viajó hasta mi pecho. Agarré su mano para apartarla, pero al sentir su piel fría contra la mía, un sentimiento de culpa me invadió. Dejé su mano donde estaba y suspiré.

Me estremecí de arriba abajo, si con tan solo un pequeño toque consiguió ese efecto en mí, no quería imaginarme qué pasaría si me besaba de nuevo.



—¡Joder! —Su grito me hizo abrir los ojos de golpe.

—¿Qué pasa? —pregunté, pero cuando vi que estaba sentada intentando soltarse, me tranquilicé.

—¿Me ataste a la cama? —Me miró con furia.

—Por supuesto —contesté y me estiré en la cama—. No quería arriesgarme.

Su mirada podía matar en ese momento y cuando me clavó una pierna en las costillas, me tiré encima de ella de una manera brutal.

—Eres una pequeña fiera —dije inmovilizando sus brazos—. Si no te tranquilices, te dejaré atada a la cama todo el día.

—¡Quítate, joder! —gritó—. Pesas mucho, me aplastas. —Se quejó.

—Solo si te comportas. —Agaché la cabeza para rozar su cuello con mis labios—. Solo si obedeces —susurré y ella se quedó quieta.

En ese momento solo se escuchaba su respiración acelerada y cuando pensé que la tenía a mi merced, me dio un golpe en la entrepierna que me dejó sin aire.

—¡Serás... joder! —Rodeé en la cama agarrando mi miembro con fuerza—. Joder...

Alcé la mirada y ella me miraba triunfante.

Me había quedado un buen rato en la cama hasta que el dolor dejó de ser tan molesto.

—Suéltame Evan, por favor. —Empezó a llorar—. No... ellos me ataban siempre y... por favor...

—¿Estás llorando de verdad? —me burlé—. No me lo puedo creer.

—Eres un imbécil. —Se secó las lágrimas con el corsé de la mano libre y agachó la cabeza—. El más imbécil de todos.

—No insultes...

—Te odio —gritó—. A ti y a Vincent. Os odio a los dos.

—Me alegro. A ver si se lo dejas claro a Vince y te olvida para siempre. Necesita ser feliz, quiero hacerlo feliz, pero no sé cómo pasa que siempre estás metiendo tu cola en nuestra relación.

—Ah, es verdad —Torció una sonrisa maléfica—. Sois los novios perfectos, la pareja ideal y yo solo un inconveniente. Pero tu amigo no dudó ni un instante follarme.

—¿Follarte? —Acercó mi rostro al suyo—. Vincent te ama, joder y estoy seguro que te hizo el amor.

—¿Amor? —Río—. Esta palabra sobra.

—Le haces daño, aléjate de nosotros.

—Déjame ir. —Levantó la mano atada en el aire—. Te aseguro que desapareceré para siempre. Esto es lo que andas buscando. También podrías matarme, no me importa...

—¿Estás loca? —Agarré su barbilla y mi estómago dio un vuelco. Deseaba besarla y eso era algo que nunca había experimentado. Su odio me atraía, me excitaba.

—Más que tú no...

—¿Qué quieres decir? —Mis dedos acariciaron su barbilla sin haberme pedido permiso.

—Quieres besarme...

—Mentira...

Estiré el cuello embrujado y acaricié su mejilla. Sus ojos llorosos brillaron y una llamarada de esperanza se encendió. Era como si mis caricias despertaban las ilusiones y los sueños dormidos. Me gustaba lo que veía, me gustaba como mis dedos transformaban ese odio en cariño.

—Sabes... —Se mordió los labios—. Nadie hasta ahora me miró así.

Una pequeña lágrima resbaló por su mejilla y la atrapé con mi dedo pulgar. Murió debajo de piel y dejó camino libre a las demás lágrimas.

—¿Cómo te estoy mirando? —Mi voz sonó débil.

—Como si de verdad te importo, como si mi vida es importante para ti, como si ves en mí más allá de este rostro desfigurado por los moretones, como si sabes por lo que estoy pasando ahora mismo. Entiendo porque Vincent no puede olvidarte.

—Me cuesta creerte ahora mismo...

—Cuando conocí a Vincent, supe que era el elegido. Me hizo el amor... —suspiró—. Tan hermoso, tan tierno y tan perfecto. Me enamoré... un gran error.

—Él también te ama.

—Lo sé, por eso me fui.

—No lo entiendo. —Mis dedos secaron las lágrimas y acunaron su rostro.

—Entre vosotros hay una historia. Una hermosa historia de amor. Vincent me la contó con la esperanza de hacerme entender su rechazo al día siguiente. Esa hermosa historia de amor, destrozó a la pequeña historia que acababa de empezar entré él y yo.

—Háblame de lo que te pasó.

—Solo si me sueltas. No voy a huir, ya no... me gusta lo que pasa ahora mismo.

Estiré la pierna y saqué el cuchillo de mi bolsillo. Corté la cuerda y luego acaricié la marca que había en su muñeca.

—Me gusta tu tatuaje —susurré—. ¿Significa algo?

—Cuando cumplí los diez años, mi padre me regaló un bol de cristal, vacío. —Sonrió.

Mis dedos acariciaron sus labios y tragué saliva. Recordé los besos de Vincent y me alejé.

BÉSAME

Evan

—¿Pasa algo?

—No, sigue contando. —Tiré de su brazo hasta que su pecho chocó contra el mío—. Necesito saberlo, conocerte... estoy tan confuso. Amo a Vince con locura y no quiero perderlo... Él te quiere y no puede olvidarte.

—Shh.. —Colocó un dedo sobre mis labios—. Hay algo que no une Evan y es el amor que sentimos por Vincent. No quiero hacerle daño, por eso estoy huyendo.

—Créeme que le haces más daño con tu odio que con tu amor.

—No lo odio... la persona que me está buscando...

—Es Raco.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo muchos contactos.

—Eso tengo que recordarlo si quiero huir otra vez —dijo para sí misma.

—Es un hombre sin corazón y capaz de matar a cualquiera. Hace unos meses mató a un niño de doce años...

—Estuve allí...—murmuró con voz trémula.

—¿Qué?

—Cuando me fui de la ciudad, intenté gastarme todo el dinero en fiestas. Necesitaba olvidar y conocer a gente nueva —explicó con mucho recato—. Conocí a Raco...No sabía quién era hasta que golpeó mi rostro sin inmutarse. Mi gran error fue acostarme con él...

—No lo hiciste...

—Estaba borracha y drogada. Al día siguiente me encontré con la espalda contra la pared. Tuve que fingir que me gustaba ser su pareja, pero cometí un error.

—¿Qué hiciste?

—Necesitaba encontrar una manera de escapar y lo único que se me ocurrió fue el chantaje. —Miró con intensidad mis labios—. Vivía con él y sabía que tenía cosas guardadas en su ordenador. Le robé las llaves por la noche y entré en su estudio. —Estiró una mano y rozó mi boca con sus dedos.

—Sigue... —Jadeé—. Atrapé su dedo índice con mis dedos y lo mordí con suavidad.

—Entré y me conecté a su ordenador. Pasé toda la información a una tarjeta de memoria, pero... —Miró como mis labios chupaban su dedo.

—No pares, Karina... me siento vivo y excitado...

—El ordenador estaba conectado a una alarma...

—No... —Mordí su dedo.

—Sí y me pilló. —Retiró el dedo y lo metió en su boca.

Cerró los ojos y se alejó.

—¿Qué te hizo? —Agarré su barbilla y abrió los ojos.

—Me golpeó... —Su voz se ahogó—. Intentó matarme...

Echó la cabeza hacia atrás para mostrar la cicatriz. Las palabras se atascaron en mi garganta y mi pulso se aceleró. Acaricié la fea cicatriz y luego me agaché para besarla.

—Hay algo entre nosotros, no puedo controlar lo que sucede ahora mismo, pero si no quieres seguir... lo entenderé. —Negué con la cabeza—. No, joder. Deberías golpearme.

—No quiero, Evan. —Tomó mi mano y la besó—. Recuerdo perfectamente el momento en que tú me salvaste ese día. Entraste a por mí en esa casa. Arriesgaste tu vida por mí...

—Por Vince.

—No te engañes. Lo hiciste por ti. No puedes ver como una persona inocente sufre, ¿verdad?

Me alejé y me bajé de la cama. No quería recordar el pasado, pero había algo que me impulsaba a dejarlo salir. Sus palabras tenían algo mágico...

—Esa mujer me tenía en sus garras, me había disparado aquel día...

—No sigas, por favor. No lo hice por ti. Lo hice por Vince y por tu primo.

—Vincent no lo sabe, ¿verdad?

Giré la cabeza y la miré. Por delante de mis ojos pasaron los recuerdos, como una película.

—Baja el arma y déjala ir. Ya tienes tu dinero.

—Ella fue la amante de mi marido y tiene que pagar por ello.

—No lo sabía, ella no sabía que tu marido estaba casado. —Di un paso hacia delante sin bajar la pistola—. Mis hombres tienen la casa rodeada. Los sicarios que contrataste están muertos.

—Mientes. —Presionó la pistola en el hombro de Karina y me miró con frialdad.

—Te doy tres segundos para que la sueltes —dije con seguridad—. Uno... —Di otro paso —. Dos...

Apreté el gatillo y disparé. La bala atravesó su cabeza y el impacto empujó su cuerpo hacia atrás. Cayó al suelo de espaldas y Karina empezó a gritar como una loca.

Me acerqué a ella y le tapé la boca con mi mano libre.

—Deja de gritar...

Un disparo silbó en el aire y el hombro de Karina se sacudió. Ella me miró horrorizada y se aferró a mi cuello.

—No quiero morir... —susurró—. Dile a Vincent que lo amo.

—No vas a morir. —Presioné mi mano en su herida.

—Bésame...

—¿Qué? —La miré a los ojos.

—Quiero tener un agradable recuerdo y perdóname...

—No tengo nada que perdonarte, Karina.

—Te disparé...

—Fue solo un rasguño.

Sus labios presionaron a los míos y gemí en respuesta. Fue un beso corto pero intenso.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Se bajó de la cama y se situó delante de mí—. Ese día, ese beso...

—¿Qué intentas decirme? —Retrocedí.

—Me enamoré de ti también y yo... yo no quería seguir así. —Me agarró por el brazo—. No puedes amar dos personas a la vez... necesitaba encontrar una respuesta.

—Sí, puedes... —dije y ella frunció el entrecejo—. Vincent puede... el nos ama a los dos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó susurrando.

—Dímelo tú a mí. Intenté olvidar ese beso, te lo juro. Ahora que te tengo de nuevo delante de mí, quiero recordarlo.

—Bésame. —Una sonrisa jugó en sus labios.

La miré y me deleité con su cuerpo. Era tan hermosa que me costaba comprender que no era un invento de mi imaginación. Sus ojos encontraron a los míos y me tomé un calmado momento para simplemente mirarla.

Mi corazón dio un vuelco. Todo lo que se asemejaba a un pensamiento racional había abandonado mi cráneo.

Me moví hacia delante y reclamé su boca en un beso robado.

PASIÓN Y AMOR

Evan

Sus dedos se curvaron en mi pecho y su lengua me acarició, capturando el aliento atrapado en mi garganta. Todo era tan extraño y tan jodidamente excitante.

Mi mano se deslizó por su vientre hacia su cadera.

—Todavía tenemos tiempo para parar esta locura —susurré contra sus labios.

—No pares —gimió.

—Si te digo que te deseo, ¿me creerías?

—Inténtalo...

—Te deseo.

Ella se puso de puntillas para besar mi cuello y se aferró a mi cintura. Cada músculo en mi cuerpo se tensó. Su cálido aliento me hizo cosquillas en el cuello.

—¿Qué te gusta? —pregunté—. Llevo tiempo sin estar con una mujer.

—No lo sé, supongo que ser tú mismo. Dejar salir toda esa pasión que llevas dentro.

—Eso puedo hacerlo, pero no te prometo nada suave.

—Podría gustarme... —Se quitó la camiseta.

Deslicé mis manos a sus pechos y los liberé de su sujetador. Le tomé un montículo perfecto de carne y acaricié su pezón endurecido con mi pulgar.

Karina lanzó un suspiro suave, y sus párpados se cerraron. Le apreté el otro pecho y pellizqué su pezón entre el pulgar y el índice, frotando la punta con una presión cada vez mayor.

—¿Puedo tocarte? —preguntó ella.

Deslizó ambas manos por mi camiseta, no necesitaba mi asentimiento y lo sabía. Levantó la tela hacia arriba mientras sus palmas chocaban con los duros contornos de mi abdomen y pecho.

Impaciente, arranqué la camiseta sobre la cabeza y la arrojé a un lado.

Sus dedos tocaron la cicatriz que había en mi hombro y apretó los labios.

—Lo siento... por mi culpa tienes esta marca. —Dejó una hilera de besos alrededor.

—Mi cuerpo está marcado por cicatrices, pero esta es mi preferida.

—Quiero que me hables de tu pasado, quiero conocer la historia de cada una.

—No hablé con nadie de eso, ni siquiera con Vince.

—Soy buena escuchando... —Sonrió—. Fingí estar dormida cuando Vincent me leyó de su libro. Me gustó.

—Ese hombre puede ser muy profundo y romántico escribiendo. Terminé por leer todos sus libros. ¿Crees que ahora mismo lo traicionamos?

—¿Lo amas?

—Mucho... —suspiré.

—Yo también, pero necesitamos esto Evan. Necesito encontrar la paz para amarlo.

—Esto nunca funcionaria. No sé si podría compartir a Vince con alguien.

—¿Ni siquiera conmigo?

—No sabes en qué te metes, no sabes qué significa esto. —Me alejé.

—Nadie más sufrirá, los tres podemos ser felices.

—Esto es...

—Esto es la solución, Evan. —Agarró mis manos—. Tengo la información que necesitas y podemos volver.

—Yo... esto... necesito pensarlo. —Me agaché y tomé la camiseta. Me la puse y miré la cama—. Volveré, ¿te vas a quedar?

—Me quedaré para siempre. Solo no sé si puedo lidiar con mi adicción. Necesito una dosis...

—Aguanta. Traeré algo de comer.

Di la vuelta y salí prácticamente corriendo de esa habitación. Me sentía acorralado y expuesto. Ella tenía el poder de desarmarme, desnudar mi corazón por completo. Lo que ella pedía era algo imposible. Nunca funcionará una relación entre tres personas y más cuando la tercera estaba ajena a todo eso.

Me acerqué a la pared y lo golpeé con el puño hasta que el dolor se hizo presente. Necesitaba desahogarme, necesitaba soltar el cúmulo de pensamientos que rondaban en mi cabeza hacia el exterior.

Escuché la puerta, pero no me moví. Sabía que era Karina y en ese momento necesitaba sentir su cariño. Necesitaba sentir sus caricias y sus besos.

—Vamos a la habitación. Tengo que curarte. —Tomó mi mano lastimada para examinarla—. Hablaremos, las personas se entienden mejor así.

—Tengo un pasado que me persigue —dije y la miré a los ojos.

—Yo también. —Se puso de puntillas y me besó.

Eso fue todo lo que necesitaba para desatar mi deseo. La tomé en brazos, ignorando el dolor de mi mano y entré con ella en la habitación. Pateé la puerta con el pie para cerrarla y me acerqué a la cama.

No hablé, solo hice lo que deseaba. Quité la camiseta que se había puesto y miré sus pechos desnudos, llenos e hinchados.

Me senté en el borde de la cama y le hice señas para que se acercara. Se arrodilló delante de mí y me acarició el miembro por encima de los pantalones.

Alargué un brazo para tocarla, pero ella me empujó suave hacia atrás.

—Tumbate, puedo ser muy mandona.

Sonreí mientras me recostaba hacia atrás.

—Muy obediente, aunque me gustan los rebeldes —dijo mientras me bajaba la cremallera—. Levanta el culo —ordenó. Me bajó los pantalones y los calzoncillos, todo a la vez.

En cuanto estuve liberado de ropa, se subió en la cama y se concentró en mi pene mientras se apañaba para sentarse a horcajadas sobre mí.

Se agachó para recorrer con la lengua la punta de mi miembro duro y me estremecí bajo su cuerpo. No dejó de prestarle atención en ningún momento, pero relajó la presión de sus muslos. Estaba sentada en mi pierna y adaptó un ritmo de masaje con las manos sobre él, restregando su clítoris con cada dulce movimiento.

—Joder... —Cerré los ojos.

Se acomodó encima de mis caderas, y con movimientos lentos y precisos, dejó que mi miembro acariciara su hendidura húmeda y resbaladiza. Estaba más que lista y eso era una tortura para los dos.

Sin esperar un segundo más, se empujó hacia abajo y lanzó un intenso gemido mientras su cuerpo se abría para acomodarse a mí. Se elevó y luego bajó de golpe, inclinándose hacia atrás para poder aferrarse a mis piernas al tiempo que yo extendía las manos y le sujetaba las caderas.

Mientras lo hacía, la obligaba a hundirse en movimientos aún más profundos, más bruscos, más rápidos.

Estaba a punto y la tensión se acumuló en mi cuerpo. Lanzó un grito de sorpresa cuando la sujeté con fuerza para empujarnos sobre la cama.

Rodeé con ella de modo que acabó de espaldas con nuestros cuerpos unidos todavía.
—Evan...

La besé con fuerza y brusquedad, un beso exigente y muy eficaz para hacerla callar.

—Me gusta tener el control —dije con los labios pegados a su mandíbula.

—Ah... —Se retorció debajo de mi cuerpo—. Pero creo que te gustó que fuese yo quien llevase las riendas durante un rato.

—Esa es la clase de cosas por la que alguien puede acabar sufriendo un castigo —advertí.

—¿Tú crees? —preguntó con aire travieso.

—Joder, ya lo creo —dije devolviéndole la sonrisa y quedándome completamente inmóvil.

Mantenia mi erección dentro de ella, pero no me movía. Gimió en señal de protesta y trató de mover las caderas, pero yo la tenía firmemente atrapada.

Sonreí cuando se dio cuenta que ese podía ser un castigo.

—¿Frustrada? —pregunté sin dejar de sonreír.

—Aunque lo estuviera no lo admitiría —dijo muy segura de sí misma.

Me eché a reír y empecé a moverme despacio dentro de ella.

—Por fin.

La penetré con una embestida larga y profunda hasta que encontré un ritmo constante. Seguía moviéndome sin dejar de mirarla, estaba preciosa con esas mejillas rojas.

Gritó mi nombre varias veces cuando el orgasmo nos sacudió a los dos y la retuve así un momento, cubriéndola con mi cuerpo y sosteniéndola.

No quería soltarla nunca, era una sensación que me hubiera gustado disfrutarla todos los días.

La tomé en brazos y le di un beso en los labios.

Tenía sueño y se abrazó a mí mientras la llevaba al baño para ducharnos.

Cuando volví con ella a la cama, me acosté a su lado y la abracé. Cerré los ojos y me quedé dormido con tres palabras en mis labios.

—Eres un misterio.

CONFESIONES

Evan

Abrí mis ojos de golpe. Había sentido una fuerte punzada en mi mano derecha seguida por un dolor agudo.

—¿Qué pasa? —Mi voz estaba cargada de sueño y más profunda de lo normal.

—Estoy tratando de limpiar esta herida —dijo Karina y se mordió el labio mientras presionaba con miedo un pequeño trozo de algodón en las heridas.

Alcé la mirada y fruncí el entrecejo.

—Estas vestida...

—Fui a la farmacia. Tenía que comprar...

—¿Saliste a la calle sin avisarme? —Retiré la mano con gesto brusco.

—No voy a huir si esto piensas —murmuró, cohibida por mi escrutinio.

—Te están buscando, ¿eres consciente del peligro que te rodea?

—Lo estoy, joder —respondió en un tono entrecortado—. No soy una niña. Me puse una gorra y estoy segura que nadie me reconoció.

Me permití tomar una profunda respiración y sentí algo de tensión evaporarse de mis hombros. Aparté la sábana que cubría mi cuerpo desnudo y me bajé de la cama.

Los labios de Karina se curvaron en una sonrisa diabólica y bajó la vista.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Tu amiguito quiere jugar... —Se acercó y agarró mi miembro.

—Te veo diferente. —Miré sus ojos, ignorando la excitación que sus manos provocaban—. Déjame ver tu mano.

Agarré su brazo y lo examiné. Tenía un pinchazo en su antebrazo y no se había molestado en ocultarlo.

—¿Por qué lo hiciste? —La sacudí—. Las drogas son como el veneno.

—Me dolía todo el cuerpo... yo, yo necesito ayuda.

—Por supuesto que la necesitas —suspiré—. No puedo lidiar con este problema ahora mismo. Tenemos a un puto asesino que te está buscando y a Michael esperando la información que le prometí. Necesito que me des esa tarjeta de memoria.

—No lo haré. Ese es mi seguro de vida. —Se cruzó de brazos.

—Ahora mismo yo soy tu seguro de vida...

—Engreído...

—¿Qué dijiste? —pregunté, formando claramente las palabras con los labios.

—Lo que oíste.

—Anoche no pensabas lo mismo. —La miré de arriba abajo, le sentaba muy bien los colores vivos de su ropa.

—¿Qué estamos haciendo? —Me abrazó—. No quiero pelearme contigo. Yo te quiero mucho.

—No digas esas palabras, Karina.

—Pero es la verdad. —Sacudió la cabeza y se mordió el labio.

—Yo no puedo decirte lo mismo.

—No importa, sé que me quieres. —Acarició mi espalda con sus manos frías—. Y necesito tu ayuda para dejar las drogas.

—Tendrás que aceptar el tratamiento y ayuda psicológica.

—Haré lo que sea. No quiero perderte, ni a ti ni a Vincent.

—Dejamos a Vince fuera de esto ahora mismo. Tenemos que salir de este barrio con vida.

—Confío en ti. —Sus ojos eran penetrantes y expresivos.

Apretó mi mano y bajé la mirada a nuestros dedos entrelazados. Me incliné y acerqué mis labios a su boca. Separó los labios, en una invitación abierta para mí y no dudé en besarla. Fue suave, casi inocente, como un beso entre amigos. Tracé con mi lengua su labio inferior y su lengua tocó a la mía. Una ráfaga de calor se disparó entre mis piernas y dejé escapar un gemido irregular.

Me detuve de pronto y me retiré.

—Estás bajo el efecto de la droga. —Levanté su barbilla para mirarla a los ojos—. Tus pupilas están dilatadas, no deberíamos continuar...

—No, yo quiero...

—No se trata de querer, joder. Yo también lo deseo, pero tú no estás bien.

—Tienes razón. —Besó mi pecho—. Estoy mareada.

La agarré por los brazos y la llevé hasta la cama.

—Necesitas comer algo. Voy a bajar y aprovecharé para dejarle la información a Michael.

—Dame ese cinturón —dijo mientras se estiraba en la cama.

Me acerqué a la silla y lo agarré con mi mano lastimada. Vi las heridas curadas y sonreí. Volví a la cama y dejé el cinturón al lado de su hombro.

—Deberías vestirme —Sonrió—. Tu cuerpo es pura tentación...

—Lo haré.

Tomó el cinturón y abrió la hebilla metálica. Dentro había una tarjeta de memoria de color negro.

—Aquí tienes. —Estiró la mano y soltó un suspiro.

—Haré una copia. —Me senté a su lado—. Intenta descansar un poco. No tardaré.

—Gracias...

—No me des las gracias. —Besé su mano.

—Recuerdo cuando te vi por primera vez. —Sonrió con melancolía—. Me impactaron tus ojos y esta cicatriz... —La acarició con el dedo índice—. Me llamó la atención.

—En Irak las horas eran interminables siempre estabas acompañado por el miedo, miedo a cerrar los ojos por las noches. Muchas veces te despertabas cautivo en un lugar oscuro, dónde para sobrevivir, tenías que tener un deseo enorme de vivir.

—¿Te torturaron?

—Muchas veces. —Acaricié su mejilla—. Llegas a un punto donde el dolor es tu amigo.

—¿Por qué? —Aclaró su garganta—. ¿Por qué Irak?

—Porque aquí no quedaba nada de lo que una vez fue mi vida...

—No lo entiendo. —Atrapó mi rostro en sus manos—. ¿Qué pasó?

—No tenemos tiempo. —La besé y mordí sus labios con suavidad.

—Quiero saberlo. —Me devolvió el beso.

—Tenemos todo el tiempo para hablar en el camino de vuelta.

—¿Me lo prometes?

—Sí. —Sonreí—. Y siempre cumplo mis promesas.

La besé una vez más, descansando mis labios sobre los suyos. Me quedé unos segundos así y dejé que su cálido aliento se mezclara con el mío. Era excitante y también reconfortante. Una mezcla que agitaba mi corazón. Me gustaba, por primera vez sentí que mi vida encontró un propósito, una razón para seguir adelante.

Amaba a Vince y necesitaba a Karina. Ellos eran las únicas personas que me hacían vibrar de felicidad.

—Estás sonriendo. —Se alejó para mirarme a los ojos.

—Tenemos que hablar de tu propuesta con Vince. —Besé la punta de su nariz.

—¿Eh?

—A veces uno necesita dos personas para ser feliz.

HÉROE

Evan

— Un placer hacer negocios contigo, militar —dijo Michael—. Si alguna vez necesitas trabajo...

—Gracias, lo tendré en cuenta. —Abrí la puerta y tomé una profunda respiración.

—Ten cuidado con Raco. Es un hijo de puta rencoroso. Vigila bien a esa chica.

Asentí y salí de la habitación. Cerré la puerta y me despedí del hombre mayor con un saludo militar. Eché un último vistazo a la tienda y salí a la calle.

Una mano agarró mi brazo y tiró despacio.

—Evan...

—Ana. —Giré la cabeza para mirarla.

Soltó mi brazo y se acercó. Colocó una mano en mi pecho, encima de mi corazón y se puso de puntillas. Beso mi mejilla sonoramente y se quedó quieta.

—Te veo distinto —murmuró—. Te veo feliz. —Acarició mi pecho y acercó sus labios a mi oído—. Eres más guapo así.

—Ana...

—No digas nada. —Palmeó mi pecho—. Sé feliz, te lo mereces.

Me miró durante unos segundos a los ojos y luego tomó mi mano. Dejó algo frío en mi palma y cerró mis dedos con rapidez.

—Si alguna vez me necesitas, aquí estoy.

Se alejó y dio la vuelta. Me quedé mirándola con impotencia. Era una chica hermosa y llena de vida. Era una chiquilla que raras veces encontrabas en la vida. Abrí la mano y miré con incredulidad la chapa de metal.

Era una de las típicas militares que tenían grabado cierta información. La levanté en el aire y leí las palabras grabadas: <<Solo un héroe sonríe cuando un corazón llora>>

Guardé la chapa dentro del bolsillo de mis pantalones y sonreí. Ella vio más allá de mi alma.



—¿Queda mucho? —El cansancio lento y vacilante de sus palabras me hizo girar la cabeza.

—Quedan dos horas y deja de preguntar. Yo también estoy cansado.

—Me prometiste algo. —Se quitó los zapatos y puso los píe en alto, encima del salpicadero del coche—. Quiero que me cuentes porque elegiste arriesgar tu vida en Irak.

—Es aburrido...

—Más que está situación ahora mismo, no.

—Está bien —gruñí— Todo empezó cuando tenía doce años. Mi padre se pasaba con la bebida, y descargaba su furia y su locura en mí. Tenía un cinturón de cuero negro que conocía muy bien todas las partes de mi cuerpo.

—Eso es... es tan cruel...

—Cuando cumplí los dieciséis me escapé de casa. Terminé debajo de un puente y con un cuchillo clavado en mi costado derecho. Alguien me llevó al hospital aquel día y me salvé de milagro. Conocí a un señor mayor, Henry se llamaba. Por las noches me contaba historias y aventuras de guerra. Eso me intrigó muchísimo y pensé que sería una buena manera de escapar de esa ciudad tan sofocante. No me arrepiento de haber hecho esa elección. Volví otra persona. Más fuerte y más positiva.

—Es tan triste... —declaró con voz quebrada.

—Ahora dime porque te hiciste ese tatuaje. ¿Porque una flor de loto?

—Porque es una flor mágica.

—¿Mágica? —Me burlé—. Es una simple flor.

—No es verdad. Representa la vida, tanto terrenal como espiritual. Es una flor hermosa que, a pesar de nacer en unas condiciones nada favorables, sobrevive a las mismas y se desarrolla para demostrar su belleza.

—Como tú... —Gire el volante y el coche salió de la cafetera.

Conduje por un camino de piedras y frené delante de unos pequeños arbustos.

—¿Por qué saliste de la cafetera?

—Porque quiero besarte. —Me quité el cinturón de seguridad y solté un lento suspiro.

JUNTOS DE NUEVO

Vincent

La espera me mataba. Llevaba dos días moviéndome por la casa como un león enjaulado. Evan me había enviado un mensaje para avisar que llegaría por la tarde con Karina y no encontraba nada para entretenerme y matar los nervios.

Había limpiado su piso entero y cociné durante toda la mañana. Quería que ellos encuentren un hogar caluroso y reconfortante.

Escuché la puerta cerrarse y salté del sofá. Tiré de mi camiseta hacia abajo y pasé una mano por el pelo rebelde, intentando peinarlo sin éxito.

—Huele de maravilla, tengo mucha... —Karina dejó de hablar y se paró delante de mí.

—Os dejo solos —dijo Evan y pasó apresurado por delante de mí—. Voy a ducharme.

Ninguno de los dos habló. Mis ojos se pasearon con lentitud por su rostro, por su cuerpo y se pararon en sus manos unidas. Movía con nerviosismo los dedos y esa era una señal importante para mí. Algo me decía que se arrepentía de su comportamiento, que deseaba pedirme disculpas y no encontraba las palabras.

Tenía un brillo hermoso en sus ojos, el mismo que había visto cuando le hice el amor. Los moretones habían desaparecido y su rostro volvió a mostrar de nuevo su belleza.

—No digas nada. —Me acerqué y agarré sus manos—. Solo déjame abrazarte.

Se soltó de mis manos y me abrazó. Su cuerpo tembló y empezó a llorar.

—Lo siento mucho... —susurró—. Perdóname.

—Me alegro que estás bien.

La sostuve en mis brazos durante minutos interminables y quería detener el tiempo. Quedarme así con ella para siempre.

—Estoy bien gracias a Evan. —Se apartó un poco y estiró las manos. Acarició mi rostro y sonrió—. Que guapo eres, me muero por un beso tuyo. Si es que me lo quieres dar.

—Con una condición.

—¿Porque todos me ponen condiciones?

—Será porque siempre acabas huyendo y... me hiciste mucho daño con tus palabras.

Necesito confiar de nuevo en ti. Necesito saber si merece la pena el sacrificio.

—La respuesta la tienes que encontrar tú, pero puedo darte algunas pistas. —Acarició mi mandíbula y mis labios—. La primera pista es esta. Se puso de puntillas y besó fugaz mis labios—. Deseo estos labios... —Sus manos viajaron hasta mi cuello—. Deseo tocar de nuevo esta piel... —Su mano derecha bajó hasta mi pecho—. Deseo enloquecer este corazón y revivir ese amor herido.

Me miró y dejé escapar el aliento. La súplica en su mirada, el nítido y manifestó anhelo, realmente me conmovió. Todo lo que yo realmente quería de una persona era la honestidad, y no había nada más honesto que eso.

Chilló de sorpresa cuando la aplasté contra mi pecho. Presioné un duro beso en su boca, y

puse mis manos en cada lado de su cara y lo sostuve ahí. La extrañaba, extrañaba esto, pero no tenía ninguna ilusión de que eso sería el último obstáculo que tendríamos que enfrentar si nos las arreglábamos para permanecer juntos.

No nos conocíamos lo suficiente para saber qué significaba eso para nosotros, pero ella me estaba afectando lo suficiente.

Sus manos se engancharon en mi cuello y sonrió contra mi boca.

—Vamos a la habitación.

—Evan está...

—Se está duchando y no nos molestará. —Me besó y tiró de mi mano.

—No podemos así sin más... no quiero pasar por lo mismo —dije con encomiable calma.

Se acercó y rodeó mi cintura con sus brazos.

—No pasarás por lo mismo porque esto es diferente. Ahora nos amamos y sentimos lo mismo.

LABIOS ADICTIVOS

Vincent

Abrió la puerta del dormitorio y la dejó pasar. Se dio la vuelta y me miró traviesa, me gustaba esa mirada suya.

Se acercó al equipo de música que había encima de la mesa y le dio al play. Al ritmo de las notas musicales, empezó a quitarse la ropa.

—Dios, Karina... ¿tienes idea de lo guapa que eres? —pregunté con voz estrangulada.

—Solo me importa lo guapa que pueda parecerme a ti. Adelgacé muchísimo y los golpes que recibí dejaron marcado mi rostro y mi cuerpo.

—Olvida eso, por favor. Eres increíblemente guapa. —Me quité la camiseta—. Ven aquí.

Se quitó el sujetador y lo tiró al suelo. Caminó desnuda por la habitación y se paró delante de mí. Pegó su cuerpo desnudo y caliente al mío, haciéndome estremecer de deseo.

Mis manos tomaron la plenitud de sus pechos antes de que mis dedos comenzaran apretar y girar sus pezones.

—Recuerdo cuando vi por primera vez estos pechos. Te quitaste la ropa de la misma manera y bailaste para mí. Conseguiste ponerme duro de una manera inexplicable. Te deseaba tanto —susurré en su cuello.

—Yo recuerdo tus labios en todas partes... y lo más importante, recuerdo la ternura con la que me hiciste el amor—. Bésame —pidió.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Subí mis labios hasta su boca.

La calidez de su boca mientras rozaba mis labios contra los suyos me puso nervioso. Cada vez que sentía sus labios era como si me besaba por primera vez.

Rodeé su cintura con mis brazos para atraerla más cerca y deslicé mi lengua entre sus labios. Gimió en mi boca y nuestras lenguas se enredaron.

—Tengo una propuesta para ti —dije rompiendo el beso.

—A ver qué se te ocurre.

—No quiero presionarte, ahora no estás muy bien. Tendrás que seguir un tratamiento y...

—Lo haré, lo prometo. Pero ahora te necesito.

—Quiero empezar por darte un orgasmo alucinante y si estás satisfecha puedes considerar dejarme continuar.

—Por continuar, quieres decir...

—Sí. —La apreté contra mi cuerpo para que sintiera lo duro que estaba—. Quiero hacerte el amor, pero no quiero que te sientas presionada, como si no tuvieras opciones.

—¿Y cómo podría saber si el orgasmo es impresionante? —preguntó con una sonrisa pícaro en sus labios.

—Lo sabrás porque gritarás mi nombre sin parar hasta quedarte afónica —susurré—.

Sabes que soy bueno en eso. —Le guiñé un ojo y ella se ruborizó.

—Haz tu mejor esfuerzo entonces.

Empujé sus caderas hacia atrás, hasta que golpeó la cama.

Se sentó en el borde y me arrodillé en el suelo entre sus piernas. Antes de que le dé tiempo a protestar yo ya había encontrado su clítoris con mi lengua. Apenas había usado mi lengua y ella ya estaba gimiendo de placer.

Mi lengua bailaba y mis labios besaban como lo había hecho con su boca. Pasó sus manos por mi pelo, lo agarró fuerte y tiró, jalándome más cerca, más profundo. Metí dos dedos en su interior, luego mi boca encontró de nuevo su clítoris y lo chupó.

Como si estuviera leyendo su mente, empecé a mover mis dedos, dentro y fuera con lentitud, para dos segundos para provocarle un gemido.

Levanté mi cabeza para mirarla y tenía los ojos cerrados.

Mientras mi lengua jugaba con su clítoris ella arqueó sus caderas en respuesta. Detuve el movimiento y ella gimió de frustración.

—No pares —jadeó.

—¿Qué tan desesperada estás? —pregunté mientras sacaba los dedos de su interior.

—Tanto que te dejaré entrar ahora.

Sonreí en señal de victoria. Volví mi rostro hacia su clítoris y comencé a trabajar con empeño, alternando y lamiendo con succión.

Mis dedos encontraron un ritmo propio, dentro y fuera.

—Eso es. Vente para mí —susurré.

Se vino lo suficientemente fuerte para gritar mi nombre varias veces como le había prometido.

Me puse de pie y me quité los pantalones. Lo hice rápido y me coloqué un condón con la misma rapidez. En vez de colocarme entre sus muslos y tomarla, me estiré junto a ella, a su lado.

—¿Fue bueno el orgasmo? —Me apoyé en un codo, con mi rostro pegado a su cuello.

—Sí —susurró con una voz ronca y apenas oíble.

Subí mi cabeza para besarla y ella gimió en respuesta. Rodeé sobre ella y empujé sus piernas con mis rodillas, luego bajé las caderas a las de ella.

Levanté mi cabeza y bajé una mano entre nosotros, encontrando su clítoris aún sensible. Bajé la cabeza a su pecho y chupé un pezón, mordidiéndolo suavemente mientras mi mano seguía provocando su clítoris.

Me hundí poco a poco, abriéndola despacio y disfrutando de cada sensación que sentía. Ella respiró profundamente y luego empujé fuerte, hundiéndome en totalidad. Levanté una de sus piernas y la puse alrededor de mi cintura para tener más acceso.

El ritmo se aceleró y ella subió la otra pierna para sentir mi cuerpo presionando contra suyo. Nunca había sentido tantas emociones en tan poco tiempo y a cada embestida mi cuerpo revivía, volvía a la vida.

—Estoy cerca, Karina —dije contra su mejilla—. Quiero que te vengas tú también.

Balanceó sus caderas más rápido, jadeando y con una última flexión de sus músculos, se vino. Agarró las sábanas y las apretó en los puños.

Verla así me llevó al borde y continúe empujando hasta que conseguí alcanzar la cima.

La abracé fuerte, emocionado por vivir esa experiencia tan llena de sentimientos con ella.

—Gracias, Karina por amarme de nuevo —susurré—. ¿Peso demasiado?

—No, me gusta tenerte encima. —Beso mis labios y cerró los ojos—. ¿Cuándo vas a estar listo de nuevo? —preguntó susurrando—. Te deseo de nuevo.

—Muy pronto. —Sonreí y la besé. Me había vuelto adicto a sus labios.

ERRORES

Vincent

—D esperta... —Sentí una sacudida y abrí los ojos.

—¿Qué...

—Shhh. —Evan calló mi boca con un beso—. Tengo que irme, un imprevisto.

—Pero, tenemos que hablar —susurré y miré el cuerpo dormido de Karina que se encontraba pegado al mío.

—Habla cuando vuelvo.

—Tengo la respuesta que necesitas.

—No me las des ahora. —Su voz sonó triste—. Antes quiero que escuches a Karina.

—¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

—Mucho —Tragó saliva y la miró.

Por un instante vi algo nuevo en su mirada. Algo excitante y algo triste. Una mezcla peligrosa. ¿Había pasado algo entre ellos?

—Evan...

—Me tengo que ir. —Dio la vuelta y salió de la habitación a grandes zancadas.

—Espera...

Me bajé de la cama sin hacer mucho ruido y me puse los pantalones. Salí corriendo detrás de él y lo alcancé justo cuando cerraba la puerta de la entrada.

Tiré del pómulo y choque contra su cuerpo duro.

—No puedes irte así. —Busqué su mirada—. Hay algo, ¿verdad?

—Lo hay, pero no puedo aceptar un rechazo.

—Crees que mi respuesta es un no, ¿verdad?

—¿Y no lo es? —Frunció el entrecejo—. Te acostaste con ella y ni siquiera te molestaste entrar y saludarme. Estuve esperando en el salón, pensé qué... qué... déjalo.

—No, no es lo que tú piensas.

—¿Y qué es? —Me miró a los ojos—. ¿Por qué te acostaste con ella?

—Para encontrar la respuesta...

—¿Y la tienes?

La voz quebrada de Karina heló mi cuerpo al instante.

—Karina... —Me giré para mirarla—. Déjame explicártelo.

—¡Me hiciste lo mismo! —gritó y empezó a llorar—. Te acostaste conmigo solo para obtener respuestas.

—No es verdad. Yo te quiero...

—No puedo quedarme más. —Habló Evan con nerviosismo.

Se acercó y besó la frente de Karina.

—No seas dura con él y recuerda nuestro plan. —Le secó las lágrimas y besó sus labios

temblorosos—. Recuerda que te queremos.

—¿Me queréis explicar que pasa?

—Lo haré yo —dijo ella y tiró de mi brazo.

Cerró la puerta detrás de mí y se apoyó en ella.

—Necesito saber hasta qué punto tu mente puede llegar a pensar.

—Te recuerdo que soy escritor, tengo una mente abierta.

—Muy bien. —Se secó la nariz con el dorso de su mano—. Me acosté con Evan.

Abrí los ojos de par en par y mi aliento quedó atrapado en la garganta. Mi corazón empezó a martillar en mi pecho mientras que imágenes de ellos dos juntos y desnudos pasaron por delante de mis ojos.

Mi mente no podía procesar esas palabras. Me eché hacia atrás como si me hubiera dado una bofetada.

Los pocos centímetros de espacio entre nosotros, se medían en la magnitud de un océano y nuestro silencio, una calma incómoda antes de una tormenta inminente.

—No lo hiciste... —Había un nudo en mi garganta.

—Lo hice porque lo amo.

—¿Qué? —Me quedé allí clavado, ahogándome.

—Lo hice porque él te ama y porque los dos te queremos.

—¿Qué mierda?

Me quedé callado unos segundos, pero no conseguí calmar mi enfado.

—Quiero esto...

—¿Esto? —Enarqué una ceja—. ¿De qué estás hablando?

—Dios, Vincent. —Se acercó y golpeó mi pecho con los puños—. No me hagas esto. No tienes doce años, sabes a qué me refiero.

—No, no lo sé. —Retrocedí.

—Muy bien. —Sus palabras salieron como un grito ahogado—. Sigue haciéndote el tonto.

—No soy tonto.

—No dije que lo fueras. —Me miró, pestañeando.

—¡Para! Me vuelves loco.

—Y tú me vuelves loca a mí. —Cerró los ojos—. Quiero saber la respuesta. ¿Por qué te acostaste conmigo?

—La respuesta es para Evan.

—Tengo el derecho...

—¡Ni tienes ningún derecho! —grité, asustándola.

Me di cuenta de mi error y estiré una mano para tocar su brazo.

—Lo siento, no quise decir eso.

—Qué más da. —Negó con la cabeza y salió corriendo hacia el cuarto de baño.

Di un grito ahogado y entré en la habitación. Me vestí a toda prisa y abandoné el apartamento sin decir una sola palabra.

PALABRAS QUE DUELEN

Vincent

—¡ D esperta, joder!

—No grites. —Tapé mis oídos y giré en el suelo húmedo.

¿Suelo húmedo?

¿Dónde mierda estaba?

—Abre los ojos de una puta vez, Vince. —Unos brazos fuertes me levantaron en el aire y me empujaron contra el tronco de un árbol.

—Ahhh —grité de dolor y abrí los ojos—. ¿Qué quieres Evan? ¿Follarme a mí también? —Solté una carcajada.

Golpeó mi rostro con su palma varias veces y me agarró por el cuello.

—Cuidado con lo que dices, me haces daño. —Su voz se tornó dura, amarga.

—¿Te hago daño? —Chasqueé los labios con aire de disgusto—. Más que tú a mí no.

—Te quiero, joder. —Tiró de mí camiseta hasta que su nariz tocó a la mía—. Nunca te haría daño y lo sabes.

—Te acostaste con ella, Evan. —Mis ojos se humedecieron—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque me gusta. Porque despertó en mí algo que había enterrado hace años.

—¿Y qué es?

—Esperanza. —Cerró los ojos—. No lo hice para hacerte daño, lo hice porque hay algo que nos une a los tres.

—No...

—Sí, Vince. Los dos te queremos... —repuso quedamente—. Estamos dispuestos a compartir, solo si quieres.

—Yo... esto es nuevo para mí. ¿Cómo se supone que tenemos que hacerlo? ¿Viviremos juntos? ¿Viviremos separados y cuando se nos antoja, nos acostamos con quien nos dé la gana?

—No, Vince. ¿No te das cuenta? Siempre juntos... en todo.

—Oh... —dije al cabo de unos segundos.

Tragué saliva y cerré los ojos.

—Esto suena mejor que la decisión que había tomado ayer.

—¿Cuál es?

—La respuesta era un no. Un no a todo, había decidido marcharme... —Durante un largo y silencioso silencio, nos limitamos a mirarnos—. La respuesta a todo esto es un sí, pero tengo miedo.

—Yo también, pero os necesito a los dos. —Me abrazó—. Ahora necesito que mantengas la calma. —Apretó sus brazos—. Se llevaron a Karina.



—¿A dónde vas? —Me puse de pie y me estremecí con violencia.
—Voy buscarla. Estoy seguro que fueron los hombres de Raco...
—Voy contigo —dije con crudeza, intentando quebrar mi sentimiento de culpabilidad.
—Te quedas aquí —sentenció.
—Esta vez voy contigo Evan. No quiero perderla.
—Yo tampoco.
—Se la llevaron por mi culpa. La dejé sola en el apartamento.
—No te culpes...—Me sostuvo la mirada.
—Le hablé mal, la hice llorar. —Negué con la cabeza—. No merezco su perdón.
—Estabas confuso, es una chica muy lista y lo entenderá.
—Lo es...

Evan pareció vacilar, pero de pronto preguntó:

—¿Recuerdas cómo se dispara con una pistola?

—Me enseñaste bien. —Me acerqué y tomé su rostro en mis manos—. Y pase lo que pase, quiero estar allí, quiero estar a tu lado.

—Te quiero. —Me besó y gimió en mi boca.

Sus manos tiraron de mi camiseta hasta que la rompió—. Maldición, quiero follarte —gruñó en mi oído.

Mordió el borde de mi oreja y sopló aire caliente. Su mano se deslizó sobre mi vientre mientras me empujaba hacia atrás.

Mi espalda chocó contra la pared y gemí de dolor.

Sus manos se movieron más rápido y me bajaron los pantalones.

Jadeó de placer y me besó. Sus dientes mordieron mis labios, su lengua se enredaba con la mía y sus manos acariciaban mi miembro. Había desatado su locura en mi cuerpo de una manera brutal. Pero me gustaba, ese era Evan en estado puro. Todo un toro salvaje.

Sus manos tomaron mis pelotas con suavidad y luego frotó sus caderas rítmicamente. Se apartó para quitarse los pantalones y dio la vuelta a mi cuerpo. Apoyé mis manos en la pared y quedé quieto, esperando la tormenta.

Comenzó a masajear la palpitante apertura y la fuerza abandonó mis piernas.

—¿Qué esperas? —Sacudí la cabeza— Quiero sentirte.

El dedo de Evan se deslizó en mi interior y jadeé de excitación. Hacía demasiado tiempo desde que había sentido eso. Demasiado tiempo. Movié el dedo en el amplio arco, estirando mi cuerpo para aceptarlo más fácilmente.

Besó mi cuello y retiró el dedo. Empujó la cabeza de su miembro contra mi trasero y el calor corrió por mi columna. Mis manos bajaron por mi cuerpo y agarraron mi miembro para acariciarlo.

Evan presionó hacia delante, reclamando mi cuerpo.

Retrocedió lentamente y luego empujó hacia delante de nuevo, con fuerza y más profundo. Era exactamente lo que había estado anhelando; una profunda y dura penetración. Se sentía tan

bien. No necesitaba nada más.

—¿Te la imaginas desnuda delante de nosotros ahora mismo?

—Sí...

—Ella podría hacerte acabar al mismo tiempo... estoy cerca. Agárrate fuerte. —Hizo un sonido de tormento y mordisqueó mi oreja.

Los gruñidos de placer de Evan me llevaron a la cima. Lo miré por encima de mi hombro y encontré su mirada.

—Te quiero —dije con voz ahogada—. Vamos a por nuestra chica.

¿ROBAR UN AVIÓN?

Vincent

—¿P or qué estamos aquí? —Me bajé del coche y tomé una profunda respiración.

Nos encontrábamos en el medio de un bosque de pinos altos y delgados.

En menos de dos segundos, el mundo cambió de color y me rodeó de aromas. Palabras y frases, historias y cuentos se juntaron en mi cabeza, y deseaba ponerlas en orden. La inspiración había vuelto y me sentía más vivo que nunca.

—Tenemos que encontrarnos con unos amigos míos. —Cerró la puerta del coche y se acercó—. Quiero que mantengas la calma y no hables.

—Puedo hacerlo...

—Perfecto. —Golpeó mi hombro con su mano.

Escuché el ruido de coches acercándose y giré la cabeza. Dos todoterrenos negros estacionaron delante de nosotros y levantaron una nube de polvo en el aire. Se bajaron cuatro hombres vestidos completamente de negro y me puse en alerta.

Vincent se acercó de inmediato y empezó a hablar con ellos.

Abrí la puerta del coche y me senté en el asiento de cuero. Me quedé mirándolos intentado leer el lenguaje corporal de esos hombres. Ambos tenían las palmas abiertas y eso era una señal de honestidad. Ninguno sonreía y eso era buena señal, lo que Evan les contaba era preocupante para ellos también. Fue fácil detectar la seriedad, la discreción y la integridad. Eran personas de confiar y eso tranquilizó mis miedos.

Intenté ordenar mis pensamientos. La boda de Tania se celebraba dentro de dos semanas y Karina se encontraba en paradero desconocido.

Acepté la propuesta atrevida de Evan porque decidí quedarme. No sabía si una relación como la de nosotros tenía futuro, pero se merecía una oportunidad.

Los hombres se subieron en los coches y dejaron a Evan clavado en el suelo. Cuando estaba así, era mejor dejarle solo, lo conocía muy bien.

Los coches abandonaron el lugar, pero el cuerpo de Evan seguía de piedra, sin moverse.

Decidí bajarme del coche y acercarme.

—Evan...

Levantó una mano en el aire para hacerme callar y negó con la cabeza. Sacudió los hombros y gritó en voz alta:

—¡Maldito hijo de puta!

Me acerqué y agarré su brazo. Tiré con fuerza y sus ojos encontraron a los míos. Vi peligro, tristeza y muerte. Algo que nunca había visto.

—Habla, por favor —supliqué con voz queda.

—La sacó fuera del país. Ese maldito se fugó con ella a México.

—¿Qué? —Mi voz se ahogó—. ¿Cómo es posible?
—Tiene mucho dinero...
—¿Qué hacemos?
—No hacemos nada...
—No pienso abandonarla.
—Yo tampoco, joder. Por eso me iré solo.
—No, no... —Negué con la cabeza—. De ninguna manera. Voy contigo.
—Vince...
—Tengo dinero y por si no lo recuerdas, la empresa de mi padre tiene un jet privado.
—Llevas años sin hablar con tu padre. Él te odia —dijo, intentando mostrarse razonable.
—Y yo a él, por eso vamos a robar ese avión.
—¿Estás loco?
—Estoy mejor que nunca. —Sonreí—. Diles a esos hombres que tenemos billete de ida. Ese maldito avión se quedará en México.
—Oh, ya veo... dulce venganza.



—¿Sabes pilotar un avión?
La pregunta de Evan me tomó por sorpresa. Bajé el binocular y lo miré extrañado.
—¿No lo sabes tú? Pensé que tomaste clases de vuelo...
—Tomé solo diez clases, eran aburridas.
—No me jodas, y ahora... ¿qué hacemos? —Tiré de la capucha hacia abajo para ocultar mis ojos.
—Lo robamos, como habíamos planeado. —Se puso de pie y guardó la pistola.
—Pero...
—Tranquilo, algo aprendí durante las clases. —Se inclinó y besó mis labios—. Te espero aquí.
Me aparté y miré a mi alrededor. Me encontraba delante de la propiedad de mi padre y me sentía como un ladrón. La adrenalina estaba fluyendo a través de mis venas con rapidez y los nervios se acumulaban dentro de mí estómago.
—Respira hondo. —Acaricié mis labios—. Lo harás bien, amor.
Asentí con la cabeza y saqué las llaves de mi bolsillo. Fue una buena idea mantener el contacto con los empleados de mi padre...
Me alejé y caminé por el pequeño sendero hasta a que llegué delante de un muro de piedra. Una red eléctrica lo rodeaba y tuve cuidado para no tocarla con las manos.
Encontré la puerta y me agaché. Arriba había dos cámaras de seguridad que se movían de un lado a otro. Conté los segundos que pasaban de un giro a otro y empecé a caminar. Las esquivé con facilidad y me arrimé a la puerta.
Metí la llave en la cerradura y la giré. Esperaba escuchar la alarma, pero nada ocurrió.
—Muy bien, Vince —susurró Evan en mi oído, asustándome.

—Mierda... odio cuando haces esto.

Entré seguido por Evan y cuando di otro paso hacia delante, él tiró de mi brazo.

—Quédate atrás. —Sacó la pistola.

Le hice caso y me coloqué detrás de él. Pisaba con firmeza y movía la cabeza a cada paso que daba. Tenía miedo, pero para Evan no era más que otro juego divertido.

La finca de mi padre tenía dos garajes. En uno tenía guardados coches de colección y en el otro se encontraba nuestro objetivo, el avión.

Evan se acercó a los garajes y luego se giró.

—¿Cuál de los dos? —preguntó susurrando.

—El de la derecha —contesté y le di las llaves.

MÉXICO

Vincent

— No entiendo por qué los motores no sé encienden...

Empecé a ponerme nervioso, llevaba más de media hora mirando como Evan intentaba arrancar el maldito avión.

—Yo no tomé clases de vuelo, fuiste tú —bramé—. Arráncalo de una puta vez. Alguien podría aparecer.

—No sé cómo hacerlo. —Se tocó los labios—. Creo que tengo que apretar este botón y luego este...

—¡Hazlo! —Me senté en la silla y me abroché el cinturón de seguridad—. Estás tardando demasiado...

El avión empezó a vibrar y me agarré con fuerza a los apoyabrazos.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —Miré horrorizado las luces que parpadeaban sin parar en el panel de control.

—Sí... Inicé los sistemas de navegación y comunicaciones. Arranqué la APU para tener energía en todos los sistemas y parece que nada malo pasó.

No le hice caso y cerré los ojos. A medida que el avión aceleraba, mi corazón golpeaba en el pecho con fuerza. Cuando comenzó a despegar del suelo, sentí un nudo en la garganta.

—Lo hice bien —gritó de alegría—. Estamos en el aire, Vince.

—Me alegro. —Eché la cabeza hacia atrás y empecé a rezar.



—Creo que ya puedes abrir los ojos —murmuró Evan—. Vamos a aterrizar.

—Esperaré. Algo me dice que faltaste a las clases de práctica.

—Ah, esas me las salté. —Empezó a reír—. Conmigo no vas a morir.

—No temo a la muerte, solo quiero tocar el suelo con mis pies.

—Como quieras, la vista es impresionante.

Sentí vibraciones y apreté los dientes. Nunca había sentido tanto miedo volando. Evan hizo vibrar todos mis músculos y la sensación era desagradable.

El aire abandonó mis pulsos cuando el avión se sacudió. Había tocado tierra y era un gran alivio para mí agitación. Abrí los ojos y vi como árboles pasaban a gran velocidad por delante de

mis ojos.

—Evan... ¿Dónde estamos? —pregunté y me aclaré la garganta.

—En México —contestó con aire triunfante.

—¿Estás seguro? Esto parece un bosque...—Giré la cabeza, horrorizado.

—Ah, bueno... no encontré el aeropuerto —balbuceó—. Pero estamos vivos.

—Oh, por Dios. —Tenía los nervios crispados.

—Todo está bien. No te preocupes. Los chicos conocen muy bien los alrededores.

—Menos mal. —Me quité el cinturón—. ¿Tienes algún plan?

—Sí y no te va a gustar.

—¿Por qué dices esto?

—Necesito hacerlo solo. —Se puso de pie y se arrodilló delante de mí—. Somos profesionales y tú...

—Entiendo, soy un estorbo.

—No, joder. Tenemos que entrar y salir de esa mansión en perfecto silencio. Tú no tienes ningún tipo de entrenamiento, apenas sabes disparar con una pistola. Y créeme que habrá una masacre. Yo no dudaré en quitar una vida, pero tú sí. Y si lo vas a hacer, te arrepentirás. Nunca te lo vas a perdonar. Solo estoy intentando protegerte. Sé muy bien de lo que estoy hablando.

—Vuelve con vida, por favor y tráela contigo. —Coloque una mano en su mejilla—. Os quiero mucho.

—Lo haré. —Estiró el cuello y me besó—. No te librarás de mí tan fácilmente.

PREOCUPACIONES

Vincent

Las horas pasaban con lentitud y no tenía ninguna llamada o noticia de Evan. Me llevó a la casa de un amigo suyo mexicano y se fue a buscar a Karina.

Me sentía impotente y culpable. La había dejado sola en la casa y se la habían llevado. Mi cabeza estaba toda confusa, pero necesitaba encontrar el alivio y el perdón.

Minutos después, mis párpados se volvieron pesados, y estaba volando, cayendo en picado, y volando otra vez.



Mis ojos se abrieron en la oscuridad. Las pesadillas, y los recuerdos, se detuvieron. De pronto me sentí como un adolescente otra vez, con miedo a la oscuridad, a los gritos feroces de mi padre. Era extraño como una pesadilla podía hacerse realidad. Cómo podía tomar el control de la mente e invocar los sentimientos y cómo podía afectar mi cuerpo. Sentí un nudo en la garganta que no debía de estar allí, estaba muy lejos del muchacho asustado que había sido y aún así, así me sentía. Mi corazón latía con fuerza en el pecho y las palmas de mis manos, me sudaban. Me dije una y otra vez que había sido solo un sueño, pero las emociones se habían pegado a mí como un chicle.

Escuché ruidos y voces detrás de la puerta. Estiré la mano y encendí la luz. Mis ojos enfocaron mi ropa y salté de la cama.

Me puse de inmediato los pantalones y me agaché para coger la camiseta.

La puerta se abrió y giré la cabeza.

—Necesita ayuda... —dijo Evan con voz queda.

Dejó encima de la cama el cuerpo de Karina y empezó a quitarle la ropa.

—¿Qué ... —Tragué saliva—. ¿Qué haces?

Me acerqué a la cama y di un grito ahogado. La ropa de Karina estaba manchada de sangre y su rostro tan blanco que parecía muerta.

—No es su sangre —dijo Evan y arrancó su camisa.

—¿Está muerta? —Tomé su mano derecha y la apreté con suavidad.

—No, está inconsciente. La drogaron —explicó—. Una sobredosis.

—¿Qué tenemos que hacer? —La miré asustado.

—Mantener su cuerpo caliente y sus vías respiratorias libres. —Le quito los pantalones.
—¿Qué paso? —Empecé a frotar su mano.
—Mejor no preguntes. —Me miró—. Una pesadilla que es mejor olvidarla.
—¿Estás bien?
—Sí, pero dos de mis amigos murieron...
—Lo siento. —Solté la mano de Karina y me acerqué a él—. Todo es por mi culpa, perdóname.
—No... —Colocó un dedo sobre mis labios—. Nadie tiene la culpa. Ahora ayúdame a mantenerla caliente. Quítate la ropa.
—¿Qué?
—Yo también lo haré...
—Evan...
—No vamos a hacer nada, joder. Es para mantener su cuerpo caliente. La abrazamos y nos quedaremos así toda la noche.
—Ah... —Me quité los pantalones.
—Mañana tenemos que salir corriendo de aquí. La mitad de México nos está buscando...
—Raco...
—Tuve que hacerlo.
—Oh...
—Era él o ella, Vince. —Se quitó la camiseta y los pantalones—. Vamos a cuidar a nuestra princesa.

ILUSIONES

Karina

A briendo mis ojos, los entorné y parpadeé mientras la luz brillante del sol se derramaba a través de la ventana y sobre mi cara. Mi cabeza estaba nublada y el martilleo en mi sien estaba haciendo borrosa mi imagen. Pensé en lo que había ocurrido antes, apenas capaz de envolver mi mente en torno a los hechos ocurridos.

Lo que viví en carne y hueso... solo fue miedo.

Solo de pensar en ello, mi corazón enloqueció y golpeó más rápido contra mi pecho. Raco me había raptado y me había drogado. Sus planes conmigo eran aterradores, quería meterme en uno de sus burdeles de México. Era una persona cruel, inhumana... era un monstruo.

Poco a poco, mientras miraba las cortinas, fui testigo de un alucinante espectáculo.

Mi cuerpo desnudo estaba rodeado por dos brazos fuertes. Tenía a Vincent delante y a Evan detrás. Me sentía absolutamente perfecta y completa al estar intercalada entre mis dos hombres. Nunca antes me había sentido parte de algo tan maravilloso. Esos dos hombres a los que amaba, formaban parte de mí y por otra parte los dos se completaban de la misma manera.

Moví mi mano derecha para tocar la mejilla de Vincent, intentando no despertarlos.

—Estamos despiertos princesa —murmuró Evan en mi oído.

—Así es. —Vincent abrió los ojos y sonrió—. ¿Estás bien?

—Un poco mareada y con un dolor horroroso de cabeza, pero sí. Feliz de estar aquí...

—Quiero pedirte disculpas. —Vincent se aclaró la garganta—. Te grité, te hablé mal...—

Soltó una profunda respiración entrecortada, un poco incómodo. —. Te quiero mucho y a Evan también.

—Gracias tío...

—Un poco de intimidación aquí, por favor —gruño Vincent.

—Tendrás que acostumbrarte a esto. No pienso dejarlos solos. —Evan empezó a reír en mi oído—. Voy a despertar a los demás. Tenemos que irnos ya... —Colocó la barbilla en mi hombro desnudo—. Siento decepcionarte Vince, pero ese maldito avión tendrá que volver a Oklahoma.

—Si no nos queda otra —suspiró, haciendo una mueca.

—¿Qué avión? —pregunte susurrando.

—Mejor no preguntes —gruño Vincent.

—Odía volar...

—No es verdad. —Lo miró con el ceño fruncido—. Estaba... yo...

—Estabas asustado, admítelo.

—¿En serio? —Empecé a reír—. Tuviste miedo estando con este hombre tan fuerte, apuesto y valiente.

—¿Y yo que soy? —Vincent se mostró molesto.

—Eres un hombre hermoso, tierno y apasionado. —Estiré el cuello y besé sus labios.

—Así que Evan es un héroe y yo soy el hombre perfecto.

—Los dos sois perfectos...

—Estoy feliz —susurró Evan en mi cuello—. Me siento amado y por primera vez, puedo soñar de nuevo. Este es un nuevo comienzo en mi vida y tengo a mi lado a los mejores compañeros de viaje.

Giré la cabeza y lo miré a los ojos.

Sus labios rozaron a los míos y gemí bajito. Me atrajo más cerca y mis labios se abrieron para atraer su lengua a mi boca. Sentí a Vincent duro contra mi vientre y lo abracé. Sus labios se posaron en mi cuello y me besó, mordiendo y lamiendo.

El brazo de Evan se envolvió alrededor de mi cintura me abrazó por un momento, su pene duro presionando contra mi culo

 Mi estómago se apretó, era raro sentirme así.

Evan rompió el beso y suspiró.

—Tenemos que irnos...

Epílogo

Dos semanas más tarde...

Vincent

— **M**e matan los pies. —Se quejó Karina—. Quiero irme a casa.
—Aguanta un poco más —dijo Evan y le dio un apretón de manos.
—Tu primo no nos quita los ojos de encima, deberías sonreír —susurré en su oído.
—Esta boda me aburre —gruño y pateó el suelo con el pie—. Vamos a escaparnos...
—Un poco de paciencia. —Evan dejó su copa encima de la mesa y sonrió—. Hay una sorpresa después de esto.

—Adoro las sorpresas —dijo ella alegre—. ¿Es para mí?

—Es para nosotros —murmuré en voz baja.

Giró la cabeza y me miró. Sus ojos brillaban de felicidad y sus labios dibujaban la sonrisa más hermosa que había en esa sala. Cuando me miraba como hacía ahora era casi imposible no besarla, pero habíamos quedado en mantener en secreto nuestra relación. Todos sabían que éramos amigos y que no había nada entre los tres.

Alan se había mostrado al principio un poco desconfiado, pero poco a poco se dejó engañar. Los tres nos habíamos mudado a mi casa y cada noche, la cama era testigo de unos momentos únicos y pasionales. Karina estaba siguiendo un tratamiento de desintoxicación y yo había empezado a escribir de nuevo. Solo Evan no encontraba nada que le gustara hacer. Recibió hace dos días una oferta de trabajo en la estación de bomberos de nuestra ciudad y se estaba planteando dejar su pistola olvidada en un cajón.

—Eres tan hermosa esta noche...

—Eres nuestro sueño y nuestra princesa. —Concluyó Evan.

—Gracias chicos. —Sonreí—. Pero quiero mi sorpresa o no hay postre esta noche.

—Vince... creo que deberíamos irnos —dijo Evan.



—¿Dónde estamos? —preguntó Karina y se aferró a mi brazo.

—Evan quiere enseñarte su lugar favorito...

—Estamos delante de un club. —Me miró, desconcertada—. No me apetece bailar. Lo hice toda la noche durante la boda.

—¿Bailar? —Evan se giró—. Yo no lo llamaría así.

—Ah...

Cuando pisamos al interior, ella se sorprendió. Estamos dentro de un vestíbulo muy formal, con una alfombra roja que cubría todo el suelo. A la derecha había un pasillo oscuro, con luces tenues y a la izquierda había una zona de bar, con luces de discoteca. Ella estaba analizando el lugar y Evan estaba pidiendo la llave de la habitación privada. Para mí era la segunda vez que pisaba esa alfombra. Evan me había traído hace dos años para pasar la primera noche juntos.

—Bonitos recuerdos, ¿verdad? —preguntó Evan y me enseñó la llave.

—Los mejores —dije y sonreí.

—¿De qué estáis hablando?

Karina se colocó delante de nosotros y nos miró intrigada.

—Recordando...

—Estoy impaciente. —Agarró a Evan por el brazo—. ¿Esto es lo que parece?

—Sí —dije y la tomé por la cintura.

Los dos la conducimos por el largo pasillo hasta que la puerta número cero apareció delante de nosotros. Evan deslizó la llave en un lector y la puerta se abrió. Solo había una cama, además de cadenas de todo tipo que colgaban del techo. Para mí era algo familiar, había probado ese lado oscuro de Evan y había disfrutado al máximo, pero Karina se había quedado de piedra.

—No creo que pueda hacer esto —susurró ella.

—No haremos esto —dijo Evan—. No ahora.

Ella asintió y lo evaluó por un momento. Se veía nerviosa.

—¿Hay un plan? —preguntó con voz trémula.

—No todo se trata de hacer un plan, princesa —contestó él— Ven aquí.

Ella se acercó y lo agarró por la camisa. Lo atrajo más cerca y lo besó.

Yo ya estaba duro, solo con mirarlos, y el deseo rugía en mi interior. Me acerqué por detrás de ella y envolví mis brazos alrededor de su cintura.

No pensaba que hubiera un momento más perfecto.

Sobre la autora

Alina Covalschi

Nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid.
Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias.
Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.
Su género favorito es el romance, paranormal y ciencia ficción.
Entre sus otras aficiones está dibujar, leer y viajar.
Echa un vistazo a su página de Facebook para más información.